

1984

SALE

&

MURPHY
MURPHY

1984

Manuel Gamio

El inmigrante mexicano

Fotografías preliminares de Gilberto Loyo sobre la inmigración
de mexicanos a los Estados Unidos de 1900 a 1967



Instituto de Investigaciones Sociales

MANUEL GAMIO: EL INMIGRANTE MEXICANO. LA HISTORIA DE SU VIDA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

Manuel Gamio

El inmigrante mexicano

La historia de su vida

*Notas preliminares de Gilberto Loyo
sobre la inmigración de mexicanos a
los Estados Unidos de 1900 a 1967*



Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1969

JV6777
M6332

CLASIF.:
ADQUIS. T9-794
FECHA: 1969
PROCED. De José Bello
2.....



Primera edición: 1969

INSTITUTO DE INVEST
ECONOMICAS

© 1969, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

I

A fines de los años 20 y a principios de los 30, en los países latino-americanos con población de origen europeo se exponían y repetían argumentos en favor de la inmigración que, como es natural, se consideraba benéfica para esos países poco poblados y, algunos de ellos, con relevantes recursos naturales, sobre todo buena tierra de cultivo. El profesor Guillermo Garbarini Islas en sus *Notas sobre inmigración*, Buenos Aires, 1926, señaló entre las ventajas principales de las inmigraciones internacionales:

A) Para el país de origen:

1º Alivian el malestar social que es consiguiente al exceso de brazos que suele ser la primera consecuencia de la superpoblación.

2º Producen como corolario un aumento de los salarios obreros.

3º Mejoran la balanza económica por las remesas de dinero que hacen siempre los emigrados y por el aumento de las exportaciones ya que aquéllos siguen consumiendo muchos artículos de su país de origen.

4º Contribuyen al aumento de la pequeña propiedad ya que el aumento de los salarios induce a muchos propietarios, si las tierras o las labores a las que se dedican no son muy productivas, a entregarlas a la venta o a la aparcería, venta o aparcería que por otra parte son facilitadas por la vuelta de muchos inmigrantes con dinero.

B) Para el país de destino:

1º Tienden a corregir la falta de brazos que es característica de la mayoría de los países nuevos y prósperos, y por tanto contribuyen al aumento de la producción favoreciendo como consecuencia la balanza económica.

2º Permiten a las civilizaciones nuevas asimilar elementos valiosos de otras más antiguas y completas.

Agregaba:

La República Argentina, país que en casi tres millones de kilómetros cuadrados de tierra fertilísima y de clima europeo cuenta sólo, a pesar del rápido crecimiento de su población, con algo más de doce millones de habitantes, ha tratado siempre de brindar al inmigrante europeo las mayores ventajas.

En los países latinoamericanos, con gran cantidad de población indígena, y por tanto con proporciones significativas de población mestiza, casi todos los hombres de gobierno y los economistas se inclinaban entonces por el fomento decidido a la inmigración de origen europeo para fortalecer la población nacional en el aspecto cuantitativo y especialmente en el cualitativo. Consideraban que el aumento de la población de origen europeo aumentaba el número de personas de los pequeños grupos sociales, de niveles de instrucción y de preparación técnica más elevados. Sobrestimaban la inmigración de hombres blancos, emprendedores y activos que, por venir de países más adelantados, podrían ampliar algunas actividades productivas o crear nuevas industrias y establecer nuevos cultivos; además, esperaban que se fomentaría el mestizaje puesto que esos extranjeros de origen europeo se radicarían en esos países y formarían nuevas familias. En resumen, los países mestizos de Iberoamérica consideraban muy benéfica y urgente una vigorosa corriente de inmigrantes europeos, por las razones ya dichas y veían con cierta envidia de la buena a los países que como Argentina atraían grandes cantidades de inmigrantes europeos. Pocos especialistas se daban cuenta de que esos países mestizos de América Latina tenían características ecológicas, pero sobre todo económicas y culturales poco atractivas para el inmigrante europeo. Se pretendía aplicar en esas naciones mestizas latinoamericanas, una política de fomento a la inmigración semejante a la que Porfirio Díaz trató de realizar en México. Partiendo de los mismos supuestos, perseguían los mismos fines, incurrían en los mismos errores y obtenían los mismos resultados nulos o insignificantes.

Tomando un ejemplo sobre la tendencia de la emigración europea al exterior, vemos que la emigración italiana en el periodo de 1928-1930 fue de 589 494 personas de las cuales 388 811 emigraron a países de Europa y del Mediterráneo, de estos 388 811 italianos emigrantes, 267 543 emigraron a Francia, país europeo más rico y más desarrollado que Italia; en segundo lugar a Suiza (58 496 emigrantes), y en muy pequeñas cantidades a Alemania, Austria y otros países. La emigración italiana a los países transoceánicos en

esos años fue de 191 683 personas de las cuales 90 195 emigraron a los Estados Unidos de Norteamérica, 77 791 a Argentina, 6 689 al Brasil y 17 008 a otros países. Nótese las elevadas proporciones de los que fueron a los Estados Unidos y a la República Argentina.

Al final de los años 20 mis opiniones sobre este problema, por lo que se refiere al caso de México, desentonaban del conjunto, pues yo señalaba que México era un país que no tenía atractivos para los inmigrantes europeos, que no podíamos esperar una abundante inmigración europea y que el crecimiento de nuestra población, que era urgente y vital acelerar, pues en aquella época era baja la tasa de crecimiento general de la población mexicana, debería alcanzarse mediante la lucha contra la mortalidad general y la mortalidad infantil y políticas económicas y sociales que llevaran a disminuir la tendencia a la emigración de mexicanos a los Estados Unidos, que debería restringirse. Subrayaba, yo también, la importancia de la colonización interior en función de la incipiente reforma agraria.

A fines de los años 20 y a principios de los años 30 la emigración de mexicanos a los Estados Unidos era una cuestión que despertaba en México gran interés, y por tanto provocaba diversidad de opiniones y animadas discusiones en los dos países.

En una pequeña comunicación que presenté al Congreso Internacional de Estudios sobre la Población que se reunió en Roma del 7 al 10 de septiembre de 1931, y que fue presidida por el ilustre profesor Corrado Gini, señalé que México y los Estados Unidos en colaboración amistosa podrían resolver los problemas relacionados con la emigración de mexicanos al país del Norte, y agregaba:

El asunto ha producido abundantes estudios, muchos buenos, largas discusiones y campañas de publicidad. En los Estados Unidos, a favor de la emigración mexicana están los que se benefician económicamente con ella. Entre los contrarios figuran los estudiosos de las ciencias sociales, que consideran nociva esta emigración desde un punto de vista racial, y dan al problema grande importancia por su trascendencia e intensidad.

Recordaba que la historia de los pueblos indígenas que produjeron altas culturas en México se inicia con las tradiciones de movimientos migratorios de norte a sur, bajo la dirección de grupos teocráticos. Después de la Conquista, los territorios septentrionales de Nueva España, fueron recorridos de sur a norte por misioneros y exploradores españoles ayudados y servidos por indios de México. Hecha nuestra Independencia, se inician ominosas migraciones, de

norte a sur, de gente sajona. De 1836 al comienzo de la guerra con los Estados Unidos, México hace esfuerzos para recuperar el territorio de Texas que, teniendo ya una relativamente grande y creciente población sajona, estaba prácticamente perdido. Después, arrebatados ya Texas y los demás territorios por el imperialismo norteamericano, comienza la emigración mexicana a ellos, atraída por los altos salarios, solicitada por los progresos de la agricultura, las construcciones de ferrocarriles y otras grandes obras materiales. El trabajo de millares de mexicanos contribuye al florecimiento de Texas, Arizona, California y Nuevo México, y en las ciudades estadounidenses del sur se forman los barrios de mexicanos: el mexicano vive separado, en su propio mundo:

El mexicano, aislado por prejuicios raciales de los pobladores blancos de origen europeo, se halla comprendido en éstos en las estadísticas norteamericanas. Según el color de la piel se hace la división: el mexicano blanco "spanish", y el mexicano bronceado "mexican".

Al terminar el decenio de los años 20 se estimaba la población mexicana en los Estados Unidos entre uno y medio y dos millones. En el *Texas Almanac* (edición 1929), citado por don Enrique Santibáñez en su apreciable estudio: *Ensayo acerca de la inmigración mexicana en los Estados Unidos*, San Antonio Texas, 1930, se daban las siguientes cifras:

mexicanos nacidos en México	486 418
descendencia de mexicanos nacidos en este país	725 332
	<hr/>
<i>Suman</i>	1 211 750

Resumía yo algunas de las observaciones hechas en los Estados Unidos: "Patrones y hombres de estudio norteamericanos han confesado que la labor de nuestros jornaleros en los Estados Unidos ha sido admirable." Pero se acusaba a los inmigrantes mexicanos de haber hecho disminuir los salarios, y se hacía notar que éstos eran mucho mayores que los de México, pero sólo permitían vivir. Agregaba:

Por consiguiente, cuando el trabajador ahorra, ahorra poco y cuando envía dinero a México, son cantidades pequeñas las que manda. Sólo tiene trabajo en los periodos de las labores agrícolas, generalmente, y a menudo vaga de lugar en lugar en busca de ocupación. Es bueno y dócil, pero debe ser vigilado. Aprende con facilidad el manejo de máquinas; le gusta la oratoria y celebra con mucho entusiasmo la fiesta nacional de su Patria. Los patrones abusan fácilmente de él,

sobre todo cuando trabaja tierras de otro como "mediero", al recoger la cosecha, el dueño toma para sí las dos terceras o las tres cuartas partes del valor del producto. No demuestra interés en aprovechar las instituciones sociales de la gran República. Su cultura es rudimentaria. Sus asociaciones deficientes. En general no ha pasado de la sociedad mutualista del tipo común, con pocos socios y actividad limitadísima. Ha comenzado a organizar uniones para defender sus derechos como trabajador. No tiene juicio para gastar; compra fácilmente cosas inútiles. El comercio de los barrios y campamentos de mexicanos no está en poder de éstos, sino de judíos, sirios, y aun estadounidenses. Su trabajo es irregular, pero progresa con facilidad en eficiencia. No tiene hábitos, previsión, ni se le ven deseos de mejorar. Casi nunca asciende de jornalero a propietario.

Eran problemas derivados de grandes deficiencias de educación y del medio en exceso hostil.

No dejaba yo de señalar que la emigración de mexicanos a los Estados Unidos era un factor perturbador, relativamente pequeño respecto a la política racista de aquel país:

En realidad, el tipo cultural más alto se traduce en mayor número de instintos sociales. El emigrante mexicano, con su cultura rudimentaria, no tiene precisamente aquellos instintos, como el de la previsión y el mejoramiento en lo económico y en lo social, que poseen en grado más o menos alto los emigrantes de procedencia europea. Difícilmente asimilable a la cultura superior, porque va a los Estados Unidos en una edad en que se tienen conceptos y hábitos fuertemente enraizados, el emigrante mexicano es un serio problema para la política demográfica homogeneizadora estadounidense y para la tendencia que la poderosa República manifiesta a defender su enorme y complejo organismo de factores de desequilibrio y de heterogeneización.

Estas observaciones las obtuve de trabajadores mexicanos que habían regresado al país, unos con el propósito de no volver ya a los Estados Unidos, y otros que deseaban lo contrario. Muchas de esas observaciones y opiniones aparecían en los periódicos americanos de Texas y otros estados del sur o provenían de empleados consulares mexicanos en ciudades sureñas de los Estados Unidos.

La aplicación de las leyes estadounidenses de migración, que se ha traducido en abusos y vejaciones para nuestros nacionales, no ha detenido la ola humana. Los Estados meridionales la provocaron y fomentaron, aprovechándola para su florecimiento económico. Mas la emigración mexicana es sin duda un factor perturbador.

En esos años fui ampliando mis contactos con algunos trabajado-

res que habían emigrado a los Estados Unidos y que habían tratado de establecerse en ese país, pero que habían regresado por causas familiares o por razones muchas veces subjetivas. Gran parte de las observaciones así recogidas por mí coincidían con las del señor Santibáñez. Recuerdo que a mi Orizaba natal, entre los años de 1915 y 1917, llegaron, con el propósito de visitar a familiares y amigos, algunos trabajadores mexicanos que habían vivido tres o cuatro años en los Estados Unidos. Los que se habían adaptado y habían hecho pequeños ahorros, mejorado su indumentaria y aprendido algo de inglés, hablaban con cierto entusiasmo; otros lo hacían con no disimulada amargura, acerca de sus experiencias en los Estados Unidos. Insistían en los más altos salarios que recibían, y que les habían permitido hacer pequeños ahorros, que llevaban en moneda americana. Después en el Distrito Federal, en los primeros años 20 tuve oportunidad de conversar con trabajadores mexicanos que volvían a México por poco tiempo, siempre con la decisión de regresar a los Estados Unidos. Con no disimulada satisfacción portaban sus trajes de casimir, sus sombreros de fieltro atejanados o "de pedrada" y sus zapatos anchos con una gran trompa levantada en la punta. Tenían relojes de tipo "ferrocarrilero", algunos lucían dientes de oro en la parte delantera de la boca, y a veces fingían haber olvidado algunas palabras españolas y empleaban las equivalentes en inglés. Se les veía preocupados por las frecuentes luchas armadas de la Revolución Mexicana, y como no tenían esperanzas de que la paz pudiera consolidarse en México en pocos años decían con énfasis que, después de dos o tres semanas, regresarían a los Estados Unidos para poder trabajar y ganar más, a pesar de las penosas discriminaciones que sufrían y que trataban de ocultar. Se advertía que era muy pequeña la proporción de mexicanos que no hubieran trabajado en labores muy rudas en campos, caminos y vías férreas. Recuerdo que entre los años de 1915 a 1917 los obreros textiles de las fábricas de hilados y tejidos de la región de Orizaba, muchos de ellos muy jóvenes y con hermanos menores que habían sido compañeros míos en la escuela primaria, llenos de entusiasmo y esperanza por los cambios económicos y sociales que producirían nuestras luchas armadas, no se inquietaron ni se entusiasmaron por emigrar al vecino país del Norte.

Hice notar en el breve estudio que presenté en Roma en 1931, del que he entrésacado algunos fragmentos refiriéndome a la posición de los mexicanos en los Estados Unidos:

Entre los blancos, amarillos y negros, se halla en los Estados Unidos el mexicano, considerado como un elemento intermedio. El señor

Santibáñez ha dividido a los mexicanos que viven en la Unión, en tres clases: el méxico-americano, tipo según dice de transición entre los dos estadios culturales (y es exacta su afirmación); el mexicano nacionalizado estadounidense, y el emigrante que conserva su nacionalidad. El méxico-americano, desciende de emigrantes mexicanos, nacido en la Unión, es ciudadano estadounidense, trabaja como empleado, capataz o pequeño comerciante; hay entre este grupo algunos profesionales, dentistas, abogados, etcétera, pero no presenta todavía el tipo de hombre de negocios. Tanto los méxico-americanos como los emigrados nacionalizados estadounidenses, forman un grupo de especiales caracteres étnicos y culturales, y en una situación especial, pues mientras que conforme a las leyes son ciudadanos de los Estados Unidos, los prejuicios raciales, más o menos, los tienen separados moralmente del resto de la población; por la ley son ciudadanos de la opulenta República, pero por el sentimiento de la colectividad en que viven y por su propio sentimiento no lo son.

De 1899 a 1921, según estadísticas oficiales norteamericanas, fueron admitidos en los Estados Unidos 278 038 inmigrantes mexicanos, esto es, un 38% del número de habitantes que aumentó, según cifras oficiales, la población de la república de 1900 a 1921. (El aumento mencionado es de 733 503 habitantes.) Naturalmente que el crecimiento de la población en México de 1900 a 1921 debió ser cuando menos de 1 200 000 habitantes a 1 500 000, si se tiene en cuenta que personas que intervinieron en los trabajos del censo de 1921 me expusieron hechos y observaciones que los conducían a estimar una omisión en la enumeración de no menos de 500 000 unidades. La población no creció de 1910 a 1921, por dos factores: las pérdidas de vidas en las luchas armadas de la Revolución Mexicana no solamente por las bajas militares sino también por las grandes cantidades de muertos no combatientes, debido a la epidemia llamada "influenza española" que durante los años de 1918 y 1919 elevó mucho la ya alta tasa de mortalidad.

De 1908 a 1930, según las estadísticas norteamericanas, ingresaron a los Estados Unidos 694 626 inmigrantes mexicanos y salieron 96 739. Son cifras aproximadas, sobre todo las de entrada, porque en opinión de algunos periodistas norteamericanos había tenido cierta importancia la entrada clandestina de mexicanos al país del Norte. La diferencia negativa para México era de 597 887 personas que habían salido del país y que no habían regresado. Varios articulistas mexicanos y también norteamericanos, atribuían esa emigración a los movimientos armados que conmovieron a México a partir de 1910.

Los mexicanos que emigraron a los Estados Unidos de 1911 a 1921 fueron 236 548, en tanto que de 1899 a 1910 la cifra correspondiente sólo llega a 41 490. En los años de la llamada paz del porfiriato, la población nacional aumentó y la emigración no fue muy grande; en la etapa de las luchas armadas en México a partir de 1910, la mortalidad aumenta mucho, por los dos factores ya indicados y la emigración crece. Sin embargo las tendencias a la emigración de mexicanos a los Estados Unidos se observan claramente desde antes de que se iniciaran las luchas armadas de la Revolución Mexicana.

Fácilmente se observa —como dije antes en mi citada comunicación— que en el periodo anterior al comienzo de las guerras intestinas, ya se muestra fuerte la tendencia al aumento de la emigración, pues el número de emigrados en 1901 fue de 350; en 1908, de 5 682; en 1909 de 15 591, y en 1910 (la Revolución se inició en noviembre de este año), la cifra sube a 17 760. Si es notorio que ya antes de que se iniciara el periodo revolucionario, la emigración manifiesta una franca tendencia a crecer, es necesario tener presente que en los años de mayores luchas, cuando éstas alcanzaron su máxima intensidad y extensión, es decir, de 1910 a 1917 (la nueva Constitución se promulgó en febrero de 1917), la mayor cantidad registrada es de 22 000 emigrantes (en 1912). En cambio las cifras mayores son las que corresponden a los años de 1923, 24, 27 y 28, esto es, en el periodo en que las pugnas armadas se hacen menos duraderas y menos extensas. Por fortuna en México se considera que las contiendas revolucionarias, que sin duda han tenido influencia, en cierta medida, sobre el fenómeno de la emigración, no están entre las causas básicas de ésta.

Señalaba yo que, según el profesor Gini, las causas de las emigraciones son eminentemente subjetivas, sin que falte como es natural el influjo de factores objetivos, y añadía:

Se encuentran en la esperanza de encontrar en el extranjero condiciones más propicias para mejorar la propia condición. Si es fuerte la atracción que la idea de mejorar en los Estados Unidos ejerce sobre los trabajadores europeos, cuyo malestar económico general es muchísimo menor que el de las grandes masas de campesinos y obreros mexicanos, fácil es comprender cuán intensa será esta fuerza atrayente para los jornaleros mexicanos con salarios ínfimos y en la vecindad de los Estados Unidos, vecindad que da facilidades para emigrar en busca de mejores salarios a tierras donde hay numerosa población de sangre mexicana, y en donde naturalmente nuestros trabajadores no se sienten por completo en tierra extraña.

Los progresos económicos alcanzados por el país durante el porfirato, no crearon condiciones que permitieran disminuir las tendencias a la emigración; al contrario, las condiciones económicas y sociales durante esa etapa de la vida nacional estimularon la emigración de mexicanos al país vecino, al mismo tiempo que en éste aumentaron las condiciones favorables a la utilización de trabajadores inmigrantes mexicanos.

Señalé en la comunicación mencionada:

Durante el gobierno del general Porfirio Díaz hay paz, crece la población, aumenta la instrucción, nace y se desarrolla la prensa de tipo moderno de amplia circulación, y a un corto mejoramiento económico de algunos grupos de la clase media y de los obreros de las nuevas industrias implantadas, corresponde el fuerte y rápido enriquecimiento de una minoría nacional y la buena época de los capitales extranjeros, junto al máximo de latifundismo y a la invariable situación económica pésima de las masas trabajadoras. Por esto la emigración manifiesta una vigorosa tendencia al aumento antes de que comiencen las contiendas revolucionarias. Con éstas se extendió más entre la gente humilde la conciencia de su malestar económico y aumentó la facilidad de trasladarse al país del Norte.

Al final de los años 20 yo tenía una posición eminentemente poblacionista, porque la tasa de crecimiento general de la población de México era muy débil. Me preocupaban los datos dados por el señor Santibáñez quien decía que en los Estados Unidos había 1 500 000 mexicanos. Comentaba:

Esto significa que en aquel país hay una cantidad de mexicanos que representa el 10% de la población que habita todo el territorio de México. Y esto que por sí solo es grave, más lo es si se considera que la densidad de nuestra población es sólo de 8.33 habitantes por km. cuadrado. Este millón y medio de mexicanos es un dato valioso para formarse una idea aproximada de la gravedad de los problemas económicos y sociales de México, que han producido las continuas guerras interiores que el extranjero no sabe explicarse y que han dado injustamente al pueblo mexicano la fama de desordenado y turbulento.

Y agregaba yo:

La emigración es, según algunos autores, síntoma claro de sobrepoblación. Así aparecería fácilmente el hecho paradójico de un México casi despoblado y al mismo tiempo sobrepoblado.

Se ha hablado de sobrepoblación en relación a la superficie del territorio; no es éste el caso mexicano. También la teoría se refiere

a sobrepoblación respecto a los recursos naturales; tampoco es el caso de México, tradicional país rico en materias primas y energía hidroeléctrica. Se podría estudiar la sobrepoblación respecto a la organización económico-social. México sería el caso típico.

Mi posición antimalthusiana, en claro desacuerdo con los escritores mexicanos de la época, no plantea el problema en términos de relación entre población y subsistencias; de acuerdo con la sociología marxista, consideraba primordial la relación entre población y organización económica y social. Escribía: "Se puede afirmar que México ha vivido dentro de una organización social y económica, que ha producido el hecho increíble que en un extenso territorio con grandes recursos naturales, 15 millones de personas sean suficientes para producir un fenómeno de sobrepoblación."

En desacuerdo con el profesor Fairchild, uno de los coautores más distinguidos de la teoría del optimum de la población, recordaba yo que ellos señalaban tres signos de la sobrepoblación: disminución del confort y de la renta media (o ingreso medio), desocupación permanente y emigración. Y observaba que los tres hechos se han venido presentando en México, e hice el siguiente comentario:

Según el profesor Fairchild el bienestar económico es producto de tres factores: tierra; cualidades materiales y personales de la población; número de la población activa.

México es el país clásico de la mala distribución de la tierra. Sabido es que Humboldt apreció la propiedad eclesiástica en las cuatro quintas partes de la propiedad territorial total. Cálculo exagerado pero demostrativo. Dice Vera Estañol (*Al margen de la Constitución de 1917*, Los Angeles, California, 1920): "Las operaciones de las empresas deslindadoras durante los nueve años comprendidos de 1881 a 1899 amortizaron en consecuencia en las manos de veintinueve individuos y compañías, catorce por ciento de la superficie total de la República, y en los cinco años subsecuentes, otras cuantas empresas acapararon un seis por ciento más de dicha superficie total, o sea, en conjunto, una quinta parte de la propiedad territorial monopolizada por no más de cincuenta propietarios." La resolución del problema de la tierra ha sido la parte básica de los programas de reformas a través de la historia mexicana. Y a la mala distribución de la propiedad agraria hay que agregar lo desfavorable del sistema de irrigación natural y del régimen de lluvias. Segundo factor: las deficiencias que representa un tipo de cultura rudimentaria respecto al de los pueblos modernos. Y el corto número de habitantes activos de acuerdo con la escasa población del país.

Llegaba yo a la conclusión de que era indispensable procurar dis-

minuir la emigración de mexicanos a los Estados Unidos. Me preocupaba primordialmente la debilidad demográfica del país frente a las fuerzas expansionistas que se manifestaban todavía en el sentido territorial, en los discursos y escritos de algunos legisladores de estados del sur de Estados Unidos. Decía:

Por consiguiente, es de vital importancia para México poner fin a esta corriente migratoria que representa, para su débil economía demográfica, una considerable pérdida. Y así como Europa y los Estados Unidos, después de la Guerra 1914-1918 se han preocupado con más interés y seriedad de los complejos problemas de la política de la población, México después de sus luchas revolucionarias comienza a preocuparse por estos mismos problemas, y hace esfuerzos para disminuir la mortalidad general y sobre todo la infantil, procura repatriar a sus nacionales y evitar que siga la ola migratoria hacia el Norte, y en estos momentos (1931) ha iniciado una enérgica restricción a la entrada de trabajadores extranjeros al país.

Y agregaba yo que la política general de población que México debería seguir, tendría que ser una política positiva o propulsiva del punto de vista cuantitativo con mejoramiento cualitativo racial y cultural; esto es, incorporando a los grupos atrasados de indígenas y mestizos a la tecnología moderna que ya en México habían alcanzado las ciudades grandes y medianas, y algunas regiones agrícolas. Además tendría que ser una política contraria a las tendencias naturales de la población: mortalidad general e infantil muy elevadas y fuerte emigración; y hacía notar también que el fenómeno emigratorio para México resultaba más grave si se consideraba que los Estados que más habían contribuido a la emigración eran: Jalisco, Guanajuato y Michoacán "que están en el corazón mismo del país".

Igualmente señalaba que la emigración había hecho bajar el ritmo de crecimiento de la población de esas tres entidades, y que los Estados de la república, en los que (hasta 1931, año en que se redactó la citada comunicación) se había realizado con mayor intensidad la reforma agraria, se distinguían por el bajo por ciento de contribución al número de emigrantes. Era conveniente subrayar entonces que ya en el año de 1900 la emigración mexicana se siente en Texas con mayor intensidad que en California, Arizona y Nuevo México, y que en 1910 la intensidad del fenómeno aumenta en Texas en mayor grado que en California y Arizona, y que se observa un leve aumento en Nuevo México y se inicia la presencia de emigrantes mexicanos en Kansas, Oklahoma y Colorado y que la tendencia a extenderse hacia el noreste de los Estados Unidos se muestra ya franca aunque débil.

En 1920 la emigración mexicana a los Estados Unidos se manifiesta más; con mayor intensidad a Texas, acentuándose, aunque en menor cuantía, a California y Arizona; y con cierto vigor a Colorado, Kansas y Louisiana. Algunos años después, debido al aumento en la demanda de trabajadores mexicanos, nuestros compatriotas emigrantes pasan, sobre todo, de Texas y en menor grado de Arizona, a Illinois y a Indiana.

Varios escritores norteamericanos habían señalado entonces que los emigrantes mexicanos dieron su esfuerzo a la minería en Arizona, a la construcción de vías férreas en Illinois, California, Texas y Kansas; a las industrias de materiales de construcción y empaque en California y a los cultivos de algodón, frutales y otros en Texas, California, Arizona, Louisiana, Alabama, Mississippi y otros estados.

En busca de trabajo y sobre todo de trabajo mejor retribuido jóvenes jornaleros, en su mayoría residentes en localidades rurales, en haciendas y ranchos de México y en menor proporción de origen urbano, dejaron el país ansiosos de obtener elevados salarios y llevados también por cierta curiosidad y espíritu de aventura; pero estos últimos factores fueron secundarios. Los salarios más altos eran los de las labores del algodón en algunos Estados, y los más bajos parece que siempre eran los de Texas.

Pero de todos modos eran salarios muy elevados en comparación con los que percibía el peón o jornalero de campo en México.

El estudio más interesante que sobre este tema se escribió en aquellos años fue el del eminente antropólogo y sociólogo doctor Manuel Gamio. Su libro *Mexican Immigration to the United States*, constituyó una contribución muy importante al esclarecimiento de estas cuestiones. Ese trabajo tiene, además, significación por el método de investigación que se empleó; en él, el doctor Gamio anotó que los trabajadores emigrantes enviaban anualmente a sus familias la cantidad de diez millones de pesos mexicanos. Comenté el punto así:

Este dato tiene gran importancia si se le compara con los millones de millones de dólares que representan las industrias en que han trabajado los mexicanos en la gran república del Norte. Por otra parte, bien sabido es que de la comparación de lo que cuesta el sostenimiento de un hombre desde su nacimiento hasta que comienza a producir, con todo lo que pueda ganar en su vida activa, resulta que "levantar" un hijo es un acto antieconómico. En un cuadro de la frecuencia de envíos de dinero por los emigrantes, que da el mismo doctor Gamio, en su

estimable obra citada, se comprueba la inclinación general que observaron hace muchos años los estadísticos, de preferencia por los números terminados en cero o en cinco. En esa tabla la máxima frecuencia corresponde a los envíos de 20 pesos, y se manifiesta invariablemente en los de 10, 30 etcétera; fuerte en los de 50, lo es también en los de 100, y por último se manifiesta todavía aunque con menor fuerza en los de 200.

II

Entre 1917 y principios de los veinte, cuando apenas había terminado la parte más intensa de las luchas armadas de la Revolución Mexicana, y la Constitución de 1917 era discutida y combatida por fuerzas sociales contrarias al progreso de México, especialmente latifundistas y grupos importantes de banqueros, industriales, comerciantes, y por el clero; en medio de la incomprensión de la clase media que se mostraba indiferente a las importantes reformas sociales trazadas en la nueva Constitución, el gobierno revolucionario proporcionó recursos modestos a Manuel Gamio para que un grupo de distinguidos estudiosos en los campos de la arqueología, la historia, la antropología y la sociología, realizaran una investigación interdisciplinaria sobre Teotihuacán. Ésta se publicó en varios volúmenes bajo el título: *La población del Valle de Teotihuacán*, los cuales fueron distribuidos en todo el mundo científico. Debido al interés que Calles tenía por los problemas educativos y en general culturales de las poblaciones rurales de México y de los grupos indígenas, durante su gobierno llevó a Gamio, aunque por poco tiempo, a la Subsecretaría de Educación Pública. Pero algunas dificultades entre el doctor Gamio y el titular de la Secretaría de Educación Pública hicieron que aquél renunciara. Después logró que una institución de fomento científico de Estados Unidos le ayudara para realizar una investigación sobre los inmigrantes mexicanos en aquel país; ésta se realizó mediante lecturas de materiales no muy abundantes relacionados con el tema y, sobre todo, mediante conversaciones con patrones norteamericanos de ranchos y talleres, con capataces, contratistas y especialmente inmigrantes mexicanos. Conversaciones que le permitieron recoger interesantes observaciones y hacer apuntes biográficos de inmigrantes. Una selección de estas biografías fue publicada en inglés, según se explica en el prólogo de esta edición que, en español, hace ahora el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, dirigido por el doctor Pablo González Casanova quien, después de realizar una muy meritoria labor en la dirección de la Escuela (ahora Facultad) de Ciencias Políticas y So-

ciales de nuestra Universidad Nacional, actualmente dirige, con eficiencia y entusiasmo, el ya mencionado Instituto.

Sin duda que al doctor González Casanova le ha interesado la publicación de este libro no sólo por el valor intrínseco de los materiales que contiene, sino porque esas pequeñas biografías muestran entre líneas la disciplina y curiosidad científicas del doctor Gamio, uno de los pioneros en México de la sociología aplicada; así como Antonio Caso fue el fundador de los estudios de sociología en nuestra Universidad.

El curso de sociología de Antonio Caso tenía un alto nivel científico, además de un gran atractivo por sus grandes cualidades de expositor, su amplia cultura y la elegancia de estilo de sus magistrales lecciones. Antonio Caso sembró inquietudes humanísticas en lo mejor de muchas generaciones de jóvenes; inquietudes que impulsaron a muchos distinguidos estudiosos de filosofía, de derecho y también de sociología y economía, para que ejercieran decisiva y duradera influencia en la formulación y aun en la ejecución de algunas de las reformas económicas y sociales de la Revolución Mexicana. Pues esos jóvenes discípulos de Caso participaron de manera relevante en los gobiernos revolucionarios que hemos tenido; escribieron estudios, ensayos, discursos y documentos oficiales; ocuparon cátedras y cargos públicos y todo esto con profundo sentido de responsabilidad frente al pueblo y a la Universidad. De esas inquietudes surgieron más tarde, en el orden universitario, la Escuela Nacional de Economía, la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, la Facultad de Filosofía y Letras y otras instituciones; pero, sobre todo, un hondo afán de investigar directamente los problemas sociales y económicos de México para conducir mejor las reformas que la Revolución había trazado en la nueva Constitución.

Ahora los sociólogos tienen fácil acceso a una mayor variedad de doctrinas y de trabajos de sociología aplicada de casi todos los países; por otra parte la bibliografía sociológica, principalmente la referente a los países atrasados, ha aumentado mucho después de la gran crisis 1929-1933 y de manera relevante de la pasada Segunda Guerra Mundial. Al principio la sociología se había orientado, primordialmente en varias doctrinas y sobre todo en sus aplicaciones, hacia el estudio de lo que ahora llamamos los países desarrollados, y a ciertas clases sociales, especialmente las de menores ingresos, y las clases obreras de esos países industrializados. En el otro extremo la etnografía se interesaba, aunque con cierta timidez, por los pueblos atrasados de África, Asia y Oceanía; y en nuestro país la Revolución Mexicana,

con la revalorización de lo mexicano, y dentro de esto lo prehispánico, comenzaba a impulsar los trabajos arqueológicos y los estudios sobre los problemas de los grupos indígenas.

Gamio, en la planeación de los estudios sobre el Valle de Teotihuacán, demostró su espíritu organizador y conocimientos profesionales, pues fue un trabajo en equipo; en tanto que lo realizado sobre los emigrantes mexicanos a los Estados Unidos constituyó una investigación personal.

El estudio se le encargó cuando, entre la relativamente gran cantidad de emigrantes mexicanos temporales en los Estados Unidos, una elevada proporción quería permanecer en ese país. Esto despertaba inquietudes en algunos políticos locales y periodistas del sur de los Estados Unidos. Pues terminada la parte de investigación propiamente directa y al estar redactando su libro, se presentaron con claridad los primeros problemas de desocupación de trabajadores mexicanos en los Estados Unidos y apuntaron con claridad los factores que generaron más tarde la fuerte corriente de repatriación. A Gamio le interesaron sobre todo los cambios culturales que los mexicanos podrían haber sufrido durante la permanencia de algunos años en aquel país o por repetidos viajes para trabajar en varios Estados de la Unión; también le interesaban, naturalmente, algunas características económicas y por esto no solamente investigó el monto de las remisiones de dinero que hacían los trabajadores mexicanos a sus familias, sino los objetos que traían al ser repatriados.

El procedimiento que empleó para estimar el monto anual de los envíos de dinero hechos por los emigrantes mexicanos en los Estados Unidos a sus familias en México, fue sin duda ingenioso. Este procedimiento es una buena lección para los jóvenes sociólogos mexicanos de hoy. En vez de lamentarse por la falta o deficiencia, muchas veces no evaluada ésta, de los datos e informes disponibles para el estudio de un fenómeno social o económico, el profesional de esas ciencias sociales debe suplir tales deficiencias hasta obtener materiales aprovechables para su trabajo. Gamio encontró el modo de hacer esa estimación y en su libro mencionado explica los procedimientos que siguió.

El libro de Gamio fue escrito cuando la población mexicana en el país del Norte se consideraba más alta, con respecto a la población de México que, en mi opinión, crecía con lentitud y era pequeña. Esta doble debilidad demográfica, frente a las fuerzas expansivas del imperialismo norteamericano, constituía una de mis principales preo-

cupaciones a fines de los años 20. Por eso me interesaron mucho los trabajos de Gamio sobre la emigración de mexicanos a los Estados Unidos. Por estas preocupaciones, en mi comunicación presentada en septiembre de 1931 al Congreso Internacional de Estudios sobre la Población, en Roma, señalé algunos efectos del movimiento migratorio:

Sin duda que el movimiento migratorio tuvo influencia como factor que en corta medida produjo y en mayor precipitó la Revolución iniciada en 1910. Volvían los emigrantes proclamando los altos salarios, la buena vida, el progreso material y los prejuicios raciales. Sus relatos producían una verdadera revolución en las conciencias de los compañeros de trabajo. Aquellas narraciones despertaban admiración por la grandeza material de la República vecina, aumentaban el sentimiento de antipatía contra el "gringo", despertaban deseos de emigrar, pero sobre todo variadas reflexiones nuevas que convergían en el anhelo de mejorar de condición.¹

Como consecuencia de la gran crisis económica mundial, a principios de la década de los 30, miles de mexicanos quedaron sin trabajo en los Estados Unidos; entonces el gobierno mexicano tuvo el problema de la repatriación, ocasionando algunas fricciones con el gobierno de aquel país. Este fenómeno social encontró a México desprevenido y con dificultades para reacomodar y dar ocupación a los trabajadores que volvían a su país. México ya había hecho algunos adelantos en su política de construcción de carreteras y de presas para la irrigación de tierras de cultivo. La última revuelta militarista que perturbó la paz de México fue en 1929. El país sufría las consecuencias de la gran depresión mundial que se inició en el vecino país, en el otoño de 1929. Por esto en 1931, refiriéndome a los trabajadores mexicanos repatriados, escribí:

Cierto es que poco significa la adopción de formas externas de cultura más alta; cierto que aprenden poco, ahorran poco, envían escaso dinero al país y que entre los objetos que llevan los emigrantes cuando regresan es bajo el porcentaje de los que contribuyen a aumentar el capital instrumental; pero no es posible negar que además de los beneficios que produce la emigración en modesta escala como se desprende de lo

¹ Según los censos estadounidenses la población mexicana en la Unión ha sido:

1900:	103 393
1910:	221 915
1920:	486 418
1930:	1 422 533
1960:	1 735 992

anterior, en cambio no es posible por el momento pensar en los grandes beneficios que puede producir, como factor de orden, de progreso y de aceleración cultural el repatriado que ha visto cosas nuevas, que ha conocido otro mundo material y que retorna con mayores necesidades y con deseos de prosperar en la propia patria. Los repatriados serán sin duda un factor importante de aceleración de la obra educativa que realiza México sobre sus grandes masas. El bagaje con que retorna el emigrante es un bagaje espiritual, de gran valor: no conformidad. Precisamente la antítesis de lo que ha constituido la actitud espiritual histórica de las grandes mayorías del pueblo humilde. No conformidad: no como rebeldía habitual e inmotivada, sino como anhelo persistente de trabajar y aprender para mejorar la miserable existencia.

Apunté una diferencia de enfoque en cuanto a la política para acelerar el crecimiento de la población en México, en las siguientes líneas:

Una diferencia notoria se advierte entre los gobiernos anteriores a la Revolución y los posteriores a ésta: aquéllos tenían esperanzas en la colonización con extranjeros, en la inmigración. Los gobiernos del segundo periodo fundan sus esperanzas en la disminución de la mortalidad y reducción al mínimo de los emigrantes.

La investigación realizada por el doctor Gamio durante los años de 1926-1927, sobre la emigración mexicana a los Estados Unidos, demuestra sus inquietudes científicas, su preparación profesional y responsabilidad en cuanto a la obtención de datos de primera mano y a su utilización. Las biografías de inmigrantes mexicanos, bases principales de su trabajo de investigación, tienen valor después de 40 años. Es necesario pues, dado todo lo anterior, publicarlas en español, para que las nuevas generaciones de estudiosos de problemas sociales las puedan utilizar.

En 1883 nació Manuel Gamio en la ciudad de México, realizó estudios en la Universidad de Columbia, N. Y.; en 1917 organizó la Dirección de Antropología y de 1918 a 1921 dirigió la meritoria investigación sobre el Valle de Teotihuacán. En su libro *Forjando patria* (Porrúa Hnos., México, 1916) presenta observaciones y atisbos interesantes y útiles en varios campos de las ciencias sociales en México. Fue uno de los iniciadores de los modernos estudios sobre los problemas de los grupos indígenas de México. Prestó valiosos servicios como

director del Instituto Indigenista Interamericano, y murió a los 77 años.

Desde joven aprendió la lengua náhuatl y poco después inició sus estudios de arqueología y antropología en el Museo Nacional. En la Universidad de Columbia, New York, obtuvo grados en antropología.

México había iniciado una etapa de su vida institucional al entrar en vigor en 1917 la *Constitución política* que el pueblo en armas se había dado después de varios años de cruentas luchas. Ese mismo año se creó la Dirección de Antropología de México. El hecho es significativo.

La obra principal de Gamio, sobre la población del Valle de Teotihuacán fue realizada por un grupo de hombres de estudio, tuvo un enfoque de carácter interdisciplinario y consideró la zona teotihuacana en las épocas prehispánica, colonial y moderna. La preocupación de Gamio, como director de los trabajos en la zona de Teotihuacán, no fue sólo arqueológica, sino también de conocer las condiciones de vida y las características culturales de los habitantes para orientar e instrumentar una acción de mejoramiento económico y social de la población de ese Valle. A la distancia que nos separa de esa obra, de los esfuerzos que se hicieron entonces y de los trabajos que se han realizado tanto en el campo arqueológico, como sobre todo en el orden de la antropología social con fines de mejoramiento de esa zona, parece que es necesario un estudio analítico para hacer una evaluación de métodos seguidos, de medios aplicados y de realizaciones.

De los contactos directos de Gamio con problemas de los grupos indígenas y mestizos, especialmente rurales, surgieron las ideas fundamentales expuestas en su interesante libro *Forjando patria*, que, por la época en que se publicó y por el conjunto de problemas que trataba, despertó inquietudes entre hombres de estudio y de gobierno sobre varias de las cuestiones fundamentales de México. La obra sobre el Valle de Teotihuacán fue muy apreciada tanto en México como en el exterior. La Universidad de Columbia y la Universidad Nacional de México le otorgaron doctorados *honoris causa*.

Gamio señala con claridad, como un enfoque primordial para el estudio de los problemas de México, la muy acentuada heterogeneidad cultural, social y económica del país, que otros hombres de estudio y políticos habían venido señalando ya desde fines del siglo pasado; pero Gamio, partiendo de esta observación fundamental trabajó durante varios años para tratar de forjar instrumentos adecuados al estudio y solución de los problemas de las poblaciones indígenas, con el fin de acelerar "la formación de una nación coherente y definida".

Don Adolfo Ruiz Cortines, oficial del Ejército Constitucionalista,

comentaba algunas características demográficas de México en 1926 y 1927, siendo funcionario del Departamento Autónomo de la Estadística Nacional. Esas observaciones las había recogido directamente en contacto con poblaciones de localidades pequeñas y grandes, urbanas y rurales durante los años de las luchas armadas que sostuvo el ejército formado por don Venustiano Carranza. Afirmaba que México era un "mosaico" formado por grupos sociales con grandes diferencias culturales, sociales y económicas, y que para fortalecer la nacionalidad era indispensable luchar y trabajar para disminuir esas fuertes diferencias. Las características y hechos en que se manifestaba esa fuerte heterogeneidad cultural en gran parte habían quedado al descubierto por los trabajos etnográficos y lingüísticos de los eminentes profesores del Museo Nacional: el doctor Nicolás León (1859-1929) quien a pesar de la grave escasez de recursos, dejó una obra interesante en varios campos, incluyendo la antropología física, y el profesor Pablo González Casanova (1889-1936), quien en ese mismo hecho de la heterogeneidad cultural de México, había encontrado un estímulo constante para sus valiosos trabajos lingüísticos y etnográficos. Estudia y aplica también este concepto básico de la tremenda heterogeneidad de México en los órdenes económico, social y cultural, don Andrés Molina Enríquez (1866-1940), que da a ciertas relaciones vinculadas a la propiedad, a la tenencia y al uso de la tierra, la función de una especie de clave para la comprensión de la historia del pueblo mexicano.

En los mismos años, en su cátedra de sociología de la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad Nacional Autónoma de México, don Antonio Caso (1883-1946), al explicar los factores sociales a los alumnos (que tenían como texto el libro de sociología general de Mariano H. Cornejo) hace algunas certeras observaciones sobre México que conducen a señalar causas y características de las fuertes diferencias y desigualdades culturales, económicas y sociales, en función de factores histórico, económico y sociales, de tal manera que inculcaba en sus alumnos el afán de investigar las diferencias y desigualdades de los grupos sociales de México, analizar y evaluar sus causas y consecuencias, por lo que sembraba en sus discípulos una especie de conciencia de responsabilidad investigadora de los problemas nacionales por métodos científicos, y sin decirlo ponía a la vista la necesidad primordial de mejorar y ampliar los servicios de estadística y de realizar investigaciones arqueológicas, etnográficas, sociológicas y económicas. Esa conciencia, incipiente al principio y siempre creciente en muchos de los mejores hombres de México que tuvieron participación en altas responsabilidades de gobierno y uni-

versitarias de 1917 a fines de los años cuarenta, se expresó en acción legislativa y de política económica y social, así como en creación y adelanto en el orden universitario. En la fundación de las Escuelas Nacionales de Economía y de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, estuvo presente esa conciencia de responsabilidad de investigar problemas del pueblo mexicano para señalar sus soluciones. Lo mismo puede decirse de la creación de los institutos de investigaciones sociales y económicas de nuestra Universidad Nacional y de la Escuela Nacional de Antropología, así como del Instituto Indigenista Mexicano, fruto del Congreso Indigenista de Pátzcuaro.

Algunos lustros después apareció francamente la preocupación clara y concreta de investigar específicos problemas nacionales y realizar estudios históricos sobre México para llenar lagunas importantes.

Miguel León-Portilla, en su estudio titulado "Algunas Ideas Fundamentales del doctor Gamio" (*América Indígena*, volumen xx, número 4, octubre 1960), dice:

Entre los conceptos fundamentales del doctor Gamio parece oportuno destacar aquí los siguientes, que se cuentan entre los más importantes: 1) El concepto de arqueología; 2) La antropología aplicada; 3) El método de investigación integral; 4) Concepto de arte prehispánico; 5) El indigenismo interamericano.

Considera León-Portilla que una de las contribuciones de Gamio fue su concepto de arqueología, ya que "no debía ser solamente un conocimiento estático del pasado precolombino: el estudio de las huellas dejadas por los antiguos pobladores podría también contribuir como antecedente fundamental, para lograr un conocimiento más autorizado de la población nativa contemporánea". Es ésta sin duda una contribución valiosa de Gamio porque, en esa época, en México se desconocía la posición de algunos etnólogos europeos que afirmaban que para aplicar medidas educativas de administración colonial que no produjeran efectos desfavorables sobre las poblaciones nativas, era necesario partir del estudio científico de sus características culturales (tomando estas palabras en su más amplio sentido), y señalaba que era difícil investigar los factores que habían producido esas características por desconocimiento casi completo de la evolución histórica de esos pueblos atrasados. En mi opinión el juicio de Gamio sobre la arqueología era más claro, y más fecundo en aplicaciones porque coincidía con el triunfo de la Revolución Mexicana. Ésta aspiraba a valorizar lo indígena y lo mexicano como reacción frente a las acentuadas tendencias europeizantes que se manifestaron durante el porfiriato en los estratos superiores y medios de la población nacional.

Al día siguiente del triunfo de la Revolución, el pueblo mexicano que había adquirido en sus años de lucha gran lucidez, y una vigorosa conciencia de su personalidad histórica, sentía la necesidad de conocerse mejor, pero sobre todo sus problemas, principalmente los de los grupos indígenas y los de las poblaciones rurales en general, con el fin de determinar y de aplicar medidas para resolver asuntos relacionados con la propiedad, tenencia y uso de la tierra, el mejoramiento de la agricultura, la elevación de los niveles de producción y de vida de los campesinos, indígenas y obreros.

III

Los sesenta y un casos que corresponden a otras tantas biografías, y se publican en este volumen, pueden clasificarse tentativamente, según las causas principales de la emigración a los Estados Unidos, en la siguiente forma:

CAUSAS POR LAS QUE EMIGRARON LOS MEXICANOS A LOS ESTADOS UNIDOS EN LOS CASOS ESTUDIADOS ²

<i>Causas por las que salieron del país</i>	<i>Número</i>
Causas relacionadas directamente con la Revolución Mexicana	17
Afán de aventura y deseos de viajar	9
Más altos salarios y mejoría económica	21
Desocupación y subocupación en México	3
Para estudiar en los Estados Unidos	2
Otras causas	9
Total	61

Se advierte claramente que la mayor frecuencia corresponde a los casos en que se da como causa la esperanza de ganar más altos salarios y alcanzar una substancial mejoría económica (21 casos). El segundo lugar de frecuencia de casos de emigrantes, según la causa o móvil declarados, es el que corresponde a hechos o motivos relacionados directamente con las luchas de la etapa armada de la Revolución Mexicana, y aún de las rebeliones militares posteriores a 1917 (17 casos). Sigue el grupo de quienes manifestaron como causa "afán de aventura y deseos de viajar a los Estados Unidos y conocer ese país" (9 casos).

² Las entrevistas de este estudio las llevó al cabo el doctor Manuel Gamio durante los años de 1926 a 1927.

Recuerdo que de los "braceros" mexicanos que entrevisté en el Distrito Federal el año de 1951, y que querían insistentemente volver a los Estados Unidos, unos como trabajadores temporales y otros con el propósito de establecerse permanentemente en ese país, cerca del 80% dieron como causa una combinación de anhelos de mejoría económica, aspiraciones de ganar salarios mucho más altos que los que podrían obtener en México y su afán de aventura, más o menos confesado en unos casos y francamente expuesto en otros. Cuando menos, en una proporción no menor del 80% de esos casos los interrogados expresaron que su primer viaje a los Estados Unidos fue por el afán de aventura y deseos de viajar, y decían que obtuvieron salarios mucho más elevados que en México y que sufrieron discriminaciones y molestias, pero deseaban volver en dos o tres ocasiones más, con el fin de ganar más y ahorrar dinero. En esos casos el afán de aventura se ocultaba más o menos, pero se advertía que era un factor secundario siempre asociado a la esperanza de mayores ingresos. En algunos casos era claro el propósito de ganar más y de ahorrar para comprar más tierra en el pueblo natal, para mejorar una pequeña propiedad agrícola, para dejar de ser jornaleros de campo y establecerse como artesanos en alguna ciudad de México. No conservé los apuntes de esos interrogatorios; el número de casos fue pequeño (cerca de 20) y no tenía, por mis ocupaciones y compromisos de trabajo, posibilidad de continuarlos además de que resultaban poco interesantes en cuanto a los antecedentes de esos braceros que con insistencia hacían gestiones para hacer otro viaje a los Estados Unidos. Además, tuve la impresión de que habían sido sometidos a interrogatorios, con motivo de sus diferentes viajes como "braceros", en los Estados Unidos y en México, y que ya tenían propensión a dar determinadas contestaciones con el propósito de evitar o disminuir dificultades para volver a obtener trabajos de "braceros".

Parece conveniente presentar una lista con los nombres de los emigrantes cuyas biografías aparecen en el libro, su lugar de nacimiento, las causas a las que atribuyen su salida del país y el año de salida.

CAUSAS POR LAS QUE EMIGRARON LOS MEXICANOS A LOS ESTADOS UNIDOS EN LOS CASOS ESTUDIADOS ³

Nombres	Lugar de nacimiento	Causas por las que (según dijo) salió del país	Año de salida
Pablo Mares	Guadalajara, Jal.	Por la Revolución	1915
Luis Tenorio	Jalisco	Por no seguir en la Revolución	1915
Luis Murillo	Monterrey, N. L.	Por la aventura de conocer nuevos lugares	1920
Carlos Morales	Sonora	Para patentar y explotar la fórmula para hacer cemento que sirva para muchos usos	—
Jesús Garza	Aguascalientes	Deseo de viajar y conocer el mundo	—
Gonzalo Galván	—	Deseo de trabajar y recorrer los Estados Unidos	—
Bonifacio Ortega	Jalisco	Deseo de conocer los Estados Unidos	—
Gumerindo Valdés	Ojo de Agua, Gto.	Deseo de conocer los Estados Unidos	—
Juan Bersúnzolo	Abasolo, Gto.	Deseo de conocer los Estados Unidos	1912
Elias Garza	Cuernavaca, Mor.	Deseo de ganar dinero y por la Revolución	—
Señora Flores de Andrade	Chihuahua	Para mejorar su situación económica, luchar por sus ideales liberales y conspirar contra la dictadura de don Portirio.	1906
Angel Ruiz	Zamora, Mich.	Para arrojar del país a los que habían invadido California	1911
Carlos Almazán	Guanajuato	Por mejorar su situación económica	—
Gonzalo Plancarte	Guadalajara	Por aventurar	—
Policarpo Castro	—	Porque no le gustaba la Revolución y no encontraba trabajo en México	—
Felipe Montes	León, Guanajuato	Por aventurar, conocer otros lugares y por aprender inglés	1917
Gilberto Hernández	Culiacán, Sinaloa	Porque no le gustaba la Revolución ni pelear	—
Juan Ruiz	Uruapan, Mich.	Porque le robó a su padre	—
Señor Asunción Flores	Michoacán	No sabe por qué causas	—
Elias González	Parral, Chih.	Para mejorar su situación económica	—
Guillermo Salorio	—	Por causas de la Revolución	—
Jesús Mendizábal	Zacatecas	Para ganar más dinero	—
Tomás Mares	Guaymas, Son.	Para mejorar económicamente y para no convertirse en asesino	—
Pascual Tejeda	Monterrey, N. L.	Por trabajar en paz	—
Pedro Chausse	Distrito Federal	Por no encontrar empleo en México	—
Miguel Padilla	Distrito Federal	Para estudiar en la Universidad de Nueva York	—

Nombres	Lugar de nacimiento	Causas por las que (según dijo) salió del país	Año de salida
Salvador Pérez	Distrito Federal	Por la caída de Victoriano Huerta; él y su familia tuvieron que salir del país	
Lorenzo Cantú	Durango	Seguir estudios eclesiásticos superiores	
Anastasio Cortés	Fresnillo, Zac.	Falta de empleo	
Santiago Lerdo	Veracruz	Por criticar al régimen de Porfirio Díaz	1900
Gonzalo Clark	Guaymas, Son.	Porque los revolucionarios me obligaron a salir del país	
Pablo Puerto Orellano	Durango	Por causas políticas	
Alonso M. Galván	Chihuahua	Por causas políticas	
José Robles	Mazatlán, Sin.	Para mejorar económicamente	
Señora Ruhe López	Mazatlán, Sin.	Por seguir a su esposo que es norteamericano	
Isidro Osorio	Pénjamo, Gto.	Por el deseo de conocer los Estados Unidos	1921
Carlos Ibáñez	San Francisco, Zac.	Por buscar fortuna	
Pedro Nazas	Zapotlán, Jal.	Por buscar fortuna	1918
Wenceslao Orozco	Durango	Por falta de trabajo y ganar más dinero	
Anastasio Torres	León, Gto.	Para una mejor remuneración en su trabajo	1911
Juan Casanova	Distrito Federal	Por misión oficial, quedándose al terminar ésta	
Felipe Valdez	Guadalupe	Por causas de salud de su madre	
Fernando Sánchez	Saltillo, Coah.	Por un contrato para trabajar que le ofrecía buenas perspectivas	
Pedro Villamil	Durango	Para mejorar su nivel de vida	
Doña Clarita	Guaymas, Son.	Por dificultades con la justicia	
Señora Ceballos	México, D. F.	Huyó de su casa por tratarla mal su marido	
Dolores Sánchez de Fuente	Mazatlán, Sin.	Por la Revolución	
Antonia Villamil de Arthur	Zamora, Mich.	Al comenzar la Revolución fue de viaje y se casó con un norteamericano	
Domingo Ramírez	Cananea, Son.	Lo llevaron sus padres a residir a E. U. a causa de la Revolución	
Frank Menéndez	Querétaro	Porque se dedica al contrabando de licores	
Nivardo del Río	Chihuahua	Para buscar mejores condiciones de vida para él y su familia	1923
Concepción Gutiérrez del Río	Durango	Para buscar mejores condiciones de vida para él y su familia	
Elisa Silva	Mazatlán, Sin.	En busca de oportunidades para trabajar y mejorar económicamente	

Juana de Hidalgo	Sonora	Por deseo de conocer	1911
Miguel Chávez	Mocorito, Sin.	Por la Revolución y necesidad de mantener a su madre	—
Angelino Batres	Guadalajara, Jal.	Por problemas con la justicia	—
Wenceslao Iglesias	Fresnillo, Zac.	Su hermano lo llevó de aprendiz de fundidor a Estados Unidos	—
Vicente Gaumer	—	Lo llevó su familia a vivir en Estados Unidos	1915
Señor Campos	México, D. F.	Por la Revolución Mexicana	—
Elena Torres de Acosta	Guadalajara, Jal.	Para olvidar las penas de su divorcio y buscar una nueva forma de vida	—
Isabel Sandoval	—	Se fue desde pequeña con su familia	—

⁸ Encuesta realizada en los años 1926-1927, por el doctor Gamio.

Entre las personas que declararon a Gamio que habían salido de México por deseos de viajar y conocer Estados Unidos, es posible que se asociaran con el anhelo de trabajar y ganar más y con el de conocer los Estados Unidos. Algunos de los interrogados acaso tenían motivos para no decir francamente que deseaban trabajar en los Estados Unidos y no pocos ocultaban otros móviles. Una información interesante es la que proporciona Flores de Andrade que salió en 1906 y declaró que emigró a Estados Unidos “para mejorar su situación económica, luchar por sus ideales liberales y conspirar contra la dictadura de Porfirio Díaz”. Entre los que declararon que “no les gustaba la Revolución”, pueden encontrarse, en el fondo de sus verdaderas motivaciones, una actitud de indiferencia o contraria a la Revolución, o simplemente el deseo de no participar en los movimientos armados por no tener espíritu de lucha, por razones familiares y naturalmente por ideas de cualquier clase que no los inclinaban a participar en esas luchas armadas. Algunos casos corresponden a personas que tuvieron que salir del país para evitar la justicia revolucionaria o por estar en desacuerdo con alguna de las facciones revolucionarias o con las autoridades constituidas de 1917 en adelante. En algunos de estos casos en que se mencionan “causas políticas”, no aparece el año de salida. Nótese el caso curioso de quien afirma que emigraba a los Estados Unidos (1926) porque no quería participar en la “revolución cristera”. También presentan cierto interés tres casos de mujeres; los nombres de ellas son: Dolores Sánchez de Fuentes, Antonia Villamil de Arthur y Elena Torres de Acosta.

Sería un buen ejercicio para los estudiantes de sociología considerar cuidadosamente las biografías y tratar de precisar en algunos casos si las causas expresadas por el emigrante resultan congruentes o no con los demás datos, si pueden considerarse aceptables o si hay presunciones fundadas de que se trató de ocultar las verdaderas causas.

De los 17 casos en que se dieron como causas de la emigración, alguna relacionada directamente con la Revolución Mexicana, en 9 se conoce el año de salida; de estos nueve casos, siete fueron anteriores a la *Constitución de 1917*, uno es de dicho año y otro de 1926 que fue el año en que parece que inició sus interrogatorios el doctor Gamio. Nótese que tres casos corresponden al año de 1915, que fue de cruentas luchas armadas entre las facciones en que se había dividido la Revolución triunfante.

Los 4 casos de emigrantes en busca de altos salarios y mejoría económica, para los que se conoce el año de salida, pueden dividirse en dos partes: dos casos son anteriores a 1917 y dos posteriores a dicho

año. Uno de los años es el de la caída de Porfirio Díaz y otro es el segundo año de vigencia de la *Constitución de 1917*; un caso (1923) es de fuerte agitación política que terminó con el inicio de la rebelión delahuertista.

Las causas y motivos de las salidas de México y entradas a los Estados Unidos en aquellos años eran diferentes cuando se trataba de personas que pretendían emigrar definitivamente y establecerse en el vecino país del Norte, y de los que emigraban con la intención de trabajar durante algunos años y volver a su patria. Muchos mexicanos que salieron con el propósito de regresar, ya no volvieron, y muchos que salieron, con deseos de establecerse en los Estados Unidos, cambiaron de opinión y de propósito, o los hechos y sus circunstancias les presionaron a regresar a su país de origen. Entre los trabajadores migratorios agrícolas temporales (llamados generalmente "braceros") que han salido de México en los últimos lustros, muchos hubieran querido obtener autorización para residir en los Estados Unidos, y muchos también eran verdaderos trabajadores migratorios estacionales. La vecindad, la extensa frontera de México con un país muy desarrollado económicamente siempre ejercerá fuerte atractivo sobre los trabajadores de un país como México en proceso de desarrollo.

Inclusive, si en su frontera Sur los Estados Unidos no tuvieran a México sino a algunos países europeos de los menos desarrollados, también se manifestaría una fuerte tendencia a la emigración de trabajadores, de diversas calificaciones, a los Estados Unidos. Ahora ese país ha puesto grandes restricciones a la emigración de trabajadores agrícolas mexicanos de carácter estacional. Las cifras muestran que ha sido muy fuerte el descenso del número de trabajadores mexicanos temporales que han salido a los Estados Unidos. Cuando dicho país tiene problemas de mano de obra, en la paz o en la guerra, encuentra con facilidad mano de obra mexicana dispuesta a trabajar en labores de campo y en rudas faenas de varias clases. Hay también cierta demanda, que se ha manifestado en los últimos lustros, de trabajadores mexicanos con algún grado de calificación como sirvientes domésticos, personal de mostrador y de oficina y profesionales de enfermería, de la medicina y algunas ramas de la ingeniería en sus niveles bajos e intermedios. Las discriminaciones que han sufrido los trabajadores mexicanos, han disminuido y también los abusos frecuentes y graves que se cometían con ellos. Sin embargo, todavía en los últimos años las condiciones del trabajador mexicano en los Estados Unidos no han sido equitativas. No se han hecho estudios adecuados para analizar y medir las influencias culturales y sociales

ejercidas, por el medio en que se han movido, sobre los trabajadores migratorios mexicanos que han estado varias veces en los Estados Unidos.

NÚMERO DE INMIGRANTES MEXICANOS COMPARADOS CON TODOS
LOS INMIGRANTES
PERIODOS DE CINCO AÑOS, 1900-1964

Periodo ^a	Mexicanos ^b	Total	Mexicanos Como % del Total
1900-1904	2 259	3 255 149	.07
1905-1909	21 732	4 947 239	.44
1910-1914	82 588	5 174 701	1.60
1915-1919	91 075	1 172 679	7.77
1920-1924	249 248	2 774 600	8.98
1925-1929	238 527	1 520 910	15.68
1930-1934	19 200	426 953	4.50
1935-1939	8 737	272 422	3.21
1940-1944	16 548	203 589	8.13
1945-1949	37 742	653 019	5.78
1950-1954	78 723	1 099 035	7.16
1955-1959	214 746	1 400 233	15.34
1960-1964	217 827	1 419 013	15.35

^a Años Fiscales.

^b Clasificados por país de nacimiento, excepto para los periodos 1935-1939 y 1940-1944 en los cuales los datos se refieren a México como el país de última residencia. Esta clasificación tuvo que ser adoptada porque los informes para varios años en estos periodos no suministran datos por país de nacimiento. Las estadísticas para los periodos en los que ambas clasificaciones son incluidas, indican que las diferencias numéricas son relativamente pequeñas. La clasificación por "país de nacimiento" fue adoptada aquí como la básica no sólo porque es definicionalmente superior sino también porque las características detalladas de inmigrantes, son citadas sobre esta base.

FUENTE: Informes Anuales del Servicio de Inmigración y Naturalización y de los organismos que los precedieron.

TOMADO DE: *Mexican-Americans: "Problems and Prospects."* Joan W. Moore. Special Report. Institute for Research on Poverty, The University of Wisconsin, Madison, Wisconsin (cuadro 3, página 11).

Si se observan las cifras de los inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos en el periodo 1900-1904, se advierte que es muy fuerte el aumento que se registró en el periodo siguiente: 1905-1909. Este significativo aumento está relacionado con la creciente demanda de trabajadores mexicanos en los Estados Unidos, con el crecimiento na-

tural de la población de México a fines del porfiriato, con el aumento de la desocupación y de la subocupación en campos y ciudades y con las inquietudes políticas de los años inmediatos anteriores a 1910. El sistema de explotación en las haciendas mexicanas, el número insuficiente de empleos que ofrecían las nuevas fábricas y talleres, las crecientes inquietudes y el mayor descontento popular por los abusos de caciques, latifundistas y patronos, la mayor cantidad de personas con instrucción primaria, los signos de estancamiento político, así como la amplitud de la frontera terrestre y las facilidades de transporte por ferrocarril podrían ponderarse dentro del conjunto de factores que elevaron el número de inmigrantes a los Estados Unidos de 2 259 en el periodo 1900-1904 a la cifra de 21 732 en 1905-1909, años todavía de paz hacia el final del porfiriato.

Las cruentas luchas que se desarrollaron en grandes regiones del país en las primeras etapas revolucionarias, impulsaron la emigración de familias mexicanas que vivían en pueblos, en haciendas y ranchos a las ciudades pequeñas y medianas y al Distrito Federal, y provocaron grandes movimientos de masas, formadas predominantemente por varones, de unos lugares a otros de la República. Los fuertes cambios políticos y sociales que se operaron al derribar la revolución el antiguo régimen, estimularon la emigración hacia los Estados Unidos por razones políticas, pero sobre todo por el afán de encontrar, en un país desarrollado que vivía en paz, oportunidades de trabajo que habían disminuido mucho en México en los duros años de las luchas armadas.

Así es como se registraron fuertes aumentos en el número de inmigrantes mexicanos a los Estados Unidos: en el periodo 1910-1914 se registraron 82 588 inmigrantes y en 1915-1919, 91 075. Muchas personas de las clases medias inferiores y aún de la clase media propiamente dicha, habían perdido la esperanza de que México pudiera establecer gobiernos estables y que continuaran el añorado progreso del porfiriato; por esto emigraron personas de las clases medias profesionales y artesanales y también de los sectores agrícolas, que comprendían que la Reforma Agraria, que se iniciaba en el país, cambiaría las características de la tenencia y uso de la tierra. También procuraron emigrar al país vecino del norte quienes, por no tener vocación militar o suficiente sensibilidad política y social, no querían participar en el movimiento revolucionario. Como consecuencia de la Primera Guerra Mundial aumentó, sobre todo en el periodo de 1915-1919, la demanda de trabajadores mexicanos en amplias zonas del Sur de los Estados Unidos.

Los dos siguientes periodos corresponden a etapas de la vida mexicana en que se realizaban reformas sociales, se formaban nuevas fuerzas políticas, se extendía y manifestaba con fuerza creciente la explosión de ideas, intereses y pasiones de los jefes militares, y generaba gran inestabilidad política la falta de partidos bien organizados y fuertes y la acción de numerosos "partidos" con claras tendencias personalistas y oportunistas que pretendían apoyarse en los obreros y en los campesinos que realmente sentían la necesidad de realizar las reformas que la Revolución había planteado e iniciado.

Todos estos factores actúan en una etapa en que México busca afanosamente su camino después de las victorias del Ejército Constitucionalista y de la promulgación de la *Constitución de 1917*. Los grupos de los grandes jefes militares, después de haber sacrificado al presidente Carranza, luchaban encarnecidamente entre ellos al mismo tiempo que se iniciaba la reforma educativa, con tendencias populares y nacionalistas, se revalorizaban elementos culturales prehispánicos y de la cultura mestiza de México y se planteaban e iniciaban las políticas de construcción de carreteras y de obras de riego.

Las nuevas generaciones de estudiantes, de obreros y de campesinos jóvenes, con su fe en México reafirmada por una toma de conciencia que las luchas armadas y la *Constitución Política de 1917* habían hecho posible, se esforzaban con desinterés personal y con entusiasmo por consolidar en México la paz y el nuevo orden institucional, acelerar la reconstrucción del país y sobre todo la formación de la infraestructura indispensable para posteriores progresos económicos que mejoraran las condiciones de vida de las grandes masas populares. Es en esta interesante etapa de los años veinte cuando aumenta notablemente el número de inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos: en 1920-1924 emigraron 249 248 mexicanos al país vecino y en 1925-1929 salieron 238 527 personas; es decir, medio millón de mexicanos emigraron de 1920 a 1929 a los Estados Unidos y cerca de 200 000 salieron de 1910 a 1919.

En el periodo de 1930-1934 (la llamada "gran crisis") se generan factores que restringen la entrada de mexicanos a los Estados Unidos (19 200) y la cifra desciende hasta 8 737 en 1935-1939, periodo inmediato anterior a la Segunda Guerra Mundial. La influencia de ésta sobre la economía de Estados Unidos se advierte en cierto sentido en las cifras de inmigrantes de México a los Estados Unidos en los periodos de 1940-1944 (16 548) y 1945-1949 (37 742).

México ya había comenzado a realizar venturosamente a fines de los años treinta y en la década de los cuarenta, políticas económicas

para aumentar el producto nacional, además de consolidar la reforma agraria y de acelerar la formación de infraestructuras productivas, y había alcanzado una clara y mayor conciencia de sus problemas y de sus posibilidades. Por esto resultan moderadas las cifras de inmigrantes mexicanos a los Estados Unidos en esos dos periodos.

IV

Por factores económicos internos de los Estados Unidos, algunos derivados de su política exterior, y en parte por el aumento de la tasa de crecimiento de la población de México, es fuerte el ascenso del número de inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos en el periodo de 1950-1954 respecto a los dos periodos anteriores, y una combinación de esas causas mencionadas antes y de otras, como la aceleración del desarrollo económico del suroeste de los Estados Unidos y la creciente presión demográfica en las áreas rurales de México, se reflejan en las altas cifras de inmigrantes mexicanos en el gran país del norte en 1955-1959 (214 746) y en 1960-1964 (217 827).

Se advierte vigorosa tendencia creciente de los inmigrantes mexicanos a establecerse en California, puesto que la proporción de personas nacidas en México residentes en California sobre el total de los nativos mexicanos que habitan en los Estados Unidos, ha tenido constantes aumentos. En Texas la proporción todavía es importante, puesto que en 1960 de cada 100 nativos mexicanos en los Estados Unidos, 35.3% estaban en Texas; pero esta proporción ha ido bajando de 1910 (56.5%) a 1960 (35.3%). Se observa que crece moderadamente la tendencia de los "nativos mexicanos" a establecerse en otros Estados de la Unión Americana.

Por lo que se refiere a los mexicanos nacidos en los Estados Unidos de padres mexicanos o de matrimonios mixtos de 1910 a 1960, las proporciones han disminuido: en Arizona de 13.3% a 5.9%; en Nuevo México de 6.2% a 2.1%; en Texas de 67.0% a 39.3%, en tanto que han aumentado en California de 10.8% a 38.6%; en Colorado de 0.5% a 1.3% y en otras regiones de los Estados Unidos de 2.1% a 12.9%.

En resumen, conforme al Censo de 1960, los habitantes de los Estados Unidos de origen mexicano se distribuían en la siguiente forma: 6.0% en Arizona; 40.1% en California; 1.2% en Colorado; 2.0% en Nuevo México; 37.9% en Texas y 12.8% en otras regiones de los Estados Unidos. 87.2% de la población de origen mexicano vivía en el suroeste de los Estados Unidos, de modo que solamente poco menos del 13.0% de los habitantes de origen mexicano habitaban en otras regiones de aquel país.

Nótese que de 1910 a 1960 ha aumentado más la proporción de personas nacidas en México en el conjunto de la población de los Estados Unidos (1.6% en 1910 y 6.2% en 1960) que la proporción de personas de padres mexicanos o de matrimonios mixtos en que uno de los cónyuges era mexicano, que sólo ha subido de 0.9% en 1910 a 4.8% en 1960.

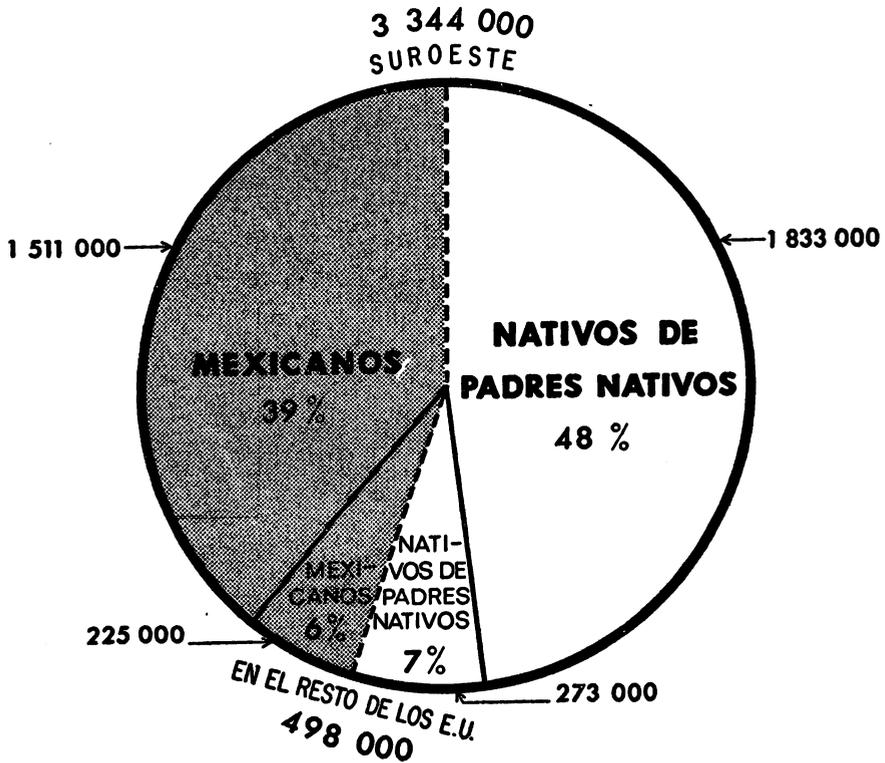
La proporción de población de origen mexicano en los Estados Unidos ha ascendido de 1.2% en 1910 a 5.2% en 1960. Según las estadísticas norteamericanas, en los Estados Unidos había en 1910: 382 002 personas de origen mexicano y en 1960: 1 724 838. Éste es un fuerte aumento. Solamente el Censo de los Estados Unidos de 1940 registra fuerte disminución de población de origen mexicano, pues de 1 222 439 de dicho origen, la cifra bajó con las repatriaciones y por las deportaciones a 1 076 653. En los Estados Unidos se ha manifestado en los últimos años, a partir de 1940, una tendencia a la disminución de las cifras absolutas de la población de origen extranjero, como resultado de las restricciones de su política inmigratoria.

En 1910 el Censo de los Estados Unidos registró en ese país 219 802 personas nacidas en México. Esta cifra fue aumentando hasta llegar al máximo de 639 017 en 1930; disminuyó considerablemente en 1940 a sólo 377 433 personas nacidas en México, y después subió en 1950 y en 1960. Como ya se señaló, las personas nacidas en México registradas en el Censo de los Estados Unidos representaban sólo 1.6% en 1910 y esta proporción se elevó a 6.2% en 1960.

Ha sido constante el aumento del número absoluto y también de la cifra relativa de las personas de padres mexicanos y de matrimonios mixtos en los Estados Unidos, es decir, personas de ascendencia mexicana. Estas personas llegaban apenas en 1910 a 382 002 y en 1960, a través de aumentos constantes, a 1 724 838; de éstas 1 152 274 eran hijos nacidos en los Estados Unidos de padres mexicanos o de matrimonios mixtos en que uno de los cónyuges era de origen mexicano, y 572 564 eran personas nacidas en México. Como se ve, en 1960 ya predominan notablemente, como era de esperarse, las personas nacidas en los Estados Unidos de padres nacidos en México o de matrimonios mixtos, respecto a los nacidos en México, en tanto que en 1910 sólo registró el Censo 382 002 personas de origen mexicano, de las cuales 162 200 eran nacidas en los Estados Unidos de padres mexicanos o de matrimonios mixtos y 219 802 personas nacidas en México.

En 1930, año que corresponde al del estudio del doctor Gamio, la población de origen mexicano en los Estados Unidos era ya de

**ESTIMACION DE MEXICANOS · AMERICANOS
EN LOS ESTADOS UNIDOS
1960**



U. S. TOTAL 3 842 000

1 222 439 personas, de las que menos de la mitad (583 422) habían nacido en los Estados Unidos o eran hijos de matrimonios mixtos y más de la mitad (639 017 personas) eran inmigrantes mexicanos, esto es, personas nacidas en México que habían dejado su país de origen para ir a vivir a los Estados Unidos, impulsadas en su mayor parte por las causas económicas, sociales y políticas y aun por los factores de carácter subjetivo que se ven o se entrevén en los materiales de la meritoria investigación de Gamio cuyos elementos en buena parte estuvieron formados por los documentos que ahora se publican en español por la Universidad Nacional Autónoma de México.

El cuadro 25 del estudio del profesor Leo Grebler, es de una riqueza informativa extraordinaria y por esto se inserta en la siguiente página.

Nótese la correlación entre hechos políticos, militares y sus causas y efectos sociales y económicos y el aumento de mexicanos inmigrantes en los Estados Unidos en los años 1910, 1911 y 1912, al iniciarse la Revolución Mexicana, así como en los años de 1916 a 1918, la elevación muy significativa en 1919 y sobre todo en 1920, año en que México fue perturbado por la insurrección militarista que derrocó al presidente Venustiano Carranza. Se registran fuertes aumentos en los años 1923 y 1924, que corresponden a la rebelión de una gran parte del ejército contra el gobierno del general Álvaro Obregón, la llamada "Revolución De la Huertista" que estalló a fines de 1923 y en la que se comprometieron gran parte de los jefes militares.

Fuerte demanda de trabajadores mexicanos en el vecino país del norte y algunos factores políticos y económicos en México explican las altas cifras de inmigrantes mexicanos de 1927 a 1928; se apunta un descenso en 1929 y después viene la fuerte disminución de 1931 a 1938, por la llamada "gran crisis económica" y su cauda de efectos. A partir de 1939, año en que comienza la Segunda Guerra Mundial, se inicia un ligero aumento y éste se acentúa en los últimos años de ese segundo conflicto mundial (1944-1951). Después se inicia una tendencia vigorosamente ascendente de 1952 a 1956, también por conocidos factores económicos y de política exterior de los Estados Unidos, y con altibajos la cifra de inmigrantes mexicanos se mantiene abajo de las de 1957 durante los años siguientes hasta 1961. Se apunta un aumento de cierta significación en 1962 y 1963 y después viene un descenso acentuado y una política migratoria fuertemente reestructurada a partir de 1964, como consecuencia de diversos factores entre ellos la creciente desocupación en los Estados Unidos, la intensificación de las pugnas raciales y algunos adelantos técnicos en agricultura.

NÚMERO DE MEXICANOS INMIGRANTES COMPARADO CON TODOS
LOS OTROS INMIGRANTES 1910-1964

Años Fiscales	Mexicanos ^a	Todos los otros	Años Fiscales	Mexicanos ^a	Todos los otros
1910	17 760	1 023 810	1935	1 232	33 724
1911	18 784	859 803	1936	1 308	35 021
1912	22 001	816 171	1937	1 918	48 326
1913	10 954	1 186 938	1938	2 014	65 881
1914	13 089	1 205 391	1939	2 265	80 733
1915	10 993	315 707	1940	1 914	68 842
1916	17 198	281 628	1941	2 068	49 708
1917	16 438	278 965	1942	2 182	26 599
1918	17 602	93 016	1943	3 985	19 740
1919	28 844	112 288	1944	6 399	22 152
1920	51 042	378 959	1945	6 455	31 664
1921	29 603	775 625	1946	6 805	101 916
1922	18 246	291 310	1947	7 775	139 517
1923	62 709	460 210	1948	8 730	161 840
1924	87 648	619 248	1949	7 977	180 340
1925	32 378	261 935	1950	6 841	242 346
1926	42 638	261 850	1951	6 372	199 345
1927	66 766	268 409	1952	9 600	255 920
1928	57 765	249 490	1953	18 454	151 980
1929	38 980	240 698	1954	37 456	170 721
1930	11 915	229 785	1955	50 772	187 018
1931	2 627	94 512	1956	65 047	256 578
1932	1 674	33 902	1957	49 154	277 713
1933	1 514	21 554	1958	26 712	226 553
1934	1 470	28 000	1959	23 061	237 625
			1960	32 684	232 714
			1961	41 632	229 712
			1962	55 291	232 472
			1963	55 253	251 007
			1964	32 967	259 281

^a Por país de nacimiento.

FUENTE: Informes anuales del Servicio de Inmigración y Naturalización y de las oficinas que lo precedieron.

TOMADO DE: "Mexican-American Study Project." Division of Research Graduate School of Business Administration. University of California, Los Angeles. Advance Report 2. *Mexican Immigration to the United States: The Record and its Implications*, by Leo Grebler. With contributions by Philip M. Nreman and Ronald Wyse. January 1965, cuadro 25 (página 106).

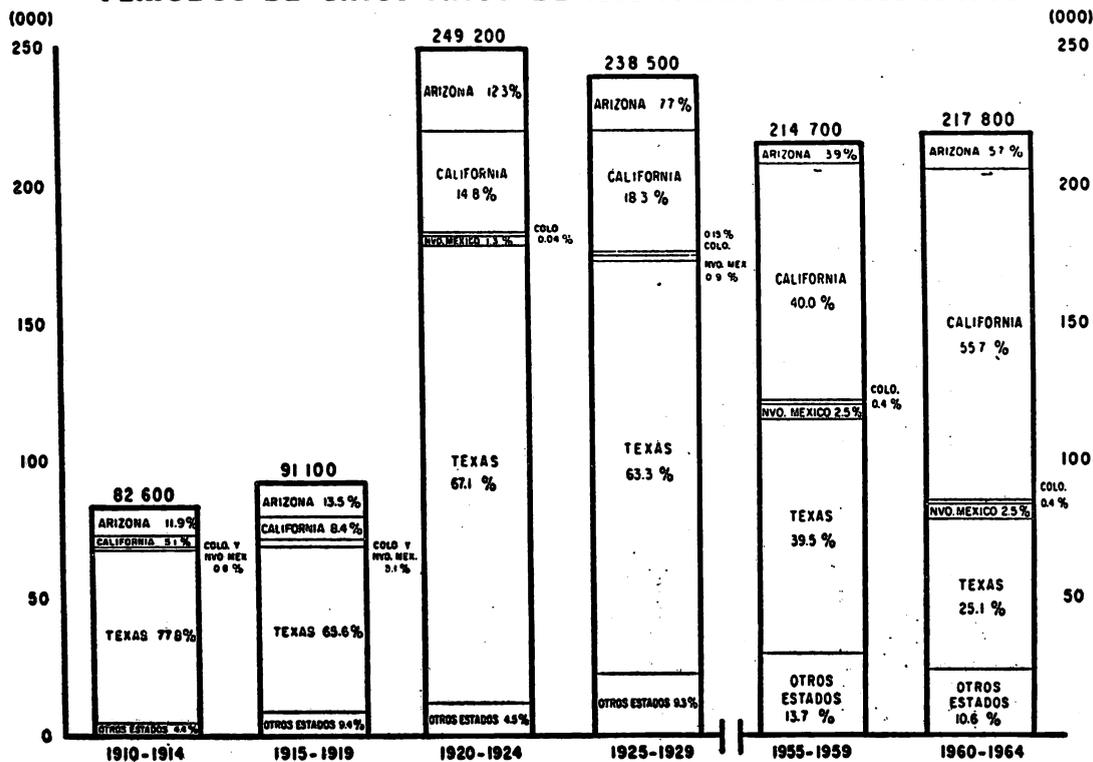
Parece que de 1930 a 1952 el número de inmigrantes mexicanos que entraron a los Estados Unidos cada año, depende más de factores económicos de aquel país, que de factores políticos y económicos que afectaran a los mexicanos. De 1953 en adelante este fenómeno social está en función tanto de factores económicos de los Estados Unidos como de México, del acelerado crecimiento de la población de nuestro país y la conocida incapacidad de la agricultura y de las industrias de México de absorber los grandes excedentes demográficos, y de factores técnicos y sociales que disminuyen en los Estados Unidos la demanda de ciertas clases de trabajadores y las medidas restrictivas de su política inmigratoria.

La gran extensión y las condiciones geográficas y culturales de la frontera entre México y los Estados Unidos; las características culturales de los inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos; la estructura de la demanda de trabajo de mexicanos en el suroeste de ese país, explican, con otros factores que no es necesario señalar, las altas cifras de "entradas ilegales", y por tanto de mexicanos deportados de los Estados Unidos. Las cantidades mayores corresponden a los periodos 1930-1934 (la gran crisis), 1935 a 1939 y las cifras máximas de deportados se registran en los periodos 1945-1949 y 1950-1954. En estos dos últimos periodos la creciente desocupación y subocupación en México, por el fuerte crecimiento natural de la población, aumenta la propensión a la emigración, y sobre todo a las entradas ilegales a los Estados Unidos. Las deportaciones disminuyen en 1955-1959 y en 1960-1964.

En 1910-1914 sólo 7.4% de los extranjeros deportados de los Estados Unidos eran mexicanos, en tanto que en 1930-1934 las cifras relativas suben a 42.8% y en 1935-1939 a 52.6%; pero en los tres periodos siguientes estas proporciones aumentan fuertemente: 64.6% en el periodo 1940-1944; 83.2% en 1945-1949; 72.9% en 1950-1954, periodo en el que fueron deportados 63 515 mexicanos, poco menos que los deportados en 1945-1949 que ascendieron a 70 505. Estas cifras bajan notablemente a partir de 1955.

La emigración definitiva o permanente de mexicanos con el propósito de fijar su residencia en el extranjero no ha alcanzado cifras relevantes; presenta altibajos con una tendencia general no ascendente. En 1955 se registraron por las estadísticas mexicanas, 9 753 de estos emigrantes mexicanos, de los cuales 8 307 declararon que tenían el propósito de fijar su residencia en los Estados Unidos y sólo 673 en otros países de América; en 1960 salieron 8 771 emigrantes mexicanos de los que 6 997 fueron a los Estados Unidos y 1 140 a otros países de América, y en 1965 salieron 7 455 de los que 5 853

**MEXICANOS INMIGRANTES CON EL PROPOSITO DE RESIDENCIA
EN LOS ESTADOS UNIDOS, POR ESTADOS
PERIODOS DE CINCO AÑOS DE 1910 A 1920 Y DE 1955 A 1960**



se dirigieron a los Estados Unidos, 1 087 a otros países de América, 264 a España, 228 a otros países europeos, 22 a Asia y uno a Oceanía.

Es muy pequeña la emigración temporal de mexicanos, que no incluye "braceros". En 1955 se registraron 9 753; de estos emigrantes temporales 8 980 tenían como destino países de este continente y de ellos 8 307 se dirigieron a los Estados Unidos, 141 a Guatemala y 92 a Venezuela.

En 1965 las estadísticas solamente registraron 7 455 emigrantes temporales mexicanos, de los que 6 940 salieron con destino a países de América y de estos emigrantes temporales 5 853 con destino a los Estados Unidos, 404 a Honduras Británica y 108 a Canadá. En ese mismo año se registraron 492 emigrantes temporales mexicanos a países de Europa; de ellos 264 salieron con destino a España.

Se ha observado que la emigración mexicana a los Estados Unidos tuvo su "oleada principal" a partir de 1909-1910, cuando la inmigración total a los Estados Unidos había pasado su etapa de mayor auge y empezaba a descender. Precisamente en la década de los veinte la emigración mexicana hacia los Estados Unidos registró su mayor fuerza, "cuando la inmigración total que recibió dicho país, se redujo agudamente con relación a los niveles existentes antes de la Primera Guerra Mundial". La parte proporcional a los inmigrantes mexicanos a los Estados Unidos ha aumentado notablemente desde la Segunda Guerra Mundial, como lo han hecho notar algunos estudiosos norteamericanos. En efecto, durante la Segunda Guerra Mundial y después de ella se observaban en México, por una parte, tasas de crecimiento general de la población mayores que en los decenios anteriores, y, por otra se inició una etapa de desarrollo económico relativo, en cuya base estaban la Reforma Agraria, la ampliación y fortalecimiento de infraestructura (carreteras, drenaje, agua potable, obras de riego, electrificación) y nuevas industrias.

Al final de los años treinta y durante los años cuarenta, México alcanzó clara conciencia de que para acelerar su incipiente desarrollo debía continuar sus reformas sociales y económicas y su política de infraestructura, y tratar de modernizar su agricultura y de impulsar la industrialización. México no disponía de capitales para utilizar una gran parte de lo mejor de su mano de obra rural y semiurbana, a pesar de los progresos económicos que había alcanzado. Esos excedentes de población trabajadora, formados en alta proporción por buenos trabajadores con cualidades superiores en promedio a las del grupo social de donde salían, buscaban en los Estados Unidos mejores salarios

que no podían obtener en su propio país. Estos trabajadores, entre los cuales había una proporción no pequeña de personas de los grupos inferiores de las clases medias, querían establecerse permanentemente en los Estados Unidos. Al hecho de que la inmigración mexicana en los Estados Unidos haya sido muy reciente, atribuyen sociólogos norteamericanos los problemas de aculturación.

Se ha señalado también que la inmigración mexicana a los Estados Unidos la han constituido inmigrantes permanentes legales, así como ilegales; gente que vive en México pero que "recibe permiso para venir a trabajar en las zonas fronterizas de los Estados Unidos, bien sea en forma regular o a intervalos más o menos frecuentes en el curso del año".

Además de estos grupos ha habido el de los trabajadores agrícolas que van a los Estados Unidos para labores estacionales, bajo contrato, o bajo el programa, que ya terminó, de "braceros". "Este programa fue reglamentado por los gobiernos de Estados Unidos y de México." Además, lo que podría llamarse la clase usual de "entradas" a los Estados Unidos ha estado formada por hombres de negocios, turistas, visitantes, estudiantes, personas que van a hacer compras y que están en los Estados Unidos por tiempo limitado.

Se ha hecho notar que esta variedad de motivos migratorios de México a los Estados Unidos tiene características semejantes a los de los movimientos de Canadá hacia los Estados Unidos; pero, como es natural, los movimientos de población en la frontera mexicana por mucho tiempo han presentado mayor intensidad que los similares observados en la frontera con Canadá, puesto que Canadá es un país con mayor grado de desarrollo, un país que necesita inmigrantes y los atrae y que tiene capacidad creciente para utilizar trabajadores extranjeros que deseen establecerse permanentemente en ese gran país, cuyo adelanto técnico y económico es ya importante.

Se observa también que de 1950 a 1964 los mexicanos tuvieron un número de emigrantes con visas permanentes a los Estados Unidos mayor que cualquiera otro país. Solamente en el periodo 1925-1929 los inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos representaron 15.68% del total de inmigrantes, pues en periodos anteriores los porcentajes son mucho menores y también lo son de 1930 a 1954. Los inmigrantes mexicanos que entraron a los Estados Unidos en 1955-1959 representaron 15.34% y en 1960-1964, 15.35%. Esto en cuanto a la dinámica relativa, porque en términos absolutos, la inmigración mexicana a los Estados Unidos por ser "una fase tardía del movimiento de población a los Estados Unidos" representa incrementos mucho menores de los que se observaron para inmigrantes de otros

países, en décadas pasadas. Señalando este fenómeno se comenta en el estudio "Mexican immigration to the United States: The record and its implications by Leo Grebler . . ." que es un "advance Report 2" del muy valioso conjunto de estudios *Mexican-American Study Project* de la Universidad de California, página 9:

De esta manera los 293 000 mexicanos que vinieron con visa de inmigración en la década de los cincuenta, entraron a una nación que tenía cerca de 168 millones de habitantes a mitad de la década. Los 335 000 irlandeses que fueron admitidos en los primeros diez años de este siglo llegaron cuando la población de los Estados Unidos alcanzaba un total aproximado de 83 millones a mitad de la década. La escala de nuestra economía, desde todo punto de vista, era también mucho mayor que en el periodo de 1900-1909.

Esto explica las desfavorables condiciones en que se encuentran los mexicanos estadounidenses, como inmigrantes recientes o como hijos de inmigrantes recientes en un país cuya población ha crecido mucho, en el que el beneficio de los grandes progresos económicos lo han recibido los anteriores inmigrantes y sus descendientes; además actúan en sentido adverso otros factores de "raza", de lengua, de niveles tecnológicos, de prejuicios sociales predominantes en gran parte de la población receptora, que han creado las desiguales condiciones en que vive la población de origen mexicano en los Estados Unidos.

Las características de la emigración de mexicanos a los Estados Unidos explica en parte las altas proporciones de movimientos de regreso y sobre todo de regresos involuntarios.

En los años de la gran crisis (1929-1932) las autoridades americanas presionaron y organizaron el regreso de decenas de millares de mexicanos para disminuir la desocupación y ahorrarse fondos asistenciales. El gobierno mexicano organizó, en lo posible, cierta ayuda a los repatriados y dio facilidades para su traslado desde la frontera hasta sus lugares de origen. Esta fue una gran lección no sólo para los mexicanos repatriados, sino para los que quedaron en los Estados Unidos y también para los mexicanos que querían emigrar al país vecino, pues vieron con asombro que también el país más rico del mundo sufría graves crisis económicas. En 1954-1955, con gran alarde, las autoridades del país vecino del norte, hicieron una gran operación para localizar y deportar a los mexicanos internados ilegalmente.

INMIGRACIÓN MEXICANA EN LOS ESTADOS UNIDOS
COMO PORCIENTO DE LA POBLACIÓN DE MÉXICO

Año	Población mexicana *		Inmigración durante la década	Inmigración como % de la población
	Número	Promedio de la década		
1900	13 607	14 383	23 991	0.17
1910	15 160	14 747	224 705	1.52
1921 ⁴	14 335	15 444	436 733	2.83
1930	16 553	18 103	27 937	0.15
1940	19 654	22 722	54 290	0.24
1950	25 791	30 357	293 469	0.97
1960	34 923			

TOMADO DE: "Mexican-American Study Project." Division of Research Graduate School of Business Administration. University of California, Los Angeles. "Advance Report 2." *Mexican Immigration to the United States: The Record and its Implications*, by Leo Grebler. With contributions by Philip M. Newman and Ronald Wyse. January 1965 (página 22).

* En millares.

El cuadro anterior muestra que la emigración de mexicanos a los Estados Unidos ha sido fuerte en tres décadas: la de 1900-1910 por la baja de la mortalidad en México, aumento de su tasa de crecimiento, débil desarrollo económico, impulso a la instrucción pública que elevaba las aspiraciones a una vida mejor, factores políticos y demanda de trabajadores, en los Estados Unidos; la década de 1910-1920 por factores similares, y creciente demanda de trabajadores en el país vecino por la Primera Guerra Mundial y tendencias a emigrar de los mexicanos por las luchas armadas de esa década y por motivos políticos. En esa década la emigración se calcula en 436 733 personas, en tanto que en la década anterior fue de 224 705. Por último, en la década de 1950-1960 el número de emigrantes mexicanos sube a 293 469, porque a la mayor demanda de trabajadores mexicanos en los Estados Unidos se asoció otro factor: el acelerado crecimiento de la población de México y su desajuste expresado en creciente desocupación y subocupación, a pesar de los progresos económicos que México logró en esa década.

Se ha exagerado la importancia de las remisiones de dinero hechas por los "braceros" mexicanos. Se estimaron en 17.6 millones de dólares en 1943, en 55.1 millones de dólares en 1945, en 19.4 millones en 1950, en 24.8 en 1955 y 56.1 en 1960.

A principios de este siglo, por cada 100 mexicanos que emigraron

⁴ El censo fue tomado en 1921 y no en 1920. Los datos de inmigración correspondientes cubren once años, de 1910 a 1921. Los datos de inmigración para 1921-1930 cubren nueve años.

a los Estados Unidos, 70 eran hombres y 30 mujeres. La proporción de mujeres sube a 43% en 1915-1919 por las cruentas luchas revolucionarias, después desciende y vuelve a subir en 1950-1954 a 49% (45% en 1955-1959 y 46% en 1960-1964). La alta tasa de atracción matrimonial entre mexicanos en los Estados Unidos, por factores culturales y económicos y la creciente demanda en algunas labores propias de mujeres (como enfermeras, cuidadoras de niños y de ancianos, etcétera) han conservado alta la proporción de mujeres en la emigración de mexicanos al país vecino del Norte.

La emigración de mexicanos a los Estados Unidos se ha caracterizado por su bajo nivel ocupacional, lo que significa bajos ingresos y posiciones casi marginales, muy modestas, en la sociedad de ese país.

La larga frontera, tanto en su parte fluvial como en la de tierras desérticas, no ha hecho difícil la entrada ilegal de inmigrantes mexicanos y de otros países a los Estados Unidos.

Algunas características geográficas y culturales y "la persistencia de patrones culturales mexicanos en parte del suroeste estadounidense" han creado como un ambiente de cierta homogeneidad cultural que ha dificultado a las autoridades de aquel país ejercer un control estricto para reducir al mínimo las entradas ilegales; pero ha sido la fuerte diferencia de desarrollo económico, de ingresos reales, lo que más ha impulsado las tendencias a la emigración de mexicanos a los Estados Unidos.

Una alta proporción de los mexicanos que han emigrado a los Estados Unidos lo ha hecho sin reflexión ni decisión clara y firme, un poco por las facilidades derivadas de la vecindad geográfica, un poco por el incentivo de la "vida americana" mostrada en periódicos y en el cine, y sobre todo por el anhelo de ganar más y vivir mejor que en su país.

Han observado algunos hombres de estudio de los Estados Unidos que el mexicano de las primeras décadas de este siglo no tenía una idea clara de las fronteras internacionales y que la emigración de mexicanos a los Estados Unidos debe en cierto sentido considerarse como una parte del movimiento migratorio de los mexicanos hacia el norte de su propio país, ya que ha colocado cantidades importantes de pobladores en el noroeste de México y en las zonas fronterizas.

MEXICANOS EN ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMÉRICA

USA	Población total	Mexicanos en US	Por ciento respecto a la población total en los EE. UU.
1930	123 141 591	1 429 724	1.16
1960	169 587 528	1 735 992	1.02
Maine			
1930	797 423	2	0.00
1960	908 862	212	0.02
New Hamshire			
1930	465 293	1	0.00
1960	562 149	103	0.02
Vermout			
1930	359 611	1	0.00
1960	366 545	81	0.02
Massachusetts			
1930	4 249 614	66	0.00
1960	4 572 865	1 305	0.03
Rhode Island			
1930	687 457	10	0.00
1960	773 514	208	0.03
Connecticut			
1930	1 606 903	27	0.00
1960	2 259 711	645	0.03
New York			
1930	12 588 066	2 898	0.02
1960	14 494 290	10 074	0.07
New Jersey			
1930	4 041 334	454	0.01
1960	5 451 933	2 280	0.04
Pennsylvania			
1930	9 631 350	3 045	0.03
1960	10 717 090	4 195	0.04
Ohio			
1930	6 646 697	4 037	0.06
1960	9 310 522	9 960	0.11
Indiana			
1930	3 238 503	9 642	0.30
1960	4 569 249	14 041	0.31
Illinois			
1930	7 630 654	28 906	0.38
1960	9 395 555	63 063	0.67

USA	Población total	Mexicanos en US	Por ciento respecto a la población total en los EE. UU.
Michigan			
1930	4 842 325	13 336	0.27
1960	7 295 341	24 298	0.33
Wisconsin			
1930	2 939 006	2 396	0.08
1960	3 780 966	6 705	0.18
Minnesota			
1930	2 563 953	3 626	0.14
1960	3 269 986	3 436	0.10
Iowa			
1930	2 470 939	4 295	0.17
1960	2 701 259	3 374	0.12
Missouri			
1930	3 629 367	4 989	0.14
1960	4 243 018	8 159	0.19
North Dakota			
1930	680 845	8 159	1.20
1960	602 539	361	0.06
South Dakota			
1930	692 849	816	0.12
1960	661 937	253	0.04
Nebraska			
1930	1 377 963	6 321	0.46
1960	1 371 092	5 858	0.43
Kansas			
1930	1 880 999	19 150	1.02
1960	2 145 350	12 912	0.60
Delaware			
1930	238 380	24	0.01
1960	431 642	181	0.04
Maryland			
1930	1 631 526	56	0.00
1960	3 006 509	1 345	0.04
Dist. of Columbia			
1930	486 839	67	0.01
1960	724 985	590	0.08

USA	Población total	Mexicanos en US	Por ciento respecto a la población total en los EE. UU.
Virginia			
1930	2 421 851	36	0.00
1960	3 906 244	1 353	0.03
West Virginia			
1930	1 729 205	257	0.01
1960	1 836 558	520	0.03
North Carolina			
1930	3 170 276	10	0.00
1960	4 534 177	1 014	0.02
South Carolina			
1930	1 738 765	9	0.00
1960	2 371 454	349	0.01
Georgia			
1930	2 908 506	47	0.00
1960	3 917 636	759	0.02
Florida			
1930	1 468 211	185	0.01
1960	4 680 627	3 928	0.08
Kentucky			
1930	2 614 589	88	0.00
1960	3 021 326	527	0.02
Tennessee			
1930	2 616 556	25	0.00
1960	3 551 246	805	0.02
Alabama			
1930	2 646 248	69	0.00
1960	3 251 785	614	0.02
Mississippi			
1930	2 009 821	1 221	0.06
1960	2 170 083	674	0.03
Arkansas			
1930	1 854 482	409	0.02
1960	1 778 815	789	0.04
Louisiana			
1930	2 101 593	4 552	0.22
1960	3 226 465	3 714	0.11

USA	Población total	Mexicanos en US	Por ciento respecto a la población total en los EE. UU.
Oklahoma			
1930	2 396 040	7 354	0.31
1960	2 308 281	4 316	0.19
Texas			
1930	5 824 715	683 681	11.74
1960	9 282 717	655 523	7.06
Montana			
1930	537 606	2 571	0.48
1960	644 121	1 852	0.29
Idaho			
1930	445 032	1 278	0.29
1960	651 649	3 341	0.51
Wyoming			
1930	225 565	7 174	3.18
1960	320 403	2 773	0.86
Colorado			
1930	1 035 791	57 676	5.57
1960	1 694 044	20 091	1.18
New Mexico			
1930	423 317	59 340	14.02
1960	929 615	34 459	3.71
Arizona			
1930	435 573	114 173	26.21
1960	1 231 843	105 342	8.55
Utah			
1930	507 847	4 012	0.79
1960	858 494	5 557	0.65
Nevada			
1930	91 058	3 090	3.39
1960	272 145	2 833	1.04
Washington			
1930	1 563 396	562	0.03
1960	2 674 556	11 084	0.41
Oregon			
1930	953 786	1 568	0.16
1960	1 697 361	3 119	0.18

USA	Población total	Mexicanos en US	Por ciento respecto a la población total en los EE. UU.
California			
1930	5 677 251	368 013	6.49
1960	14 377 162	695 643	4.84
Alaska			
1930	—	—	—
1960	217 940	592	0.27
Hawai			
1930	—	—	—
1960	563 872	722	0.13

FUENTE: Censo de población de 1930 y 1960. Departamento de Censos de Estados Unidos de Norteamérica.

NOTA: Personas de origen mexicano residentes permanentes, transitorias que todavía no obtienen la calidad de nacionales-norteamericanos.

Según las estadísticas de los Estados Unidos, la población de mexicanos en ese país en 1930 era de 1 429 724 que, sobre una población total de 123.1 millones de habitantes, representaba 1.16%. La pequeña importancia cuantitativa de la población mexicana en los Estados Unidos ha disminuido puesto que en 1960 llegaba a 1 735 992 sobre una población total de 169.6 millones de habitantes, esto es 1.02%. La significación cualitativa no se ha elevado, porque a pesar de levísimas mejorías, siguen siendo muy desfavorables las condiciones en que vive la población de origen mexicano en los Estados Unidos.

La población de mexicanos ha disminuido en 1960 respecto a 1930 en los siguientes estados de la Unión Norteamericana: Minnesota (bajó de 3 626 personas de origen mexicano en 1930 a 3 436 en 1960); Iowa; South Dakota; Nebraska; Kansas; Mississippi, estado en el que son muy fuertes los prejuicios racistas y la hostilidad hacia las personas no blancas; Louisiana; Oklahoma; Texas, en donde condiciones adversas, que presentan grandes diferencias de una zona a otra de ese enorme estado, tienden a limitar el crecimiento de la población minoritaria de origen mexicano que era de 683 681 personas en 1930 y de 655 523 en 1960, como si una especie de subconsciencia de las clases poderosas de Texas sobre el brutal origen histórico de ese estado, quisiera borrar el crimen histórico restringiendo en su aspecto cuantitativo la presencia de personas originarias de la nación despojada; Montana; Wyoming; Colorado, estado en el que actúan factores semejantes a los de Texas, registró descenso de la población de origen

mexicano de 57 676 personas en 1930 a 20 091 en 1960; New Mexico, en que parece que por el racismo, por una especie de complejo social de culpa y ocultación y por factores económicos, la población mexicana disminuye de 59 340 en 1930 a 34 459 en 1960; Arizona, en que por causas semejantes la población de origen mexicano ha bajado de 114 173 personas en 1930 a 105 342 en 1960; Nevada, en que el descenso de la población de origen mexicano va de 3 090 en 1930 a 2 833 en 1960.

El Censo de 1930 no registró mexicanos en Alaska y el de 1960 da la cifra de 592. En Hawai en 1930 el Censo no registró personas de origen mexicano y en 1960 dio 722.

La población de origen mexicano en Texas en 1930 representaba 11.7% de la población total del estado y en 1960 bajó a 7.6%. En Colorado en los mismos años el descenso en términos relativos fue de 5.6% a 1.2%; en New Mexico de 14.0% a 3.7%; en Arizona de 26.2% a 8.6%; en Nevada de 3.4% a 1.0%.

En California se ha registrado aumento significativo de la población de origen mexicano que era en 1930 de 368 013 habitantes a 695 643 en 1960; pero como el crecimiento demográfico del estado de California ha sido muy acelerado en esos treinta años en que su población casi se ha duplicado, la proporción de la población de origen mexicano sobre el total del estado desciende de 6.5% en 1930 a 4.8% en 1960.

De 1960 respecto a 1930 se registran aumentos pequeños en cifras absolutas de la población mexicana en varios estados: en Massachusetts la población de origen mexicano pasa de 6 habitantes en 1930 a 1 305 en 1960; en el estado de New York de 2 898 en 1930 a 10 014 en 1960; en el estado de New Jersey de 454 habitantes de origen mexicano a 2 280; en Pennsylvania las cifras para los dos años censales mencionados son 3 045 y 4 195; para Ohio 4 037 y 9 960; para Indiana 9 642 y 14 041; para Illinois 28 106 y 63 063, la mayor parte de estos mexicanos concentrados en Chicago y su zona de influencia; en Michigan 13 336 y 24 298; en Missouri 4 989 y 8 159; en Virginia 36 y 1 353; en North Carolina 10 y 1 014; en Georgia, estado de fuertes prejuicios raciales, ha habido un aumento de 47 habitantes de origen mexicano en 1930 a 759 en 1960; Florida de 185 pasa a 3 928; Utah de 4 012 a 5 557; en el estado de Washington (zona del Pacífico) el aumento es acentuado de 562 a 11 084 y en Oregon de 1 568 a 3 119. Muchos de estos aumentos conjugan los adversos factores desestimulantes o eliminatorios en los estados del sur, con cambios en la demanda de mano de obra en algunos estados del norte, tanto del

Atlántico como del Pacífico en los que se han ido extendiendo los mexicanos en pequeñas cantidades.

Los ciudadanos norteamericanos de origen mexicano según los datos disponibles censales de los Estados Unidos de 1930 a 1950 muestran una disminución muy fuerte en 1940 respecto a 1930 y un pequeño aumento en 1950 respecto al censo anterior.

Esto es un punto que deberá ser estudiado cuidadosamente en sus aspectos estadístico y demográfico. Los datos son los siguientes:

<i>Años</i>	<i>Población total de U. S.</i>	<i>Ciudadanos estadounidenses de origen mexicano</i>
1930	122 775 046	640 741
1940	131 669 275	377 433
1950	150 697 361	450 562

Las luchas de los negros por mejorar sus condiciones de vida, que últimamente han adquirido formas de mayor violencia y organización, las pugnas encarnizadas que sostienen otras minorías raciales por derechos humanos primordiales, y la todavía débil pero creciente toma de conciencia en sectores progresistas de los Estados Unidos, especialmente en la juventud de las universidades, en los intelectuales, profesores y hombres de ciencia, parece que constituyen un conjunto interesante de signos de cambios que se han realizado en las relaciones de fuerza y en las aspiraciones de las minorías étnicas y también de los cambios que comienzan a efectuarse en los grupos más lúcidos de la población progresista de los Estados Unidos. No parece que los cambios que anhelan las minorías raciales puedan ser rápidos, pero sin embargo pueden llegar a ser relativamente acelerados en comparación a decenios anteriores. Probablemente las mejorías sociales y económicas que los negros obtengan mediante sus luchas organizadas, a partir de cierto límite ejerzan influencia favorable para mejorar las condiciones de vida de los mexicanos colocados en las condiciones más adversas en la sociedad del país vecino.⁵

⁵ El negro norteamericano se siente ciento por ciento estadounidense. No tiene vinculaciones con las culturas de los pueblos africanos de los que salieron sus antepasados. Generalmente ignora de qué pueblos y de qué lugares de África provenían sus antepasados. El estadounidense de origen mexicano, que ha nacido en los Estados Unidos, generalmente de padres también nacidos en los Estados Unidos, y muchos de abuelos nacidos en México, es un buen ciudadano, cumplido y leal, pero no por esto deja de sentir, según su grado de instrucción y el de sus padres, que descende de un pueblo cuyas fronteras están cerca de donde vive y que tiene características culturales propias, muy diferentes a las de los Estados Unidos, y reconoce y aún conoce

Las cifras del siguiente cuadro muestran el fuerte aumento de la salida de "braceros" o trabajadores agrícolas migratorios, durante los años de 1944 y 1945, por la mayor demanda derivada de condiciones creadas en los Estados Unidos por la Segunda Guerra Mundial.

deficientemente algunas de las características de la cultura y del desarrollo del país de sus antepasados.

Los descendientes de los emigrantes mexicanos que entraron a los Estados Unidos en la época en que Gamio realizó su investigación, podrían dividirse en ambiciosos, conformistas y no conformistas. Los ambiciosos desean contraer matrimonio con mujeres "anglas" o norteamericanas de orígenes diferentes del mexicano; aspiran a más alta escolaridad y capacitación y ascender en la escala económica y social. Forman una proporción más bien pequeña. Los conformistas, que son la mayoría, sienten que son discriminados por su origen mexicano y también por sus bajos niveles de instrucción y se consuelan pensando que a pesar de sus bajos niveles de cultura e ingresos en la sociedad estadounidense, sus niveles de vida material son más altos que los que tendrían en México. Los no conformistas manifiestan públicamente que son discriminados porque hablan español y muchos dicen que son despojados de sus tierras porque son de origen mexicano. Repiten constantemente que no tienen acceso a las escuelas de los blancos porque son morenos. Muchos se manifiestan orgullosamente miembros de su grupo étnico, es decir del grupo de estadounidenses de origen mexicano. Aspiran a participar en las luchas sociales para mejorar las condiciones de escolaridad, las oportunidades de capacitación y preparación, así como de mayores ingresos para ellos y sobre todo para sus hijos. Saben que sólo mediante la lucha social, la unión, la organización, pueden ir alcanzando la mejoría que quieren. Saben que los "anglos" no dejarán de oponer resistencia y tratarán de dejarlos en la pobreza. Son enemigos de la violencia.

Los movimientos de los negros en sus luchas por los derechos civiles han fortalecido las aspiraciones de los norteamericanos de origen mexicano, que han visto con claridad que deben organizarse para la resistencia y para la lucha y que ésta, según dicen, debe tener no las mismas modalidades de la lucha que los negros, sino modalidades especiales, cambiantes del medio urbano al rural, de un Estado de la Unión Americana a otro, de una ciudad a otra. Saben que sus organizaciones son débiles para la lucha, como "la Alianza" de los mexicanos norteamericanos del suroeste y como la "Raza Unida" que reúne muchas personas de California, de Arizona, y pocas de Texas y Nuevo México. Los estadounidenses de origen mexicano saben que muchos como ellos han sido despojados de sus tierras, que en las ciudades grandes y medianas son discriminados y que la mayor parte viven en la pobreza, y también tienen informes sobre las discriminaciones que han sufrido los "braceros mexicanos", o trabajadores agrícolas estacionales, aun cuando no ignoran que algunos abusos que sufrían los "braceros" han disminuido.

Los estadounidenses de origen mexicano no tienen relaciones estrechas con las otras minorías como indios estadounidenses, puertorriqueños y chinos, japoneses y otros orientales. Los estadounidenses de origen mexicano se dan cuenta de que es difícil cambiar las adversas condiciones del sistema y de la sociedad en que viven, cuando sus antepasados emigraron en las primeras décadas de este siglo, las condiciones en México eran malas por la dictadura porfiriana y después por las luchas armadas de la Revolución mexicana. Ahora, sus parientes que quedaron en México y los descendientes de éstos, en una alta proporción tienen niveles de vida iguales o similares en su propia patria, y los que tienen cierto grado de instrucción o de preparación para el trabajo, tienen crecientes oportunidades de ocupación y de educación, así como de seguridad social, aun cuando todavía una gran parte de esos descendientes que pertenecen al sector agropecuario o tienen muy bajos niveles de instrucción, viven en condiciones materiales inferiores a las de la mayor parte de los estadounidenses de origen mexicano.

MEXICO

SALIDA DE TRABAJADORES AGRÍCOLAS MIGRATORIOS (BRACEROS) REGISTRADA EN EL PAÍS EN LOS AÑOS DE 1942 A 1967

Año	Braceros
1942.....	4 152
1943.....	75 923
1944.....	118 059
1945.....	104 641
1946.....	26 214
1947.....	18 770
1948.....	42 500
1949.....	92 307
1950.....	79 500
1951.....	134 113
1952.....	203 752
1953.....	205 131
1954.....	307 999
1955.....	398 703
1956.....	432 926
1957.....	436 049
1958.....	432 491
1959.....	444 408
1960.....	319 412
1961.....	296 464
1962.....	198 322
1963.....	189 528
1964.....	179 298
1965.....	19 970
1966.....	6 133
1967.....	6 000

Años más tarde el aumento de las cifras refleja el acelerado progreso económico de algunas ciudades de la Unión Americana que genera, por una parte, mayor demanda de mano de obra y, por otra, disminución de la oferta de trabajadores americanos para labores agrícolas y también refleja algunos efectos de la guerra de Corea. De 1951 a 1959 se observa un aumento constante e ininterrumpido del número de "braceros" mexicanos que salen a los Estados Unidos cada año.

A partir de 1960 comienza a disminuir la salida de braceros que todavía en 1964 arroja la relevante cifra de 179 298, y como resultado de factores económicos que elevan la desocupación y la subocupación en los Estados Unidos y que dan lugar a disposiciones restrictivas, la cantidad de braceros que salen en 1965, baja bruscamente a 19 970. (La mayor cifra de salida de "braceros" corresponde a 1959 con 444 408.) El descenso en 1965 respecto al año anterior es muy acen-

tuado, y en 1966 el número de "braceros" baja a 6 133 y en 1967 a 6 000.

La economía de México demostró que sin grandes dificultades, pero no sin que una mayor desocupación se sintiera en algunas regiones, el país retuvo y aprovechó una cantidad adicional importante de fuerza de trabajo, que en otras condiciones habría emigrado temporalmente a los Estados Unidos. Es una prueba a la que ha estado sometida la economía de México como resultado de estas severas restricciones migratorias por parte de los Estados Unidos. En algunas regiones del país creció, como era de esperarse, la sensación de mano de obra excedente, desocupada y subocupada, aumentó la presión sobre la tierra, hubo mayor número de conflictos agrarios producidos por grupos de campesinos sin tierra, que han tomado o pretendido tomar propiedades agrícolas particulares o de parte de ellas, y se registró aumento en la emigración de trabajadores agrícolas a las principales ciudades de la república.

V

El meritorio estudio de los profesores Frank G. Mittelbach, Joan W. Moore y Ronald McDaniel, titulado "Intermarriage of Mexican-Americans", Advance Report 6, que pertenece a la colección de estudios que van integrando el *Mexican-American Study Project*, promovido por la Universidad de California, Los Ángeles (Division of Research; Graduate School of Business Administration), noviembre de 1966 (84 páginas, 21.5 cm. x 27.8 cm.), presenta algunos cuadros numéricos de los cuales he seleccionado los que he considerado conveniente incluir en estas breves notas, con los títulos y las cabezas traducidas al español.

Debe hacerse notar que, conforme al cuadro II-1 y II-2, los llamados "mexicanos-americanos" se dividen en tres subgrupos: 1) Los nacidos en un país extranjero que es México en este caso; 2) Los hijos nacidos en los Estados Unidos de padres nacidos en México o de matrimonios mixtos en que uno de los padres es o era mexicano y 3) Los nacidos en los Estados Unidos de padres nacidos en los Estados Unidos, pero que por su apellido se consideran de ascendencia mexicana.

Si se ven los subtotales del cuadro II-1, se advierte que las diferencias son pequeñas entre los subgrupos de varones y de mujeres del grupo de "mexicanos-americanos", que contraen matrimonio en el condado de Los Ángeles.

Para cada uno de los tres subgrupos que forman el grupo de mexicanos-americanos del condado de Los Ángeles, el cuadro muestra claramente un grado alto de atracción matrimonial entre hombres y mujeres del mismo subgrupo. También se observa que la relativamente más alta tendencia a incorporarse a la sociedad americana mediante uniones con personas que no pertenecen a los tres subgrupos de mexicanos-americanos, se opera principalmente a través de los subgrupos segundo y tercero, porque los componentes de estos dos subgrupos tienen por definición mayor grado de incorporación a la sociedad americana en sus niveles inferiores. Nótese que el primer subgrupo corresponde a residentes en Los Ángeles nacidos en México.

En 1963, 86.9% de los varones que contrajeron matrimonio en el condado de Los Ángeles y que no eran de los llamados "anglos", pertenecían a los tres subgrupos señalados, que se consideran mexicanos-americanos, y de esta enorme proporción 51.9% correspondían a varones nacidos en México; la misma observación puede hacerse para las mujeres que del subtotal de mexicanos-americanos representan 80%.

Según el cuadro II-2 las 929 novias nacidas en México que contrajeron matrimonio en el condado de Los Ángeles en 1963, se clasifican en la siguiente forma: la mayor parte de ellas (563) se casaron con novios nacidos en México, lo que muestra un alto grado de atracción matrimonial entre mujeres y hombres nacidos en México, entre los que se casaron en el condado de Los Ángeles en dicho año. 253 novias nacidas en México se casaron con novios mexicanos-americanos del segundo grupo, es decir, con hijos de padres mexicanos o de matrimonios mixtos, y solamente 113 de esas mujeres se casaron con varones nacidos en los Estados Unidos de padres nacidos en ese mismo país, pero de ascendencia mexicana, y solamente 231 mujeres nacidas en México se casaron en Los Ángeles en 1963 con varones no pertenecientes al grupo llamado "mexicanos-americanos"; de estas 231, solamente 46 se casaron con hombre de padres extranjeros hispánicos o hijos de matrimonios mixtos, y 185 con hombres pertenecientes al grupo de "otros", que incluye a los nacidos en Estados Unidos de padres nacidos en Estados Unidos con apellido español y padres nacidos fuera de los cinco estados del Suroeste, nacidos en los Estados Unidos de padres nacidos en ese país, sin apellido español en todos los Estados Unidos, e incluye también a los de origen extranjero distinto del mexicano y de otros países hispánicos.

En resumen, en 1963 en Los Ángeles contrajeron matrimonio 1 160 mujeres nacidas en México; también se unieron en matrimonio

PORCIENTOS DE MATRIMONIOS DE MEXICANOS-AMERICANOS DENTRO Y FUERA DE SU GRUPO, CONDADO DE LOS ANGELES (1963)

Cónyuge	Contrayentes mexicanos-americanos del sexo masculino			Contrayentes mexicanos-americanos del sexo femenino		
	Nacidos en el extranjero (en México) (1)	Hijos de padres extranjeros (mexicanos) o de matrimonios mixtos (2)	Nacidos en los EE.UU. de padres nacidos en los EE.UU. (3)	Nacidos en el extranjero (en México) (4)	Hijos de padres extranjeros (mexicanos) o de matrimonios mixtos (5)	Nacidos en los EE.UU. de padres nacidos en los EE.UU. (6)
Nacidos en el extranjero (en México) (1)	51.9	13.8	6.8	48.5	14.5	6.9
Hijos de padres extranjeros (mexicanos) o de matrimonios mixtos (2)	22.8	34.5	23.8	21.8	36.7	27.0
Nacidos en los Estados Unidos de padres nacidos en los Estados Unidos (3)	12.2	28.4	38.9	9.7	23.2	33.8
Subtotal (4)	86.9	76.7	69.5	80.0	74.4	67.7
De padres extranjeros hispanicos o hijos de matrimonios mixto a (5)	2.9	1.5	0.8	4.0	1.6	1.3
Otros b	10.2	21.9	29.8	15.9	24.0	31.1
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

a Excluye a los de origen extranjero mexicano; incluye a los de origen extranjero de Centro y Sur América, de las Filipinas y España.
 b Incluye a los nacidos en los Estados Unidos de padres nacidos en los Estados Unidos con apellido español y padres nacidos fuera de los cinco estados del Suroeste, nacidos en los Estados Unidos de padres nacidos en los Estados Unidos sin apellido español en todos los Estados Unidos y a los de origen extranjero distinto del mexicano y de otros países hispanicos.

FUENTE: Mexican-American Study Project. Division of Research Graduate School of Business Administration University of California, Los Angeles. Advance Report 6. Intermarriage of Mexican-Americans by Frank G. Mittelbach, Joan W. Moore and Ronald McDaniel. November 1966 (página 8).

1 711 mujeres hijas de padres mexicanos o de matrimonios mixtos y de éstas la menor parte se casaron no con nacidos en México sino con novios nacidos en los Estados Unidos hijos de padres mexicanos o de matrimonios mixtos (628) y con mexicanos-americanos nacidos de padres nacidos en Estados Unidos. Así que de las 1 711 mujeres del segundo subgrupo que se casaron en Los Ángeles en 1963, la gran mayoría (1 273) se casaron con hombres pertenecientes a los tres grupos de los llamados "mexicano-americanos", lo que refleja alto grado de atracción matrimonial dentro de los grupos étnicos "mexicanos-americanos" en ese condado; y la misma observación se puede hacer para el tercer subgrupo de mujeres contrayentes que forman parte del gran grupo "mexicano-americano", pues de las 1 918 novias nacidas en los Estados Unidos de padres nacidos en ese país de ascendencia mexicana, 1 297 de ellas contrajeron matrimonio con hombres pertenecientes a los tres subgrupos llamados "mexicanos-americanos".

Se ve que es pequeña la atracción matrimonial entre las mujeres de padres extranjeros hispánicos o hijas de matrimonios mixtos con los tres subgrupos de varones "mexicanos-americanos": sólo se registraron 72 matrimonios, en tanto que la mayor parte de esas mujeres de padres extranjeros hispánicos o hijas de matrimonios mixtos, contrajeron matrimonio en 296 casos con hijos de padres extranjeros hispánicos o hijos de matrimonios mixtos, y en 212 casos con hombres del grupo llamado "otros". Esto se explica porque muchas de estas mujeres de padres extranjeros hispánicos o hijas de matrimonios mixtos, son blancas o predominantemente blancas, tenían un nivel de vida y de instrucción mayor que el del grupo mexicano-americano.

Es interesante notar que de las 2 123 mujeres pertenecientes al grupo "otros", 1 008 mujeres, es decir, casi 50% contrajeron matrimonio con varones de los 3 subgrupos "mexicanos-americanos". Se advierte, por consiguiente, que una cantidad no pequeña de los varones "mexicanos-americanos", posiblemente aquéllos con mayor proporción de sangre blanca y con niveles culturales promedio menos bajos, contrajeron matrimonio con mujeres del grupo "otros"; sin embargo, se advierte que el mayor número de mujeres del grupo "otros" se casaron con varones del grupo "otros", pero sumados los tres subgrupos de mexicanos-americanos resulta una proporción poco mayor.

Se observa que de 4 789 matrimonios de mujeres "mexicanas-americanas", 3 499 matrimonios se efectuaron con varones del grupo "mexicanos-americanos", lo que comprueba las observaciones anteriores sobre el alto grado de atracción matrimonial. Estas observaciones

CUADRO II-2

NÚMERO DE MATRIMONIOS DE MEXICANOS-AMERICANOS DENTRO Y FUERA DE SU GRUPO, CONDADO DE LOS ANGELES, 1963

	Mexicanos-Americanos				Contrayentes hombres		
	Nacidos en el extranjero (en México)	Hijos de padres extranjeros (mexicanos) o de matrimonios mixtos	Nacidos en los E. U. de padres nacidos en los E. U.	Subtotal	De padres extranjeros hispanicos o hijos de matrimonios mixtos ^a	Otros ^b	Total
	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	(7)
<i>Contrayentes mujeres</i>							
Nacidas en el extranjero (en México) (1)	563	253	113	929	46	185	1 160
Hijas de padres extranjeros (mexicanos) o de matrimonios mixtos (2)	248	628	397	1 273	28	410	1 711
Nacidas en Estados Unidos de padres nacidos en Estados Unidos (3)	132	518	647	1 297	25	596	1 918
Subtotal (4)	943	1 399	1 157	3 499	99	1 191	4 789
De padres extranjeros hispanicos o hijas de matrimonios mixtos ^a (5)	32	27	13	72	296	212	580
Otros ^b (6)	111	400	497	1 008	153	962	2 123
Total (7)	1 086	1 826	1 667	4 579	548	2 365	7 492

^a Excluye a los de origen extranjero mexicano; incluye a los de origen extranjero de Centro y Sur América, de las Filipinas y España.

^b Incluye a los nacidos en los Estados Unidos de padres nacidos en los Estados Unidos con apellido español y padres nacidos fuera de los cinco Estados del Suroeste, nacidos en los Estados Unidos sin apellido español en todos los Estados Unidos y a los de origen extranjero distinto del mexicano y de otros países hispanicos.

son significativas por las características de la población de origen mexicano en Los Ángeles. Es una población que requiere grandes y continuados esfuerzos en materia de educación y también de organización. Apenas comienza a haber un principio de toma de conciencia entre los mexicanos-americanos de Los Ángeles, sobre la necesidad de esforzarse para que sus hijos puedan alcanzar grados mayores de escolaridad y prepararse mejor para ocupar trabajos con mejores remuneraciones. Hace pocos años era realmente penoso observar las muy bajas proporciones de mexicanos-americanos que tenían acceso a la enseñanza secundaria y a las universidades o que trabajaban en oficios u ocupaciones más o menos calificados. Era triste ver la debilidad de las incipientes organizaciones sociales de los mexicanos-americanos en el condado de Los Ángeles. En cambio tendía a ser más clara la conciencia de su ascendencia mexicana y su visión de la Revolución Mexicana y de los progresos del México actual.

El cuadro II-3 muestra un alto grado de atracción matrimonial de "hispano-americanos" dentro de su grupo, en Albuquerque, 1924-1940. Como se ve los porcentos se han mantenido casi invariables.

CUADRO II-3

PORCIENTO DE MATRIMONIOS DE "HISPANO-AMERICANOS" DENTRO DE SU GRUPO, EN ALBURQUERQUE, 1924-1940

	Matrimonios	Personas
1924	92.9	96.1
1926	94.4	97.1
1928	94.4	97.1
1930	95.8	97.9
1932	92.3	96.0
1934	91.7	95.7
1936	91.7	95.7
1938	91.7	95.7
1940	92.3	96.0

FUENTE: *Mexican-American Study Project*. Division of Research Graduate School of Business Administration. University of California, Los Angeles. Advance Report 6. *Intermarriage of Mexican-Americans*, by Frank G. Mittelbach, Joan W. Moore and Ronald McDaniel. November, 1966 (página 12).

En el cuadro II-4, se observa que en 1924-1933, en el condado de Los Angeles 59.2% de matrimonios de mexicanos-americanos se efectuaban dentro de su grupo y que esa proporción desciende notablemente en 1963 a 33.5%, por lo que se refiere a los nacidos en México; pero la proporción que es muy elevada (83%), es la de nacidos en México casados con nacidos en México o con nacidos en los Estados

Unidos de padres mexicanos. Esta proporción que corresponde a los años 1924-1933, bajó a 63.2% en 1963. Según este cuadro es mayor en el Condado Bexar (San Antonio) la proporción de matrimonios de mexicanos-americanos dentro de su propio grupo, es decir, el formado por los nacidos en México y por los nacidos en los Estados Unidos de padres mexicanos. Esta alta proporción tiende a aumentar de 1940-1945 (81.8%) a 1951-1955 (84.5%). En San Antonio es mayor que en el condado de Los Ángeles la proporción de matrimonios contraídos por mexicano-americanos dentro de su propio grupo. Esto en cuanto a la cifra de matrimonios; por lo que se refiere al número de personas mexicanas-americanas en los matrimonios, también las proporciones son mayores en el condado de Bexar (San Antonio): 90% en 1940-1945 y 91.6% en 1951-1955 contra 74.7% en el condado de Los Ángeles en 1963.

**RAZA DE LOS CÓNYUGES DE MEXICANOS EN EL CONDADO
DE LOS ANGELES (1958 y 1959)**

	<i>Hombres número</i>	<i>Mexicanos %</i>	<i>Mujeres número</i>	<i>Mexicanas %</i>
Cónyuge "anglo"	1 226	.96	1 443	.94
Cónyuge negro	12	.01	42	.03
Cónyuge filipino	18	.01	42	.03
Cónyuge japonés	12	.01	20	.01
Cónyuge chino	5	.01	4	.002
<i>Total</i>	1 273		1 541	

FUENTE: *Mexican-American Study Project*. Division of Research Graduate School of Business Administration. University of California, Los Angeles. Advance Report 6. *Intermarriage of Mexican-Americans*, by Frank G. Mittelbach, Joan W. Moore and Ronald McDaniel. November, 1966 (página 14).

El pequeño cuadro anterior muestra que en los años de 1958-1959, en el condado de Los Ángeles, 1 226 matrimonios se efectuaron entre mexicanos-americanos con mujeres "anglas". Esta cifra representa 96% de los matrimonios en que uno de los cónyuges era mexicano-americano. (Solamente se registraron 12 matrimonios de mexicanos-americanos con mujeres negras, 18 con filipinas, 12 con japonesas y 5 con chinas.) Es mayor el número de mujeres mexicanas que se casaron con "anglos" en esos dos años en el condado mencionado y también las cifras aumentan para los demás grupos étnicos, 1 443 mujeres mexicanas-americanas se casaron con "anglos", 42 con negros, 42 con filipinos, 20 con japoneses y 4 con chinos. Conforme a estos

datos es mayor el número de matrimonios de mujeres mexicanas-americanas, que de varones mexicanos-americanos.

En este estudio muy interesante sobre los matrimonios en que alguno de los cónyuges es mexicano-americano, realizado bajo los auspicios de la Universidad de California, se hace notar que las diferencias en las llamadas "mezclas matrimoniales" reflejan las distancias

CUADRO II-4
PORCIENTO DE MATRIMONIOS DE MEXICANO-AMERICANOS
DENTRO DE SU GRUPO, EN LOS ANGELES Y SAN ANTONIO
EN DIVERSOS PERIODOS

Basado en el número de matrimonios contraídos por mexicano-americanos ⁷

MEXICANO-AMERICANOS ⁶	CONDADO DE LOS ANGELES 1924-1963 1933 ⁸		CONDADO BEXAR (SAN ANTONIO) ⁹			
	1924-1963 1933 ⁸	1933 ⁸	1940-45	1946-50	1951-55	1940-55
Nacidos en México	59.2	33.5	N.D.	N.D.	N.D.	N.D.
Nacidos en México ca- sados con nacidas en México o con nacidas en los E. U. de pa- dres mexicanos	83.0	63.2	N.D.	N.D.	N.D.	N.D.
Todas las generaciones	N.D.	59.6	81.8	84.3	84.5	83.5
<i>Basado en el número de personas mexicano-americanas en los matrimonios ⁷</i>						
Nacidos en México	84.3	50.1	N.D.	N.D.	N.D.	N.D.
Nacidos en México ca- sados con nacidas en México o con nacidas en los E. U. de pa- dres mexicanos	90.6	77.5	N.D.	N.D.	N.D.	N.D.
Todas las generaciones	N.D.	74.7	90.0	91.5	91.6	91.0

FUENTE: *Mexican-American Study Project*. Division of Research Graduate School of Business Administration. University of California, Los Angeles. Advance Report 6. *Intermarriage of Mexican-Americans*, by Frank G. Mittelbach, Joan W. Moore and Ronald McDaniel. November, 1966 (página 15).

⁶ Las primeras dos categorías son una réplica de las que utiliza Panunzio; la tercera generación incluye todas las personas de apellido español para San Antonio y para Los Angeles los mexicano-americanos como han sido definidos anteriormente.

⁷ Las tasas basadas en matrimonios y en personas son diferentes porque hay muchos casos que comprenden el matrimonio de dos personas entre ellas, los cuales cuentan una sola vez como matrimonio, pero dos veces como personas.

⁸ Derivado de Panunzio, *op. cit.*, pp. 692-693.

⁹ Derivado de Bradshaw, *op. cit.*

sociales entre grupos étnicos y la sociedad dominante. Es interesante la observación de esos autores en el sentido de que los mexicanos-americanos tienden a casarse fuera de su grupo étnico en proporciones diferentes, que dependen principalmente del status de nacimiento de los cónyuges. Agregan que la proporción de matrimonios exógamos, es decir fuera del grupo, es más baja entre la primera y segunda generación y mayor en la tercera generación, lo que es explicable; pero el moderado aumento de la proporción refleja las condiciones desfavorables en que viven los mexicanos-americanos en el Suroeste de los Estados Unidos.

Otra observación interesante que ya nosotros marcamos al comentar algún cuadro, es que las mujeres mexicanas-americanas tienden a casarse con mayor frecuencia que los hombres mexicanos-americanos fuera de su grupo. Dicen los autores que esto está relacionado probablemente con el hecho de que los hombres mexicanos-americanos, generalmente, tienden a mantener posiciones de status más bajas. Probablemente también tenga relación con las características de las mujeres mexicanas-americanas, en cuanto a costumbres y actitudes que se aprecian en ciertos estratos americanos de los llamados "anglos".

Dicen que en Kansas City se han observado proporciones interesantes de "matrimonios mezclados" en iglesias frecuentadas por mexicanos-americanos. Afirman los investigadores que los sacerdotes de algunas iglesias desalientan los matrimonios entre muchachos mexicanos-americanos y muchachas anglo-americanas, pues ellos piensan que este tipo de unión matrimonial está muy propensa a fracasar; en cambio, alientan los matrimonios entre muchachas mexicanas-americanas con muchachos anglo-americanos, basados en que este tipo de matrimonios, según consideran ciertos elementos del clero, no sólo tienen éxito usualmente, sino que también contribuyen a integrar a los mexicanos-americanos en la sociedad anglo-americana.

Según estas observaciones parece que en los próximos años será mediante estos matrimonios de mexicanas-americanas con muchachos anglo-americanos, como podrá acelerarse un poco la llamada integración de los mexicanos-americanos en la sociedad anglo-americana. Si se divulga esta idea entre los varones mexicanos-americanos, pondrán mayor atención en la educación de las muchachas, lo que lograría aumentar el número y la proporción de matrimonios de muchachas mexicanas-americanas con muchachos anglo-americanos. Los sacerdotes, según dice el estudio, estiman que aproximadamente 80% de los matrimonios entre hombres mexicanos-americanos y mujeres anglo-americanas, fracasan, y más tarde o más temprano terminan

en divorcio. En estos casos es grande la influencia de los niveles de educación y de ingresos de los mexicanos-americanos.

Debo señalar la observación de los citados investigadores en el sentido de que los mexicanos-americanos que efectúan "matrimonios mezclados", tienden a ser diferentes respecto de muchos miembros de su grupo étnico. Agregan los autores que: "es claro que una elevación en status social tanto para los hombres como para las mujeres, tiende a favorecer los matrimonios mexicanos-americanos exogámicos, fuera del grupo", pero como los factores económicos, sociales y culturales que ponen obstáculos a la elevación del status social de los mexicanos-americanos en los Estados Unidos se modifican muy lentamente y en pequeñísima proporción, la elevación en el status social es difícil y lenta y beneficia sólo a pequeñas cantidades de los grupos mexicanos-americanos; por esto es alta y tienden a conservarse alta, con pequeñas disminuciones, la proporción de matrimonios exogámicos de mexicanas-americanas.

Hacen notar los investigadores mencionados que el hombre o la mujer "mexicano-americano" más separados o más lejanos del status de inmigrante, tienen mayor probabilidad de casarse con un "anglo"; y en consecuencia, hacen esta otra observación: que "los mexicanos-americanos de tercera generación de status elevado, son de entre todos los grupos los que con mayor probabilidad se casan con "anglos" y las mujeres más que los hombres", y anotan que la ocupación, que casi siempre presenta relación íntima con los ingresos, tiene más importancia que la generación, para predecir qué individuos se casarán fuera de la comunidad mexicana-americana, y no dejan de reconocer las excepciones.

Tomando solamente los estados de California y Texas, con datos de 1960, tenemos los siguientes niveles de escolaridad y de ingreso de hombres de los diversos grupos étnicos comparados con los llamados "anglos":

Las personas de apellido español tienen la más baja escolaridad después de los filipinos. La mayor parte de estas personas de apellido español son nacidas en México o descendientes de mexicanos. Los chinos tienen menor escolaridad que los japoneses y la de éstos es igual a la de los llamados "anglos", en California. En Texas la situación es peor, porque la escolaridad de las personas de apellido español es de 4.8 años y la de los llamados "anglos" es de 10.8. Los ingresos de las personas de apellido español son inferiores a los de los japoneses y a los de los llamados "anglos", pero superiores a los ingresos

Grupo étnico	California		Texas	
	Escolaridad (años)	Ingreso \$ U.S.	Escolaridad (años)	Ingreso \$ U.S.
Apellido español	8.5	4 381	4.8	2 400
No blancos	10.2	3 951	7.5	2 161
Indios	9.2	3 344		
Negros	9.8	3 922		
Chinos	10.1	4 141		
Filipinos	8.2	3 105		
Japoneses	12.4	4 800		
Anglos *	12.1	5 806	10.8	4 768

TOMADO DE: *Mexican-American Study Project*. Division of Research Graduate School of Business Administration. University of California, Los Angeles. Advance Report 2. *Education and Income of Mexican-Americans in the Southwest*, by Walter Fogel (página 8, cuadro 5).

de los indios, de los negros, de los chinos y de los filipinos. En Texas el ingreso de las personas de apellido español es como la mitad del ingreso de los "anglos". La diferencia de ingresos de las personas de apellido español y los de los "anglos" son menos acentuados en California. Para esta estadística se tomaron personas mayores de 25 años y más.

La escolaridad promedio es en los centros urbanos de los Estados Unidos, para hombres de apellido español en 1960, mayor en California (9.2 años) y menor en Texas (6.7 años), referidas estas cifras a personas de 14 años y más; lo que indica que en Texas las condiciones para los mexicanos y sus descendientes son más desfavorables. Los ingresos medios guardan correlación con la escolaridad (4 179 dólares anuales en California y 2 297 en Texas).

Otros materiales numéricos de *Mexican-American Study Project*. Advance Report 2, muestran que la escolaridad media de hombres con apellido español en el suroeste de los Estados Unidos es de 8.4 años para la población urbana, 6.9 años para la población rural no agrícola y 4.6 para la rural agrícola, con estrecha correlación en cuanto a ingreso medio que es, respectivamente, para 1960 de 3 197 dólares al año, 1 871 y 1 531.

Por lo que se refiere al nivel educativo de hombres de apellido español en California en 1960, correspondiente a edades de 35 a 44 años, resulta que los nacidos en México tienen la menor escolaridad (7.3 años), siguen los nacidos en los Estados Unidos de padres mexicanos o de matrimonios mixtos (9.9 años) y alcanzan

* Edad: 25 años y mayores.

mayor escolaridad las personas de apellido español nacidas en los Estados Unidos de padres nacidos en ese país (10.8). Como se sabe, en el estado de California las condiciones en general para la población de origen mexicano son menos adversas que en Texas y otros estados del sur de Estados Unidos. En California (1960) el ingreso medio para hombres de 35 a 44 años con apellido español, y por tanto sujetos a condiciones adversas en su educación, en su trabajo y en sus oportunidades de ascenso, era de 4 315 dólares al año para los nacidos en México; de 5 543 dólares para los nacidos en los Estados Unidos de padres mexicanos o matrimonios mixtos y de 5 524 dólares para los nacidos en los Estados Unidos de padres nacidos en ese país.

Mientras mayor es la edad de las personas de apellido español, mayor es la diferencia de su nivel educativo medio respecto al nivel medio de la población total. Con datos para California de 1960, resulta:

DIFERENCIAS EN NIVEL EDUCATIVO MEDIO, ES DECIR, NIVEL DE LA POBLACIÓN TOTAL MENOS NIVEL DE PERSONAS CON APELLIDO ESPAÑOL (POR GRUPOS DE EDAD)

20-24	1.4 años
25-34	2.3 años
35-44	2.9 años
45-64	3.4 años
65 y más	4.4 años

Estas diferencias son menores para las personas jóvenes con apellido español, más grandes para las personas maduras y mucho mayores para los viejos, lo que indica mejoría respecto a las condiciones que prevalecían en anteriores decenios.

Y también a medida que aumenta la edad de las personas de apellido español va disminuyendo el nivel de su ingreso medio respecto al ingreso medio de la población total. En efecto, el ingreso medio de las personas de 20 a 24 años de apellido español tiene una proporción de 0.98 respecto al ingreso medio de la población total de California; en tanto que para las personas de 65 años y más esta proporción baja a 0.73.

Las diferencias desfavorables, explicadas por niveles de educación, entre los ingresos medios de los grupos étnicos en comparación con los ingresos de los llamados "anglos", son más fuertes en California para las personas de apellido español que para los negros, los indios, los chinos y los filipinos. Y en Arizona son aún más desfavorables que para los negros, los indios y los "no blancos".

En general en Texas son más acentuadas las diferencias entre personas de apellido español y “anglos” en cuanto a la proporción de inscritos en las escuelas.

Observando también las proporciones de la fuerza de trabajo masculina por grupos étnicos, se advierten diferencias adversas a las personas de apellido español.

Consideran algunos sociólogos de los Estados Unidos que, a pesar de su nivel educativo bajo, los mexicanos-americanos tienen ingresos menos bajos que los que les podrían corresponder por su nivel de educación. Ésta es una cuestión que está siendo objeto de investigaciones por la Universidad de California. Varios hombres de estudio del país del norte opinan que este hecho puede estar relacionado con ciertas motivaciones y habilidades y acaso con una menor discriminación respecto a “ciertas ocupaciones” en el mercado de trabajo del suroeste para los mexicanos-estadunidenses que la que sufren personas de otras minorías.

En el mencionado estudio de la Universidad de California, se dice que la “distancia social” de los grupos estudiados parece tener este “orden jerárquico”, es decir, de una menor “distancia social” a una mayor: mexicanos-americanos; orientales; negros. Esto resulta de datos de una investigación realizada en 1946. Observaciones semejantes se obtuvieron en la investigación realizada veinte años antes de 1946. Sería interesante conocer la “relación jerárquica” en la actualidad.

La distribución ocupacional de inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos muestra que son muy bajas las proporciones de ellos, comparadas con las proporciones del total de inmigrantes, en los siguientes renglones ocupacionales:

Profesionales, técnicos y similares	1960-64	(3% en los inmigrantes mexicanos; 19% en el total de inmigrantes).
Agricultores y gerentes agrícolas	1960-64	(1.3% y 1.7%, respectivamente).
Gerentes, funcionarios y propietarios	1960-64	(1.4% y 4.4%)
Empleados, vendedores y similares	1960-64	(4.9% y 20.5%)

Nótese la desventajosa proporción de mexicanos en actividades profesionales y subprofesionales.

Trabajadores de oficios, capataces y similares	1960-64	(7.0% y 13.7%)
--	---------	----------------

En este renglón ocupacional los mexicanos podrían tener una mejor proporción; en efecto, en 1950-54 alcanzaron en este renglón de ocupaciones 12.7%.

Operadores y similares	1960-64	(4.0% y 10.8%)
Trabajadores domésticos en casas particulares	1960-64	(15.1% y 6.8%)

De 1950 en adelante ha venido aumentando de manera notable el número de inmigrantes mexicanos a los Estados Unidos que entran para trabajar en labores domésticas en casas particulares; en efecto, en 1950-54, 15.3% de los inmigrantes mexicanos correspondieron al renglón de “trabajadores domésticos en casas particulares”, en tanto que para el total de inmigrantes la proporción era de 7.7% y en 1955-59 estas proporciones fueron, respectivamente, de 16.9% y 8.1%. Esta inmigración de “trabajadores domésticos mexicanos” que van a prestar sus servicios a casas particulares de los Estados Unidos es permanente, a diferencia de la emigración de portugueses y españoles que van a Francia, Inglaterra y otros países de Europa occidental a laborar como domésticos, no sólo en casas particulares, sino también en restaurantes y hoteles; una corta proporción de esos españoles y portugueses es de emigrantes permanentes, y otra, que en los últimos años tiende a aumentar, es de emigración estacional.

Trabajadores de servicios no domésticos	1960-64	(2.2% y 7.2%)
Trabajadores agrícolas y capataces	1960-64	(21.6% y 5.0%)

Se advierte en 1960-64 muy alta proporción de trabajadores agrícolas y capataces en los inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos, comparados con todos los inmigrantes, pero en los dos quinquenios anteriores las proporciones eran menores: 3.4% y 3.5% en 1950-54 y 6.3% y 3.7% en 1955-59. Es éste uno de los cambios recientes más acentuados en la estructura ocupacional de la inmigración mexicana en los Estados Unidos, cambio que oculta algunas modalidades interesantes y todavía no bien estudiadas.

Peones no agrícolas ni mineros	1960-64	(39.5% y 10.9%)
--------------------------------	---------	-----------------

Estos peones, dedicados a rudos trabajos no agrícolas ni mineros, con su trabajo relativamente mal pagado respecto a los niveles de los Estados Unidos, casi siempre discriminados y no bien tratados, han representado la más alta proporción de los inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos, como puede verse:

1910-1914	74.4%	(26.9% en el total de inmigrantes)
1915-1919	63.1%	(32.8%)
1920-1924	80.7%	(34.1%)
1925-1929	71.3%	(28.1%)
1950-1954	30.4%	(6.7%)
1955-1959	46.0%	(13.6%)
1960-1964	39.5%	(10.9%)

En el quinquenio 1950-54 se advierte un fuerte descenso con relación al de 1925-29 y después una tendencia moderada al aumento. En ese cuarto de siglo la estructura de la mano de obra de los inmigrantes se modificó por cambios tecnológicos y por mayor participación relativa de negros y de otras minorías en esta clase de trabajos no calificados.

Distribución ocupacional de mexicanos inmigrantes de cada clase como por ciento de todos los mexicanos inmigrantes:

	1910-1914 %	1960-1964 %
Profesionales técnicos y similares	2.5	1.3
Agricultores y gerentes agrícolas	0.6	0.5
Gerentes, funcionarios y propietarios	1.3	0.6
Empleados, vendedores y similares	0.1	2.2
Oficios, capataces y similares	2.9	3.1
Operadores y similares	2.7	1.9
Servicio doméstico particular	1.8	6.6
Trabajadores de servicios no domésticos	0.2	1.0
Trabajadores y capataces agrícolas	1.1	9.5
Jornaleros, excepto agrícolas y mineros	38.3	17.3
Otros Inmigrantes (amas de casa, niños y otros sin ocupaciones clasificadas o sin información)	48.5	56.1

Sobre el total de la inmigración de mexicanos ha disminuido mucho en 1960-64 la proporción de jornaleros no agrícolas ni mineros, y ha aumentado moderadamente la proporción de "otros inmigrantes", que en 1960-64 era de 56.1%. Este grupo de "otros inmigrantes" requiere un análisis más detallado que parece que ahora no permiten las cifras disponibles.

En 1910-14, 1.1% de los inmigrantes mexicanos eran trabajadores y capataces agrícolas, y en ese mismo quinquenio el total de inmigrantes en los Estados Unidos contenía 24.3% de personas de este renglón ocupacional, en tanto que las cifras para 1960-64 han cambiado notablemente, pues los inmigrantes mexicanos de este grupo ocupacional representaban 9.5% del total de inmigrantes mexicanos, en tanto que

en el total de la inmigración a los Estados Unidos este renglón era solamente de 2.3%.

INMIGRACIÓN DE MEXICANOS A LOS ESTADOS UNIDOS CLASIFICADOS COMO JORNALEROS NO AGRÍCOLAS NI MINEROS

	%
1910-14	38.3
1915-19	27.8
1920-24	47.0
1925-29	45.8
1950-54	13.5
1955-59	23.0
1960-64	17.3

En los quinquenios 1920-24 y 1925-29 (primera posguerra) y años inmediatos anteriores a la gran crisis, son muy altas las proporciones de estos peones no agrícolas ni mineros que desempeñan con eficiencia rudos trabajos en la construcción de caminos, de vías férreas, etcétera, y contribuyen con su labor, sujeta a penosas discriminaciones salariales y otras, al progreso de estados del Sur de los Estados Unidos, principalmente. México en esos años no podía utilizar los excedentes de buena mano de obra, como ahora, por el mayor grado de subdesarrollo.

Se inserta a continuación el cuadro 17 del interesante volumen "Advance Report 2" titulado: *Mexican Immigration to the United States, the record and its implications*, por Leo Grebler y contribución de Phillip M. Newman y Ronald Wyse, que como he mencionado en otro lugar forma parte del importante: *Mexican American Study Project*, que ha venido realizando, con meritorio esfuerzo, la División de Investigaciones de la Escuela de Graduados en Administración de Negocios, de la Universidad de California, Los Angeles, U.S.A.

Nótese que las proporciones de nativos mexicanos de apellido español en los Estados Unidos en 1960, comparadas con las proporciones de la fuerza de trabajo de la República Mexicana según el Censo de 1960, son menores en las ocupaciones de relativa mayor jerarquía técnica, económica y social:

Profesionales, técnicos y similares

Empleados, vendedores y similares

CUADRO 17

DISTRIBUCIÓN OCUPACIONAL DE NATIVOS MEXICANOS DE APELLIDO ESPAÑOL EN LOS ESTADOS UNIDOS, COMPARADA CON LA DISTRIBUCIÓN OCUPACIONAL DE LA FUERZA DE TRABAJO MEXICANA, 1960 ^a

<i>Grupo ocupacional</i>	<i>Nativos mexicanos en Estados Unidos</i>	<i>Fuerza de trabajo mexicana</i>
Profesionales, técnicos y similares	2.5%	3.6%
Empleados, vendedores y similares	5.6%	9.0%
Trabajadores de oficios, capataces, operadores y jornaleros excepto agrícolas y mineros	45.4%	18.9%
Trabajadores de servicios incluyendo domésticos	9.5%	7.0%
Trabajadores y capataces agrícolas	31.1%	53.5%
Todos los grupos incluidos	94.1%	92.0%

Como hecho indicativo de la composición ocupacional de las personas nacidas en México de apellido español que trabajaban en los Estados Unidos en 1960, es muy elevada su proporción en el renglón de oficios, capataces, operadores y jornaleros excepto agrícolas o mineros; y es poco mayor la proporción de trabajadores de servicios, incluyendo los domésticos, entre los nativos mexicanos de apellido español en los Estados Unidos, que en el conjunto de la fuerza de trabajo de la República Mexicana; pero en tanto que conforme al censo mexicano de 1960, 53.5% de la fuerza de trabajo lo formaban trabajadores y capataces agrícolas, solamente 31.1% de los nativos mexicanos en Estados Unidos corresponde a este renglón ocupacional, lo que es obvio por estar insertados los inmigrantes mexicanos en una sociedad de alto desarrollo económico que como es natural ocupa menor proporción de mano de obra en actividades agrícolas.

La proporción de personas nacidas en México ha descendido de 1910 a 1960 en Arizona, Colorado, Nuevo México y Texas y en el suroeste de los Estados Unidos en conjunto, y ha aumentado en otras regiones de ese país, en tanto que ha tenido aumento constante en el Estado de California.

^a Las cifras estadounidenses son del Censo de 1960 y se refieren a personas blancas empleadas, de apellido español, nacidas en México. Los datos mexicanos se refieren a la fuerza de trabajo total. Para notas sobre la fuente mexicana y reconciliación de los grupos ocupacionales, véase el cuadro 16 que no se incluye en estas notas.

PERSONAS NACIDAS EN MEXICO: PORCIENTO DE LA POBLACION DE
LOS ESTADOS UNIDOS NACIDA EN MEXICO

CALIFORNIA	%
1910	15.2
1920	18.1
1930	31.2
1940	35.6
1950	36.0
1960	43.2

TEXAS	%
1910	56.5
1920	52.2
1930	41.6
1940	42.2
1950	43.5
1960	35.3

ARIZONA	%
1910	13.4
1920	12.6
1930	7.6
1940	6.6
1950	5.5
1960	6.2

VI

Se ha dicho que la emigración de mexicanos a los Estados Unidos comenzó al día siguiente de que México perdió la mitad de su territorio como consecuencia de la injusta guerra que le hicieron los Estados Unidos. Durante el porfiriato la emigración de mexicanos a los Estados Unidos fue aumentando paulatinamente, pero la tendencia se aceleró en los últimos años de ese gobierno. De 1900 a 1904 las estadísticas norteamericanas registran únicamente 2 259 inmigrantes mexicanos y de 1905 a 1910 la cifra asciende a 21 732. Esta tendencia acelerada se acentuó todavía más durante los primeros años de las luchas armadas de la Revolución Mexicana.

Los emigrantes mexicanos a los Estados Unidos de 1910 a 1914 registran la cifra de 82 588 y de 1915 a 1920, años también de contiendas armadas, el número asciende a 91 075. La Primera Guerra Mundial, algunos cambios en la economía norteamericana y la inestabilidad política de México, reflejan sus consecuencias en la cifra de emigrantes mexicanos de 1920 a 1924, que fue de 249 148, esto

es casi un cuarto de millón de personas. En 1920 se registra la rebelión contra el presidente Venustiano Carranza y a fines de 1923 se inicia la revuelta militar contra el gobierno del general Obregón. Ambas graves perturbaciones de la paz pública del país produjeron elevación notable de las cantidades de emigrantes mexicanos a los Estados Unidos que cruzaban la frontera desmoralizados, resentidos o desorientados por los cambios políticos y sociales y las revueltas militares. La mayor parte de ellos emigraban en busca de oportunidades para trabajar con mejores salarios y una proporción importante ansiaba vivir en un país que consideraban pacífico y tener oportunidades de mejorar sus niveles de vida. Muchos iban a reunirse con familiares emigrados en años anteriores y que habían logrado establecerse en aquel país y estaban llenos de esperanzas de tranquilidad y trabajo permanente y bien pagado. La reforma agraria, que ya a partir de 1921 tuvo mayor impulso, fue uno de los factores que estimularon la emigración de ciertas clases de trabajadores rurales y aun de pequeños agricultores y aparceros. De 1925 a 1929 la emigración de mexicanos es todavía fuerte aunque poco menor que en el periodo anterior, pues alcanza el número de 238 527 personas.

Joan W. Moore, en su estudio muy interesante titulado *Mexican-American: Problems and Prospects* Special Report, publicación del Institute for research on poverty, Universidad de Wisconsin, incluye en la página 16 un cuadro con las tasas de dependencia para 5 Estados del sur y por áreas urbana y rural en el suroeste de los Estados Unidos. Este pequeño cuadro que es el número 4 de la precitada publicación, presenta en la columna matriz los 5 Estados y después las áreas urbana, rural no agrícola y rural-agrícola. En las tres columnas auxiliares están las cifras para "anglos", personas con "apellido español" y personas "no blancas". En estas tres columnas correspondientes a los llamados grupos étnicos aparece a la izquierda el número que corresponde al rango de la cifra porcentual puesta a la derecha (que es la relación por ciento en cada caso).

La señorita Moore, directora asociada del *Mexican American Study Project* (Universidad de California), en este trabajo define la "tasa de dependencia" como la proporción estadística entre las personas que pueden ganarse la vida y aquellas que con mayor probabilidad dependen de otros para su sostenimiento. Hace notar que "la relación de mexicanos-americanos menores de 20 años y de 65 años o más, respecto de los que están en los grupos de edad entre 20 y 64 años, mues-

tra una tasa o proporción de dependencia extremadamente elevada". Dicha tasa es más alta que las que corresponden a los "anglos" y a los negros, y observa que naturalmente esta tasa muy alta refleja el número desproporcionadamente grande de niños y de adolescentes. Sabemos cómo es la composición de la población por edades de los mexicano-americanos, sus actividades respecto de la procreación y otros factores económicos y culturales que generan esa característica social de una alta tasa de dependencia. La doctora Moore resume en las siguientes líneas sus observaciones sobre ese cuadro estadístico que enseguida se reproduce:

... en el suroeste en conjunto había 121 personas dependientes en 1960, por cada 100 mexicano-americanos entre 20 y 64 años de edad, 85 dependientes por cada 100 anglos en el mismo grupo de edad y 98 dependientes por cada 100 no blancos de edad comparable. De los cinco Estados de esta región, California tiene la tasa más favorable y Colorado la menos favorable. Las tasas de dependencia son de lo más elevadas en las áreas rurales no agrícolas donde la población infantil es la más elevada amplificando considerablemente las diferencias locales y regionales en el status socio-económico de esta minoría en particular...

TASAS DE DEPENDENCIA PARA CINCO ESTADOS DEL SUR Y POR
ÁREAS URBANA Y RURAL EN EL SUROESTE, 1960

Lugar	Anglos	Rango	Apellido Español	No Blanca
Arizona	3 (88.9%)	4	4 (122.2%)	1 (136.9%)
California	5 (83.1%)	5	5 (103.7%)	5 (84.9%)
Colorado	1 (92.0%)	1	1 (139.3%)	4 (93.4%)
Nuevo México	2 (90.6%)	2	2 (137.9%)	2 (134.6%)
Texas	4 (85.7%)	3	3 (135.3%)	3 (108.5%)
Urbano	3 (83.1%)	2	2 (119.5%)	3 (92.4%)
Rural no Agrícola	1 (94.0%)	1	1 (132.1%)	2 (125.1%)
Rural Agrícola	2 (89.1%)	3	3 (108.8%)	1 (127.3%)

FUENTE: 1960 Estados Unidos. Censos de Población, vol. 1. Partes 4, 6, 7, 33, 45, Cuadro 95; y PC (2) IB, Cuadro 2.

TOMADO DE: *Mexican-Americans: Problems and Prospects*. Joan W. Moore. Special Report. Institute for Research on Poverty, The University of Wisconsin, Madison, Wisconsin (cuadro 4, página 16).

Como se advierte claramente por los rangos, en cuanto a la población de apellido español, la situación más desfavorable por la alta tasa de "dependientes familiares" corresponde al Estado de Colorado

con 139.3%, y siguen con tasas menores Nuevo México, Texas, Arizona, y finalmente California, en donde la situación es menos mala. Solamente las poblaciones “no blancas” de los Estados de Arizona y Nuevo México, presentan altas tasas de “dependientes familiares” comparables con las de la población con apellido español.

Como consecuencia de la excesiva proporción de “dependientes familiares”, las personas con apellido español tienen menos oportunidades de escolaridad y por tanto de obtener mejores empleos, en términos generales, y sus niveles de vida tienden a ser menores en igualdad de ingresos, puesto que éstos tienen que distribuirse entre un número mayor de personas no económicamente activas. Por lo que se refiere a las personas de apellido español, no son muy fuertes las diferencias de las altas tasas de “dependientes familiares” entre el medio rural no agrícola y el medio urbano; como es obvio es más alta la tasa en el medio rural no agrícola, pero la diferencia con la tasa del medio urbano no es muy fuerte.

Tomemos del cuadro 5 del citado estudio de Moore solamente los datos correspondientes al conjunto de los Estados del suroeste de los Estados Unidos, para observar las proporciones de familias clasificadas por el número de personas que forman la familia, y para los tres grupos étnicos: “anglos”, “personas con apellido español” y “personas no blancas”.

TAMAÑO DE LAS FAMILIAS, 1960
COMO PORCIENTO DE TODAS LAS FAMILIAS, EN CADA GRUPO DE POBLACIÓN

Estado y grupo de población	Número de personas en la familia					
	2	3	4	5	6	7 o más
SUROESTE						
Anglos	35.9	21.5	20.6	12.5	5.7	3.8
Apellido español	17.9	17.4	18.4	15.5	11.6	19.2
No blanca	30.1	20.4	16.4	12.2	8.4	12.5

FUENTE: 1960 Censo de Población de los Estados Unidos, vol. 1, Partes 4, 6, 7, 33, 45, cuadro 110; PC (2), 1B, cuadro 5.

TOMADO DE: *Mexican-Americans: Problems and Prospects*. Joan W. Moore. Special Report. Institute for Research on Poverty, The University of Wisconsin, Madison, Wisconsin (cuadro 5, página 19).

Las familias de dos miembros que en su mayoría son matrimonios sin hijos y que generalmente reflejan decidida actitud de control de la natalidad o más bien de paternidad responsable llevada al extremo,

constituyen 35.9% de todas las familias de "anglos", 30.1% de todas las familias del grupo de "no blancos" y solamente 17.9% de todas las familias del grupo de personas con apellido español; en tanto que las familias numerosas, como las de 6 miembros, eran en 1960 5.7% en el grupo de "anglos", 8.4% en el grupo de "no blancos" y 11.6% en el de "personas con apellidos españoles". En cuanto a las familias de 7 miembros o más, es decir, las familias verdaderamente numerosas en las condiciones actuales, en tanto que el grupo "anglo" sólo tenía 3.8% de familias de esta clase, y los "no blancos" 12.5%, el grupo de personas con apellidos españoles presenta la altísima proporción de 19.2%. Bajos niveles de escolaridad, ingresos muy escasos, actitudes tradicionales, factores religiosos y en general características de población atrasada en el aspecto técnico, con bajos niveles de ingreso sobre un fondo cultural semejante a la sociedad del país de origen, en este caso México, están en la base de esta significativa distribución de las familias de origen mexicano en el suroeste de los Estados Unidos. Sería interesante conocer la in-

POBLACIÓN DE APELLIDO ESPAÑOL Y POBLACIÓN NO BLANCA COMO PORCIENTO DE LA POBLACIÓN TOTAL, 1950 Y 1960 EN LOS CINCO ESTADOS DEL SUROESTE

Lugar	1950			1960		
	Anglos	Apellido español	No blanca	Anglos sajona	Apellido español	No blanca
SUROESTE	80.4	10.9	8.7	78.9	11.8	9.3
Arizona	70.2	17.1	12.7	74.9	14.9	10.2
California	86.5	7.2	6.3	82.9	9.1	8.0
Colorado	89.0	8.9	2.1	88.0	9.0	3.0
Nuevo México	56.0	36.5	7.5	63.8	28.3	7.9
Texas	73.8	13.4	12.8	72.6	14.8	12.6
ESTADOS UNIDOS	89.5		10.5	88.8		11.2

FUENTE: 1960 Estados Unidos. Censo de Población, vol. 1, parte 1, tabla 15B; partes 4, 6, 7, 33, 45, cuadro 15; PC (2) 1B, cuadro 1. 1950 Censo Estadunidense de Población, PE. núm. 3C, cuadro 1.

TOMADO DE: *Mexican-Americans: Problems and Prospects*. Joan W. Moore. Special Report. Institute for Research on Poverty, The University of Wisconsin, Madison, Wisconsin (cuadro 1, página 4).

fluencia que la propaganda de educación para la paternidad responsable tenga en los matrimonios jóvenes de las familias de origen mexicano en el suroeste del vecino país. Esa influencia creo que no sería pequeña.

Es interesante observar el cuadro del trabajo de la doctora Moore que compara en porcentos la población de "anglos", "personas con apellidos españoles" y personas "no blancas", sobre el total de la población del suroeste y de cada uno de los cinco Estados según los Censos de 1950 y 1960 de los Estados Unidos.

En el periodo 1950-1960 aumentó moderadamente la proporción de personas con apellidos españoles en el suroeste de los Estados Unidos. Disminuyó poco la proporción de "anglos" y aumentó ligeramente la de "no blancos". Como se ve es una dinámica interesante, pero no fuerte. En 1960 en comparación con 1950 disminuye en Arizona la proporción de personas con apellidos españoles, se eleva en proporción relativamente significativa en California, aumenta levemente en Colorado, registra disminución sensible en Nuevo México y un pequeño aumento en Texas.

El citado meritorio trabajo de Moore incluye un pequeño cuadro de familias pobres para el suroeste de los Estados Unidos en 1960:

FAMILIAS POBRES ^a SUROESTE, 1960

<i>Grupos de Población</i>	<i>Todas las familias</i>	<i>Familias pobres</i>	<i>Porcentaje de pobres en cada grupo</i>	<i>Pobres en cada grupo como porcentaje de todos los pobres</i>
	(1)	(2)	(3)	(4)
Total	7 356 866	1 451 655	19.7%	100.0%
Blancos	6 766 367	1 205 729	17.8	83.1
Anglos	6 068 340	962 826	15.9	66.4
Apellido español	698 027	242 903	34.8	16.7
No blancos	590 299	245 926	41.7	17.0

FUENTE: Frank G. Mittelbach y Grace Marshall, *The Burden of Poverty* (Los Angeles: University of California, Graduado en la Escuela de Negocios Administrativos, Proyecto de Estudio Mexicano-Americano, Informe Avanzado 5), cuadro 1, de 1960 Estadunidense Censo de Población, PC (2) 1B, cuadro 5; vol. 1, partes 4, 6, 33 y 45, cuadro 65.

TOMADO DE: *Mexican-Americans: Problems and Prospects*. Joan W. Moore. Special Report. Institute for Research on Poverty, The University of Wisconsin, Madison, Wisconsin (cuadro 10, página 30).

Para los efectos de esa pequeña tabla estadística se consideran como familias "pobres" las que tenían un ingreso anual inferior a tres mil dólares en 1959. Las familias pobres en el suroeste estadunidense en 1960 representaban cerca de la quinta parte de todas las familias del suroeste de los Estados Unidos (19.7). Era cerca de un millón y me-

^a Familias con ingreso anual menor de \$ 3,000 en 1959.

dio sobre un total de poco menos de siete millones cuatrocientas mil familias. 15.9% de las familias de "anglos" pertenecían a esta clase de "familias pobres"; en tanto que 34.8% de las familias con apellido español eran "familias pobres", es decir poco más de la tercera parte de todas las familias con apellido español tenían ingresos menores de tres mil dólares al año. De las familias de "no blancos" 41.7% eran "familias pobres". De modo que desde este punto de vista la situación de ingresos de las familias con apellido español aparece menos desfavorable en el suroeste de los Estados Unidos que la de las familias de "no blancos".

Éstas son algunas de las características de la "población con apellido español", es decir, población de origen mexicano en el suroeste de los Estados Unidos en 1960, que en proporción importante desciende de inmigrantes mexicanos como los que hablan en los documentos de trabajo del doctor Gamio que traducidos al español y publicados en este libro, pone en manos del lector mexicano el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, tanto por su propio valor informativo en el campo sociológico, como en homenaje a Manuel Gamio, ilustre estudioso de algunos problemas sociales que eran de primordial interés para nuestro país en el primer tercio del presente siglo.

Los mexicanos-americanos comienzan a tomar conciencia de sus problemas, de sus deficiencias y posibilidades, comienzan a organizarse. No lucharán como los negros, esto es, no aplicarán sus modos y sistemas de lucha, pero pugnarán por una vida con menos injusticias y mayores oportunidades.¹⁰ La lucha será larga y tendrá moda-

¹⁰ Noticia publicada en el periódico *Excelsior* del jueves 8 de agosto de 1968, página 3-A, titulado: "Acusación de Ximenes a LBJ. *Los mayores problemas de mexicanos en E. U. surgieron en esta década.*"

Washington 7 de agosto (EFE). "Los problemas de la comunidad mexicano-norteamericana son enormes, pero la mayoría han surgido durante el último año de la administración Johnson-Humphrey, más que en las décadas precedentes", declaró hoy Vicente Ximenes, presidente del Comité Para Asuntos de los Mexicanos-Americanos, en la vigésima convención anual de la "American G.I. Forum", que se realiza en Corpus Christi, Texas.

Ximenes censuró a la administración de Washington por no reconocer los derechos de educación bilingüe, que siguen sin imponerse en las escuelas y centros laborales del sudoeste americano, y la falta de atención de aquélla para las organizaciones del servicio social de la comunidad mexicano-americana.

Ximenes pidió a los reunidos que no olviden las necesidades y derechos de esta comunidad y que ejerzan su influencia en sus respectivos Estados para que el congreso se ocupe de ellos inmediatamente.

Otro grupo de mexicano-americanos, encabezado por el líder Reyes Tijerina, estuvo representado en junio pasado en "La marcha de los pobres" que se efectuó en Washington, D. C.

lidades propias que podrán encauzarse en las actividades de organización y petición de un gran país que parece que no quiere traicionar los principios de igualdad, libertad y democracia sobre los que fue construido. Para esto requiere mayores y más claras tomas de conciencia de sus graves problemas y del deterioro de algunas de sus instituciones y más firme voluntad de profundas y efectivas reformas sociales y económicas.

En esta ocasión el grupo se congregó ante el Departamento de Estado y solicitó ser recibido por el titular del mismo, Dean Rusk, para exponer sus quejas sobre el incumplimiento por parte de los Estados Unidos de las cláusulas del Tratado de Guadalupe-Hidalgo, firmado entre México y Norteamérica, relativa al respecto por la lengua y la cultura de la comunidad anexada.

INTRODUCCIÓN

Durante los años de 1926-27 el doctor Manuel Gamio llevó a cabo un estudio sobre la inmigración mexicana, que le fue encomendado por el Consejo de Investigación de las Ciencias Sociales. Los resultados generales de este estudio fueron publicados en 1930 por la imprenta de la Universidad de Chicago, bajo el título Mexican Immigration to the United States. A Study of Human Migration and Adjustment. Los datos recogidos en el estudio se basan en parte sobre las declaraciones hechas por los propios inmigrantes, así como en sus experiencias y sus reflexiones sobre éstas. El doctor Gamio y sus colaboradores recogieron estas declaraciones y les dieron forma documental; estos documentos constituyen parte del material que el doctor Gamio presentó ante el Consejo como informe de su investigación. Son demasiado extensos para que pudieran ser incluidos en el volumen que apareció en 1929, pero por su interesante naturaleza se decidió que fueran publicados por separado.

La mayoría de estos documentos contienen por escrito lo que se dijo en el curso de las "entrevistas dirigidas". En la introducción al libro que acabamos de mencionar (página x) el doctor Gamio afirma que tanto él como sus colaboradores se proveyeron de una "guía o clasificación de las características mentales y materiales típicas y más importantes de una serie de individuos." Esta guía aparece como Apéndice I de dicho volumen. Los investigadores establecieron relaciones de confianza con el inmigrante y lo empujaron a hablar de manera espontánea de los temas que se le ocurrían naturalmente. "Cuando se había logrado ganar la confianza del individuo y se mostraba voluntariamente elocuente, la observación se completaba por medio de preguntas directas." (página xi.)

Este procedimiento puede ser la explicación de la gran variedad de tópicos mencionados en los documentos siguientes y también, en parte, del grado de uniformidad que a pesar de todo los caracteriza. Por ejemplo, en la mayoría de los documentos se habla de religión

y también de los alimentos cotidianos. El doctor Gamio termina su información sobre la forma en que se reunieron los documentos, de la siguiente manera: "Tan pronto como terminaban las entrevistas, escribíamos los resultados obtenidos. Ocasionalmente, en el curso de las entrevistas, tomábamos notas, con pretextos adecuados, a fin de que los entrevistados no se dieran cuenta de que estábamos transcribiendo sus ideas y sus palabras." (página xi.)

El valor de un material concreto como éste, radica en el hecho de que nos permite entrar en contacto inmediato con el tema de interés. Por medio de dicho material, podemos saber qué es lo que importa estudiar. Estos documentos no constituyen un estudio científico del inmigrante mexicano, ni pueden tampoco tomarse como único material para dicho estudio. Sin embargo nos permiten comprenderlo hasta cierto punto; después de leerlos, sabemos mejor lo que podemos esperar de él y estamos más capacitados para formular problemas científicos relacionados con el inmigrante.

Al arreglar el material para su publicación, apenas si hice algo más que agrupar los temas de acuerdo con lo que me pareció que eran los encabezados adecuados. Cualquier documento aislado puede sugerir varios puntos diferentes, por eso al agruparlos, se ignoran algunos puntos para hacer resaltar otros. Los comentarios interpretativos que he formulado para servir de introducción a cada sección o a determinados documentos, deben considerarse como guías o hipótesis sugeridas por el propio material, que yo desearía ver verificadas o examinadas con mayor detalle, utilizando otro material y empleando diferentes técnicas.

No todo lo que contienen estos informes tiene el mismo valor; debe ser valorizado con distinciones. Algunas fases de las experiencias de los inmigrantes registradas en estas entrevistas pueden aceptarse tal como aparecen. Cuando se logra un razonable grado de confianza entre el inmigrante y el entrevistador, el primero casi siempre dice la verdad sobre el sitio donde nació, dónde ha trabajado y cuánto ha ganado. No obstante, no es fácil que las experiencias y situaciones más críticas se mencionen objetivamente. En este aspecto, lo que se obtiene es la opinión personal del individuo sobre la situación; cómo la ve desde lejos y cómo la explica para sí mismo y para satisfacer al entrevistador. Pero precisamente estos puntos de vista y estas racionalizaciones son los que constituyen los datos científicos. Si sabemos qué racionalizaciones son útiles para explicar y prever las formas de conducta, por qué la gente no actúa sólo porque las cosas sean así, también sabremos por qué piensan o presumen que deben ser así.

Esto ha sido ampliamente expresado por los sociólogos que han uti-

lizado material biográfico.¹ Estos estudiosos han encontrado que las relaciones autobiográficas tienen gran valor para comprender y tratar los casos de delincuencia. La explicación de la conducta actual del individuo se encuentra, en parte, en sus experiencias pasadas. Pero a fin de poder utilizar una relación autobiográfica, los estudiosos tratan de obtener un panorama lo más completo posible de los acontecimientos sucesivos en la vida del individuo para comparar su opinión sobre dichas experiencias con informes objetivos exteriores. Esta "técnica autobiográfica" empleada por los sociólogos no es la misma que se ha utilizado en esta colección, porque estos documentos representan breves declaraciones hechas a investigadores apresurados a través de contactos casuales. La biografía de un inmigrante, en este sentido, debería ser una extensa declaración autobiográfica de la carrera del individuo, el resultado de un cuidadoso estudio por parte del investigador, obtenido después de haber establecido una relación conveniente con el sujeto.

Puede ser posible lograr estas extensas biografías de los inmigrantes mexicanos y, ayudándose con datos externos, penetrar hasta el mecanismo del desarrollo del orgullo racial y la sensibilidad, por ejemplo. Pero los documentos que presentamos son demasiado breves para permitir este estudio científico, además de que no están suficientemente relacionados con todo el medio cultural del inmigrante. No obstante, algo nos dicen sobre el inmigrante mexicano. Como son muchos y en muchos aspectos se parecen, nos sirven para llegar a conocer no un inmigrante mexicano en particular, sino una especie de inmigrante mexicano generalizado. De su estudio podemos derivar la idea de lo que es típico en la experiencia de los inmigrantes y de la reacción de los propios inmigrantes ante dicha experiencia. Las experiencias del mexicano que tiene escasa educación, tal como las narra en estos documentos, se repiten casi hasta la monotonía; la inseguridad y la intranquilidad en México, el sentimiento de impotencia en el nuevo país, la escasa organización de la comunidad de inmigrantes, la movilidad y el aislamiento, la seguridad que sigue a un ajuste económico satisfactorio, la actitud de reflexión o de resentimiento que se produce al conocer las costumbres y los prejuicios de los norteamericanos. No todas estas características se encuentran en todos los documentos, pero varias de ellas sí aparecen en la mayoría de los casos. Por lo tanto, se forma una generalización a través de un procedimien-

¹ Especialmente por W. I. Thomas. Véase por ejemplo: W. I. Thomas and Dorothy Swaine Thomas, *The Child in America* (New York, Alfred A. Knopf 1928) pp. 571-72. También Clifford R. Shaw: *The Jack Roller* (Chicago, University of Chicago Press, 1930), pp. 1-23.

to mental difícil de describir adecuadamente. No obstante, la generalización resulta útil, ya que, una vez que la logra, el lector está más capacitado para comprender y tratar a los inmigrantes mexicanos.

Los documentos fueron traducidos al inglés por Mr. Robert C. Jones. Yo los envié a la imprenta tal como me llegaron, aunque eliminé algunos pasajes y cerca de veinte documentos enteros que me pareció que no daban ningún dato sobre la conducta de los inmigrantes mexicanos. En algunos casos, cuando se encontraba una frase ambigua, la corregí para que resultara de acuerdo con el contexto. Cambié todos los nombres personales y quité muchos de los nombres de lugares, a causa del carácter confidencial con que se hicieron las declaraciones a los investigadores originales.

Robert Redfield

University of Chicago.

I. EL MEXICANO DEJA SU PAÍS

Algunos mexicanos, entre quienes Pablo Mares y Luis Tenorio, constituyen dos ejemplos, se vinieron a los Estados Unidos huyendo de los desórdenes del periodo revolucionario. No era solamente que la vida y la propiedad estuvieran en peligro en esa época sino que, como sucede quizás en el caso de Luis Murillo, las experiencias de la revolución predisponen al individuo a la movilidad y a la aventura. Otros, como Elisa Recinos y su esposo, vinieron en busca de trabajo para poder comer lo suficiente. A estas dos causas bastante comunes de la inmigración mexicana, los documentos que estudiaremos en seguida, añaden una tercera: el país que está del otro lado de la frontera ofrece nuevas experiencias, aventuras. “Una vez que estaba con varios muchachos —dice Bonifacio Ortega— nos entró el deseo de venir a conocer este famoso país” (página 101). Isidro Osorio, cuyas experiencias quedan incluidas en otro grupo de documentos, dice que vino “para que los muchachos de mi pueblo que ya habían estado aquí no me fueran con cuentos y para convencerme con mis propios ojos de lo que decían” (página 112). Felipe Montes dice más o menos lo mismo: “Mi hermano ya no quería hablar más que inglés y esto me causaba enojo y celos. Decidí venir a los Estados Unidos para aprender inglés y que mi hermano no me dejara atrás” (página 147). Carlos Morales, que iba a ser sacerdote y que se volvió masón, sugiere un punto que aparece indicado con mayor claridad en los documentos subsecuentes: que en México, el individuo encuentra tal variedad de experiencias que lo predisponen a la inquietud y al cambio.

PABLO MARES:

Este hombre es minero, originario de un pueblecito cercano a Guadalajara, Jal. Es mestizo.

—En mi juventud trabajé como sirviente doméstico, pero después quise independizarme. Con muchos esfuerzos pude poner una pequeña tienda

en mi pueblo. Pero tuve que venirme a los Estados Unidos, porque era imposible vivir allá *con tantas revoluciones*. Una vez estuve a punto de que me mataran los revolucionarios. Habían tomado el pueblo y un sargento, o uno de los que mandaban a los soldados, fue con un puñado de hombres a mi tienda y comenzó a pedirme *whiskey* y todos los licores que tenía. Pero, aunque yo tenía licores, le dije que no vendía esta mercancía, sino solamente comestibles y algunas otras cosas. No me dejaron cerrar la tienda sino que se quedaron ahí hasta cerca de la media noche. El que mandaba el grupo se fue a otra tienda y ahí consiguió algunas botellas de vino. Cuando éste se le subió regresó a mi tienda para molestarme diciéndome que le diera el *whiskey* y agregando que sabía que yo lo tenía. Me molestó tanto que nos hicimos de palabras; entonces me amenazó con su rifle, si no me mató fue porque uno de los soldados le pegó en el brazo y entonces la bala cayó en el techo de la casa. Después llegaron otros hombres, se llevaron al borracho y me dejaron cerrar la tienda. Al día siguiente y lo más pronto que pude vendí todo lo que tenía conservando solamente la casita, que no sé en qué condiciones estará actualmente. Después los villistas me obligaron a ingresar a sus filas y me llevaron como soldado. Pero esto no me gustaba, pues nunca tuve inclinación a la lucha, especialmente por cosas que no me importan. Por eso cuando llegamos a Torreón me escapé lo más pronto que pude. Eso fue hacia 1915.

—De ahí me fui a Ciudad Juárez y después a El Paso. Ahí me contraté para trabajar en los caminos. Realicé este trabajo en varios campos hasta que llegué a California. Durante algún tiempo permanecí en Los Angeles trabajando en el cemento, aunque éste es un trabajo muy duro. De ahí me fui a Kansas y también estuve en Oklahoma y en Texas, trabajando siempre en los ferrocarriles. Pero el clima de esos lugares no me sentó bien y por eso me fui a Arizona. Algunos amigos me dijeron que podría encontrar un buen trabajo aquí en Miami, donde he trabajado en las minas, en King, La Superior y El Globe. En todas ellas las condiciones son más o menos iguales para el mexicano. Aquí en las minas de Miami aprendí a manejar los barrenos y toda la maquinaria de la minería y ya sé hacer todo el trabajo. El trabajo es muy pesado, pero lo bueno es que vivimos en paz. No hay revoluciones ni dificultades de ninguna clase. Aquí se trata a las personas según se comportan y se gana más que en México. He regresado a México dos veces. Una vez llegué hasta Chihuahua y la otra a Torreón, pero regresé, pues además de que allá el trabajo es muy escaso, los salarios son muy bajos. Apenas si se gana lo suficiente para comer. Es cierto que aquí sucede casi lo mismo, pero hay más comodidades para vivir. Se pueden comprar muchas cosas más baratas y en abonos. Pienso que mientras tengamos tantas luchas y nos matemos entre nosotros mismos no progresaremos y seremos siempre pobres. Eso es lo que quieren

estos *bolillos*.¹ Aquí es donde se hacen las revoluciones y allá es donde se matan los tontos. Es mejor para los *bolillos* que seamos así, pues quieren acabarnos para adueñarse de todo lo que tenemos. Es una lástima que vivamos como vivimos y si seguimos así, nunca haremos nada. No me importa nada la política. Lo mismo me da que esté Calles u Obregón en el gobierno. Al final de cuentas ninguno de los dos hace nada por mí. Yo vivo de mi trabajo y nada más. Si no trabajo sé que no como y si trabajo sé que, por lo menos, comeré. Así que para qué nos hemos de meter los pobres en política. No nos trae nada bueno. Que los que tienen altos puestos y sacan algo de la política se metan en ella. Pero a el que tiene que trabajar duro, hay que dejarlo en paz con su trabajo. Como ya les dije, no es que me guste más aquí. Nadie está mejor aquí que en su propio país. Pero para quienes trabajamos es mejor vivir aquí hasta que terminen las revoluciones. Cuando todo esté en paz y se pueda trabajar como mejor convenga, entonces será mejor regresar, para ver si podemos hacer algo. En los pequeños negocios no se obtienen ganancias; solamente los grandes negocios dan dinero. Éstos venden a las tiendas pequeñas que apenas se las arreglan para ir tirando. Aquí en Miami se puede vivir como uno quiera sin que nadie lo moleste. Soy católico, porque mis padres me inculcaron esta religión. Pero para decir la verdad, desde que salí de México no he ido a una sola iglesia y no rezo más que cuando me acuerdo y cuando no estoy demasiado cansado al salir de mi trabajo. Pero sé que como no perjudico a nadie, no me vendrá ningún castigo. Que cada cual crea lo que mejor le parezca. El que un hombre sea católico o protestante no me importa, con tal de que no haga ningún mal, pero si alguien me hace algún daño, independientemente de la religión que tenga, si puedo desquitarme, me desquito, o por lo menos, me defiendo. Casi nunca leo los periódicos, pues sé que no dicen más que mentiras. Exageran todo y además, apenas si sé leer, pues mis padres no tenían medios para mandarme a la escuela. Por mí mismo, junto con algunos amigos, he aprendido a leer un poco y a escribir mi nombre. Tuve que hacerlo cuando regresé a México, de otro modo, no me hubieran dejado volver.

LUIS TENORIO

Tenorio es blanco, es nativo de Jalisco. Ha vivido en los Estados Unidos desde 1915.

—Mi madre era pobre y trabajaba como sirvienta en una hacienda cerca de Ocampo, Guanajuato, pero heredó algo de dinero de un tío y entonces tuvimos lo suficiente para vivir con cierta comodidad. Era amiga de una señora que se había quedado viuda, pero con muchas tierras y dinero. Esta señora tenía un hijo llamado Clemente. Crecimos juntos, fuimos a la

¹ Mote dado a los americanos por los mexicanos.

escuela juntos y nos queríamos como hermanos. Cuando fuimos adultos, ambos nos dedicamos a la agricultura. Yo trabajaba su tierra a medias y seguíamos siendo buenos amigos. Él me contaba todos sus secretos y yo le contaba los míos. Entonces fue cuando comenzó la revolución. Siguió creciendo y creciendo hasta 1915, año en que Clemente se unió a ella, con un grupo de paisanos que lo siguieron. Me mandó varias cartas con distintas personas para decirme que me uniera a él. Pero yo no sentía inclinación a unirme a esas chusmas y además no quería dejar a mi madre sola. Por este motivo, cada vez que me escribía yo respondía que estaba enfermo, o que tenía que atender algunos negocios o cualquier otra excusa que encontraba. Pero él seguía insistiendo. En 1914 me casé en el pueblo de Ocampo, Guanajuato, de donde es nativa también mi esposa. Yo era muy feliz en ese pueblo con mi esposa, cuando un día llegaron las tropas de Clemente y ocuparon el sitio pacíficamente. Después de que las tropas habían estado ahí unos tres días, Clemente fue a mi casa con diez hombres, todos armados. Fue en la noche, cuando ya me había acostado, y tocó la puerta. Me levanté un poco asustado. Cuando vi que era Clemente, me puse aún más nervioso. Pensé que había ido a llevarme con él, ya que yo no había ido por mi voluntad: "Cómo van las cosas contigo, Luis? —me preguntó— ¿Estás ahora mejor?" Le dije que sí, y lo invité a pasar. Lo llevé a mi salita y comenzamos a hablar y hablar. Me habló de sus aventuras y de sus ideas y siguió insistiendo para que me uniera a él: Luego dijo que tenía hambre y entonces le dije a mi esposa que se levantara y preparara algo de comer. Se quedó con tres de sus hombres y mandó a los demás al cuartel. Mientras esperábamos la comida, sacó dos botellas de buen tequila que llevaba consigo y comenzamos a beber y a beber. Finalmente, después de comer y con el espíritu alentado por el alcohol, cuando uno es capaz de hacer cualquier cosa, le dije que me iría con él y que viniera por mí al día siguiente. Se despidió esa noche y después llegó por mí con tres caballos, diciéndome que eligiera el que quisiera. Para entonces ya había yo reflexionado y ya no quería irme, pero como había dado mi palabra, tenía que cumplirla. Así que me despedí de mi madre y de mi esposa y me fui con Clemente. No me dieron ningún rango militar y no entré como soldado, sino como compañero de mi amigo. Seguí con él a través de bosques y caminos hasta que llegamos a un pequeño poblado. Lo habíamos ocupado de manera pacífica, cuando Clemente y yo, junto con su escolta vimos a un hombre parado en una esquina. Clemente nos dijo que siguiéramos adelante y después hizo que el hombre fuera llevado al cuartel y que nos esperara ahí. Cuando llegamos al cuartel y vi que Clemente no estaba, se me ocurrió una idea. Le dije al hombre que se uniera a nosotros y después dije a los soldados que lo enlistaran. Mientras lo hacían corrí por un camino y seguí corriendo hasta que pude coger el tren de Ciudad Juárez, ahí dejé el caballo y seguí hasta Ciudad Juárez. Eso fue en 1915. Pasé a territorio norteamericano y firmé un contrato para trabajar en los ferrocarriles de Arizona, donde comencé

a trabajar duro. Posteriormente llegué a Los Angeles, donde trabajé en el cemento, es decir en la pavimentación de calles, trabajo muy duro en el que dejé todas mis fuerzas. Cuando había estado aquí unos dos años y había ahorrado algo de dinero, escribí a mi esposa para que se viniera. Fui a encontrarla a Ciudad Juárez y la traje a Los Angeles. Entonces solamente teníamos un hijo. Aquí tuvimos otro, que es niña.”

LUIS MURILLO

—Nací en Monterrey en 1901. Mi padre vendía pieles de res curtidas y sin curtir a las tenerías. También sabía algo de curtiduría. Fui a la escuela durante cuatro años. Cuando tenía 13 años era muy alto y parecía de más edad, hacía mandados a algunos soldados de las fuerzas federales que estaban en la ciudad. Era en la época de Huerta y fui enlistado en el ejército. Dijeron que los carrancistas que venían luchando traían muchachos muy jóvenes y que yo ya estaba bueno para luchar. Me dieron un uniforme nuevo, un rifle, como los que usan los rusos, botas fuertes y todo quedó arreglado. Me asombraba yo de verme convertido en soldado. Me pusieron con los carabineros de Nuevo León a las órdenes del mayor Barrios. Había verdaderas luchas y seguimos luchando hasta que llegamos a la capital, donde el bandido Emiliano Zapata, acabó por entrar. Entonces quedamos completamente derrotados y nos desbandaron. Busqué trabajo durante mucho tiempo, pero todo estaba paralizado, fábricas, molinos, en ninguna parte había trabajo. Como habían incendiado las haciendas no había ni siquiera tortillas para comer, nada más que hojas de maguey y así, cuando Carranza se acercó a la capital, no me quedó otro remedio que unirme nuevamente al ejército. Lo seguí, pero el ejército se dividió en Aguascalientes y yo me quedé con Villa.

—¿Se quedó con él, porque conocía al general Villa, o porque así sucedieron las cosas? ¿Era usted tan joven que ni siquiera sabía por qué luchaba?

—¿Por qué no había de saberlo? Hasta donde podía luché por convicción, como nuestros antepasados lucharon con Juárez. Dejé a Carranza porque ese viejo no quería reconocer el valor de Pancho Villa. ¿Quién aseguró la victoria de la División del Norte, si no fue Villa? ¿Quién derrotó a los rurales, si no Villa? Si se hubiera hecho justicia y si Carranza hubiera reconocido el valor de Villa, no hubiera habido división entre los revolucionarios, que es la causa de la situación en que se encuentra el país actualmente, una matanza entre hermanos, sin que muchos sepan ni siquiera por qué.

—¿Y conoció usted al general Villa?

—Sí, lo vi muy de cerca. Tenía hombros redondos, la cabeza muy ancha y una mirada severa, casi fiera.

—¿Le habló usted?

—No; porque uno de los soldados inferiores nunca habla a un general. Puede uno hablar con los tenientes, que sólo se dirigen a uno con maldiciones, pero ya en la lucha, sentimos que todos somos iguales. Los capitanes hablan a los soldados, pero los generales solamente cuando quieren hacer un chiste.

—¿Cuánto tiempo luchó usted al lado de Villa?

—Me quedé en el norte, luchando en contra de los yaquis de Obregón. Oh, son muy valientes, cuando se trata de luchar. Como son medio salvajes, luchaban hasta en las trincheras y debajo de los caballos. Las trincheras quedaban llenas de yaquis muertos. Como los norteros de Villa eran cazadores de los animales salvajes que hay por el rumbo y sabían montar muy bien, solamente luchábamos en campo abierto. Los pobres indios creían que una choza de adobe iba a protegerlos y trataban de acercarse a ella, para luchar cuerpo a cuerpo. Pero ¿cómo habrían de acercarse a los buenos tiradores? Posteriormente se desbandó la División del Norte y mi división se unió a Carranza. Nos aceptaron, porque declararon una amnistía general para todos los que se presentaran. Nos subieron de rango y a mí me hicieron teniente. Me quedé con Carranza que representaba al gobierno establecido y que había sido electo por el pueblo. Tuve que luchar contra Almazán, que era muy valiente y tenía a sus hombres bien organizados. Una vez estábamos en San Vicente, entre Saltillo y San Luis, con 65 hombres. Yo era capitán primero y defendía la plaza cuando Almazán cayó sobre nosotros. Tenía cerca de 200 hombres y no pude comunicarme con la estación de Vanegas hasta después de que nos habían atrapado. Luchamos desde las 11 de la noche hasta el alba. No podíamos ver más que algunos rancheros con grandes sombreros y caballos, que parecían de espuma. Cuando comenzó la lucha la luna se estaba metiendo, así que sólo se veía en un extremo del cielo. Las cosas iban muy mal. Vi que mis hombres iban a ser derrotados, pero no podíamos dejar la estación para que los contrarios descarrilaran los trenes. Finalmente pude usar el telégrafo y hablar con el teniente Rivera, a quien había dejado en Vanegas con 300 hombres. Le pedí que fuera a ayudarnos. Llegó y derrotó a los hombres de Almazán. Me mataron 30 hombres entonces y hubo muchos heridos y si no hubieran llegado los refuerzos de Vanegas es seguro que ahí habríamos acabado todos.

—¿Continuó usted en el ejército con el general Obregón?

—No, para entonces me dije que no se trataba de un gobierno bueno ni de una lucha por convicciones. ¿Por qué había de seguir luchando? Regresé con mis padres; trabajé haciendo cinturones, también cinturones para municiones, algunos muy bonitos y bien terminados, con dibujos. Pero la vida de soldado me había dado gusto por las aventuras, así que el 2 de agosto de 1920 crucé el puente para este lado de Laredo. Como ya hacía tiempo que vivía en Laredo, solamente me costó un níquel. Trabajé en las granjas de este lado, hasta el 31 de agosto de 1924, cuando me con-

traté para ir a Kansas. Fui a la oficina de inmigración y el güero² que estaba ahí puso su nombre en una carta que llevábamos yo y mi familia de cinco personas, subimos a un cochecito y él nos dijo que ya estábamos registrados y que podíamos pasar.

—¿Le ha gustado trabajar aquí, o no?

—No me he acomodado muy bien. Fuimos a una aldea pequeña donde había pocos mexicanos y no nos trataron con mucho respeto. Ahí fue donde empecé a sentir esta enfermedad tan terrible, que me tiene como estoy.

Este hombre es ciego y ha tenido algunas dificultades con las autoridades de inmigración, porque se le consideró como un vagabundo. Lo encontraron parado en la puerta de su pequeña vivienda y creyeron que estaba pidiendo limosna. La Cruz Azul intervino y logró que se le permitiera quedarse mientras se cura, pues el médico que lo atiende tiene esperanza de devolverle la vista. Fue a la escuela hasta cuarto año y ha leído mucho, especialmente historia y “lo que se dice sobre nuestro país”. Habla con inteligencia sobre la Guerra de Reforma y los personajes que intervinieron en ella y “para comprender bien quién era Maximiliano de Habsburgo, compré un libro sobre la historia de Europa y leí sobre Napoleón III y el emperador Francisco José”. También habla de Napoleón I y de la Revolución Francesa con cierto buen juicio.

ELISA RECINOS

Es una mexicana de unos 28 años de edad. Se viste muy pobremente y no se peina. Tiene un tipo característicamente indígena, con la nariz aplastada y tiene la cara marcada por cicatrices de viruelas. Lleva en brazos un niño que dice que tiene año y medio de edad. Ha estado en Ciudad Juárez durante más de seis meses, pero ni ella ni su marido han podido encontrar trabajo, por lo tanto ella pide limosna, mientras su marido hace jaulas para pájaros, que vende en la plaza.

Dice que ella y su marido vivían en una granja cercana a Torreón, pero como les dijeron que había mucho dinero en esta ciudad, decidieron venirse. Se vinieron a pie, cargando al niño. El viaje desde Torreón hasta Ciudad Juárez les llevó más de cuatro meses, pues sólo caminaban cuando había buenas condiciones y tenían alimento. Pedían limosna en los ranchos, si no podían vender jaulas, la gente les daba algo para desayunar o cenar. En algunos sitios les ofrecían un lugar donde poder dormir. Se compraron una colcha y algunas cobijas y gorros para cubrirse mientras dormían y librarse del frío.

Tan pronto como llegaron a esta ciudad, trataron de cruzar hacia El Paso, Texas, pero como no tenían ni un centavo, no pudieron entrar legalmente ni conseguir a nadie que los pasara ilegalmente, por lo cual decidieron quedarse en Ciudad Juárez, hasta que pudieran ganar algún dinero

² Rubio, americano.

para trasladarse a El Paso, pues están seguros de que allá encontrarían trabajo y una vida mejor que la que tienen ahora.

El marido de Elisa Recinos, según dice ella, hace jaulas para pájaros, con lo cual gana lo suficiente para pagar un cuartito en el que viven. Ella cocina. Dice que solamente comen frijoles y, algunas veces, carne y café. Ella pide limosna en las calles de esta ciudad y a veces logra reunir uno ó dos pesos al día, con lo cual tiene suficiente para ir viviendo. Elisa dice que sigue dando de mamar a su hijo, aunque ya tiene muy poca leche, pero no le importa y está dispuesta a dar todo con tal de que el niño viva bien.

CARLOS MORALES

Ha vivido en Tucson, Arizona, durante cuatro años. Durante todo ese tiempo, ha estado en este país. Es mestizo, pero con predominancia marcadamente indígena, nativo de Sonora.

—Cuando me quedé huérfano, era yo muy chico, y fui llevado a la casa del obispo de Sonora. Esto sucedió hacia 1889. Pasé mis primeros años en la casa del obispo. Ahí aprendí mis primeras letras y cuando fui mayor entré al Seminario. Ahí aprendí todo lo que me enseñaban y tenía el propósito de llegar a ser sacerdote. Con uno de los sacerdotes del Seminario, aprendí escultura, pues este arte se enseña siempre en los seminarios. Había cerca de 150 pupilos. Unos cuantos se ordenaron, otros, siguieron otras profesiones y solamente dos o tres nos dedicamos a la escultura, en la que nos sentíamos inspirados. Durante mis estudios en el Seminario, casi llegué a sacerdote, pues hasta bauticé, ayudé muchas veces en la misa y realicé todas las demás funciones eclesiásticas. Me faltaban unos cuantos años para ordenarme cuando murió el obispo y entonces, como ya no tenía nadie que me ayudara, dejé el Seminario y me dediqué a trabajar como escultor. Hacía especialmente santitos, que vendía a las diferentes iglesias del Estado y así ganaba lo suficiente para vivir. En esta época iba de un sitio a otro, porque también hacía decoraciones en las iglesias, pinturas y ornamentaciones. En otras ocasiones, trabajaba en fábricas de monumentos, haciendo cruces, estatuas y toda clase de obras. También aprendí la albañilería. Puedo modelar, tallar madera, yeso, mármol y cemento. Sé todo lo referente a la albañilería. Siempre he preferido trabajar independientemente, pues así puede uno trabajar de acuerdo con sus gustos.

—Me casé por la iglesia en Sonora. Una vez que estuve en Cananea, un amigo me dijo que me hiciera masón y poco a poco comenzó a enseñarme y a darme libros sobre la masonería hasta que me decidí a ser miembro de ella. He llegado al tercer grado de acuerdo con el rito mexicano. Aquí en Tucson, tenemos una logia con numerosos miembros. Como sé lo sinvergüenzas que son los sacerdotes, no les tengo ninguna confianza, pero esto

no significa que no comprenda que la religión católica es buena en todos sus principios. La masonería no se opone a los principios de la religión y por eso soy masón. Lo único es que la Iglesia Católica es contraria a los masones, aunque el cura Hidalgo era masón, lo mismo que Juárez y el hermano Madero. Participé durante algún tiempo en la revolución en Sonora, pero sólo porque me llevaron a la fuerza. Pero la verdad es que no quería seguir matando a mis hermanos. Había comenzado en Agua Prieta y después me dieron un puesto en la Aduana, pero como no me gustaba lo dejé al poco tiempo. De todas maneras, quería venir a los Estados Unidos para patentar mi "descubrimiento" sobre la fórmula para hacer un cemento que puede servir para muchas cosas.

—Leo el diario mexicano *La Prensa* y otros periódicos mexicanos, pero éste es el que más me gusta. Hace algún tiempo comencé a organizar el comité pro Grijalva, que reúne fondos para conseguir la libertad del mexicano Alfredo Grijalva que está en la penitenciaría de Florencia condenado a cadena perpetua. Es inocente del crimen de que se le acusa, que es la muerte de un funcionario federal de la prohibición. Otro criminal que está en la penitenciaría por el mismo delito dice que Grijalva no estaba en el sitio del crimen cuando éste ocurrió. Hemos recibido dinero de Los Ángeles y de otros sitios para ayudar a este paisano.

—No he querido ni quiero aprender inglés, pues no pienso vivir en este país toda mi vida. Ni siquiera me gusta. Solamente quiero encontrar un socio para comenzar a explotar mi invento y después regresar a México para explotarlo ahí también. Ésa es mi idea. No me gusta nada de lo de este país, ni sus costumbres, ni su clima, nada, en una palabra.

—Vendo estatuitas de la Virgen de Guadalupe a la gente de aquí; angelitos, San Franciscos, bustos de don Pancho Madero, y hago toda clase de santos y estatuas por encargo, solamente con que me dejen una fotografía.

II. PRIMEROS CONTACTOS

Las experiencias de Gonzalo Galván y Jesús Garza nos dan una idea del ambiente difícil e incomprensible en que entra el indio que no ha recibido educación, cuando cruza la frontera. Sus compatriotas, individualmente, lo ayudan cuando lo encuentran. "Nos ayudamos unos a otros, todos los paisanos —dice Bonifacio Ortega— casi todos somos del mismo pueblo o de ranchos cercanos." Pero el inmigrante casi nunca encuentra una sociedad mexicana organizada que lo reciba y a veces está completamente solo. Su problema consiste principalmente en conseguir cualquier medio de vida que se le presente. Los trabajos que encuentra son los peor pagados y los menos duraderos. Jesús Garza trabaja en los caminos, pone tubos, abre zanjas, lava platos, pela papas, cocina, trabaja en un sanatorio y vuelve a pelar papas. Tal vez su vida sea dura, pero, según dice: "No me hace falta nada y soy libre —y agrega—: cuando regreso a mi país, encuentro todo diferente, muy aburrido y muy cambiado" (página 94).

La breve referencia que hace Gonzalo Galván a su hijo, nos recuerda que va desarrollándose una segunda generación; el padre del chico llegó a los Estados Unidos ignorante e impotente, pero ahora su hijo, "ya casi puede leer en inglés, ha aprendido a manejar automóviles y camiones y a trabajar en un rancho".

JESÚS GARZA

Este hombre es nativo de Aguascalientes, mestizo, con marcado tipo indígena, de 24 años de edad.

—He estado en este país durante tres años y medio, pues aunque regresé a Aguascalientes a visitar a mis padres hace como un año y medio, no me quedé más que un mes. Tenía intenciones de quedarme en mi tierra y trabajar ahí, pero encontré que todo estaba cambiado y feo, en otras pa-

labras, diferente de este país y ahora me gusta más aquí y si tuviera que regresar a México sería solamente de visita, para después volver.

—Desde que era pequeño tuve la idea de salir de mi pueblo y ver el mundo, viajar mucho en todas direcciones. Como había oído hablar mucho de los Estados Unidos, mi sueño era venir aquí. Pero mi padre no quería dejarme que me fuera de la casa, porque era muy chico. Era muy estricto. Llegué hasta tercer año en la escuela. Estaba en una escuela donde mi padre era el maestro, pero cuando vino la revolución y pasaron varios meses sin que le pagaran y hubo muchos desórdenes, mi padre renunció. Entonces puso una tienda y yo me fui a una escuela donde un hermano de mi padre era el profesor. Pero este tío no tomaba mucho interés en mi enseñanza, por eso dejé la escuela y estudiaba en casa, además de que ayudaba a mi padre en la tienda. Mi padre era muy estricto. Casi nunca nos dejaba salir a la calle. Tenía dos hermanos y dos hermanas. Mi madre murió el año pasado. Yo estaba aquí entonces y, aunque hubiera querido ir a verla, no pude porque solamente tenía 24 dólares ahorrados en el banco. Acababa de regresar a Phoenix y con ese dinero no me hubiera alcanzado para llegar ni a El Paso. Bueno, como le decía, cuando tuve 20 años, decidí dejar mi casa y venirme. Esperé un día en que salió mi padre, saqué dinero de la caja fuerte, especialmente monedas de oro. Saqué solamente lo necesario para poder llegar a San Antonio; y tomé el tren para Nuevo Laredo, ahí crucé la frontera. No tuve ninguna dificultad, aunque era la primera vez que venía. Pagué mis 8 dólares, pasé el examen y cambié el dinero mexicano por dólares, después me fui a San Antonio, Texas. Apenas llegué empecé a buscar trabajo, pero como no pude encontrar, me fui a la agencia de “renganches” y me contraté para trabajar. Me dijeron que fuera a trabajar al “traque”. Yo no sabía lo que era eso, pero acepté porque ya se me estaba acabando el dinero, solamente me quedaban tres dólares. Le di uno al renganchista y él me llevó adonde había muchos mexicanos, en un campo ferrocarrilero. Trabajaba todo el día, pero como no estaba acostumbrado a ese trabajo tan pesado, pensé dejarlo. El primer día apenas pude terminar la jornada, creí que me iba a morir por el trabajo tan pesado. Por la noche les pregunté a los muchachos dónde estaba Dallas, Texas o cualquiera otra ciudad grande, y me dijeron que por la vía y que si quería irme me fuera “de mosca” en un tren de carga. Pero no les dije cuáles eran mis intenciones, sino solamente que estaba bromeando. También les pregunté cómo podía irse a pie y me dijeron que siguiendo la vía, pero que había que tener cuidado al cruzar los puentes rápidamente, para que no lo atropellara a uno un tren. En esa parte de Texas hay muchísimos puentes. Al día siguiente, sin que nadie lo notara, me fui a pie, siguiendo la vía. Salí como a las siete de la mañana y llegué a las afueras de Dallas cerca de las seis de la tarde. Ya se estaba oscureciendo y yo no tenía más que un dólar, pues ni siquiera había cobrado el día que trabajé. Al llegar a las afueras de Dallas vi un hombre que me pareció entre negro y mexicano y pensé hablarle. Como yo no sabía inglés, me dije que

si era negro, no me haría caso. Finalmente, le hablé en español y resultó que era mexicano, aunque a decir verdad, parecía negro. Le dije cómo había llegado y él me ofreció que pasara la noche en su casa. Me dio algo de comer y un colchón para dormir. Al día siguiente, el mismo hombre me llevó a la casa de un viejo que rentaba cuartos. Este viejo me recibió muy amablemente y me dio un cuarto. Cuando le dije que no tenía ni dinero ni trabajo me dijo que no me preocupara, que podría pagarle cuando tuviera con qué. Estuve ahí cerca de un mes y el hombre y su esposa, ambos muy viejos me cuidaban tan bien como si les pagara. Me daban alimento, cuarto y hasta me lavaban la ropa. Tenían algunos hijos que ya eran adultos. Finalmente logré conseguir trabajo poniendo tubos y estuve en este empleo dos semanas ganando 2.50 dólares diarios. Después me despidieron porque dijeron que no era lo suficientemente fuerte para este trabajo tan duro. Volví a quedar sin trabajo y entonces un paisano me aconsejó que buscara trabajo en los hoteles y restaurantes, que era lo que me convenía, pero no pude encontrar nada, porque era necesario hablar inglés para estos trabajos. Luego conseguí trabajo en una compañía eléctrica. Pensé que se trataba de un trabajo de oficina o de un trabajo decente de ingeniería, pero resultó que me querían para que me metiera a un pozo para hacerlo más profundo. Creo que tenía una profundidad de 20 metros, y además tenía que sacar piedras. Este trabajo era tan duro, que apenas si pude terminar el día, pues cerca de las cuatro de la tarde el capataz me dijo que levantara una piedra tan grande, que ni siquiera podía moverla. Entonces me dijo que si no podía hacerlo era mejor que me fuera, así que pedí mi paga y me dieron 2.50 dólares. Seguí buscando trabajo y a los tres días encontré uno en un restaurante, limpiando verduras. Estuve ahí cerca de dos meses y por culpa de un mexicano que fue a decirle al gerente que no hacía bien el trabajo, me despidieron. Después fui a otro restaurante y ahí me dieron trabajo lavando trastes. Ya había aprendido un poco de inglés. Cuando necesitaron alguien para limpiar las verduras, le dije al gerente que yo podía hacerlo y me dio este empleo, además de que me aumentó el sueldo. Creo que me pagaban 45 dólares al mes y la comida. El jefe era norteamericano, pero muy bueno y me dijo que iba a enseñarme cómo se hacían las cosas, a fin de que cuando alguien faltara, yo pudiera reemplazarlo. Me enseñó a cocinar, a hacer pan, etcétera. Me aumentó el sueldo hasta que llegué a los 75 dólares al mes y la comida. Para entonces ya no vivía en la casa del viejo, porque no me gustaba vivir en las afueras de la ciudad, ahí no hay policía, ni autoridades y pueden asaltarlo y matarlo a uno sin que nadie se entere. Pero quedé muy agradecido con el viejo y le dije que siempre sería su amigo y que iría a visitarlo. Yo le pagaba al viejo 4 dólares al mes, pero me encontré un amigo con el que tomé un cuarto en el centro por el que pagábamos 15 dólares o sea 7 dólares cada uno. Yo trabajaba diez horas al día y lo mismo él. Mi amigo era también mexicano y nos queríamos como hermanos. Cuando uno no tenía dinero, el otro le daba y nos ayudábamos en todo. Una vez nos

fuimos de vacaciones a San Antonio, Texas. Me gusta esa ciudad porque es bonita y porque ahí hay muchos mexicanos. Pero ahí los salarios son muy bajos y hay muy poco trabajo. Una vez le dije a mi amigo que deberíamos ir a México, pero él no quiso, porque tenía una novia en Dallas a la que quería mucho. Entonces le dije al jefe que me liquidara. Me preguntó por qué quería irme y me dijo que si quería permiso, podría dármelo por dos semanas o un mes. Le dije que me iba a México a ver a mi familia. Respondió que si me iba, debía saber que mi trabajo estaría siempre a mis órdenes cuando quisiera volver. Entonces me fui a Aguascalientes y llevé mucha ropa y algo de dinero. Fui a mi casa y mis padres se pusieron muy contentos. Pero encontré todo diferente, aburrido y cambiado. Ya no quise quedarme, sino regresar a Dallas. Un día, sin que mi familia se diera cuenta, me fui, dejando todas mis ropas, pues sólo me llevé lo que tenía puesto y algo de dinero. Llegué a Ciudad Juárez y de ahí a El Paso, sin dificultad. Desde ahí envié un telegrama a mi jefe en Dallas. Me respondió diciendo que mi trabajo estaba esperándome. Estaba ya listo para irme a Dallas cuando unos amigos me dijeron que Los Angeles era muy bonito y que ahí se podía ganar mucho dinero y tener otras cosas, así que tomé el tren para Los Angeles. Pero cuando me subí al tren me puse enfermo y por eso me quedé en Phoenix, pues tenía miedo de enfermarme más. Tan pronto como me alivié comencé a buscar trabajo. Antes no me importaba estar sin trabajo durante semanas enteras, pero ahora sí. Pronto encontré trabajo en un sanatorio de la ciudad, en las afueras. Me pagaban 65 dólares al mes y casa y comida, pero trabajaba más de diez horas al día, pues tan pronto como entraba un paciente, tenía que darle agua y comida y atenderlo. Una vez un paciente se enojó porque me tardé con la comida, aunque no fue por culpa mía, pues el cocinero se retardó. Se lo dije y entonces respondió "cállate, mexicano", entonces lo llamé "hijo de mala" y dijo que iba a pedir que me despidieran. Le dije que no me importaba, fui a ver al director y le pedí mi liquidación. Le dije lo que había sucedido y él me aconsejó que no respondiera a los pacientes, ni les hiciera caso, pues eran como niños o locos y dijo que la razón por la cual los mexicanos no prosperábamos era porque no podíamos acostumbrarnos a estar en un sitio. Le dije que me diera mi liquidación y ahí terminábamos, pues no estaba acostumbrado a que nadie me gritara. Me dio mi liquidación, pero me dijo que cuando quisiera regresar me daría mi trabajo. Después me fui a la ciudad y encontré trabajo como "limpiador de verduras", pero cuando el jefe vio que yo sabía cocinar y hacer todo, me aumentó el sueldo a 75 dólares y me puso como cocinero, junto con otros cocineros que eran norteamericanos o griegos. Yo soy el único mexicano en este hotel. Lo único malo es que aquí no tenemos ningún día libre, pues como hay poca gente, tienen pocos cocineros y no pueden sustituirlos. Solamente de vez en cuando, si pido descanso, me dejan un día libre y ponen a un chico en mi lugar. Comencé a trabajar diez horas, pero después aumentaron a once. No me importa mucho, pues el jefe me quiere bien y tengo

más privilegios que los demás. Cuando sale yo me hago cargo de la caja y mucha gente me ha dicho que el jefe dice que soy el mejor trabajador que ha tenido, y esto no lo digo por vanidad. Además me da propinas, uno o dos dólares a la semana, así que puedo ir al cine o a donde quiera. Estoy esperando hasta junio o julio para irme a Los Ángeles, pues me han dicho que ésa es la temporada en que hay más trabajo ahí. A Aguascalientes solamente quiero regresar de visita, y luego volver aquí. Tengo dos trajes de lana para salir a la calle y dos pares de zapatos, un sombrero de fieltro para el invierno y voy a comprar uno de paja para el verano. También tengo pantalones y camisas para trabajar en la cocina. En general vivo muy contento aquí. No me falta nada y soy libre. Escribo frecuentemente a mi familia, especialmente a una hermana que es la que más me quiere. Le mando dinero de vez en cuando y además tengo mis ahorros en el banco, pues es mejor ser prevenido. También me gustaría dejar de ser cocinero y entrar al teatro pues creo que podría trabajar como artista cantando y bailando. Ésa es mi ambición, llegar a ser artista.

He aprendido un poco de inglés de tanto oírlo y porque siempre he trabajado con norteamericanos, de manera que todo el día oigo y hablo inglés, pero nunca he ido a la escuela. Me gustaría tomar un curso por correspondencia, pero nunca lo he hecho, por pereza. Hace poco tiempo recibí una carta de mi amigo de Dallas, diciéndome que se había casado y que debería irme para allá a vivir con él y que me conseguiría una muchacha para que no estuviera solo. Por ahora no pienso casarme, pero si lo hago, será con una mexicana, aunque sea nacida en los Estados Unidos. No creo que una norteamericana pueda querer a uno como alguien de su misma sangre, de todos modos, para divertirme me gustan las americanas porque son más limpias. He estado con prostitutas norteamericanas y nunca me ha sucedido nada, pero un día que fui con una muchacha mexicana me enfermé de gonorrea y otras enfermedades sociales y tuve que ir a ver al médico. Nunca volveré con las mexicanas, prefiero a las norteamericanas.

—Soy católico y aunque casi nunca voy a misa ni rezo, guardo el jueves y el viernes santo todos los años, pues a esto estoy acostumbrado. En mi casa, era muy piadoso, pero eso lo debía a mis padres.

—No he aprendido a cocinar estilo mexicano. Solamente cocino al estilo norteamericano y me he acostumbrado a esta comida. Sólo cuando tengo mucho antojo voy a comer comida mexicana a algún restaurante de esta ciudad. En uno de esos restaurantes tengo a mi novia, su madre es la propietaria y mi novia es la mesera, pero es muy bonita. Es nacida aquí, en Arizona, pero es mexicana.

GONZALO GALVÁN

—Conocí en mi pueblo a muchos muchachos que me metieron la idea de venirme a trabajar a los Estados Unidos. Yo era obrero, pero como no tenía medios para venirme, dije a mis amigos que los encontraría aquí. Uno

de ellos me prestó lo suficiente para el pasaje hasta Ciudad Juárez, diciéndome que tomaríamos un “renganche” en El Paso. De eso hace unos 15 o 16 años. Dejé a mi esposa y a mi hijo, que entonces tendría cinco años. Cuando llegamos a El Paso nos contratamos para trabajar en los campos ferrocarrileros de Wiles, California. Ahí nos recibió el capataz. En la estación había muchos mexicanos que resultaron ser del mismo pueblo que nosotros y nos dijeron que no fuéramos a trabajar al ferrocarril, porque pagaban poco y trataban mal. De todos modos, nos fuimos al campo ferrocarrilero y ahí nos dieron un vagón viejo para vivir. Como ya no teníamos dinero le pedimos al capataz una orden para que nos dieran harina y algo de comer, pero dijo que no nos daría la orden hasta que hubiéramos trabajado, por lo menos, tres días cada uno. Entonces dijimos: ¿Qué haremos?, y nos fuimos a donde estaban nuestros compatriotas, les contamos lo que sucedía y ellos nos invitaron a ir a su casa, que era bastante grande. Llevamos nuestras cosas para allá y ellos nos dieron harina para hacer tortillas, frijoles guisados y otros comestibles. Las mujeres no podían hacer las tortillas, porque eran de harina y se pegaban. Yo quise hacerlas, pero tampoco pude, hasta que uno de los de la casa nos dijo que les pusieramos *spauda*³ en la harina. Así lo hicimos y comimos esa tarde. Al día siguiente, uno de los muchachos nos informó sobre la *esmelda*⁴ (fundidora) y ahí nos dieron trabajo pagándonos 1.50 dólares por 9 horas de trabajo. El trabajo era muy duro. Me quedé unas cuatro semanas, pero como no me gustaba el trabajo, esperaba una oportunidad para salirme. Una mañana tuve que llevar un recipiente de cobre fundido. El capataz iba detrás de mí. Tenía que pasar por un sitio muy peligroso con el recipiente y sabía que si se caía una sola gota me quemaría el pie o el sitio donde cayera. Tenía que llevar el metal hasta el río, pero mientras caminaba, comencé a balancearme, como si no lo aguantara, hasta que lo aventé. Entonces el capataz me gritó y me dijo no sé cuántos *sanavaviches* y *gardemes*, y como yo no lo entendía, le dije en español que eso era lo que él era. Entonces saltó sobre de mí con una vara, pero yo tenía ya un pedazo de fierro listo para romperle la cabeza. Continuó echándome maldiciones en inglés y yo fui a que me dieran mi sueldo. Me dieron más de 20 dólares y con eso me fui a mi casa. Empecé a escribir una carta, pues tenía la intención de enviar el dinero. La mujer de uno de los muchachos me pidió que fuera a comprarle frijoles al pueblo vecino y me aconsejó que le dejara a guardar el dinero. Le dejé el dinero, fui a comprar los frijoles y cuando regresé ya no había nadie en la casa. Después de mucho tiempo regresó la mujer junto con los demás y dijeron que no podía enviar el dinero a mi casa, puesto que se los debía y ellos habían ido a comprarse zapatos y otras cosas que necesitaban con ese dinero. No quise decir nada y esa noche me

³ Polvo para hornear.

⁴ Esmaltadora.

quedé en la casa, pero a la mañana siguiente, muy temprano, fui a buscar trabajo a un campamento de indios cercano. Tan pronto como crucé el río me dieron trabajo pavimentando un camino. Ahí me pagaban 2.50 dólares por 8 horas de trabajo, por lo cual estaba contento, pero resultó que, como no sabía hablar ni inglés ni indio, no tenía con quien platicar. El jefe de los indios hablaba español y lo mismo su hija. Ella me servía de intérprete en casi todo. Por las noches me asustaba, pues los indios tocaban un tambor y brincaban y bailaban y otros gritaban. Yo los miraba con temor. Después de los primeros 15 días reuní bastante dinero y entonces el jefe indio me llamó y me dijo: "Te daré 20 dólares para que te vayas al otro lado del río y me compres dos barriles de vino. Los 20 dólares son para ti, y aquí tienes para comprar el vino. Dos de los muchachos irán contigo y te esperarán cerca." Así pasamos al otro lado. Yo llevé el vino hasta el río en una carretilla. Después pasé los dos barriles en una canoa, mientras los dos muchachos me miraban. Un policía mexicano me vio pero no dijo nada. Cuando estábamos ya listos para volver al campamento, los dos indios me dijeron que les fuera a comprar unas botellas de *whiskey* para ellos y me dieron otros 5 dólares. Les compré el *whiskey* y una botella de vino dulce. Lo pasamos todo del otro lado del río. Los indios estaban muy contentos. Yo le regalé la botella de vino dulce a la hija del jefe, como prueba de gratitud. Los indios se pusieron una terrible borrachera, todos gritaban y aullaban y yo me sentía más asustado. Me seguían mandando a traer más vino y *whiskey*, así que en menos de un mes, con mi trabajo y lo que me daban por traerles vino, reuní cerca de 200 dólares. Pensaba quedarme ahí, pero la hija del jefe indio me dijo que era un delito muy grave comprar licor para los indios, por eso decidí irme. Un día, cuando me mandaron a comprar más *whiskey*, se los compré y lo puse en la canoa y luego les dije que me esperaran, pues iba a comprar-me una botella para mí, pero no regresé, sino que me fui para el otro lado. Envié parte del dinero a mi casa y con el resto me fui a Los Ángeles, California. Ahí conseguí un contrato con una compañía de Oregon, para trabajar en las montañas de Washington. También pagaban 2.50 dólares ahí, pero solamente me quedé una semana, pues no podía dormir en las literas que nos daban, porque estaban llenas de piojos que crecían con el calor. Aunque ahí había nieve, en la casa había estufas y por eso crecían los piojos y las chinches. Me fui a San Bernardino, California donde encontré a un hombre que había conocido en México. Una vez había estado en mi casa; cuando estuvo herido, buscó refugio ahí y nosotros lo curamos y lo alimentamos. Tan pronto como me vio, me ayudó; me llevó a su casa y luego me consiguió trabajo como leñador. Ahí me pagaban bien y desde entonces he trabajado casi siempre como leñador. Traje a mi esposa y a mi hijo desde hace mucho tiempo. Mi hijo ha aprendido muchas cosas aquí, ya casi sabe leer en inglés, ha aprendido a conducir automóviles y camiones y a trabajar en un rancho.

Me gustan los Estados Unidos porque vivo aquí, pero es solamente una

cárcel disfrazada. La vida de uno es una verdadera lucha, pero no queda más remedio que aguantarse a estos *bolillos* que hacen todo lo que pueden por amolarlo a uno, especialmente cuando no sabe uno inglés. Vive uno aquí dejando sus fuerzas y después regresa a México cuando ya es uno viejo como yo. Por eso me voy a llevar a mi hijo mientras es joven, para que no olvide su país. Soy católico, pero ni siquiera rezo. Creo sobre todo, en Dios. No sé si habrá muchas brujas aquí, pero creo que en México sí las hay, pues muchas mujeres trataron de hacerme mal de ojo, pero yo no me dejé.

BONIFACIO ORTEGA

Ortega tiene 28 años de edad, es blanco, nativo de Jalisco. Ha estado en los Estados Unidos durante año y medio.

—Vine a los Estados Unidos con el único y exclusivo propósito de conocer este país y recorrerlo como aventurero. En mi pueblo me iba muy bien. Tenía una tiendita que producía lo suficiente para permitirme vivir con lujo y sin tener que trabajar tanto como aquí. Pero no me pesa haber venido, pues he aprendido muchas cosas nuevas. Una vez que estaba con unos muchachos, recibimos cartas de unos amigos que teníamos aquí y sentimos el deseo de venir a conocer este famoso país. Vendí el negocio y otras cosas que tenía y otros amigos hicieron lo mismo. Salimos ocho hombres y llevábamos suficiente dinero para el viaje desde Jalisco hasta Los Ángeles, aunque, desde luego, viajando en segunda clase. Pasamos por Nogales, Sonora, a Nogales, Arizona. Desde ahí hicimos el viaje, todos juntos, en un automóvil. El viaje fue muy agradable; a veces cantábamos, otras platicábamos y otras, dormíamos. Cuando llegamos a esta ciudad, nos recibieron unos paisanos y nos llevaron a la casa de una señora que también es de Jalisco. Nos rentó dos cuartos, en los que nos acomodamos los ocho. Tres días después de nuestra llegada, todos habíamos encontrado trabajo, cinco en una ladrillería y los demás en otra cosa. Yo entré a la ladrillera; ganaba tres dólares al día que era más que suficiente para pagar mi parte de la renta y mi comida, y además, podía ahorrar. Pero como uno es tonto, no ahorra y después de estar cerca de seis meses en la ladrillera, nos despidieron; entonces me quedé sin trabajo y sin un centavo. Entonces me fui a Santa Mónica California y ahí encontré un trabajo muy duro. Me disloqué un brazo y me dio calentura, por lo que tuve que estar en el hospital cerca de tres meses. Afortunadamente mis paisanos me ayudaron mucho, pues los que tenían trabajo, reunían algo cada sábado y me lo llevaban al hospital, para lo que necesitara. Además me visitaban y me hacían regalos. Finalmente salí del hospital y conseguí trabajo en una ladrillera otra vez, que es donde estoy ahora. Todos los paisanos nos ayudamos entre nosotros. Somos casi del mismo pueblo o de ranchos cercanos.

La esposa de uno de los paisanos murió recientemente y todos reunimos dinero para el féretro y para que se pudiera llevar el cuerpo a Jalisco. Como ella estaba asegurada, este paisano también recibió ayuda por ese lado. Como solamente tengo dos hermanos en Jalisco no necesito mandar dinero, pero otros paisanos sí mandan algo cada mes, aunque sea poco, para ayudar a su familia.

—Nunca hemos tenido dificultades en este país. Por lo menos, yo no tengo de qué quejarme. Pero, como es de suponerse, amo a mi país más y más cada día y espero regresar; pero quiero llevar algo de dinero para poder comenzar mi negocio otra vez. La vida es muy dura aquí. Hay que trabajar duro y en lo que primero se encuentra, pues quien no lo hace, sufre mucho.

—Los domingos casi todos nos levantamos tarde, pues nos cansamos tanto de trabajar, que tenemos que descansar. Casi nunca salimos hasta después de la cena. Vamos al cine o a los juegos. No me gusta mucho el cine. Algunas veces vamos a los salones de baile o alguna fiesta, después regresamos y volvemos al trabajo al día siguiente. No nos divertimos tanto aquí como en México, por eso no nos gusta.

—La señora que nos guisa siempre lo hace al estilo mexicano. Nos hace un buen desayuno y tiene los almuerzos preparados al medio día. Generalmente nos da un poco de frijoles y carne, tortillas y pan, un poco de café y fruta. En la tarde, cuando llegamos del trabajo, nos da una buena cena. Todos salimos después de la cena, cada uno por su lado. Algunos se van al cine, otros a ver a sus muchachas, pues hay algunos que tienen novia. Yo voy a veces a los salones de baile y otras veces al cine o a jugar. A las 11 o 12 de la noche, cuando muy tarde, ya estamos todos en la casa durmiendo.

—Algunos de los muchachos tienen paciencia para aprender inglés y lo están estudiando. Yo llego del trabajo tan cansado que ya no tengo ganas de hacer nada. Lo más que hago, y eso solamente los domingos, es leer algunos periódicos mexicanos. Pero como no me importa nada lo que dicen, no les concedo mucha atención. Lo que hago es escribir cada semana a mis hermanos y amigos y decirles cómo son las cosas aquí y ellos me cuentan lo que sucede en mi pueblo. Las cosas están casi iguales allá y todo está en paz.

—No tengo deseos de ir a conocer las otras ciudades norteamericanas. Estoy cansado de vivir aquí y tan pronto como pueda regresaré a mi país; de todas maneras, se vive mejor allá.

—Soy católico, pero la verdad es que apenas si practico mi religión. Nunca voy a la iglesia ni rezo. Tengo una reliquia que me dio mi madre antes de morir, tiene a la Virgen de Guadalupe y ella es la que siempre me protege.

III. LOS ESTADOS UNIDOS COMO BASE PARA ACTIVIDADES REVOLUCIONARIAS

Los dos documentos que vienen enseguida no son, en un verdadero sentido, documentos de inmigrantes, puesto que es poco lo que dicen sobre las experiencias de los mexicanos en los Estados Unidos. Estas personas se trasladaron físicamente a los Estados Unidos, pero sus intereses y sus actividades importantes siguieron estando en México.

SEÑORA FLORES DE ANDRADE

—Nací en Chihuahua y pasé mi infancia y mi juventud en una hacienda de Coahuila, que pertenecía a mis abuelos, quienes me adoraban. Mis abuelos me querían tanto que casi no me permitían ir a Chihuahua para poder obtener una educación común. A los siete años de edad yo era el ama de la casa. Mis abuelos hacían todo lo que yo quería y me daban todo lo que les pedía. Como yo era sana y feliz corría por toda la hacienda y participaba en los juegos masculinos de todas clases. Montaba a caballo sin silla y no tenía miedo a nada. Tenía 13 años de edad cuando murieron mis abuelos, dejándome una buena herencia, una parte de la cual era la quinta parte de sus pertenencias, con lo que podía hacer lo que quisiera.

—Lo primero que hice, a pesar de que mi hermana y mi tía me aconsejaron que no lo hiciera, fue dar libertad absoluta en mis tierras a todos los peones. Declaré libres de deudas a todos los que trabajaban en la tierra que me habían dejado mis abuelos, con todo lo que se encontraba en ella, como granos, implementos agrícolas y animales. La dividí en partes iguales entre los peones. Les dije que podían seguir viviendo en libertad absoluta en esas tierras, sin pagarme nada por ellas y que no perderían su derecho a la tierra más que si se iban de ahí. Aun ahora, todavía hay en esas tierras algunos de los antiguos peones, pero casi todos los demás se fueron, pues tuvieron que hacerlo a causa de la revolución. Esas tierras son ahora mi único patrimonio, lo mismo que el de mis hijos.

—Como dividí mis propiedades de la manera que lo hice (y como prueba de lo que digo aún hay gente en Ciudad Juárez y El Paso que quiere besarme la mano), mi tía y hasta mi hermana, comenzaron a molestarme.

Mi hermana entregó sus propiedades a un administrador que las ha aumentado.

—Me molestaron tanto que decidí casarme con un hombre de origen alemán. Viví muy feliz con mi esposo, hasta que murió dejándome viuda con seis hijos. De esto hace ya doce años. Entonces decidí irme a la ciudad de Chihuahua y ahí, aunque viuda con seis hijos, comencé a luchar por los ideales liberales, organizando un club de mujeres que se llamó “Las hijas de Cuauhtémoc”, y que era una sociedad semisecreta que trabajaba con el partido liberal de los hermanos Flores Magón para combatir la dictadura de don Porfirio Díaz. Pudimos establecer sucursales de este club de mujeres en todas las partes del Estado, por medio de una intensa propaganda.

—Mis actividades políticas causaron gran enojo a los miembros de mi familia, especialmente por parte de mi tía, a quien consideraba como madre. Por esta causa me fui empobreciendo más y más, hasta que llegué a la miseria. Pasé cuatro amargos años en Chihuahua, sufriendo muchas necesidades por una parte, y luchando en defensa de mis ideales, por la otra. Mis parientes me decían que no me metiera a luchar por el pueblo, porque no sacaría de ello nada bueno, ya que nadie agradecería el sacrificio de los defensores. No me importaba nada de esto; ni siquiera me hubiera importado que el pueblo me hubiera crucificado, yo hubiera seguido luchando por la causa que consideraba como justa.

—Mi situación económica en Chihuahua se agravó, de modo que tuve que aceptar donativos de dinero que se me ofrecían como caridades, por parte de los ricos de la capital del Estado que me conocían a mí y a mi familia. Mi tía me ayudaba un poco, pero yo prefería que no me diera nada pues siempre iba a regañarme y a hacerme sufrir. Había ricos que me cortéjaban y que, de una manera descarada me proponían que me convirtiera en su amante. Me ofrecían dinero y todas las comodidades, pero yo hubiera preferido hacer cualquier cosa antes de sacrificarme y prostituirme de esa manera.

—Fina'mente, después de estar cuatro años en Chihuahua, decidí venirme a El Paso Texas. Primeramente, para ver si podía mejorar mi situación económica y después para seguir luchando en esta región por los ideales liberales, es decir, para conspirar en contra de la dictadura de don Porfirio. Vine a El Paso en 1906, con mis hijos y con el camarada Pedro Mendoza, que venía a participar en la labor de propaganda. Puse a mis hijos en la escuela del Sagrado Corazón de Jesús, una institución católica, donde me trataron bien y cuidaron de mis hijos.

—Con el camarada Mendoza pronto comenzamos la campaña de la propaganda liberal. Vivíamos en la misma casa y casi en el mismo cuarto y como salíamos juntos, trabajando todo el día en la campaña liberal, las autoridades norteamericanas nos obligaron a casarnos. Ahora estoy tratando de divorciarme pues mi marido no me ha tratado bien. Anda con otras mujeres y yo ya no quiero nada con él.

—En 1909, un grupo de camaradas fundó en El Paso un club de mu-

jeros liberales. Me nombraron presidenta de dicho grupo y poco después comencé a dirigir la labor de propaganda en El Paso y en Ciudad Juárez. Para esa época mi casa se había convertido en un centro de conspiraciones contra la dictadura. Llegaban mensajeros de los Flores Magón y de Madero, llevándome instrucciones. Me encargué de reunir dinero, ropa, medicinas y hasta municiones y armas para comenzar a preparar el movimiento revolucionario, pues los levantamientos ya habían comenzado en muchas partes.

—La policía norteamericana y el Departamento de Justicia, comenzaron a notar mis actividades y a vigilarme, pero nunca pudieron encontrar ni en mi casa ni en las oficinas del club, documentos o armas o algo que pudiera comprometerme a mí o a los complotistas. Pude lograr que en las casas de los camaradas, hombres o mujeres, se escondiera nuestro armamento.

—En 1910, cuando todos los parientes de los que se habían levantado en armas, fueron arrestados por orden de las autoridades federales mexicanas, tuve que ir a Ciudad Juárez a hacer gestiones para que el señor Bartolo Orozco, hermano de Pascual Orozco, fuera dejado en libertad. Entonces me metieron en la cárcel, pero pronto me soltaron y regresé a El Paso para continuar la lucha que cada vez era más dura.

—En 1911, poco antes de que el movimiento del señor Madero se generalizara, fue a El Paso, huyendo de las autoridades mexicanas y norteamericanas. Fue a mi casa, en compañía de otros hombres. Yo no podía esconderlos ahí, pero les conseguí una casa que estaba aislada y ahí los acomodé. Les puse un tapete en el suelo y después les llevé sábanas y cobijas para que pudieran dormir bien. Para que nadie sospechara quién estaba ahí, dejé a tres mujeres del club vigilando, las cuales les llevaban de comer y les hacían limpieza.

—Don Francisco y sus compañeros permanecieron ocultos en esa casa durante tres meses. Un día don Francisco Madero mandó a mi esposo a que fuera a un rancho mexicano que estaba en las orillas del Río Bravo para traer a dos hombres que iban a arreglar un asunto relacionado con el movimiento. Mi marido se emborrachó y no fue. Entonces yo ofrecí mis servicios al señor Madero y fui a buscar a los dos hombres, que estaban ya en territorio de Texas, en una boda. Dos policías de Texas me preguntaron a dónde iba y yo les dije que a una fiesta, me pidieron que los invitara y yo los llevé a la boda y ahí los emborraché y me libré de ellos, llevando a los dos hombres a donde estaba don Francisco. Después regresé a la granja, saqué a los policías de ahí y los dejé borrachos en el edificio municipal de El Paso.

—Posteriormente, cuando ya estaba todo listo para el movimiento revolucionario en contra de la dictadura, don Francisco y todos los que lo acompañaban decidieron pasarse a territorio mexicano. Yo organicé una fiesta en la tarde, para ocultar el movimiento. Todos se disfrazaron como si fueran a una fiesta y así nos dirigimos a la frontera. El río estaba muy alto, pero era necesario cruzarlo sin vacilar, pues las autoridades norteamericanas

ricanas ya nos seguían los pasos, del lado mexicano había un grupo de hombres armados esperando para cuidar de don Francisco. Finalmente, montándome sobre un caballo en pelo, me encargué de pasar a los que acompañaban a don Francisco de dos en dos. Cruzaron hasta un rancho y de ahí se remontaron a las montañas.

—Una compañera y yo regresamos al lado norteamericano, pues recibí instrucciones para continuar con la campaña. Esto sucedió el 18 de mayo de 1911. Dormimos en la casa del dueño del rancho y al día siguiente, cuando nos disponíamos a partir, llegó un coronel con un piquete de soldados. Le dije al dueño del rancho que dijera que no me conocía ni a mí ni a la otra mujer y que sólo nos había dado permiso para dormir y eso fue lo que dijo cuando llegaron las autoridades. Me preguntaron mi nombre y se los dije, después preguntaron qué hacía ahí y les dije que había estado cazando y les mostré dos conejos que había matado. Me quitaron entonces mi 30-30 y mi pistola y me dijeron que tenían órdenes de fusilarme, porque había estado conspirando contra don Porfirio. Les dije que era verdad y que debían matarme luego, antes de que perdiera el valor. Pero el coronel mandó a pedir instrucciones al general, que andaba explorando las montañas. Mandó decir que me fusilaran inmediatamente.

—Esto sucedió casi en las orillas del Río Grande y mi familia ya había sido avisada de lo que sucedía y fueron a pedir gracia a las autoridades norteamericanas, especialmente mi esposo. Ya estaban formando el cuadro para fusilarme, cuando llegó el cónsul norteamericano y me preguntó si podría demostrar que era ciudadana norteamericana, para que no me pudieran fusilar, pero yo no quise hacerlo. Les dije que era mexicana y que no cambiaría mi ciudadanía por nada del mundo.

—El coronel me dijo que hiciera testamento, pues me iban a ejecutar. Les respondí que no tenía más que mis seis hijos, que le dejaba al pueblo mexicano, para que se los comiera si quería.

—El coronel trataba de dilatar la ejecución, con el fin de salvarme, según dijo. Llegó un oficial e informó que el general se acercaba y el coronel dijo que sería bueno esperar hasta que llegara el jefe, para que él decidiera sobre mi vida, pero un cabo le dijo que debería fusilarme inmediatamente, pues si el general llegaba y veía que no me habían ejecutado, los castigaría. Entonces me dijeron que me iban a vendar los ojos y les pregunté si sus madres no eran mexicanas, pues una mexicana no tiene miedo a morir. No quise que me vendaran. El sargento que me quería fusilar iba a disparar, cuando yo le arrebaté el rifle al coronel y amenacé al cabo; entonces ordenó a sus soldados que arrojaran sus rifles a los pies de la mexicana y se echaran al río, pues ya se acercaban las tropas del general. Yo recogí los rifles y crucé el río en mi carrito. Ahí las autoridades norteamericanas me aprehendieron y me llevaron a Fort Bliss. Lo mismo hicieron con los soldados, además de que recogieron todas las armas. Al día siguiente, las autoridades de Fort Bliss recibieron un telegrama del presidente Taft ordenando que me pusieran en libertad y me dejaron libre,

además de que me mandaron a casa acompañada por una banda de militares negros.

—Cuando triunfó la causa del señor Madero tuvimos grandes fiestas en Ciudad Juárez. La compañía de tranvías puso todos los coches a nuestra disposición para transportar gratis a la gente de un lado a otro de la frontera.

—Posteriormente, el señor Madero me mandó llamar y me preguntó qué quería. Le dije que quería la educación de mis seis hijos y que se cumplieran todas las promesas que se habían hecho al pueblo mexicano. Me ordenó que entregara las banderas del club a Villa, quien me dijo que no servían para nada. Posteriormente me enteré de que don Francisco trataba de atraerse a Villa, dándole lo que nosotros queríamos que le diera a Pascual Orozco.

—Durante la revolución contra Huerta me mantuve fuera de la lucha, pues consideré que se trataba de una traición y poco a poco me he ido separando de los asuntos políticos y estoy convencida de que aunque la revolución prometió mucho al pueblo mexicano, no ha cumplido nada.

—Por lo que se refiere a mis creencias religiosas, debo decir que respeto todas las iglesias, en realidad no creo en ninguna de ellas, pero sí creo en Dios, creador de todo lo que existe y de quien dependemos. En cuanto al resto, todos los hombres y sacerdotes me parecen iguales. ¡Imagínese, un obispo quería casarse conmigo en Chihuahua!

—Creo en la realidad de las cosas materiales que es de donde provenimos y no creo en milagros, sino en la ciencia y en todo lo que es real y puede demostrarse viéndolo y tocándolo. Pero sí creo, insisto en decirlo, en que hay un Ser Supremo que está sobre todas las cosas.

ÁNGEL RUIZ

La siguiente narración histórica sobre la invasión de la Baja California por los hermanos Flores Magón y otros anarquistas mexicanos y norteamericanos, lo mismo que la historia de la captura de un destacamento de caballería del ejército norteamericano en Carrizal, fue escrita por un mexicano que participó en ambos actos. Escribió su historia en forma de cartas para *La Prensa*, pidiendo que se publicaran. Al principio de su primera carta dice que había guardado ese secreto en su corazón desde 1911.

—Al hacer referencia a los notables acontecimientos que ocurrieron en Tijuana, Baja California, de los que se enteró tanto la prensa nacional, como la internacional, debo decir, señor, que en 1911 trabajaba en un

rancho de California situado a unas 12 millas de Bakersfield, junto con otros ocho mexicanos. Cuando me enteré de los acontecimientos, gracias a un periódico de la capital: *El Imparcial*, alenté a mis camaradas para que me acompañaran a arrojar a los filibusteros que habían invadido el rico territorio de Baja California. No querían ir a causa de los obstáculos que casi todos ellos veían en el camino, pero encontré la manera de convencerlos. Les decía constantemente que no eran patriotas y que no eran mexicanos, de modo que comenzaron a enojarse conmigo, pero yo seguí hablando hasta que los convencí. Uno de ellos me dijo que no podían acompañarme por falta de dinero. Les dije que yo tenía 300 dólares más lo que me correspondía por los días que había trabajado, así que no tenían que preocuparse por el dinero. Pero mis compañeros no estaban satisfechos con lo que les había yo dicho sobre los pasaportes y los gastos para alimentos y casa, lo mismo que para tabaco, hasta que les enseñé los 300 dólares y se convencieron de que era verdad lo que les había estado diciendo. Entonces nos pusimos en camino hacia Los Ángeles. Ahí di el primer paso dirigiéndome al cónsul de México, y diciéndole lo que pretendíamos, que no era otra cosa que arrojar a los filibusteros que estaban en nuestro país. Dijo que no tenía instrucciones del gobierno para enviar hombres y que además no sabía si iríamos a ayudar al gobierno o a los revolucionarios. Le dije que no podíamos que nos dieran el pasaje ni los gastos y que solamente queríamos una recomendación para el gobierno. Después de darnos una carta para el Consulado en San Diego, se negó a ayudarnos más y ni siquiera quiso mandar un telegrama al gobernador del Estado que era el coronel Celso Vega. Nos dijo que costaba dinero enviar un telegrama al comandante. Pero yo le dije que yo enviaría el telegrama, costara lo que costara, diciendo que yo con otros cinco mexicanos ofrecíamos nuestros servicios como voluntarios, ya que éramos mexicanos y teníamos derecho a hacerlo.

—El comandante replicó que no tenía armas ni municiones. Entonces yo, como jefe del grupo, le dije que nosotros llevaríamos las armas y municiones. Después de que nos aceptaron, fuimos a varias armerías donde compré las armas. Después tomamos un coche hasta Tijuana. Ahí nos recibieron las autoridades mexicanas y nos enseñaron dónde deberíamos quedarnos y al día siguiente nos pusieron a vigilar la oficina de la aduana. Era el 28 de abril de 1911 y la plaza nos fue arrebatada el 10 de mayo, después de dos días de luchas en los que perdí a uno de mis compañeros. Yo caí prisionero en manos de los filibusteros, junto con un soldado del ejército federal. Pero después de una dura lucha con el guardia que nos vigilaba a dos yardas de distancia, quedamos libres los dos. Él tenía un rifle y yo un cuchillo, pues nos desarmaron cuando nos tomaron prisioneros. Yo salí primero y, tan pronto como nos vimos libres, nos volvimos a enlistar en el ejército, después de encontrar a nueve de los defensores de la aduana. Entre ellos estaba el valiente teniente Miguel Guerrero, que estaba muy mal herido. El jefe político había sido muerto y, como no teníamos municiones, tuvimos que abandonar la plaza y cruzar la fron-

tera. Ahí, los nueve que cruzaron fueron hechos prisioneros. Mi compañero y yo no cruzamos la línea para no caer en poder de los soldados norteamericanos. Nos escondimos entre los árboles, a lo largo del río, y cruzamos la línea cuatro días después, luego de habernos perdido y sin haber comido ni bebido en ese tiempo. Fuimos a San Diego a ver al cónsul y le dijimos lo que nos había sucedido. Dijo que ya lo sabía y que no podía darnos ni un solo centavo. Yo estaba sin dinero y con una mano herida, que me había curado un médico de la Cruz Roja en Tijuana. Como no podía trabajar, conseguí 35 centavos y con eso fuimos a un restaurante de 10 centavos y comimos algo y compramos un poco de tabaco; de ahí nos fuimos a Los Ángeles, donde encontré un amigo que nos ayudó y organizamos un comité con directores y reunimos dinero para los gastos. Telegrafíé a mi jefe en Ensenada, y nos mandó un barco llamado Bernardo Reyes, en el que salimos 300 hombres para Ensenada. Ahí nos dieron un banquete, nos armaron con mausers de un so o tiro, pero muy buenos. Tenían cartuchos de 7 mm. Al mismo tiempo, recibimos órdenes militares y marchamos hacia Tijuana. Cuando llegamos a Aguascalientes, caímos en una emboscada que nos tendieron los hombres de Pryre Bocro, el jefe de los filibusteros. Había 450 rebeldes en un tren de la línea Sud-Pacífico. Matamos a muchos y al día siguiente quemamos los cadáveres, por órdenes del coronel Celso Vega. Entramos triunfalmente a Tijuana y arrancamos muchas banderas rojas que habían sido colocadas en varios edificios, donde pusimos la del águila y la serpiente. Permanecí varios días en Tijuana y después el coronel me mandó con 100 hombres armados hacia un puerto que está en la frontera, llamado Tecate, en donde estaba el mayor Esteban Cantú. Entonces era mayor, después fue ascendido.

—Como sabía que mi familia andaba escasa de fondos, decidí regresar adonde podía trabajar a fin de reunir algún dinero para el sostenimiento de mi familia. Comencé a trabajar y, en poco tiempo ahorré un poco y me dispuse a salir de California para regresar a mi país. Era en la época del general Huerta. Tomé el barco Benito Juárez, que fue abordado por sorpresa por el barco de guerra "Guerrero", que lo llevó a las Islas Mariás, adonde llevaba alimentos para los prisioneros. Después nuestro barco fue llevado a Mazatlán, donde desembarcaron cerca de 370 pasajeros. Sin ninguna causa, todos fuimos enviados a Manzanillo, donde nos esperaba un conjunto de tropas. De ahí nos enviaron a la ciudad de México, al cuartel de reclutamiento llamado La Canoa, en donde había miles de reclutas. Un compañero y yo le pagamos al encargado de acomodar a los reclutas para que nos enviara inmediatamente a nuestros puestos, pues tratábamos de pagar a quien nos sustituyera, escribiendo muchas veces al presidente de la República. Como se negó esta gestión, salimos para Veracruz con el 18º Batallón de Infantería. Ahí estuvimos solamente diez meses, ya que fuimos derrotados en Zacatecas. De ahí, unos cuantos nos fuimos a Minillas y nos unimos a los hombres del general Orozco; seguimos con él hasta Aguascalientes, después de haber volado un puente,

colocado a cerca de 35 kilómetros de Minillas, llamado La Soledad. Seguimos quitando los rieles hasta Chicalate. Tan pronto como llegamos a Aguascalientes, fui transferido a una división de artillería, en donde fui ascendido, de soldado, a sargento primero, pero nos desbandaron en Toluca el 15 de agosto de 1914. De ahí me fui en dirección a Zacatecas y me detuve en una hacienda muy rica llamada Espíritu Santo. Después de haber prestado todos estos servicios a mi país, ahora me encuentro en un país en donde no puedo hacer dinero para poder regresar con mi familia, que se compone de mi esposa y tres hijos a los que tengo en la escuela. Ando muy escaso de dinero, porque no tengo trabajo.

IV. EL AJUSTE ECONÓMICO

Sin duda que es más fácil para una persona hablar con un entrevistador sobre los problemas prácticos de ganarse la vida, que dar expresión adecuada a sus actitudes y prejuicios. Probablemente ésta sea en parte la razón de que la mayor parte del material se refiera a las relaciones económicas. No obstante, el efecto acumulativo de estos documentos sugiere que el mexicano sin educación puede habitar físicamente en los Estados Unidos durante muchos años, sin llegar a vivir ahí mentalmente. Como en muchos casos proviene de una cultura popular muy diferente de la que caracteriza a los Estados Unidos, como es casi siempre analfabeto, como por las circunstancias y por su gusto se reúne con otros mexicanos iguales a él, tiende a permanecer enclavado pero no asimilado en el país. Intercambia artículos y servicios con los norteamericanos, pero no ideas. En los documentos que siguen, en este capítulo, puede verse que las relaciones raciales son simplemente simbióticas; hay algunas ventajas prácticas, tanto para los mexicanos como para los norteamericanos, en su cooperación económica, pero en el material se encuentran pocos datos que indiquen que existe una comprensión mutua.

Después de vivir cinco años en los Estados Unidos, Gilberto Hernández dice que “escasamente ha aprendido alguna palabra de inglés para hacerse entender”. Después de vivir aquí 25 años, Juan Ruiz dice que se siente como si estuviera en México. Después de estar 52 años en los Estados Unidos, doña Clarita no sabe inglés. Pero si se es trabajador y tiene algo de suerte, puede lograr, por lo menos, seguridad. Jesús Mendizábal, después de pasarse toda la vida en los Estados Unidos dice que “si uno se porta bien y trabaja y no se mete con nadie, no le sucede a uno nada”. La vida es fácil en los Estados Unidos, dice Juan Torres, para el hombre que quiere trabajar y ahorrar. “Aquí vivo en paz —declara Asunción Flores— todo el mundo me conoce bien, casi toda la gente de Miami es mi amiga.”

1. *El indio de pueblo*

Las tres relaciones que siguen corresponden a indios sin educación crecidos en aldeas o en pequeñas comunidades rurales. Cuando estas personas llegan a los Estados Unidos, las diferencias que encuentran en las costumbres y en las formas de vida y de control social resultan especialmente notables. No obstante, estos hombres se las han arreglado para amoldarse bastante bien, en parte porque sus relaciones con el mundo norteamericano son solamente superficiales y se reducen principalmente a la venta de su trabajo y a la compra de alimentos y diversiones.

ISIDRO OSORIO

Este hombre es un indio, nativo de Pénjamo, Guanajuato.

—Me gusta mucho este país, porque es muy bonito, aunque no tanto como México, porque entre todas las naciones no hay ninguna que iguale a nuestro querido país. Creo que México es el país más grande y quizá ningún otro tenga la riqueza que éste tiene. Para decir la verdad, en todas partes es lo mismo, cuando tiene uno dinero. Allá en México o aquí, es casi lo mismo para nosotros los ignorantes, porque siempre tenemos que trabajar. Lo único es que aquí se trabaja más duro y nos acabamos lo doble de rápido que allá. La primera vez que vine a este país fue en 1921. Vine muy contento, porque iba a conocer un país nuevo, del que había oído hablar a los muchachos de mi pueblo que habían estado aquí, porque siempre hablaban y hablaban de esta cosa y de la otra. Por eso vine, para que no me contaran cuentos y para convencerme con mis propios ojos de todo lo que decían. Llegué a El Paso y ahí me contraté para trabajar en un ferrocarril en Idaho. El trabajo ahí no es tan pesado porque la tierra es suave y solamente hay piedras chicas que se parten fácilmente. Pero, por otro lado, a veces hace mucho frío, y otras, mucho calor. Trabajé en Idaho y en otros sitios cercanos en el "traque" durante casi dos años, hasta que finalmente regresé a México en 1923. Tenía entonces algo de dinero y alguna ropa que me llevé, pues me había comprado trajes nuevos de lana para trabajar. Así que regresé a Pénjamo y trabajé bastante bien en la agricultura a medias, hasta 1926. A principios de ese año, regresé a los Estados Unidos, por las siguientes razones: un amigo me dijo que algunos de los católicos de la Liga, querían hablar conmigo. Fui a ver lo que querían y los encontré reunidos en la sacristía de la iglesia. El sacerdote nos habló diciéndonos que deberíamos tomar las armas para defender a la religión, que estaba en peligro a causa de algunas leyes que había promulgado Calles, y dijeron que estaban planeando un levantamiento. Les dije que estaba de acuerdo, pero después huí hacia

acá, porque sabía que si no me levantaba en armas con ellos, no me dejarían trabajar en paz y me estarían molestando. Dejé allá a toda mi familia. Pero quiero explicar por qué no me uní al levantamiento. Soy católico, pero no soy fanático y creo que lo que hace Calles está bien hecho. Una vez lo oí hablar en una hacienda en donde nos habló a todos y, si no recuerdo mal, lo que dijo fue: "Camaradas, lo que quiero hacer es destruir al capital, para que los trabajadores puedan vivir bien y que los que trabajan la tierra disfruten de lo que produce. Creo que todos ustedes me ayudarán. El hombre que no trabaja no debe comer"; y creo que dijo algunas cosas más. No recuerdo bien, pero me gustaron las palabras que acabo de repetir, porque son la pura verdad. Así que regresé a los Estados Unidos, pero esta vez me vine a California. Creo que fue en marzo del año pasado. Me dijeron que aquí no hacía ni mucho frío ni mucho calor y para decir verdad, el clima de aquí me cae muy bien. He trabajado sólo como obrero desde que vine el año pasado, pero he ganado mis cuatro dólares diarios. Lo que no me gusta de aquí son las comidas, porque los frijoles son tan malos que no creo que pudieran ser peores. Estoy cansado de comer en los restaurantes. Una vez, un domingo, cuando quise comer bien, pedí una pieza de pollo frito, y luego me arrepentí porque estaba tan duro como una piedra; aquí sirven pollos viejos y que además han estado guardados en congelador. Pero cuando uno tiene hambre puede comer cualquier cosa y a mí ya no me importa qué clase de comida tengo con tal que haya algo para comer. Aunque no me gusta, la aguanto, pero desde luego me gusta más lo que prepara mi familia en Guanajuato, porque la carne y todas las verduras son frescas y buenas. Quizá sea porque no tengo instrucción, o porque soy estúpido pero, como ya lo dije, soy católico, pero no fanático. Creo que mi bondad está en mi corazón. Nunca he estado en la cárcel ni he matado ni robado. No sé si hay un Dios o algo superior, porque nadie puede decir que lo haya visto. De todos modos, cuando uno se muere, Dios puede hacer con uno lo que quiera, pues si es verdaderamente bueno nos perdonará a todos. Usted sabe que dicen que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, y los sacerdotes dicen que debemos sufrir aquí con paciencia. Si lo hicieran ellos, estaría bien pero, ¿por qué no sufren con paciencia las leyes de Calles, en vez de querer levantarse en armas? Ninguna secta me convence, pues todas dicen que debemos sufrir aquí ahora y que seremos felices en el otro mundo y mientras tanto, nos acabamos los pulmones con el trabajo tan duro. Lo que sé es que he tenido que trabajar muy duro para ganar mis 4 dólares al día y que soy un obrero ignorante, por eso quiero que mis hijos vayan a la escuela, para que no se queden como yo y puedan ganar más y no tengan que matarse trabajando.

—Nunca me he mezclado con los norteamericanos ni con los pochos. No me importa lo que piensen de nosotros, pues después de todo, nosotros tampoco los queremos. Los norteamericanos dicen solamente *puri gud man* cuando nos ven trabajar tan duro que casi se escupen los pulmones, pero posteriormente, cuando ya no nos necesitan o nos ven viejos, nos

liquidan. Ahora que voy a ir a la colonia trabajaré duro en la agricultura, para poder dejarles algo a mis hijos. De todo lo que he ganado este año en California, he guardado algunos ahorros y les llevo muchas cosas a mi esposa y a mis hijos. Llevo cobijas, ropa y zapatos para ellos y me preparo a trabajar. Veremos si nos va bien cuando lleguemos allá.

CARLOS IBÁÑEZ

El señor Carlos Ibáñez, nativo de San Francisco, Zacatecas, dice que ha vivido en este país durante más de 25 años consecutivos. Ibáñez es mestizo, con marcadas características indígenas.

—Vine a este país hace más de 25 años. Mi objeto, como el de todos los que vienen aquí, era buscar fortuna; quería trabajar duro para ver si podía ahorrar algo para mi vejez. Pero aunque he tenido buenas oportunidades no he podido hacer lo que quería por varias razones, pero especialmente debido a mi debilidad por las mujeres. En Zacatecas, cuando salí de allá, trabajaba como peón en San Francisco y apenas si ganaba la comida y unos cuantos centavos al día. Era tan poco, que ni siquiera recuerdo cuánto me daban. Por esa razón decidí irme a buscar fortuna y me vine a California. Después de vivir aquí a'gún tiempo, fui a trabajar en los campos de remolacha, en las vías de ferrocarril y en otros trabajos, de un sitio a otro hasta que finalmente llegué a esta ciudad (Los Ángeles), porque aquí no hace tanto frío ni tanto calor como en otros lugares. A veces tengo trabajo y otras veces no. Cuando he tenido trabajo he ahorrado algo de mi salario para salvar la situación cuando estoy sin trabajo. No he querido casarme, porque la verdad es que no me gusta el modo de las mujeres aquí. Son muy libres. Ellas son las que controlan a sus maridos y ni yo, ni ningún mexicano, aguantaríamos eso. Somos rebeldes y tenemos la sangre muy caliente, y en este país un hombre que se impone a su mujer la pierde, lo mismo que su sueldo, si no tiene cuidado, pues las leyes y las autoridades están de parte de las mujeres. Las mujeres mexicanas que se vienen para acá, también se aprovechan de las leyes y quieren ser como las norteamericanas. Por eso he pensado que es mejor que no me case, y si alguna vez me caso, lo haré en México.

—Nunca he tenido dificultades en ninguno de los trabajos que he tenido desde que estoy en los Estados Unidos. Nadie ha demostrado prejuicios respecto a mí. Me han tratado igual que a los norteamericanos. Más bien tengo quejas en contra de la "raza" que se descompone mucho en cuanto llega a este país, se hacen muy egoístas y no quieren dar una oportunidad a los demás. Por eso dicen "que la cuña para que apriete ha de ser del mismo palo". En este país, el mexicano ocupa el sitio que se ha ganado. Está claro que si uno no trata de conseguir un buen trabajo y

está siempre sometido, los demás harán con uno lo que quieran. A mí nunca me ha sucedido nada malo. He vivido en paz con todos.

—Primero me cortarían la cabeza que cambiar mi nacionalidad mexicana. Prefiero perder con México que ganar con Estados Unidos. Mi país está antes que todo y aunque hace ya muchos años que vine de allá, solamente espero a que mejoren las condiciones y que haya una paz absoluta, para regresar. No he perdido la esperanza de pasar mis últimos años en mi país.

—Soy católico, pues ésa es la religión que me enseñaron mis padres, pero casi nunca voy a misa o rezo, porque lo he olvidado. En un tiempo rezaba antes de acostarme, pero poco a poco lo he ido olvidando. No creo en brujas ni en el mal de ojo, ni en cosas como ésas. Ni siquiera sé si hay esa clase de gente aquí, en California. Quizá haya algunos entre los mexicanos, pero son muy raros; en cambio en mi pueblo, en Zacatecas, había muchos y hay muchas brujas en México.

—He aprendido un poco de inglés, especialmente en mi trabajo. Hago todo y trabajo duro cuando hay trabajo. Seguro que vivo mejor aquí que en México, pero no cambiaría mi ciudadanía por nada del mundo.

—Me gusta la música para bailar y especialmente la música norteamericana, porque se puede bailar muy bien con la música de jazz. Conozco casi todos los salones de baile mexicanos que hay en esta ciudad y voy a todos para divertirme.

—Como estilo mexicano, americano, italiano o de cualquier estilo. A veces voy a los restaurantes mexicanos, otras veces voy a los norteamericanos, etcétera. Como cuando tengo hambre y no me importa lo que sea. Claro que me gusta más la comida mexicana, tamales, frijoles, enchiladas y otros platillos. Pero, como ya he dicho, la comida no me importa mucho, lo mismo me da que sea de un estilo o de otro, pues todo va al estómago y ahí se mezcla.

—Me gusta todo lo de este país, los negocios, el cine, recorrer las calles, también el trabajo, porque se puede ganar bien. Lo único que no me gusta, como ya dije antes, es la manera en que se portan las mujeres, que son las que mandan a los hombres, pues pienso que el que se deja mandar por una mujer no es hombre.

PEDRO NAZAS

—Vine a Ciudad Juárez a esperar a mi hermanito para llevarlo a Los Angeles, donde vivo ahora, lo mismo que mi hermana. Soy de Zapotlán, Jalisco. Vine a los Estados Unidos hace cerca de diez años. Pienso vivir aquí toda mi vida. Me casaré dentro de poco tiempo y formaré aquí mi hogar, porque es un país democrático en donde todo el que trabaja vive con comodidad, sin que nadie lo moleste, y se puede formar una pequeña fortuna.

—Mis padres vivían en Zapotlán. Criaban ganado y tenían bastantes animales. Yo tenía una pequeña tienda por mi cuenta. Mi padre era

también carnicero y yo casi aprendí ese oficio. Mis padres murieron y los tres hermanos quedamos solos. Vendimos el ganado y todo lo que teníamos, en la época de la revolución, en la que sufrimos muchas pérdidas. Yo continué con mi negocio, pero usted sabe señor, que el pez grande se come al chico, así que me vi obligado a cerrar. Los impuestos y el alto precio de los artículos no me dejaban prosperar. Finalmente decidí venirme a buscar fortuna a los Estados Unidos. Llegué a Ciudad Juárez en 1918, cuando casi no se ponían dificultades a los inmigrantes. Estuve trabajando en los ferrocarriles y en otros empleos sobre casi todo el Estado de California. Posteriormente obtuve un empleo como limpiador en un patio de almacenamiento en Los Ángeles y ahí me ha ido bien, pues he ganado 35 dólares a la semana. Cuando tuve algo ahorrado mandé por mi hermana y la llevé a la escuela. Ahora ya sabe inglés y está recibiendo instrucción comercial. Yo no he podido aprender más que lo más indispensable del inglés, para hacerme entender, pues casi no tengo tratos con los norteamericanos y además, en mi trabajo no se necesita el idioma.

—Soy católico, pero en Los Ángeles, ya lo verá usted cuando vaya, no existe el fanatismo que hay en México. En Los Ángeles hay todas las religiones que se puedan desear y a nadie le importa si uno tiene ésta o la otra. Hay algunos católicos que cambian su religión por motivos egoístas, para unirse al Ejército de Salvación, que protege a todos los que pertenecen a él. No importa que uno pertenezca a una religión o a otra, hasta se puede ser otro, nadie dice nada. Mi hermana y yo vamos a la iglesia los domingos para oír misa y pedirle a Dios que nos proteja. Lo único de lo que se debe tener cuidado en los Estados Unidos es de respetar la ley, pues cualquiera que la viola, aunque sea poco, lo paga muy caro. Se le castiga duramente.

—Otra razón por la que me gusta mucho este país es por la igualdad que se concede a todos. Claro que si uno es pobre no se puede vestir tan bien como los ricos, pero aunque uno sea pobre puede entrar a donde uno quiera. Puede uno entrar a cualquier restaurante o a cualquier teatro y sentarse al lado de los ricos. No es como en México, donde algunos se sienten aristócratas y se sienten humillados si algún pobre se sienta a su lado. ¡No señor! En los Estados Unidos es diferente. Ahí no hay clases altas ni bajas y nadie pretende ser más que los demás. Además, no quiero regresar a México porque allá no puedo ganar lo que estoy acostumbrado a ganar en Los Ángeles y además se pueden comprar más cosas con un dólar que con un peso mexicano.

—He venido a buscar a mi hermanito y solamente estoy esperando arreglar su pasaporte para irme a Los Ángeles. Probablemente volveré a México, mi país, y a Zapatlán, pero sólo de visita, no para vivir allá. Voy a casarme con una muchacha mexicana que nació en Los Ángeles y le he prometido que siempre viviremos en los Estados Unidos, pues ella no quiere irse a México.

—Lo que quiero decirle es que nunca cambiaré mi nacionalidad, pues

eso sería negar la madre que me ha traído al mundo. Eso es lo que es el propio país. Nacimos allá y debemos amarlo siempre.

2. *Mestizo y clase media*

En contraste con los precedentes, los inmigrantes representados en los siete documentos que vienen en seguida, crecieron en ciudades o pueblos grandes y provienen de niveles económicos y sociales superiores: un carpintero, un pintor de carteles, un empleado de tienda, un fotógrafo, el hijo de un comerciante, un mecánico y un linotipista. Con frecuencia estas personas, al llegar a los Estados Unidos, trabajan en los ferrocarriles o en los campos de remolacha, como los indios sin educación. Lo mismo que los tres documentos anteriores, estos siete indican que ha habido un ajuste económico satisfactorio.

WENCESLAO OROZCO

Wenceslao Orozco tiene 30 años de edad, su esposa 24. Él es de Durango y ella de Zacatecas. Ambos son mestizos, con marcada predominancia indígena. María fue llevada a Durango por sus padres cuando tenía dos años de edad, ahí creció y a los 16 años se casó con Wenceslao, que era carpintero y reparaba muebles y puertas. Ganaba muy poco en su oficio y siempre estaban sin dinero y casi sin ropa, pues cuando recibía su raya el sábado y el dueño de la tiendita donde trabajaba le pagaba, era muy poco lo que recibía, ya que había estado pidiendo prestado. La esposa oyó que una vecina contaba del hijo de otra mujer que acababa de llegar de los Estados Unidos con buena ropa y gastando mucho y diciendo que aquí se puede ganar muy bien en cualquier trabajo y que los que tenían oficio ganaban más. Otra vecina dijo que su ahijado era carpintero de una gran fábrica de El Paso y que ganaba hasta diez pesos, que es lo que todos los carpinteros de ahí ganan. Entusiasmada, María contó todo esto a Wenceslao, que estaba asombrado, pues sabía que uno de los pesos de aquí era igual a dos de los de allá y suponer que se pudieran ganar 20 pesos al día era un sueño, cuando lo más que se podía ganar en México eran cinco pesos diarios y eso cuando las cosas andaban bien, pues lo más que ganaba reparando mesas y roperos eran 2.50. Un acontecimiento lo decidió al viaje y fue la muerte del "maestro" de la carpintería. El negocio se cerró y Wenceslao se quedó sin trabajo, con excepción de las composturas que conseguía (que eran pocas porque no conocía mucha gente) y no ganaba lo suficiente para sus gastos. Ya esperaban su primer hijo. Con lo que pudieron reunir llegaron hasta El Paso. Ahí tampoco fue fácil encontrar trabajo y él nunca logró ganar los diez pesos americanos con que había soñado, ni pudo entrar a ninguna fábrica

de muebles, sino que comenzó a trabajar como carpintero en la construcción para un contratista mexicano, que le pagaba cinco dólares al día. No ganó más en otros sitios, sino que muchas veces ganaba menos, porque como no habla inglés no podía conseguir trabajo con los norteamericanos y siempre trabajaba con los mexicanos que pagan poco, porque siempre están pobres. En El Paso, oyó que sus compañeros contaban que en el este o en el norte, por ejemplo en San Francisco, los carpinteros que podían entender los planos, podían ganar hasta 20 dólares por día y como él podía comprender los planos, se entusiasmó otra vez y se vino a Los Angeles con su mujer y su pequeño hijo Eduardo, que tenía un año de edad. Siempre ha trabajado en la carpintería porque es lo que deja más, pero como no habla inglés y es muy moreno, no ha podido entrar al sindicato, que es donde garantizan el trabajo con un sueldo de 10 dólares por día. Gana lo suficiente con los contratistas mexicanos que le pagan 6 o 7 dólares diarios cuando hay trabajo. A veces, pierde el trabajo porque no se presenta. Se fue a vivir a Velvedere en una casita que construyó, sobre un lote rentado en la calle Eugene. Vive relativamente bien, pues nunca les falta lo suficiente para comer y comen muchos huevos de las gallinas que cría su mujer. Su *bungalito*, tiene dos cuartos que están limpios, compró un fonógrafo y un cochecito para los niños. No tiene lavadora eléctrica, su mujer lava afuera en cubetas de fierro. En la primavera, plantan sobre el terreno que tienen frente a su casa lechuga y plantas de jardín. Él prepara la tierra y siembra, pero ella riega y ayuda a cultivar. Cuando no bebe, Wenceslao es un hombre que gusta de discutir, especialmente los problemas sociales. Le interesa mucho el mejoramiento de la clase trabajadora y piensa que se debe trabajar mucho por la educación de los trabajadores. Va a las clases de lectura y escritura que se imparten en la escuela mexicana. También quiere que su esposa aprenda a leer. No la molesta por nada, no es celoso y no le impide que vaya al *show* con los niños, aunque ella prefiere ir con él. Cuando se discute algo, le gusta que su mujer participe en la discusión. María nunca ha ido al hospital del condado para sus partos. Él teme que la traten mal, porque ha oído decir que así lo hacen con los enfermos que no pueden darse a entender con los médicos y enfermeras. Una mujer va a atenderla en los partos. Es una comadrona mexicana que carece de licencia; pero los trabajadores mexicanos la quieren mucho. Como María ya no quiere tener más hijos, ha pedido una receta y le han indicado cómo puede impedir la concepción. Hace ya dos años que no se enferma. Su vida cambió muy poco al venirse a los Estados Unidos. No quiere usar sombrero. Él se pone su traje de lana, que es bastante bueno, los domingos y durante la semana; en el trabajo usa un traje de te a mixta. No le gusta para salir a la calle. Dice que sus paisanos que no se preocupan por tener buen aspecto ni por ponerse cuello y corbata se ven muy mal y que ésa es una de las razones por la que los norteamericanos los ven para abajo. Pertenece a la sociedad "El Pensador Mexicano", que han organizado algunos trabajadores para ayudar a sus hijos a conservar

el idioma español y su amor por México. Quiere regresar a México y que sus hijos sigan siendo mexicanos. Comen tortillas de maíz o de harina, y carne. No les dan café a los niños, porque la *nurse* de la escuela les dijo que es muy malo para los niños tomar cosas que les irriten. Le han dicho a Wenceslao que sería bueno que se nacionalizara norteamericano para que se le facilitara entrar al sindicato de carpinteros. Pero dice que preferiría que le sacaran los dos ojos a cambiar su nacionalidad. Cuando supo que sus hijos eran norteamericanos porque habían nacido en este país, casi se enfermó del enojo y después los llevó al consulado mexicano. Sigue conservando la idea de que el hombre es el que decide sobre las cosas y que la mujer tiene que obedecer; por eso quiere llevarse a su hijo a México, porque aquí las "viejas" quieren mandar y el pobre hombre tiene que lavar los trastos, mientras la esposa se va al *show*, y por esa razón: "ni de chiste se juntaría con una *gringa*".

SEÑORA PONCE

La señora Ponce es de clase humilde. Su apariencia externa y su modo de hablar no han cambiado. Su casa tiene aspecto típico, con fotografías de los héroes Hidalgo y Juárez, una Virgen de Guadalupe, una bandera mexicana, anuncios multicolores y calabazas de Michoacán en las paredes.

—Vine a los Estados Unidos hace 14 años. Llegamos primero a San Antonio y ahí estuvimos cuatro días. Es una ciudad muy mexicana, pues hasta venden tamales en los parques como hacen en México. Mi esposo estableció un pequeño restaurante y además trabajaba como pintor. Pero no era como los de este país, que solamente hacen una cosa, ya sea pintar cuadros, paredes o carteles. Mi esposo era como los pintores de México, que pintan todo. Por eso no quería trabajar aquí de pintor y prefería dedicar su tiempo a nuestro restaurante.

—Soy católica. No me confieso, pero siempre que puedo voy a la iglesia que está cerca y que es francesa; ya no tengo los mismos sentimientos sobre esto que tenía en México. Soy de Puebla y ahí la gente reza en las mañanas para dar gracias por el desayuno, al mediodía por la comida, y en la noche por la cena, y se pegan frecuentemente en el pecho. Desde que me sucedió algo en México ya no me he ido a confesar. Imagínese usted, yo tenía cerca de 19 años cuando me casé y mi esposo tenía 66 años. Yo lo respetaba, pero no lo amaba. Sus dos esposas anteriores habían muerto. Mi esposo no sabía qué me pasaba y me dio una tarjeta para que fuera a confesarme con un sacerdote. Me fui a confesar y le dije al sacerdote que no amaba a mi esposo. El muy tonto, fue al día siguiente y se lo dijo a mi esposo y éste se enojó. Después nos vinimos

a los Estados Unidos. Por eso es que ya no voy a confesarme. Mi esposo era muy celoso y no le gustaba que yo saliera a la calle, así que en los 14 años que he vivido aquí, había solamente salido a la calle dos veces hasta poco tiempo, cuando murió a una edad de más de 80 años. Era muy fuerte; el médico puertorriqueño que lo cuidaba y que lo conocía desde que llegamos aquí le decía en broma que, como ya había tenido tres hijos conmigo a su avanzada edad, iba a exhibirlo en el parque como una curiosidad. Él consideraba esto como una buena broma. Yo siempre recuerdo mi México, pero no quise regresar, aunque el cónsul ofreció ayudarme. Quiero que mis hijos terminen su educación aquí y después, si quieren llevarme a México, me iré. Los niños están en la escuela y hablan inglés y español, pues nos oyen a mí y a los demás mexicanos que hablamos español, aunque lo hablan incorrectamente. Yo hablo muy poco inglés. Solamente me doy a entender lo suficiente para hacer mis compras. Importo productos mexicanos de San Antonio y de El Paso.

—El mole que preparo no es tan picante como el que haría en México, pues no les gustaría así a mis clientes. Pero hay muchos mexicanos que piden salsa picante. Hago las tortillas a mano, con maíz. Tengo un hijo de un matrimonio anterior, que es músico. Aunque espero quedarme aquí, ve usted que tengo sarapes y la Virgen de Guadalupe. Los niños ahora son protestantes.

ANASTACIO TORRES

Es blanco, nativo de León, Guanajuato.

—Tenía como 17 años en 1911, cuando vine a los Estados Unidos con mi cuñado. Hasta entonces había trabajado como empleado en una pequeña tienda en mi pueblo y también sabía algo del trabajo agrícola. Mi cuñado pudo pasarme la frontera sin muchas dificultades. Cruzamos la frontera en Ciudad Juárez y cuando llegamos a El Paso Texas, nos contratamos para trabajar en Kansas. Primero fuimos a trabajar en el ferrocarril y ahí nos pagaban 1.35 dólares por nueve horas de trabajo al día. Como ese trabajo era muy duro, conseguí un empleo en una empaedora, donde comencé ganando 1.25 dólares al día por ocho horas de trabajo, pero subí después hasta 2 dólares cuando el capataz vio que yo era inteligente y que hacía mi trabajo con cuidado. Casi me pagaban uno o dos centavos más por hora que a mis compañeros y como yo era inteligente, no me daban los trabajos más duros.

—Me educaron en una escuela católica y si no hubiera sido porque mi madre era pobre, quizá hubiera sido médico o abogado, pues era uno de los más adelantados en la escuela. Hasta aprendí a ayudar a decir la misa, aunque eso no me ha servido de nada en este país. Sigo siendo católico, aunque no voy a la iglesia con frecuencia. Me casé con una muchacha de La Piedad, Michoacán, en Kansas City. Ella murió ahí, cuando

teníamos como un año de casados, dejando a nuestro hijo pequeño. Cuando trabajaba en la empacadora me rompí una pierna y quise cobrar indemnización, pero no pude hacerlo. Pensaba irle a pedir al cónsul mexicano que me ayudara, pero algunos compañeros me dijeron que no fuera a ver a ese cónsul porque no ayudaba a nadie. En esa época vino la primera guerra y entonces me dieron un cuestionario para enlistarme. Querían que fuera a la guerra con el ejército norteamericano, pero yo les dije que no era norteamericano. Entonces me preguntaron por qué vivía en este país y seguían insistiendo para persuadirme. Les dije que tenía un hijo y finalmente, para que dejaran de molestarme, me fui a California, donde estaba un hermano mío. Trabajé durante mucho tiempo en California y después finalmente me inscribí en el ejército, pero al mismo tiempo declaré que era ciudadano mexicano y que no estaba dispuesto a cambiar de nacionalidad. Estuve en el Valle Imperial, en Calipatria. Ahí trabajé primero como obrero con algunos japoneses. Como son muy buenos e inteligentes, me enseñaron a manejar todos los implementos agrícolas, cosa que aprendí fácilmente gracias a mi inteligencia. Hacia fines de 1918 fui a Ciudad Juárez a recoger a mi hermana y a sus hijos. También mi padre vino con ella. De ahí fuimos a Calipatria y toda la familia se ocupó en la pizca del algodón. Entonces pagaban muy bien. Nos pagaban 2 o 1.75 dólares por cada 100 libras de algodón recogido y, como trabajaba toda la familia, lográbamos ganar bastante cada día. Cuando terminó la cosecha de algodón en 1919 fuimos a Los Ángeles y ahí conseguí trabajo como obrero en una compañía manufacturera de papel. Me pagaban 3.40 dólares al día por 8 horas de trabajo. Trabajé en esto durante algún tiempo y después regresé al Valle Imperial para la cosecha de limón. Me pagaban 3 dólares por día por ocho horas de trabajo. Ahí conocí a una joven de San Francisco del Rincón, Guanajuato y me casé con ella. Era mi segundo matrimonio. En 1921, un amigo japonés para el que trabajaba como obrero, me dijo que me quedara con la granja, pues él iba a irse pronto. El dueño de la tierra, que era norteamericano, proporcionaba la tierra, el agua y la semilla, en los otros gastos íbamos a medias. La mitad de la cosecha era suya y la otra mitad mía. Mi primera plantación fueron 13 acres de lechuga, también planté calabaza y tomates. Nos fue muy bien, pues las cosechas se dieron perfectas. Yo no puedo decir nada contra los japoneses pues conmigo han sido muy buenos. Me enseñaron a utilizar el arado, la cultivadora, el disco y las máquinas para plantar y han sido mis mejores jefes. Tampoco me puedo quejar de los norteamericanos, pues en Kansas City, cuando trabajaba en la empacadora, lo mismo que en Los Ángeles y en donde quiera que he estado y he trabajado con ellos, me han tratado bien.

—Después, alentado por la primera buena cosecha que recogí, renté 40 acres de tierra a 30 dólares por año cada acre. Yo tenía que poner el agua y la semilla y esta vez me fue mal. La cosecha no se dio bien, la semilla se perdió y yo tuve que ir a buscar trabajo a otra parte. Fui de un sitio a otro, trabajando en diferentes cosas. Unas veces ganaba

2 dólares al día y otras hasta 4. Recientemente encontré trabajo como jardinero en Beverly Hills. Ahí estaba muy bien, pues me pagaban 4 dólares al día por cuidar el jardín. También tenía un pedacito de tierra en el que podía plantar verduras, con lo que también ganaba algo. Pero un día me dijeron que, como no era ciudadano norteamericano, iban a quitarme el trabajo para dárselo a un norteamericano. Entonces volví a cultivar la tierra con un norteamericano. Sembré 40 acres, otra vez a medias. La cosecha se dio bien, pero el norteamericano llevó el producto a una empacadora que quebró, así que tanto él como yo nos quedamos sin nada.

—Creo en Dios, pero tengo mis dudas, pues me convencí que todas las creencias que me enseñaron en la escuela católica son inútiles. Explotan al pobre y le roban su trabajo.

Con su segunda esposa ha tenido cuatro hijos, así que en total tiene cinco. Los ha bautizado a todos, de acuerdo con lo que dice. Dice que su esposa es y no es católica, pues no va a la iglesia con frecuencia, ni tiene santos en la casa. Hablando de sus primeros años en la escuela, dice:

—Quizá hubiera llegado a ser abogado o doctor si mis padres me hubieran mandado a una escuela de gobierno. Pero la escuela en que estudié era católica y nos tenían rezando todo el día. Como yo era el más adelantado de la clase, pues aprendí a leer en menos de un año, el párroco me enseñó a decir misa. Para entonces ya había crecido y me di cuenta de que no hacían otra cosa más que rezar en la escuela, por eso una vez le pedí al maestro que me enseñara algo de números, para que pudiera llevar cuentas. Entonces me pusieron una multiplicación, cosa muy tonta, pues no sabía ni siquiera sumar. Entonces le dije al maestro que quizá ni él mismo podría hacer esa multiplicación y por esa razón dejé de ir a la escuela.

—No tengo nada en contra de los pochos, pero lo cierto es que, aunque son mexicanos, pues son de nuestra misma sangre ya que sus padres fueron mexicanos, pretenden que son norteamericanos. Solamente quieren hablar inglés y hablan muy mal el español. Por eso no me gustan.

JUAN CASANOVA

Este hombre es un fotógrafo mexicano que ha estado establecido en El Paso, Texas, desde hace siete años.

—Nací en la ciudad de México y casi toda mi familia vive ahí. Desde que era pequeño, me llamaron la atención los negocios y aprendí el arte de la fotografía de mis tíos, pues casi todos ellos son fotógrafos y lo mismo mis primos. Cuando tenía cerca de 18 años, entré como empleado en una ferretería en la ciudad de México. Llevaba los libros y

además vendía artículos de ferretería y pintura. De pronto me entró el deseo de ser absolutamente independiente y comencé a ahorrar una parte de lo que ganaba con ese fin. Logré ahorrar cerca de mil pesos en oro, con lo cual decidí hacer un viaje a Nueva York. Me quedé ahí cerca de seis meses, pero no pude conseguir empleo ni nada que mejorara mi situación, así que decidí regresar a mi país en donde pensé establecer una tlapalería por mi cuenta, para ser absolutamente independiente.

—Cuando regresé a la capital, mi madre me aconsejó que mejor continuara con mis antiguos patronos en la ferretería, pues me dijo que podía perder en mi negocito lo poco que había ahorrado. Escuché el consejo de mi madre y seguí trabajando en la ferretería y pude seguir ahorrando algo. Además, cuando estuve en Nueva York, había conseguido la agencia de una casa de fotografía y este negocio me daba buenos resultados.

—Con lo que ganaba en mi trabajo y lo de la agencia de Nueva York, continué ahorrando y pude adquirir varias propiedades que aún poseo en la ciudad de México.

—Hacia 1917, el gobierno de Carranza me envió a Nogales, Arizona, como vicecónsul, puesto que traté de desempeñar lo mejor que pude, especialmente ayudando a mis paisanos pobres. Pero, a decir verdad, no me gustaba el puesto pues, como ya he dicho, quería ser absolutamente independiente.

—Cuando dejé el servicio consular, viajé por el norte y por el este de la Unión Americana y después decidí venir a El Paso, con el objeto de establecerme aquí. Al llegar, abrí una tienda ayudado por mi esposa, que es mexicana. En esa tienda vendíamos toda clase de comestibles.

—Posteriormente decidí establecer este taller de fotografía en el que me va bastante bien. No tengo de qué quejarme, pues a decir verdad, he podido hacer algo en este negocio.

El año antepasado fui a Chicago, a expensas de los periódicos de El Paso y trabajé como fotógrafo oficial en el Congreso Eucarístico. Soy católico por convicción. Mis padres me educaron en esa religión, me bautizaron y me confirmaron y yo sigo fiel a ella. Por eso no pienso en regresar a México mientras exista persecución religiosa. Debería comprenderse que una nación sin religión no puede ni debe existir, puesto que la religión es la base de la moral. Además nadie puede quitarle sus creencias a un pueblo, es inútil trabajar contra la iglesia. Mi mayor deseo es regresar a México y establecerme en mi propio negocio, pero no creo que sea posible regresar por ahora, porque ahí no se puede trabajar. Siempre estamos peleando y no se puede tener un negocio, porque le ponen grandes impuestos y tenemos que admitir que, por lo menos ahora, es imposible vivir en paz y tranquilidad en nuestro país.

—Pienso que deberíamos seguir el ejemplo del pueblo norteamericano, que ama el orden y el trabajo; eso sería en parte la solución de nuestros problemas generales. La vida es fácil en los Estados Unidos para el hombre que quiere trabajar y ahorrar. Aquí no hay dificultades por cuestiones

políticas ni por cualquier otra cosa. El que quiere trabajar cuenta con toda clase de facilidades y las autoridades respetan la ley.

—Por mi parte creo que nunca cambiaré mi nacionalidad mexicana, pero si lo hiciera, estoy seguro de que no me atormentaría la conciencia. Creo que si las cosas no vuelven a la paz y a la normalidad en México, quizá tenga que quedarme aquí para siempre y hacerme ciudadano norteamericano.

—Aquí tratan perfectamente bien a los mexicanos. No los molestan de ninguna manera. Desgraciadamente muchos de nuestros paisanos siempre están dispuestos a violar las leyes, cometer robos y mezclarse en pleitos, por lo cual el nombre de México se desacredita.

SOLEDAD SANDOVAL

—He vivido en El Paso, desde hace nueve años. Soy nativa de Parral Chihuahua. Mi familia era una de las más ricas de allá. Mis padres tenían muchas propiedades y acciones mineras, además de dinero en efectivo. Estaba en la escuela secundaria cuando estalló la revolución en 1911. A pesar de la revolución, al principio todo seguía bien en nuestro pueblo. Había trabajo para todos y los negocios prosperaban.

—Entonces comenzó su campaña el famoso Pancho Villa y principió en Parral. Como sabía que ahí vivía gente de dinero, impuso préstamos forzados. Villa visitó frecuentemente la ciudad, con el único propósito de conseguir préstamos y más préstamos, hasta que finalmente, cansados de estos abusos, muchos de los hombres de Parral, entre ellos los de mi familia, decidieron unirse al ejército federal para luchar contra Villa. Se fueron a Ciudad Juárez y ahí permanecieron algún tiempo y, luego, debido a la revolución, tuvieron que pasar a El Paso, Texas. Como se veían solos, decidieron mandar por sus familias y entonces nos fuimos, cuatro hermanas y nuestra madre.

—Nos establecimos en El Paso. Primero estudié un poco de inglés y después me puse a trabajar. Me emplearon en un periódico mexicano que se publicaba en esa ciudad y después, gracias a mi trabajo, llegué a gerente de esa publicación.

—Yo tenía un novio en la ciudad de México, que era aviador. Vino a El Paso y nos casamos en 1920. Tan pronto como nos casamos nos fuimos a la ciudad de México, a vivir con los padres de mi esposo.

—Primero quiero decir que tenía un verdadero deseo de conocer la capital de nuestro país y todo el interior. En Ciudad Juárez fui varias veces Reina de la Popularidad y me gustaba mucho bailar. Me he divertido mucho, pero nunca he podido acostumbrarme al *flaperismo* del otro lado de la frontera, como muchas muchachas de las clases media y pobre de México que, tan pronto como llegan acá se convierten inmediatamente en *flappers*. Muchas de ellas hablan mal de nuestro país y no quieren hablar español.

—Yo era muy feliz en México con mi esposo, disfrutaba de toda clase de comodidades y del cariño de los padres de mi esposo, que me querían tanto como a él, cuando mi esposo decidió hacer un viaje en avión a través de la República. Entonces ocurrió un terrible accidente en el que murió mi esposo. Estaba ejecutando maniobras acrobáticas con el avión que piloteaba, cuando éste se descompuso y cayó, muriendo mi esposo. Yo seguí viviendo con mis suegros, que me querían más cada día, pero como ya no había razón para que me quedara en México, me regresé a la casa de mis padres.

—Vivo con mi familia como una muchacha soltera, como si fuera una niña y, para decir la verdad, siento que me falta algo y es el amor de mi esposo. Me parece una ironía haberme quedado viuda a los dos años de matrimonio y en plena juventud.

—Para calmar un poco mis dolores de corazón decidí trabajar y ahora trabajo en un periódico de esta ciudad. Traduzco del inglés las noticias más importantes para el periódico. A veces me encargo también de poner los tipos y de ver que el periódico circule ampliamente. En realidad no tengo un trabajo definido, pero hago todo lo que puedo para que la publicación adquiera mayor fuerza e importancia.

—Como fui educada en el catolicismo, soy católica, pero tolerante y no fanática. Lo que es más, como resultado de mis lecturas y de mis estudios generales, solamente creo en un ser todopoderoso. No me atrevería a definirlo, pero sé que hay algo superior a nosotros que rige los destinos de la humanidad y los del universo.

—Rezo todas las noches, aunque haya ido a alguna fiesta o a un baile, rezo el rosario, una letanía y otras oraciones antes de acostarme. Ruego por mi esposo, no porque crea que su alma está sufriendo, sino por cierto sentimiento espiritual que me acerca a él y a nuestro dichoso pasado, ésa es la única razón por la que rezo.

—No creo en la santidad ni en la pureza de los sacerdotes ni en que estén investidos con poderes sobrehumanos. Para mí, son hombres como los demás. Por eso no hago ningún caso de sus prédicas.

—Me confieso de vez en cuando, no porque haya cometido pecados —no creo que tenga ninguno—, sino para hablar con un hombre inteligente, el sacerdote con quien me confieso. Cuando me acerco al confesionario, el sacerdote no me conoce. Si me pregunta de qué pecados me acuso, le digo: “Padre, no he matado ni robado ni hablado mal de mi vecino y me acuso de todos los demás pecados, pues soy mujer o, más bien, un ser humano.” Después hablo largamente con el sacerdote, si él me deja, tratando siempre de evitar que me reconozca. Expongo todas mis dificultades y le digo todo lo que no les puedo decir a mis padres ni a mis amigos, por eso hablo en la iglesia, en donde queda todo lo que digo. Después de estas confesiones me siento feliz, como si me hubiera librado de un peso.

—Cuando estuve casada no me confesaba, pues entonces tenía a mi es-

poso a quien le podía decir todo lo que me torturaba espiritualmente o que me preocupaba de alguna manera.

—Por lo que respecta a mi vida en este país, debo decir que no he salido de El Paso. Aunque he tenido el deseo de visitar otras ciudades, me es muy difícil hacerlo, pues para ir sola tropiezo con la oposición de mis padres y de mi familia y, por otra parte, cuando uno vive sola siempre es débil para luchar. Yo creo que la mujer ha sido hecha para el hogar y nada más.

—No puedo adaptarme a algunas costumbres de este país. Para decir la verdad, me opongo a sus tendencias de poder y dominio. No me molestaría atacar duramente estas tendencias.

FELIPE VALDÉS

—Vine de Guadalajara, junto con mi madre y mis hermanos. Llegamos a esta ciudad hace como 8 meses. Teníamos un hermano que ya vivía aquí desde hace cerca de cuatro años. Entramos a los Estados Unidos por Nogales, Sonora y Nogales, Arizona, y no tuvimos ninguna dificultad. Mi madre vino a esta ciudad porque le aconsejaron que viniera aquí por el clima, para curarse del corazón, pues padece de trastornos cardíacos, y desde que llegamos aquí se ha mejorado mucho. Ahora estamos seguros de que se aliviará. En Guadalajara yo aprendía a armar automóviles, a manejarlos y a componerlos, en el garage de un norteamericano. Desde que llegamos aquí no he tenido que trabajar, pues mis hermanos me sostienen, mientras aprendo bien mi oficio. Aprendo teoría mecánica en la escuela que está a unas 40 calles de distancia de donde vivo. Voy y vengo en el tranvía. Las clases son por la noche, desde las siete hasta las nueve y media, todas las noches. Todo el curso me costará cerca de 200 dólares. Tuve que pagar una inscripción de 25 dólares y he estado pagando cerca de 10 dólares o más al mes, hasta que termine de pagar. Un hombre que sabe bien inglés y español ha estado impartiendo las clases en español para mí y para otros muchachos que no sabemos inglés. No es de este Estado, pero aunque sus padres son mexicanos él dice que es norteamericano. Me ha ofrecido encontrarme trabajo para que pueda pagar el curso y pueda practicar lo que aprendo.

—Me gusta todo lo que hay en este país, y pienso quedarme a vivir aquí permanentemente, aunque tengo que regresar a Guadalajara dentro de dos años, para casarme. Allá tengo a mi novia. Me quiere mucho y dice que vivirá donde yo diga. Como esta ciudad me gusta mucho y veo que aquí se puede ganar mucho dinero, voy a traerla para que se venga a vivir aquí. Solamente iré a casarme, pero tan pronto como me case me regresaré. El viaje de regreso me servirá de luna de miel.

—Mi intención, cuando termine mi curso, es conseguir un buen trabajo, ahorrar algo y establecerme por mi cuenta, pues aquí se puede ganar bastante dinero y siempre hay trabajo.

—Mi padre está en Guadalajara y no quiere venirse. Dice que quiere

morir en su país, donde nació, y que allá está muy bien. Tenemos muchos parientes en Guadalajara y en la ciudad de México. Tíos y tías y primos, tantos parientes que ni siquiera los conozco a todos.

—Aquí el tráfico no es igual al de México. Hay que tener mucho cuidado, pues hay muchas reglas y reglamentos, de modo que si no tiene uno cuidado, lo llevan a la cárcel y tiene que pagar multas. En México, y especialmente en Guadalajara, no hay tanto tráfico y se puede uno reír de la policía. Puede uno escaparse solamente acelerando el coche y nadie nos vuelve a ver. Eso es lo único que no me gusta de aquí, que hay tantas dificultades para el tráfico de automóviles.

—No sufro nada en cuestión de comidas, pues mi madre hace la comida al estilo de Jalisco. Comemos como si estuviéramos en Guadalajara porque ella sabe cocinar muy bien, y como a ninguno nos gusta la comida de aquí, ella trata de cocinar como a nosotros nos gusta.

FERNANDO SÁNCHEZ

El señor Fernando Sánchez, que ha vivido once años en este país, nos ha dado la siguiente información sobre su vida.

—Soy nativo de Saltillo, Coahuila. Mi oficio es el de cajista. Viví y trabajé en Saltillo hasta que me vine a esta ciudad. En mi ciudad nativa aprendí mi oficio y trabajé especialmente formando los tipos y haciendo las cabezas de los periódicos. Después de muchos esfuerzos llegué a ser formador del mejor periódico de Saltillo. A la edad de 21 años me casé en Saltillo. Me casé por la iglesia y por lo civil, pues soy católico, aunque no obedezco, desgraciadamente para mí, ninguna de las reglas de la Santa Madre Iglesia. Hace cerca de 11 años, un periodista que me quería mucho en Saltillo y que encontró un periódico diario en Laredo Texas, me dio un contrato para ir a trabajar a ese lugar. Me fui con mi esposa y mis dos niños. En Laredo recibí mejor sueldo que en Saltillo, pues me pagaban en dólares, y en esa época todo era más barato, provisiones y ropa. Después de un año decidí dejar el periódico para irme a San Antonio Texas, pues me habían dicho que allá se podían obtener mejores salarios y que la vida era más barata. Cuando llegué a San Antonio, renté una casita en la calle de Conchos, en el barrio mexicano. En pocos días había encontrado trabajo como formador en un periódico mexicano con un salario que si no era mucho, bastaba para vivir. Eso sucedió hacia 1918, si no me equivoco. Desde esa fecha trabajé para ese periódico hasta 1926, cuando dejé el trabajo para regresar a Saltillo. Como ahí la situación estaba muy mala y ni siquiera pude encontrar trabajo, decidí regresar a San Antonio donde tenía amigos y donde podía encontrar trabajo. Regresé a San Antonio en septiembre del año pasado. Cuando fui a pedir trabajo al periódico, el dueño me ofreció un empleo aquí,

en Los Angeles. Acepté su oferta. Me pagan lo mismo que en San Antonio. Me traje uno de mis hijos y dos de mis hermanas de Saltillo, pero a decir la verdad, no me gusta este sitio. En primer lugar, es demasiado grande. Para poder vivir en una casa tan buena como la que tenía en San Antonio, tengo que vivir a una distancia de varias millas de mi trabajo y gasto mucho en transportes. Además, en San Antonio tenía muchos amigos, conozco a muchas familias y estoy aclimatado. Allá se quedó mi esposa y pienso regresar lo más pronto que me sea posible. Aquí no se puede uno divertir, en cambio en San Antonio, el licor que compramos los pobres es mejor y más barato que aquí, pues el de esta ciudad hace más daño. No sé por qué, pero ésa es la verdad. Aquí todo es distinto a lo que hay en San Antonio. Vivir en esa ciudad me parecía como vivir en Saltillo, con poca diferencia, mientras que aquí es muy distinto. Me siento extraño, aun entre los mismos mexicanos, pues me parece que aquí son más codiciosos y egoístas.

—El hijo que traje a esta ciudad está ahora en la secundaria y está aprendiendo linotipia; le he dicho que aprenda ese oficio porque le gusta imprimir, y ése es uno de los oficios mejor pagados.

—Desde luego que nunca he pensado en cambiar mi ciudadanía, pero la verdad es que no sé cuando podré regresar a México, pues las cosas están empeorando allá día a día, a causa de las revoluciones.

—No obstante, tengo esperanzas de que con el tiempo las cosas se compongan. Espero poder ahorrar, aunque sea un poco, para poder regresar a Saltillo y establecer allá una cervecería. Ése es buen negocio, deja ganancias y se puede uno ganar la vida fácilmente. Estoy cansado de mi trabajo y a veces pienso en abandonarlo.

—Mi esposa, mis hermanas y mis hijos van a misa y se confiesan y reciben el sacramento de vez en cuando, pero yo no, porque como trabajo de noche, no tengo tiempo para practicar mi religión; ni siquiera para rezar, pero como no le hago daño a nadie, no creo que tenga pecados. El día de mi santo y el santo de mi esposa, de mis hermanas y de mis hijos, tenemos pequeñas fiestas. Invitamos a nuestros amigos y hasta formamos una pequeña orquesta y nos alegramos en esos días.

—Sigo con mis costumbres mexicanas y no las cambiaré por nada del mundo. No he permitido que mis hermanas se corten el pelo ni que paseen como las muchachas de aquí, con toda clase de muchachos, y también he acostumbrado a mis hijos a que me respeten de manera absoluta.

—Los domingos, cuando descanso (pues solamente descanso dos domingos al mes), me quedo en la casa o voy al cine con mi esposa. Muchas veces vienen amigos con sus guitarras y entonces cantamos y nos alegramos. De vez en cuando salgo a ver cosas. Ahora que estoy en Los Angeles me voy casi todos los domingos a ver los parques y las playas.

—En cuanto a la comida, ya que mi esposa y mis hermanas cocinan en la casa, como casi lo mismo que en México, con muy poco cambio,

porque aquí se cocina con estufas de gas y allá con leña, que es mejor, pues un fuego de leña da un sabor especial muy bueno a la comida. En San Antonio tengo mejor comida que aquí, pues allá se pueden comprar cosas mejores.

—En mi casa tengo mis muebles propios; los compré en abonos en San Antonio. También tengo un fonógrafo para divertirme cuando no estoy trabajando. Tengo muchos discos de canciones mexicanas y también de canciones norteamericanas, pero estos últimos solamente porque les gustan a mis hijos. Entienden muy bien el inglés porque están en la escuela. Yo no he podido aprender inglés porque no me he esforzado para ello y porque no lo necesito para nada, ya que en San Antonio en todas partes se habla español. A veces he comprado ropa en abonos, pero no pienso comprar nada más de esa manera, porque aumenta mucho el precio de todo.

—Lo que más extraño de México, para decir verdad, son las cantinas. Siempre me ha gustado tomarme mi copita de tequila y aquí apenas si hay ese “claro de luna” que no sirve para nada, como no sea para enfermar a uno del estómago. El “claro de luna” de San Antonio es muy superior al de Los Angeles. Una vez que tomé aquí demasiado, estuve a punto de morir.

3. *Movilidad en los Estados Unidos*

Los casos agrupados aquí son un ejemplo más de la lucha por ganarse la vida y del ajuste externo al medio norteamericano. Estos cuatro casos subrayan el carácter móvil del inmigrante mexicano que depende para tener trabajo, de los empleos temporales, y sugieren por qué esta movilidad impide la organización de un orden social entre los inmigrantes.

PEDRO VILLAMIL.

Villamil es nativo de Durango. Ha trabajado como obrero en los Estados Unidos.

—Vine a los Estados Unidos por primera vez en 1918, junto con mi hermano Guadalupe. No tuvimos dificultad para cruzar la frontera, pues teníamos un contrato para trabajar en las vías en el Estado de Nebraska. Estuvimos allá cerca de ocho meses trabajando en varios campamentos ferrocarrileros hasta que pudimos ahorrar algo de dinero y nos fuimos a Kansas City.

—Salimos de Durango porque el trabajo era ahí muy escaso y nos dijeron que podíamos ganar bastante dinero en los Estados Unidos donde había trabajo para todos los que quisieran.

—En Kansas City, me hice cargo de un salón de billares y no hacía otra cosa que vigilar las mesas y cobrar. Mi hermano se encargó de cuidar un hotel. Ahí inicié un amorío con una hermosa muchacha norteamericana con la que viví cerca de dos años. Al finalizar esa época mi hermano y yo decidimos hacer un viaje a Ciudad Juárez y le mandamos dinero a una tía que teníamos en Durango, la única que quedaba de nuestra familia, para que pudiera ir a estar con nosotros.

—Nos reunimos con nuestra tía aquí en Ciudad Juárez y con un poco de dinero que ella traía y otro poco que teníamos nosotros, compramos la casita que tenemos aquí. Aunque no vale mucho, es nuestra.

—Vivimos en Ciudad Juárez durante más de seis meses, pero trabajábamos en El Paso Texas, mi hermano, mi tía y yo. Mi tía trabajaba como recamarera en un hotel y mi hermano y yo como obreros.

—Yo me enamoré aquí en Ciudad Juárez de una muchacha con la que me comprometí para casarme, pues me quiere mucho. Después de los seis meses que ya dije que pasamos aquí, regresamos al norte, trabajando en diferentes cosas, a veces en el ferrocarril, otras veces en los campos de betabeles, y llegamos casi hasta la frontera del Canadá. Estuvimos ahí un par de años y después regresamos a Ciudad Juárez, donde pasamos dos meses. Yo seguía siendo novio de la misma muchacha. Después regresamos a Kansas City. De ahí escribía a mi novia y ella me contestaba, hasta que finalmente decidimos que yo regresaría a Ciudad Juárez para casarme con ella.

—Regresé con algunos ahorros y desde luego me dirigí a la casa de los padres de mi novia. Tuvimos una pequeña fiesta para pedir su mano, pero ellos no querían que se casara y me la negaron. Desde entonces la vigilaron tanto que apenas si podía verla, hablarle, escribirle o recibir cartas de ella. Finalmente, tuve que fingir que regresaba al interior de los Estados Unidos. Me fui a El Paso unos cuantos días y después regresé por mi novia y nos casamos, casi secretamente, en El Paso, y después la regresé a su casa, de modo que estoy casado y no casado, pues no hemos querido decirle a nadie que estamos casados. Esperamos hasta que ella tenga 19 años, solamente faltan unos cuantos meses para esto, y entonces se podrá ir conmigo. Estoy ahorrando aquí lo poco que gano a fin de que podamos regresar nuevamente. Tengo un buen trabajo en una fundición en Pittsburgh y como ya puedo hablar algo de inglés, no tengo ninguna dificultad.

—No encontré que la vida en el interior de los Estados Unidos sea dura. Todo depende de que uno se conserve bien despierto, sabiendo trabajar y ahorrar. Aquí se puede uno divertir; hay buenos bailes y se puede ganar bastante dinero. Solamente el que es tonto no se abre camino.

—Hay muchos mexicanos que tienen vicios; especialmente fuman marihuana. En Montana conocí a un mexicano que tenía un plantío de marihuana en su propio jardín y un día que un policía le preguntó qué planta era ésa, contestó que servía para curar el dolor de cabeza y el dolor de muelas.

—No resiento mucho el cambio al ir de un lugar a otro, puesto que regreso a esta ciudad cada dos años.

FRANCISCO GÓMEZ

Francisco Gómez es blanco, de 54 años de edad.

—Los americanos querían enrolarme en el ejército durante la guerra, porque creían que yo era ciudadano norteamericano; aunque no me hubieran mandado a Europa, seguramente me habrían puesto en las reservas. Saben que nací en San Antonio y por lo tanto soy ciudadano norteamericano, pero les demostré que fui bautizado en Chihuahua y que tenía mis papeles de nacionalidad mexicana. Mi madre me enseñó a amar a mi país y aunque nací en San Antonio, me llevó cuando era muy pequeño a Chihuahua, para que me bautizaran. Cuando tuve edad fui al consulado mexicano y saqué mis papeles de ciudadano mexicano.

—Viví en Chihuahua hasta que tuve cinco años de edad. Después regresé con mis padres a San Antonio de ahí fuimos a Fort Worth y luego a El Paso y después a Arizona. Éramos dos hijos y mi padre y mi madre. Nunca fui a la escuela, pues como siempre andábamos de un lugar a otro, era imposible que fuera, pero mis padres me enseñaron a leer y escribir en español. Desde que cumplí los diez años, ayudé a mis padres a cosechar algodón, cultivar betabeles y hacer otros trabajos. Cuando tuve quince años comencé a trabajar en las minas porque ahí trabajaba mi padre. Me encargaba de llevar agua a los trabajadores y de ayudarlos con su herramienta. Poco a poco fui aprendiendo y después, cuando fui mayor, trabajé durante muchos años en las minas de Texas y Arizona. Eran minas de carbón y metal. Cuando mi hermano y yo crecimos, trabajamos para los viejos. Murieron en Florence, Texas, pero nos dejaron un pedacito de tierra en Chihuahua. Mi hermano y yo decidimos irnos a Chihuahua a trabajar nuestra tierra y pasamos allá dos años. Mi hermano regresó primero. Le presté 40 dólares para que se pudiera venir y desde entonces apenas si he sabido de él. Me han dicho que se ha hecho rico en California y que ahí se casó con una mujer norteamericana de cierta edad, que tiene dinero. Un hijo suyo vive en El Paso y me han ofrecido dinero varias veces, para que pueda ir a verlo, pero no quiero ir, pues soy mayor que él y por eso es él quien debe venir a verme. Además puede pensar que lo busco porque es rico.

—Posteriormente regresé otra vez a El Paso, y vine casado, pues mi vieja es de Chihuahua. Cosechamos algodón en una temporada y después regresamos a El Paso y ahí trabajé en lo que pude encontrar. Aquí nacieron mis dos hijos. Cansado de estar en El Paso conseguí un trabajo en el ferrocarril Kansas City, Mexico and Orient. Ahí ganaba 100 dólares al mes y asistencia, pero trabajábamos muy duro. Estuve ahí cerca de seis meses. Mi esposa se quedó en El Paso y yo le mandaba parte del dinero

y parte ahorra para poder regresar a Chihuahua y bautizar a nuestro primer hijo. Regresamos al mismo lugar en El Paso y trabajamos durante varios años en los mismos sitios alrededor de la ciudad. Durante esta época tuvimos otros tres hijos. Nuevamente regresamos a Chihuahua y recorrimos varias partes del Estado, trabajando mi esposa y yo. En una época compramos dos casitas en Chihuahua, pero después nos fuimos a Torreón, donde yo trabajé en un rancho y aprendí a hacer sotol, que es una bebida deliciosa. Siempre me ha gustado beber. Aun cuando esté trabajando, me echo mis tragos y parece que eso me da fuerzas. Regresamos a El Paso y desde entonces mi esposa se ha quedado ahí. Sólo de vez en cuando voy a Juárez o a otras partes del Estado a trabajar en algo, cuando no hay trabajo del otro lado. Fui a Chihuahua hace como seis años, con mis hijas ya crecidas y una de ellas se casó ahí con un buen muchacho, mi yerno, que es tan trabajador como yo.

—Poco después de que se estableció la prohibición y el contrabando de licores se convirtió en un negocio tentador, yo me encargué de llevar cuarenta cajas de tequila y otros licores cada semana, a un coronel y a un capitán en Fort Bliss. Eso me resultaba fácil porque yo conozco varios pasos a través del río, por los que es fácil pasar a pie, a caballo o en carretas. Además, yo sólo compraba el licor y lo pasaba al otro lado, en donde había varios individuos que estaban en el negocio y lo llevaban al capitán o al coronel. Era muy buen negocio, pues me pagaban 2 dólares por cada caja que lograba pasar. Mis compañeros eran dos muchachos valientes a los que pagaba algo cada semana. Usted sabe, señor, que cuando se ha trabajado en estas cosas, no se pierde la costumbre fácilmente, así que nos pasábamos la semana sin hacer nada, vagabundeando en las cantinas y jugando dominó. Pero cuando se nos presentaba otro negocito de contrabando de licores, lo aceptábamos y pasábamos la bebida a través de la frontera. Imagínese lo que nos sucedió una vez. Nosotros tres, mis dos compañeros y yo, teníamos las cajas de tequila en la espalda, y tratábamos de llevarlas a la granja. Cuando íbamos a cruzar el río yo, que soy el más viejo, y los viejos somos prudentes, dije a los muchachos que sería mejor cruzar otro día, pues tenía el presentimiento de que un soldado vigilaba la frontera y nos descubriría. Pero como ellos eran jóvenes, respondieron que yo tenía miedo por ser viejo, y así decidimos cruzar. Después de cruzar el río, seguíamos una vereda que atraviesa un vallecito. Les dije que me iba a poner los zapatos y que ellos siguieran adelante. Al poco tiempo vi que los detenían y que les ordenaban que alzaran las manos. Yo comencé a alejarme y, cuando estaba a cierta distancia, corrí y me escondí bajo uno de los bancos del río, pero del lado norteamericano. Los soldados se acercaron y vieron que sobresalía una punta del costal en que llevaba el tequila. Comenzaron a disparar, hasta que tocaron el saco y rompieron una botella. La cogí y me eché un trago y después saqué mi pistola del ejército y comencé a contestar el fuego en la dirección en que me disparaban. No podía verlos, pues si hubieran salido de su escondite hubieran sido un buen blanco para mí. Un poco después oí cómo corrían. Entonces

me metí al río hasta la cintura, con ropas puestas y seguí caminando hasta que llegué a otro vallecito. Poco antes, oí que mis compañeros me chiflaban y me llamaban “¡ven, ven! Ya se fueron los soldados”. Pero como yo no soy tonto, les dije que se fueran al diablo, pues a mí no me iban a atrapar. Finalmente, volví a entrar a territorio norteamericano y fui a Valverde. Ahí dejé las botellas y pensé en ir a rescatar a mis compañeros. Me escondí en el camino y al poco rato los vi pasar en un automóvil, camino de los tribunales.

—Esos muchachos eran unos ingratos, pues me denunciaron. Dijeron a las autoridades que iban conmigo y que yo era el único responsable. Dijeron dónde vivía yo. Por esa razón, tuve que esconderme y permanecer oculto durante cerca de un año. Fui a Chihuahua y a otros lugares en los Estados Unidos. A esos pobres diablos los sentenciaron a tres años de cárcel, pues el delito era muy grave entonces. Ahora, lo más que le dan a uno es un año o seis meses. Apenas ayer capturaron a una vieja, casi desnuda, en medio del río, con dos galones de sotol. Esa mujer era valiente, pero creo que los hombres ahora han perdido el valor.

—Volví un año después a El Paso, para trabajar otra vez honradamente y para vivir con mi familia. Desde entonces, cada vez que tengo que venir a Ciudad Juárez o a cualquiera otra parte de Chihuahua, he tenido que presentarme a las autoridades norteamericanas de inmigración y ellas me dan un pase para poder regresar. He querido que me den un pasaporte o cualquier otro papel, para que no tenga esta molestia, pero dicen que quieren saber siempre dónde estoy, porque piensan que volveré a meter licor de contrabando. Pero no, ahora vivo de mi trabajo honrado.

—Por ejemplo, ahora me voy a Zaragoza a trabajar en una granja, en la manufactura de sotol, porque no hay trabajo en El Paso. He dejado mi pase en la casa de unos primos que viven aquí en Ciudad Juárez, para que me lo den cuando regrese y pueda volver a los Estados Unidos.

CONCEPCIÓN LAGUNA DE CASTRO

Es de Matchuala, México, en donde creció y se casó con un señor de apellido Castro, obrero y yesero. Varios años después se fueron a Monterrey. Ha tenido doce hijos y ha perdido nueve. Siete nacieron prematuramente y dos murieron ya crecidos. Una hija casada murió, posiblemente de pulmonía, pero puede haber muerto de parto pues dejó una niña de siete días de nacida. Otra murió de fiebre. Una niña de dos años de edad murió porque fue embrujada con el mal de ojo.

Han estado en este país cerca de quince años. Estuvieron en El Paso y posteriormente vinieron aquí. Todos se dedican a cosechar, cuando es temporada, hasta la nieta de diez años de edad. Las hijas trabajan pelando nueces en una fábrica, les pagan 25 centavos por cada millar de nueces que pelan.

La señora Castro dice que el año pasado había decidido no ir a traba-

jar en la cosecha, pero que un domingo ella fue a misa con su hija y cuando regresó encontró que su marido ya se había arreglado con un agente laboral, que iba de casa en casa, consiguiendo gente que trabajara en la cosecha. El agente era un viejo que parecía muy bueno. Ofreció el transporte de ida y vuelta y agregó que si por accidente llovía los primeros días o semanas, se les daría comida aunque no trabajaran. Se fue toda la familia. Para poderse ir, las hijas tuvieron que dejar la fábrica, pero conservaron la casita que tenían, pues es difícil conseguir casa al regresar de la cosecha. El agente se llevó dos camiones llenos de gente a los campos, y por la noche llevó a las familias a sus alojamientos. Las casas consistían de dos cuartos muy pequeños y muy fríos, porque no se les dio carbón. Al día siguiente llovió, pero los hombres fueron de todos modos a ver el trabajo. Regresaron diciendo que no había algodón qué cosechar. El descontento comenzó a extenderse y todos comenzaron a hablar de irse, pues no había trabajo para nadie, aunque es cierto que les dieron comida. Después, uno que había estado ahí antes, dijo que la dueña de la plantación, una mujer llamada Smith, tenía hombres que los golpearían si se iban. Un hombre que había ido solo no hizo caso de esto y se fue a buscar trabajo. El agente, acompañado por otro hombre, lo encontró en la primera oficina de empleos y le dijo que había roto el contrato. Lo golpearon en la cara y lo enviaron de regreso al campamento, lleno de cicatrices. En la casa vecina a la del señor Castro vivía un mexicano casado con una muchacha rubia que hablaba inglés. La señora Castro le dijo que ella que hablaba inglés fuera a decirle a la dueña de la granja que no habían venido sólo a que los alimentaran y que querían irse a donde hubiera trabajo. La dueña consintió finalmente en dejarlos ir. No habían trabajado ni un solo día, y ella dijo que no les daría el pasaje de regreso, además de que les cobró lo que se habían comido durante las dos semanas que estuvieron allá. Salía a 51 dólares por persona, incluyendo el pasaje de regreso. La señora Castro dice que algunos de los hombres estaban dispuestos a pagar, pero que ella se opuso y les dijo que si no habían trabajado era porque no había nada qué hacer. Todos pagaron la comida, pero no quisieron pagar el pasaje de regreso. Pagaron la comida, porque no querían que los mantuvieran y ya se la habían comido, pero no querían pagar el pasaje de regreso, porque habían sido engañados. El señor Castro consiguió trabajo con un alemán durante algunas semanas y este hombre trató muy bien a toda la familia. Les pagó lo que habían acordado cuando terminó la cosecha. Iban a irse a otra plantación, cuando un oficial de los tribunales en Taff, que ayudaba a la dueña de la otra plantación, les exigió que regresaran a su granja o le pagaran el pasaje de regreso. La señora Castro pensó ir a los tribunales y denunciar a la dueña de la granja, pero el alemán le aconsejó que no lo hicieran, porque todos los funcionarios habían sido comprados por esa mujer. (Parece que cuando su cosecha de algodón no es buena, ella piensa ganar dinero en la tienda de abarrotes que es de ella, y de donde saca los alimentos para los trabajadores. Los atrae con mentiras, diciéndoles que si no hay trabajo, se les

dará comida gratis, pero después les cobra esa comida, siguiendo el sistema de nuestros terratenientes. Esta familia también habla de un norteamericano que los empleó y siempre cumplió sus promesas y fue muy bueno con ellos.)

Esta mujer dice que cree en las brujas; que en su aldea en México hay muchas y que, desde que son chicas se les enseña a practicar la hechicería. Una amiga suya, de cuya palabra no duda, vio cómo una niña de diez años cambiaba a su hermanito de tres años, en un abrir y cerrar de ojos, en un gran guajolote. Cuando vivía en Matehuala vio a personas embrujadas que se quedaban paralíticas, locas e idiotas, a veces por medio de pociones que bebían engañados, y otras a través de encantamientos. El mal de ojo es diferente; no es un poder que desarrolle una bruja. Depende de que la persona tenga la sangre muy delgada o no y de que otra persona tenga poder en la mirada. Esta persona puede producir, en la que tiene la sangre delgada, si lo desea, una fiebre o irritación que le cause dolores de cabeza y náuseas. Conoce a una persona que puede romper las cosas con el poder de su mirada. Aquí no hay *nahuales*, pero recuerda que en México sí los hay. Aquí también hay brujas, generalmente negras, que por la noche se convierten en lechuzas y salen silbando en la oscuridad. Los pájaros nocturnos chiflan más o menos de seis a ocho y las brujas a las doce o más tarde. En el camino de San Marcos parece que hay un centro para brujas, que son negras y en la noche se convierten en brujas. Toda esta familia cuenta cómo, cuando estaban en los plantíos de algodón, el hijo mayor los llamó una noche para ver a las brujas. En la oscuridad, el campo parecía cubierto de bolas de fuego. La señora pensó que no era otra cosa que fuegos fatuos, pero el hijo tomó dos piedritas y comenzó a llamarlas y a chiflarles y las bolas de fuego comenzaron a acercarse y después hasta se podían escuchar los pasos de los animales, porque toman la forma de animales. Cuando las vieron acercarse, se asustaron y se metieron a la casa, después de disparar un tiro al aire. Pueden meterse a través del ojo de una cerradura y chupar la sangre de los niños.

DOÑA CLARITA

Dofia Clarita ha vivido durante 52 años en los Estados Unidos. Es nativa de Guaymas, Sonora, es blanca y tiene 72 años de edad.

—Me vine a este país, porque le rompí la cabeza a una mujer; casi la maté y me metieron a la cárcel. Sucedió así: yo estaba en Hermosillo, lavando la ropa en un río con una indita, cuando vi a un hombre que pasaba con un bulto. Me pareció que era un ladrón. Poco después pasó un policía al que llamaban el Diablito y me preguntó si había visto pasar a una persona, y aunque la había visto dije que no. Después le preguntó a la indita y ella también dijo que no había visto a nadie, pero el Diablito

se fue a un jacal de indios que estaba cerca y le preguntó a una mujer si había visto pasar a un hombre. No había acabado de preguntar el policía, cuando ella dijo que acababa de pasar y que podría alcanzarlo fácilmente al otro lado del río. Entonces el Diablito se puso al galope y disparó sobre el pobre hombre, al que mató. Yo fui adonde estaba la vieja y la golpeé con un palo, abriéndole la cabeza. Después corrí a Hermosillo y tanto mi hermano como mi cuñado me llevaron al distrito de Altar. Era a media noche e íbamos a caballo, pues yo temía que me agarraran y me llevaran a la cárcel. Fui a Magdalena, Sonora. Ahí le prometí a San Francisco, que es el santo patrono de ese pueblo, que entraría a la iglesia de rodillas si me permitía escapar y cumplí mi promesa. Entré a la iglesia de rodillas y después me fui a Nogales y crucé la frontera sin dificultad, aunque era muy joven y viuda.

—Me casé muy pequeña la primera vez. Tenía cerca de quince años de edad. Me casé en Guaymas, pero tres años después murió mi esposo. Cuando estuve casada supe lo que era tener un hijo, pues mi madre sabía curar y atender en los partos y como yo la ayudaba sabía todo lo relacionado con esto. Mi madre tenía permiso para atender los partos y curaba tan bien por medio de yerbas, que muchos médicos no recetaban medicinas de botica, sino que mandaban decir a mi madre que preparara una purga u otras medicinas que ella sabía preparar, y yo aprendí desde que era muy pequeña. Vi cómo los *Tacubayas* entraron a Sonora y también la derrota de los franceses. Entonces la gente era muy patriota. Recuerdo que me contaron que cuando los turcos estuvieron en Guaymas y fueron a pedir agua y comida, la gente les echó esticnina en el agua y se murieron ahí mismo. Entonces los escondieron debajo de las camas y por la noche los arrojaron a profundos agujeros. Pesqueira no tuvo la culpa de que los franceses entraran a Guaymas. Todo se debió a la traición del vigía que descubrió las fragatas hasta que ya estaban en el puerto, y si se hubiera resistido a entregar el puerto hubieran bombardeado la ciudad y miles de familias hubieran muerto.

—Después de que pasé la frontera por Nogales me vine a Tucson, y poco después vinieron mi cuñado y otras personas de mi familia. Me casé nuevamente cuando tenía cerca de 19 años con Felipe Galván. Con él me fui a Florence y a otros sitios de Arizona. Íbamos de un sitio a otro. Primero estuvimos en una granja, cuidando el ganado a cambio de una tercera parte de las ganancias. La leche y el queso eran nuestros y una tercera parte de los demás productos del ganado. Después fuimos a otros sitios y mi esposo descubrió varias minas que después le robaron. Murió envenenado. Creo que uno de sus amigos que lo invitó a ir a Nogales fue quien lo mató. Ahí estuvieron bebiendo y creo que le pusieron el veneno en la bebida. Después tuve que servir como mesera en casa de una señora irlandesa que quería robarme los registros de las minas.

—Una compañía que me dio 500 dólares para explotar la veta más rica, quería explotar las otras sin darme nada y se les secó el agua y perdieron

la veta. Dios quiso castigarlos porque querían engañarme. Mi esposo murió hace seis o siete años.

—Recuerdo que una vez que estábamos en Phoenix, lo obligaron a votar en las elecciones, pero como no era ciudadano norteamericano y estaba borracho, echó la boleta al basurero. Entonces los norteamericanos lo cogieron y lo llevaron a la cárcel y ya iban a colgarlo o a fusilarlo. Pero el hombre por quien trabajaba lo salvó, dándome 500 dólares para que pudiera pagar la multa, pero me dijo que no dijera que él me había dado el dinero. Posteriormente mi esposo, para poder seguir con el negocio de las minas, tuvo que sacar sus papeles de nacionalización. Le dijeron que no era necesario que hablara o leyera el inglés, y él lo hizo con buena intención, a fin de poder seguir con el negocio de las minas. En 1910 estábamos en Florence cuando llegaron Francisco Cruz Rendón y otros que acababan de salir de la prisión. Entonces teníamos un restaurante allá. Francisco se dirigió a mi esposo y le preguntó si quería irse con él a la revolución de México. Mi esposo sonrió y les dijo: "Miren hermanos ¿para qué hemos de ir a matarnos unos con otros? No me parece que vayan por el buen camino, no me gustan sus planes. Soy ciudadano norteamericano, porque me nacionalicé por conveniencia, pero estoy dispuesto a luchar si los güeros quieren invadir mi país. Entonces yo y mi esposa, que sabe muy bien montar a caballo, iremos a defender a México. A las revoluciones no iremos. Pero después de todo, cada cabeza es un mundo y espero que Dios los ayude". Después mi esposo me dijo que le diera un billete de 10 dólares y se lo dio a Francisco, que después fue a ver a otros vecinos hasta que reunió una buena suma para irse a México.

—Después de que murió mi esposo me vine para Tucson y puse un restaurante mexicano en la calle principal, Main Street. También tenía yo cuartos para rentar y muchos mexicanos llegaron a vivir allá cuando venían huyendo de la revolución. Ganaba bastante, pero quebré porque me robaron más de 700 dólares en joyas que había comprado muy baratas de los que llegaban de México, pues las cogían de aquí y de allá y después las vendían casi regaladas y yo las compré. Pero un zapatero, que aún está en libertad, me las robó. Lo descubrí pero no quise avisar a la policía, porque ya se las había llevado y yo no hubiera ganado nada metiéndolo a la cárcel.

—Me he ayudado a ganarme la vida curando a los enfermos, especialmente a los que sufren de enfermedades venéreas, gonorrea y otras parecidas. Curo por medio de hierbas, pero nunca prometo curar a éste o al otro, porque eso es cosa de Dios. Les doy las medicinas y las purgas que preparo. Cada una vale cinco dólares la primera vez y casi siempre se curan, excepto cuando tienen muy mala suerte. He curado a muchos mexicanos de sífilis, tuberculosis y otras enfermedades. También he ayudado en los partos muchas veces, cuando los médicos lo han permitido, pues como no tengo diploma no puedo hacerme cargo de atender a las mujeres que van a tener niños. Pero algunas veces hay doctores que me conocen y que saben que sé cómo curar y me dejan atender a las mujeres. Porque

hay muchos niños a los que he traído al mundo. Las autoridades nunca me han dicho nada porque curo. Saben que no le hago daño a nadie.

—Aprendí a conocer las hierbas y a curar cuando era muy pequeña. Ya le dije que aprendí de mi madre y también aprendí en un libro de medicina, cuyo nombre no recuerdo, que me dio un hombre de la capital de México. En ese libro estaban las leyes sobre minas, la Constitución de México y las leyes de los Estados Unidos, y una parte en que se explicaba cómo curar con hierbas y de otras maneras.

—Nunca he dado abortivos, aunque sé que la mirra es muy buena para eso. Creo que eso es un crimen y va contra las leyes de Dios, porque las que tienen niños es porque Dios se los manda y tienen que traerlos al mundo y criarlos. También pienso que los que no tienen niños y se hacen operar o buscan medicinas para tenerlos, van contra las leyes de Dios, porque si él no les da hijos, no deben tenerlos. He conocido a muchas que han deseado tener hijos por la fuerza y ha resultado que casi siempre se mueren de parto. Es raro que se salven. Hace tiempo vino una muchacha a decirme que su esposo tenía unos malos tumores y que ella también los tenía. Tenía seis meses de embarazo y quería que su hijo no naciera. Le dije que yo lo arreglaría; también curé al marido y resultó que finalmente dio a luz una niña que ya creció. Hace poco tiempo fui a visitarla y ella sonrió y me preguntó por qué no había querido darle el abortivo y le respondí que yo nunca hacía eso.

—Lloré mucho cuando mataron a Pancho Villa; fue ese bandido de Calles el que lo traicionó. Adolfo de la Huerta logró que se rindiera y le dio su hacienda; Obregón lo dejó en paz, pero Calles fue el que ordenó que lo mataran. No deberían haberlo matado, pues Villa hubiera defendido nuestro país en caso de que los güeros hubieran querido invadirlo. Una vez, cuando Pancho Villa vino de Sonora a este lugar, llegó hasta la iglesia de la Santa Cruz, en donde tenía sus caballos y parte de sus hombres. Dije a mis amigos: “Qué gran hombre es éste, porque es un bandido, es un verdadero hombre”. Más tarde entraron a mi restaurante. Una vez llegó disfrazado, junto con otros hombres. Sus ayudantes se sentaron a la mesa para comer y vi que él permanecía de pie. No estoy segura, pero creo que sí era él, porque yo tenía muchos retratos suyos a caballo, con sombrero y con kepi. Se cruzó de piernas y se detuvo en la puerta y pidió una taza de café. La tomó ahí de pie y yo le dije: “Pase señor, ésta es su casa”. Dijo: “Gracias”, pero se quedó ahí de pie. Posteriormente uno de sus ayudantes se acercó a mí y me dijo: “Oye, Clarita, no has visto a ese bandido de Villa?” “No, no lo he visto, pero me gustaría verlo.” “¿Por qué?” “Para abrazarlo, porque ese bandido es todo un hombre”. Entonces Pancho sonrió y se fueron. Cuando Pancho se iba a rendir, yo dije que se rendiría, porque el Estado de Sonora siempre cumple lo que promete. No es como en Chihuahua o en otras partes. Es cierto que fue traicionado, pero por culpa de Calles. Recuerdo que cuando “El machetero” andaba en las montañas de Sonora y le dijeron que saliera y que no le harían nada, salió con sus hombres armados y

después se desarmó y no le hicieron nunca nada. Aún vive, ya muy viejo. Se hizo bandido porque una vez cuando quiso cobrar lo que le debía su jefe, éste no quiso pagarle, y por eso lo mató y huyó a las montañas, con otros que se le unieron. Pero al fin se entregó con la condición de que no le hicieran nada. Por eso digo que lo que dicen los de Sonora lo cumplen siempre, pero hay algunos que no son así y ese Calles es uno de ellos. Actualmente ese bandido ataca terriblemente a la religión, persiguiendo a los padres que no le hacen nada, cerrando las iglesias y tratando muy mal a todo el mundo, sin necesidad de hacer nada de eso. Recuerdo que aún en la época de los franceses, la gente no era perseguida como lo es ahora. Entonces morían los que andaban peleando, pero ahora, los que no han hecho nada son los que sufren (aquí la señora comenzó a llorar). Pero Dios es muy grande y cuida de todos. Creo que ese bandido de Calles no podría sufrir lo suficiente para pagar todo lo que ha hecho, aunque le rompieran los brazos y las piernas y lo mataran lentamente.

—No conozco a ninguna bruja en esta ciudad, ni creo que las haya pues no pueden hacer aquí ninguna de sus cosas, ya que todas se vinieron huyendo de Sonora y no tuvieron tiempo de traer nada, ni siquiera sus instrumentos mágicos. De todos modos no creo en ellas, lo que hacen es llenarnos de tonterías. Aquí la policía, si las descubre, las castiga muy severamente, y por eso no realizan aquí sus artificios. Pero tenga cuidado, pues las muchachas o los que quieren hacer daño, usan mucha magia negra. En ella aprenden lo que se tiene que poner en la comida o en la bebida, en el café o en el licor. Todas son muy sucias. Desde Nogales hasta México hay un número infinito de brujas y magos y por eso es mejor cuidarse mucho.

Doña Clarita siempre lee *La Prensa* de San Antonio, pues dice que no ha aprendido a hablar inglés ni le hace falta, pues todas sus relaciones son con mexicanos.

Vive en un departamento que tiene dos piezas; la primera que se abre a la calle sirve de recámara y sala. Ahí tiene una vieja cama de fierro, un refrigerador para tener su leche y otros alimentos en hielo. Tiene un fonógrafo con discos mexicanos y norteamericanos y una mesa de centro redonda. En un rincón tiene varios santos y un vaso con aceite y agua con una veladora siempre encendida. La casa tiene un aspecto terriblemente sucio y desarreglado. En el mismo cuarto tiene un cajón con una gata y gatitos y un perro. El otro cuarto sirve de cocina y de comedor y para guardar diferentes utensilios y muebles viejos.

Doña Clarita dice también que México debería ser como los Estados Unidos, en donde se permiten todas las religiones. Por ejemplo, el presidente Coolidge es protestante y sin embargo permite que salgan las monjas y los sacerdotes católicos, sin preocuparse si hacen bien o mal. No obstante, agrega que nunca estaría en favor de una intervención de los Estados Unidos en los asuntos de México. Cuenta que en 1919 iban a celebrar el 16 de septiembre con mucho entusiasmo; pero en Nogales un soldado negro mató a un mexicano y hubo una terrible lucha en la que

hasta las mujeres de Nogales lucharon contra los soldados negros, y para no tener que poner juntas las banderas mexicana y norteamericana se decidió no celebrar las fiestas del 16 de septiembre. Dice que desea que México sea siempre libre y espera que Dios castigue a quienes actualmente luchan en contra de la Iglesia.

4. *Movilidad en México*

Los relatos incluidos en esta sección ponen de manifiesto el hecho de que de ninguna manera sucede siempre, ni siquiera generalmente, que el inmigrante mexicano pase directamente a los Estados Unidos, proveniente de una pequeña comunidad sujeta a controles primarios de grupo. En México se están produciendo cambios, gracias a la extensión de las comunicaciones y a la influencia de la industria; el periodo revolucionario aceleró la desorganización y la reorganización. Carlos Almazán representa el caso de un muchacho del campo que se fue a la ciudad, aprendió el comercio y se convirtió en comerciante ambulante; estos cambios importantes se produjeron en la organización de su vida aún antes de que se fuera a los Estados Unidos. Las experiencias de Gonzalo Plancarte fueron similares. Cuando Policarpo Castro y Felipe Montes llegaron a los Estados Unidos, no hicieron más que continuar con una movilidad y con un proceso de individualización que se había iniciado en México. Gilberto Hernández, cuyos padres no sabían que trabajaba como cajista después de la escuela, y Juan Ruiz y Asunción Flores, a quienes sus padres pegaban mucho y que después los robaron y se escaparon de sus casas, demuestran que no todas las rupturas de los controles familiares y la individualización que caracterizan a muchos mexicanos en los Estados Unidos se han desarrollado por primera vez en este país.

CARLOS ALMAZÁN

Carlos Almazán fue el organizador de un movimiento de colonización de un grupo de mexicanos residentes en los Estados Unidos.

—Nací en una hacienda, cerca de Zamora, Michoacán, y tuve muchos hermanos. Nuestro padre murió cuando éramos muy chicos, así que tuvimos que ponernos a trabajar para ayudar a sostener la familia. Mi madre sabía hacer el trabajo del campo; era arrendataria a medias, de modo que en cierta forma no nos faltaba nada, pero teníamos que ayudarla. Así

pues, mis hermanos y yo nos ocupábamos en el trabajo del campo, plantando maíz y otros cereales, aunque no en la misma forma en que lo hacemos aquí en los Estados Unidos. Allá teníamos que usar los viejos arados, que no servían para nada. Después de mucha lucha, logramos hacer una casa cómoda para nuestra madre y después, cansado de vivir en el campo, decidí irme a la ciudad de México en busca de fortuna. Cuando llegué a la capital conseguí trabajo en una carnicería como mandadero. Me encargué de distribuir la grasa y la carne a las tiendas pequeñas, a los restaurantes y a otros sitios en que se adquirían estas cosas. Aprendí a hacer salchichas de puerco y salchichas de Viena en la tocinería y a matar y a sacar la carne. Trabajaba muy duro en el día y parte de la noche, haciendo no sólo ese trabajo, sino también ayudando a los jefes a hacer otras muchas cosas. Trabajé en ese empleo durante cerca de 15 años. Durante los últimos 8 años, gocé de la confianza de mi jefe hasta tal punto que era yo en vez de él quien manejaba el negocio, pues me consultaba para todo. En esa época yo ganaba de 15 a 20 pesos al día, pues además de mi salario y de cierto porcentaje que me daban los dueños por lo que vendía yo en la calle, los dueños de los restaurantes, tiendas y carnicerías que pedían grasa, carne y otras cosas, me daban propinas de un peso o de cincuenta centavos, de modo que de esta manera también ganaba yo suficiente dinero. En esa buena situación económica me casé. Mi esposa es de la ciudad de México. Vivíamos en la colonia Valle Gómez y ahí nacieron mis hijos. Cuando vino la revolución el negocio de la carne comenzó a sufrir. De todos modos, yo ya no quería seguir en ese negocio, pues no me dejaba tiempo para descansar. Con el poco dinero que tenía, comencé a comprar frutas y cereales en Veracruz y a traerlos a la capital para venderlos. En la capital compraba diferentes tipos de cosas que después vendía en Veracruz, Orizaba, Córdoba y otros sitios. El negocio iba bien, pero como el dinero de papel que se usaba entonces fue declarado sin valor, yo me quedé sin nada.

—A causa de este fracaso fui a Zamora, Michoacán, a visitar a un hermano mayor para pedirle consejo. Mi hermano me dijo que me fuera a los Estados Unidos y que quizás ahí podría recuperar mi fortuna. Eso fue lo que hice. Arreglé todo de manera que les quedara algo a mi esposa y a mis hijos y después salí para Ciudad Juárez, Chihuahua. Al llegar ahí, comencé a buscar la manera de pasar a este país. Eso sucedió hace cuatro años y algunos meses. Vi a un grupo de obreros que arreglaban la vía del tren que va a El Paso. Le pedí a uno de ellos que le preguntara al capataz si tenía trabajo para mí. El capataz dijo que sí y comencé a trabajar ahí mismo. Mi trabajo consistía en acarrear rieles y abrir zanjas con un pico y una pala. Era un trabajo muy duro, me ofrecieron 1.80 dólares al día. Trabajé todo el día y por la noche el capataz me dijo que me fuera con ellos a El Paso. Me fui con el grupo en un carro eléctrico, sin saber que estaba cruzando la frontera ilegalmente, pero como iba con todos los trabajadores nadie dijo nada. Al día siguiente permanecí en El Paso, trabajando con el mismo capataz. Al cabo de una semana, la Com-

pañía Eléctrica de El Paso me despidió, pero como yo llevaba una carta de México para un amigo que trabajaba en una empacadora, la aproveché y este amigo me consiguió trabajo en la misma empacadora en donde me pagaban 1.25 dólares al día por nueve horas de trabajo y eso gracias a que sabía hacer ese trabajo. Cuando vieron que podía cortar la carne y hacer salchichas, me pusieron a hacer ese trabajo, pero el capataz me dijo que no me darían ningún aumento. Seguí trabajando ahí y pensaba ya en regresar a México, cuando me avisaron de la capital que mi esposa y mis hijos ya se habían puesto en camino para los Estados Unidos. Entonces dejé el hotel, pues casi todo lo que había ganado se había gastado ahí y renté una pequeña cabaña para poder, por lo menos, recibir a mi familia. Cuando llegaron a El Paso y les dije en qué trabajaba, nos sentimos todos muy desilusionados por la situación. Decidimos irnos a California y así lo hicimos. En Los Ángeles encontré en la oficina de empleos, a un amigo que había estado en El Paso, y él me aconsejó que fuera a la ladrillera de Simons, Laguna, situada a media hora de recorrido en automóvil de Los Ángeles, y que ahí encontraría ocupación. Fui ahí y conseguí trabajo. Me pagaban 4 dólares por trabajar 8 horas, pero ¡qué ocho horas!, quedaba casi muerto, especialmente los primeros días. Tenía que comprar los artículos de abarrotes en la tienda de la fábrica, de modo que me quedaba muy poco de mi salario. Después de trabajar ahí cerca de seis meses comencé a pensar en otra forma de ganar más o de tener otro trabajo y encontré un amigo que me propuso que sembráramos juntos un terreno. Plantamos lechuga, tomates y achicoria y al mismo tiempo seguía trabajando en la ladrillera, de modo que trabajaba día y noche. Me levantaba a las cuatro de la mañana y comenzaba a trabajar en el campo; después a las siete, luego de desayunar, me iba a la ladrillera y trabajaba ahí hasta las cinco o seis de la tarde, cuando terminaba el turno. Después me iba directamente a la granjita y seguía trabajando hasta las ocho o nueve de la noche, cuando me iba a cenar y a descansar. Después de la primera cosecha, que se dio muy bien, me animé a rentar algo de tierra por mi cuenta y trabajarla para mí solo, así que dejé la ladrillera, donde trabajé durante un año y nueve meses. Renté 13 acres el primer año, pagando 55 dólares al año por cada acre. Además tenía que pagar el agua y comprar la semilla, pero trabajé mucho hasta que logré la primera cosecha de nabos, que se dio muy bien y desde entonces he seguido con esta clase de trabajo, aunque debo decir que he sufrido mucho, pues a veces los precios bajan mucho y nadie quiere comprar, y entonces se tiene que vender más barato o perder toda la cosecha. Como siempre he deseado que mi gente conserve su orgullo, inicié la organización de una Comisión Honorífica⁵ en Simons y al mismo tiempo lancé la idea de la colonia, pues siempre he deseado regresar a México tan pronto como eso sea posible. Mi llamado fue muy bien recibido, hemos estado

⁵ Un comité patriótico encargado de la celebración de las fiestas mexicanas.

trabajando en esto cerca de año y medio hasta que hemos visto que el proyecto casi se ha realizado del todo.

—Soy católico, pero no fanático. Desde que estoy aquí no he ido a la iglesia ni he tenido tiempo para rezar, pues mi trabajo no me lo ha permitido, pero he bautizado a mis hijos y he tratado de que ellos, especialmente mis hijas, se inclinen hacia la fe católica, pero no hacia el fanatismo.

—Como casi no sé leer nunca he comprado periódicos, excepto los que he llevado a mis hijos. Ellos han aprendido a leer hasta inglés en los cuatro años que llevamos aquí. Yo aprendí a escribir mi nombre en Simons, pues esto me hacía falta para poder manejar los asuntos de la Comisión Honorífica y de la colonia.

—No creo que regrese nunca a este país, pues aquí he pasado los días más duros de mi vida, aquí es donde he trabajado más duro y he ganado más poco. Además, la gente no nos quiere aquí, pues hasta los japoneses tratan a los mexicanos sin ninguna consideración. Piensan que no somos tan buenos como ellos, y como somos sumisos hacen lo que quieren con nuestro trabajo, el que muchas veces nos roban impunemente.

—Como yo siempre he estado con un pie en el estribo, listo para irme a México, no tengo una casita decente a la cual poder invitarlo. He construido esta cabañita en la tierra que rento, yo mismo la levanté. Al principio tenía un carpintero, pero luego vi que se había pasado dos días tomando las medidas y haciendo cálculos, de modo que lo corrí y yo solo hice la cabaña.

GONZALO PLANCARTE

Gonzalo Plancarte es blanco, de 48 años de edad, nativo de Guanajuato.

—Fuí un niño huérfano de madre y desde muy pequeño tuve que trabajar muy duro en el campo con mi padre. Él cultivaba la tierra a medias y tenía varios animales, pero le dijeron que se fuera de la hacienda en que estábamos, cerca de Abasolo, porque poseía esos animales y los dueños solamente querían que hubiera ganado con la marca de la hacienda. Entonces nos fuimos a Michoacán y ahí trabajamos durante algún tiempo, pero nos sucedió lo mismo. Solamente querían en sus tierras bueyes y caballos, pero no vacas, porque solamente querían criar sus propios animales. Así fuimos de un sitio a otro hasta que mi padre tuvo que vender su ganado. Mi padre murió en 1900 y entonces me vine con un amigo a los Estados Unidos y trabajé en las vías de ferrocarriles durante dos años. Después dejé los Estados Unidos y me fui a la ciudad de México. Ahí conseguí un buen trabajo como conductor de tranvías, ganando un buen sueldo. Me casé ahí mismo, en la capital, y tuve una hijita que se murió cuando era muy pequeña. Cansado de ser conductor, presenté mi renuncia a la compañía hacia 1909. El gerente, que me conocía bien, me

dijo que no aceptaba la renuncia y que iba a ascenderme a inspector, porque había trabajado puntual y lealmente para la compañía. Pero como ya había acordado con mi esposa que iba a regresar a los Estados Unidos, le dije que de todos modos quería irme y me preguntó por cuál razón. Le dije que estaba enfermo y entonces me aceptó la renuncia, pero quería que supiera que siempre que quisiera volver a mi trabajo estaría a mi disposición y hasta me dio una buena carta de recomendación. Vine a Los Angeles y muy pronto encontré trabajo en la estación de carga de S. P. Lines. Ganaba 2 dólares al día y trabajaba durante 8 horas. Posteriormente fui transferido al departamento de equipajes y me pagaban un poco más, porque vieron que hacía mi trabajo bien. Posteriormente me ofrecieron más sueldo en una compañía constructora, donde me pagaban 3 dólares por 9 horas de trabajo. Es cierto que el trabajo era muy duro y quizás por eso me cansé de él y me fui como jornalero a una granja del Valle Imperial. Trabajé con unos propietarios norteamericanos que me enseñaron a sembrar con máquinas y a manejar automóviles. Después trabajé también en los campos de remolacha de California. Los dueños norteamericanos me querían mucho. Me dieron tres acres para que sembrara lo que yo quisiera y sembré verduras que me dejaron algo de dinero. Después renté 50 acres y los planté todos con remolacha y como ya había comenzado la guerra me compraron toda la cosecha y gané bastante. Volví a plantar remolacha, pero parte de la cosecha se perdió y además bajaron los precios, por lo que apenas si pude sacar lo que había gastado en semillas y en rentar la tierra. Aunque no me fue tan mal, no quise seguir rentando tierras y conseguí un trabajo en el Santa Fe de Salt Lake City. Ahí, hice un buen amigo norteamericano, que un día me preguntó si conocía las tierras agrícolas de México, y le dije que desde luego que sí, puesto que ahí había crecido. Entonces me propuso que fuera con él a trabajar en México. Me iba a pagar un buen sueldo y además iríamos a medias en ciertos negocios. Me dijo que él me avisaría cuándo deberíamos irnos, pero ya no nos volvimos a ver, de modo que este negocio no me resultó. Para entonces ya había aprendido algo de inglés, por lo menos lo suficiente para darme a entender. Cansado de trabajar en el ferrocarril regresé a Laguna y ahí renté 30 acres que he estado cultivando durante los últimos años, unas veces con alfalfa, otras con nabo, lechuga y achicoria. Compré un tractor en abonos para abrir la tierra y después varias vacas lecheras que le compré a un americano. El contrato decía que le tenía que pagar 500 dólares en tres meses por las vacas y si no le pagaba al fin de ese tiempo, se las devolvería y él se quedaría con los abonos que le hubiera dado, pues tenía que darle cierta cantidad cada mes. Lo que me sucedió es que pensé que me daría oportunidad de entregar la leche a alguna compañía, pero no fue así y tuve que perder muchos días buscando dónde vender la leche. Finalmente conseguí que me la tomara una cremería. Hasta ahí me había ido bien, pero la cremería quebró y no me pagaron lo que me debían por la leche. No pude encontrar otra cremería que la quisiera, pues me dijeron que había demasiada leche en el

mercado. Entonces comencé a perder dinero. El tiempo corrió hasta que pasaron los tres meses. Entonces le dije al dueño de las vacas que fuera por ellas y que se quedara con los abonos que le había dado y que ascendían quizás a 200 dólares. Mandó por sus vacas al día siguiente y unos cuantos días después fue a quitarme la máquina, un forcito casi nuevo. Vine a Los Angeles a buscar alguna autoridad con quién quejarme, cuando encontré por casualidad a un hombre que habló conmigo y me dijo: “¿No te acuerdas de mí?” Era mi amigo el norteamericano. Me dijo que ahora era minero y que tenía minas en Sonora y otras partes de México. Se había convertido en presidente de una compañía minera y me preguntó cómo me iba. Le dije lo que me había sucedido y dijo que esas personas eran ladrones y que no tenían ningún derecho a llevarse mi máquina. Me llevó en su coche y fuimos a ver a esa gente y ahí los insultó y ellos se quedaron tranquilos. Les dijo que era mejor que arreglaran todo por la buena y me devolvieran mi máquina, que yo era un hombre honrado y que si no arreglaban las cosas, él iría a ver a su abogado y que no le importaba gastar 20, 30 o 40 mil dólares, pero que quería que todo se hiciera legalmente. Después me llevó con su abogado y él citó a esas personas a los tribunales y ahí el abogado de mi amigo citó las leyes que había marcado con listones para probar que me habían robado mi coche. Su abogado no dijo ni una palabra y el juez les dio dos semanas para preparar su defensa y en eso es en lo que estoy ocupado ahora.

—Cuando llegué por primera vez a California era bastante fácil ganarse la vida, pero ahora se hace más difícil cada día. La renta de la tierra sube constantemente y se ha dividido tanto, que la tierra ya está cansada de tanta explotación. La gente no está satisfecha con lo que produce por sus propias fuerzas y usa una gran cantidad de sustancias químicas para fertilizar la tierra y hacen que los árboles den frutos casi a la fuerza. Por eso quiero irme de aquí y espero que en septiembre, cuando termine mi contrato de arrendamiento, pueda irme a la colonia en Acámbaro, porque todos los que se han ido para allá son amigos míos y yo quiero ser hombre de paz y de trabajo. Tengo muchos papeles que prueban que soy buen hombre. Hace muchos años que no he ido a la iglesia, no porque no sea católico, pues mis padres me dieron esta religión, sino porque mi trabajo no me lo permite. En México era yo muy católico. Siempre como al estilo de nuestro país y quiero que mis hijos se eduquen también de esa manera. Siempre he vivido como si estuviera en México. Ahora tengo rentada una granja de 26 acres y pago 800 dólares al año. Además pago el agua y tengo otros gastos. Tengo mi tractor, mi cultivadora y un camión. Todo esto me sirve de mucho en el trabajo. Ahora tengo sembrada alfalfa y después sembraré maíz y espero levantar buenas cosechas. También tengo dos buenos caballos de trabajo y unos pequeños ahorros. Pienso llevarme todo esto, para pasar mis últimos días en México, pues a pesar de que he vivido aquí muchos años no puedo acostumbrarme.

—Mis patrones norteamericanos, los dueños de la tierra que rento y mis amigos norteamericanos e italianos han hecho mucho la lucha para que yo “jure la bandera” (me haga ciudadano norteamericano). Pero no me han convencido porque no quiero cambiar mi nacionalidad; mi país está por encima de todo lo demás. No me importa que otras naciones me protejan. Dicen que los que juran la bandera reciben mayor ayuda que los que siguen siendo extranjeros, pero eso no me importa. Yo vivo para mi trabajo y no me importa nada más. Por esa misma razón, quiero llevarme a mis hijos para México, ahora que son chicos, para que sigan siendo mexicanos. No quiero decir que no nos gusten los norteamericanos y la gente de otros países, pues eso es otra cosa. Todos aquellos con quienes he tenido tratos han sido muy buenos conmigo, y sería muy ingrato de mi parte quejarme de ellos o decir que no los quiero.

POLICARPO CASTRO

Castro es mestizo, nativo de Guadalajara, Jalisco.

—Mi oficio es el de albañil. Lo aprendí cuando era chico, pues mi padre, dos de mis tíos y mis tres hermanos son albañiles. Comencé a aprender el oficio cuando todavía era muy niño. Trabajaba llevando ladrillos, haciendo las mezclas y otras cosas. Ahora estoy casado y tengo cinco hijos. Conozco casi toda la República Mexicana y todo mi Estado natal. Estuve en todas partes, trabajando casi siempre como albañil, y en otras partes como comerciante. Los albañiles en México no son como los norteamericanos, que solamente saben colocar los ladrillos o algún trabajo determinado. No, en México se aprende todo, desde cómo usar una pala, hasta construir una casa. Según la costumbre, solamente le dicen a uno que quieren una casa con tantos cuartos. Después, uno hace el dibujo, sin tantos planos como los norteamericanos, y un cálculo del costo, y si se llega a un acuerdo, se hace la casa. El que sabe hacer esto es un maestro albañil y de esa clase de albañiles no hay en los Estados Unidos, aunque es cierto que saben muy bien poner los ladrillos y que en esto nos aventajan, pero eso no les serviría de nada allá. Cuando estaba en Guadalajara en 1915, la revolución se puso muy fea y no había trabajo de ninguna clase. Entonces decidí venirme a los Estados Unidos. Para esas fechas, mi padre ya se había ido. Llegué a El Paso, Texas, y no tuve dificultad para cruzar la frontera. Cuando llegué a esta ciudad, lo primero que hice fue firmar un contrato para trabajar en los ferrocarriles, porque no había otra cosa, y siempre se necesita dinero y tiene uno que tomar el trabajo que encuentra si no quiere morirse de hambre, especialmente en este país en donde no saben lo que es la bondad y donde los mexicanos no tenemos ninguna protección. Cuando comencé a trabajar en las vías, pagaban 1.50 dólares por día, trabajábamos duro

durante 9 horas diarias. A veces nos daban trabajo extra, pero no nos pagaban nada por él. Seguí trabajando en los ferrocarriles por todo Arizona, hasta que llegué a Los Ángeles. Ahí logré conseguir trabajo como ayudante de albañil y con un sueldo de 4 dólares por día. Seguí trabajando en esto durante bastante tiempo para poder ahorrar y entonces mandé por mi esposa. Entonces teníamos dos hijos y los otros tres los tuvimos aquí. Tuve que ir a buscar a mi familia a Ciudad Juárez y luego traerlos a esta ciudad. Después vinieron los malos tiempos y tuve que andar de un sitio a otro trabajando como jornalero, pues no pude encontrar otra cosa, debido a que el sindicato de albañiles no quería admitir mexicanos. Además, es una desventaja no saber el idioma. Pero aunque he trabajado como jornalero, siempre he procurado aprender de todo lo que puedo. He trabajado en el cemento, en ladrillera, poniendo tubos (instalación y manufactura de tubos de concreto) y he aprendido todos estos trabajos, hasta he hecho entradas para garage con un declive. Todo esto me servirá en México. También cuando trabajaba como jornalero en el Valle Imperial aprendí a manejar la maquinaria agrícola. Así que ahora que me vaya a la colonia podré trabajar, primero en la tierra; después, si los compañeros quieren hacer cada quien su casa, se las haré; si no haré, aunque sea poco a poco la mía. Primero pondré los cimientos y después todo lo demás hasta que tenga mi casita; puedo pintarla yo mismo, para que esté bonita. Sé que si quiero llegar a algo en cualquier trabajo, tendrá que ser allá, en México, porque los norteamericanos aquí nos desprecian. He vivido aquí por pura necesidad y porque México estaba en revolución, pero ahora que nos vamos me siento muy diferente.

—Soy católico y no tengo razón para negarlo. Es cierto que casi nunca voy a la iglesia, pero rezo por las noches y lo mismo hacen mi esposa y mis hijos. Me enseñaron a leer en una escuela católica de Guadalajara y mis padres siempre me enseñaron a respetar y a creer en esa religión, como yo les he enseñado a mis hijos. Pero eso no quiere decir que yo me ciegue. Respeto las creencias de toda la demás gente y pienso que lo que más vale es el trabajo y la honradez.

FELIPE MONTES

El señor Felipe Montes, mestizo, aunque predominantemente blanco, es nativo de León, Guanajuato. Vive en esta ciudad, en Main Street, es dueño de una barbería y de una casita que construyó con sus ahorros.

—Cuando era pequeño, en León, pasaba el tiempo estudiando música. Eso me gustaba mucho. Casi todos en mi familia son músicos: mi padre es músico y dos de mis hermanos también lo son. Iba a una academia

de música, pero cuando iba muy adelantado, las academias se cerraron porque comenzó la revolución. Luego vino la época en que era necesario trabajar para sostenerse, pues todo se puso muy caro, el trabajo estaba escaso y la revolución había trastornado todo en general. Mi padre tenía una mula y yo me pasaba el tiempo cargándola con cigarros y agua limpia para vender, especialmente a los soldados revolucionarios. Después seguí con ese negocio en Celaya y en otros lugares. Para decir la verdad, no me gusta nada la revolución, pues a causa de ella ya no pude seguir estudiando música ni ninguna otra cosa. Cuando las cosas iban mal en el campo de batalla, yo iba con mi mula hasta donde se realizaba la acción, poniendo muchas veces en peligro mi vida. Para entonces tenía cerca de 17 años. Entonces decidí ser barbero y entré como aprendiz en una barbería en León. Limpiaba los zapatos, los sombreros y sacos de los clientes, para que me dieran algunas propinas. Una vez que aprendí el oficio de barbero gané un poco más de dinero y me entró el deseo de salir en busca de aventuras y de conocer otros lugares. Dos de mis hermanos ya estaban en este país. Estaban en Nueva York. Me fui a la ciudad de México y ahí trabajé una temporada en una buena peluquería, después me fui a Orizaba, luego a Veracruz y de ahí a Progreso y más tarde a Mérida. Me gustaba ir de un lugar a otro y mi oficio se prestaba a eso, pues en él se puede trabajar en cualquier lugar que uno vaya. Seguí viajando de un lugar a otro, hasta que regresé a León. Cuando regresé a esa ciudad encontré ahí a mis hermanos que me contaron todas las cosas que habían visto en los Estados Unidos. Muchas veces mis hermanos no querían hablar más que inglés y eso me hacía enojar y me ponía celoso. Entonces decidí venirme a los Estados Unidos para aprender inglés y que mis hermanos no me sobrepasaran. No obstante, antes de venirme a los Estados Unidos, me fui a la costa del Pacífico de México, de ahí pasé a Chihuahua y luego a Ciudad Juárez, en donde crucé a El Paso. Como había gastado tanto en transportes y también por la visa de mi pasaporte, además de los impuestos y otros gastos, llegué a El Paso casi sin dinero, como les sucede a la mayoría de los mexicanos emigrantes.

—Como yo quería internarme lo más posible en el país para aprender el inglés, no tuve más remedio que aceptar un enganche y entré a trabajar en las vías en el Estado de Arizona. Pero como hay gente que no ha nacido para trabajar en las vías, duré en ese trabajo muy poco tiempo, es muy duro y se gana muy poco. Regresé a mi oficio de barbero. En el curso del tiempo recorrí diferentes partes de este país, en el oeste y el medio oeste. Me iba sin pagar en los trenes de un lado para otro, pero nunca me pasó nada malo ni nadie me trató mal. Algunas veces los garrteros de los trenes donde viajaba llegaron a sorprenderme, pero no me hicieron nada. Finalmente, cansado de ir de un sitio a otro y con lo poco que había ahorrado, decidí regresar a León. Eso fue después de haber estado en los Estados Unidos un año, sin poder aprender casi nada de inglés. Uno de mis hermanos ya había regresado a Nueva York y tocaba en una de las orquestas de ahí. Mi otro hermano estaba en León y di-

rigía una pequeña orquesta. Me quedé cerca de un año en León y me cansé de estar ahí, pues ganaba muy poco en la barbería, y de todos modos quería seguir corriendo aventuras. Por eso me puse nuevamente en camino para los Estados Unidos. Esta vez fui directamente a Los Angeles y como ya conocía algo de las costumbres de este país, no fue difícil abrirme camino. Aquí, con la gran facilidad con que se consigue el crédito, especialmente si paga uno sus deudas, me vino la idea de establecer una pequeña peluquería, aunque fuera modesta. Fui a la Barber Suply Company y ahí pedí que me dieran crédito por unos tres o cuatrocientos dólares, pero uno de los empleados me metió en la cabeza que comprara unas sillas modernas y que pusieran lavabos en la peluquería y quién sabe qué otras cosas más, de modo que el total, cuando llegamos a un acuerdo, era un crédito por más de 1,000 dólares. Creo que eran 1,500 dólares. Entonces abrí mi peluquería y tuve que trabajar mucho para poder pagar los abonos. Eso fue hace unos tres años. Ahora ya me falta poco para acabar de pagar.

—Aquí conocí a una muchacha de Guanajuato, que ahora es mi esposa. Me enamoré de ella y fuimos novios durante unos dos años, hasta que finalmente nos casamos. Entonces contraí más deudas, pues gasté más de trescientos dólares en el matrimonio, porque lo hice muy rumboso. Me casé en la iglesia católica de Santa Isabel y ahí solamente pagué 40 dólares. Tuve varios padrinos; tuvimos una pequeña fiesta y todo el mundo estuvo muy contento. También tuvimos que gastar en retratos, pues mi padre me pidió que le mandara algunos a León. Para poder casarme, tuve que confesarme, pues este requisito es indispensable, pero engañé al sacerdote, pues también ellos nos engañan. Creo en la existencia de Dios, pero aunque soy católico porque mis padres me enseñaron esa religión, no creo en ninguna otra cosa de lo que enseña. No puedo creer que deba contarles mis problemas íntimos a los sacerdotes, porque sé muy bien lo que son. Tengo un secreto íntimo, que hace que los odie y los desprecie siempre. No puedo decir qué secreto es, pero es lo que hace que no crea en los sacerdotes. Ahora tengo un pequeño hijo. Ya tiene casi un año y no lo he bautizado ni lo voy a bautizar, a pesar de que mis padres quieren que ya se bautice. Ellos quieren ser los padrinos o, por lo menos decir qué nombres debe llevar el niño. Les dije que, en primer lugar no quería padrinos de ninguna clase, a los demás les he dicho que aún no es tiempo de bautizar al niño y que tengo que esperar hasta que tenga algo de dinero. Otros me preguntan si no tengo religión. Lo que no quiero es bautizar a mi hijo. Mi esposa era algo católica al principio, pero le he ido imbuyendo mis ideas poco a poco hasta que casi he borrado las suyas. Ahora ella tampoco quiere que bauticemos a nuestro hijo, aunque se deja dirigir por sus padres y por lo que dice la gente. La confesión no es más que un engaño. Los sacerdotes solamente se ponen en ridículo. Solamente cuando algo de lo que se dice en la confesión les interesa es cuando ponen atención, sobre todo cuando se trata de las mujeres. Yo me confesé cuando me casé, pero solamente para eso,

pero no le dije más que mentiras al sacerdote. Sucede que cuando uno se enamora de una muchacha, siempre hace la lucha para ver si "puede hacer algo", pero si la muchacha no se deja, entonces tiene uno que pedirle en matrimonio, pues solamente de esa manera puede uno obtener lo que quiere. Si la muchacha es católica o está aconsejada por su familia, entonces tiene uno que casarse por la iglesia, si verdaderamente la quiere. Eso fue lo que me sucedió a mí. Posteriormente se pasa la ilusión, pero si tiene uno la buena suerte de descubrir que la esposa es una buena trabajadora y lo ayuda a uno, puede uno decir: "Bueno, esta mujer me conviene." Después se acostumbra uno a vivir con ella, hasta que con el paso de los meses y de los años llega uno a comprenderse más y más y nace verdaderamente el cariño, y más aún cuando se tienen hijos.

—Con mi trabajo y con la ayuda de mi esposa he podido comprar una casita. Antes vivíamos ahí, pero resultó que estaba muy lejos de mi barbería, de modo que ahora se han ido a vivir ahí mis suegros, y mi esposa y yo nos hemos arreglado una habitación aquí en la barbería.

—Poco antes de que naciera mi hijo, estaba escaso de dinero y tuve que pedir un préstamo. Había poco trabajo, y como me gusta tomar mis copas, en vez de comprar botellas de vino para mí solo, comencé a comprar galones de "wiskey de maíz" o de otra clase para venderles a mis amigos, ya que siempre me preguntaban dónde podrían tomar una copa. Yo les vendía el licor a 1 dólar la pinta y a 0.25 de dólar la copa. Cuando yo no estoy mi esposa se encarga de servirles, y lo mismo hace cuando estoy muy ocupado. Esto nos deja un poco de dinero que me ha servido de mucho, y como solamente les vendo a los conocidos, no corro ningún peligro. A veces me llevo grandes sustos cuando algún inspector de gas llega a inspeccionar las estufas y los lavabos y debido a algún descuido mío ha estado a punto de descubrir dónde tengo el licor.

—Por lo que se refiere a la comida no tengo de qué quejarme, pues mi esposa sabe cocinar muy bien al estilo de Guanajuato. Especialmente sabe preparar las ensaladas que nos gustan tanto y como aquí hay muchas verduras no me falta nada. Sabe usted que a los de Guanajuato nos llaman "panzas verdes" porque comemos mucha lechuga, de la que hay bastante aquí. No me gusta la carne que hay aquí porque no es fresca.

—De los periódicos que se publican aquí leo especialmente *La Opinión*, pues tiene algunos buenos escritores, buenas noticias y no es como los otros *El Eco de México* y *El Herald*, que a veces no parecen traer más que chismes. No leo los periódicos norteamericanos porque no he podido aprender a leer el inglés y apenas puedo hablarlo un poco.

No me gustan los cines ni los teatros de aquí, pero voy a ellos para llevar a mi esposa. A ella le gustan mucho las películas norteamericanas.

—No sé cuándo me iré de este lugar, porque, aunque tanto mi esposa como yo deseamos volver a León, mi padre me ha aconsejado que no me mueva de aquí, pues allá continúan las revoluciones. Dice que si me va bien aquí y gano suficiente dinero, es mejor que me quede más tiempo.

Pero yo sigo con la idea de regresar a León y establecer ahí una buena barbería, como la que tengo aquí. Puedo ganar allá más dinero, aunque aquí tengo más ventajas en lo relacionado con el crédito.

—No tengo horas fijas para los barberos que trabajan conmigo. Pueden entrar y salir cuando quieran, pues mientras más trabajen más ganan. Les pago el sesenta por ciento de lo que recaban. Ellos tienen que traer sus utensilios y yo les proporciono polvos, agua de tocador, etcétera. Cobramos cincuenta centavos por un corte de pelo y veinticinco por una rasurada. Yo tengo cuidado de que mis clientes queden satisfechos en todo y me preocupo por atenderlos, pues de ese modo volverán. El domingo trabajamos todo el día. Tal vez sea el día de la semana en que hay más trabajo, pues nuestros paisanos vienen de las poblaciones vecinas.

—Yo quiero regresar a León porque es mi tierra y amo a México porque es mi país. Pero me gusta más aquí, pues se puede trabajar mejor. Nadie se mete con uno y no hay temor de que pueda haber revoluciones.

GILBERTO HERNÁNDEZ

El señor Gilberto Hernández ha vivido en los Estados Unidos desde 1913. Es impresor de oficio, pero en los Estados Unidos ha trabajado como ayudante de albañil, minero, asfaltando las calles, como recolector de algodón y en otros oficios.

—Soy nativo de Culiacán, Sinaloa. Mis padres tenían una tiendita. Yo fui a la escuela, llegué hasta cuarto año y entonces comencé a tratar de aprender el oficio de impresor. Entonces me iba a una imprenta, después de la escuela, para aprender el oficio. Aprendía desde la colocación de los tipos hasta la composición, pero mis padres no lo sabían, pues yo no les decía a dónde iba después de la escuela. Mi padre tuvo una desgracia en Culiacán, y como se quedó sin dinero decidió irse a Guaymas. Se fueron mis padres y me dejaron con don Alberto Correa, que era el dueño de la imprenta, para que me cuidara como si fuera su hijo. Entonces dejé de ir a la escuela y dediqué todo mi tiempo a aprender el oficio. Ya sabía manejar las prensas y conocía todo el negocio. Don Alberto apenas si me daba cincuenta centavos a la semana, pero yo seguía aprendiendo. Un día, me peleé con el sobrino de don Alberto, Clemente Sánchez, que también estaba aprendiendo el oficio, le pegué y dejé la imprenta. Me fui a una pequeña granja que tenía mi madre cerca de Culiacán. Ahí estaba cuando Ignacio Martínez, un periodista, me llamó para que fuera a imprimir su periódico en Culiacán. Fui con él para aprender a imprimir, pero resultó que su máquina tenía rollos de madera para imprimir el periódico y era muy pequeña. Primero se tenía que imprimir una página y luego la siguiente y salía todo manchado. Final-

mente, don Ignacio compró una imprenta muy barata que una compañía alemana había pedido para rollos de madera, pero como no podían manejarla, la vendieron a don Ignacio. Aprendimos a manejar esa máquina y entonces el periódico salió muy bien. Como yo quería aprender algo más, le dije a don Ignacio que ya no quería trabajar con él. Entonces ofreció pagarme seis o siete pesos al día y me dijo que además podía encargarme de los trabajos extras, como reparaciones, tarjetas, etcétera. Finalmente me cansé de estar ahí y me fui a Guaymas, Sonora. Ahí trabajé para don Julio Cortés, que fue quien fundó un periódico en Los Angeles, California. Ahí también tuve dificultades con un hermano de don Julio. Para entonces ya me había casado. Me fui a Cananea, Sonora, y trabajé en la mina "Demócrata" y en otras minas, aunque ganaba menos que en el oficio de impresor, pues trabajaba como cargador, hasta que comencé a taladrar. Entonces comencé a ganar más y después me pusieron a cargo de la prensa de la mina. Para entonces ya estaba en buena situación, pero el trabajo en las minas se suspendió a causa de que ya había comenzado la revolución. Regresé a Guaymas y conseguí trabajo como garrotero en el ferrocarril, además hacía otros trabajos. Pero para entonces ya se acercaban los revolucionarios. Viajaban en los trenes. Una vez tuve que viajar en un carro de carga con un cañón y eso no me gustó nada, porque no me gusta pelear. Fingí que estaba enfermo y pedí mi liquidación, pero no quisieron dármela. Don Julio hizo la lucha para que me dejaran salir, hasta que finalmente me dejaron libre. Me olvidaba decirle que cuando me peleé con Clemente, me llevaron a la cárcel y me pusieron una multa de 6 dólares, que pagué, y desde entonces dejé de trabajar con don Alberto. En 1913 llegué a Tucson. Ahí trabajaba en una imprenta y siempre tenía a mi familia a mi lado. Posteriormente me fui a Nogales, Arizona, y de ahí a Hermosillo y después regresé a Cananea. Pero ya no me gustó nada ahí, sobre todo por la revolución, y como me gusta tomar mis copas, encontré todo muy diferente. Cuando uno se siente feliz, es capaz de hacer casi todo. Todo esto sucedió hacia 1913, pero con tantas idas y venidas, llegó el año de 1917. Para entonces ya tenía tres hijos. Cuando me fui a Phoenix me pagaban 7 dólares por día por trabajar como ayudante de albañil o como obrero en las fábricas de cemento, pues no había gente que trabajara. Trabajé en esto durante algún tiempo, y cuando llegó la época de la cosecha de algodón, me fui con toda mi familia a la pizca. Como entonces no había muchos trabajadores pagaban bien, y como pizcábamos yo, mi esposa y mis hijos, a veces ganábamos hasta 10 dólares por día y a veces más. Estábamos cosechando algodón, cuando en cierta ocasión tuve una seria dificultad con un norteamericano que era el capataz, pues quería engañarme sobre el peso del algodón y yo no me dejé. Nos hicimos de palabras y hasta nos insultamos. Después toda la "chicanada" (mexicanos) vino en mi ayuda y casi lo linchamos. Después de eso, quedamos "así-así". Yo siempre andaba con mi pistola y él con la suya y solamente nos veíamos desde lejos. Pero el comisario, que era texano-mexicano, me

dijo que dejara mi pistola en la casa y que, cuando viera que el capataz andaba con pistola, le mandara avisar y él iría a confiscársela. Así lo hice, y como ya le había dicho al jefe superior lo que sucedía, decidió quitar a ese capataz y poner a otro en su lugar. También a éste lo tuvieron que cambiar, pues también tuve dificultades con él. Fue porque yo tenía un carrito en el que todos los trabajadores dejábamos nuestros sacos cuando íbamos a cosechar el algodón, y ahí se quedaba también un perro que yo tenía. Era muy bravo y no dejaba que nadie se acercara. Una vez, la esposa del capataz se acercó como queriendo esculcar uno de los sacos y el perro casi la mordió, aunque solamente la asustó. Entonces vino el marido y quería matar al perro. Le dije que si lo mataba, yo lo mataría a él. Contestó que estaba prohibido tener perros. Le respondí que también estaba prohibido tratar de robar las cosas que pertenecían a otras gentes. Pedimos que lo cambiaran también y entonces el jefe puso a un mexicano como capataz. Con él nos llevábamos muy bien, pues pesaba justamente el algodón y no nos causaba molestias. El comisario también vigilaba la granja y siempre nos hacía justicia, pues como era mexicano-texano siempre se ponía de nuestra parte. No estuve solamente en una plantación de algodón, sino en varias. Pusimos un salón de billares, pero nos fue muy mal. Regresé a la imprenta aquí. Casi siempre he ganado 4 dólares al día. Quizá si pudiera imprimir en inglés podría ganar más, pero lo malo es que no sé nada de inglés. Apenas si he aprendido algunas palabras para darme a entender cuando voy a comprar algo y casi puedo decir que no sé nada de inglés. El sitio en donde he ganado más es en Nogales, porque tuve la ventaja de ganar un buen sueldo del lado americano y después podía comprar los comestibles frescos en Nogales, Sonora. Pero he llegado a convencerme de que, después de todo, la paga es más o menos la misma, aquí o allá, pues si se ganan 4 dólares en plata mexicana o quizás menos, no importa, ya que todo es más barato que aquí. A la larga, trabajando se puede vivir en cualquier parte, aunque quizás aquí haya un poco más de comodidad. He tenido cuatro coches en el tiempo en que he estado aquí, Fords y de otras clases. El que tengo ahora es un Dodge. Lo compré en abonos, pero ya terminé de pagarlo. Siempre me gusta tener coche pues de ese modo puedo hacer algunos negocitos. Por ejemplo, ahora que se acerca la cosecha de sandía, estoy pensando traer sandías. También hay otras cosas que puedo hacer; debe hacer uno todo lo que pueda para vivir. Durante los últimos años he tenido tiempos bastante duros, pues estoy enfermo del estómago. Lo que como no me cae bien, pues apenas si puedo digerirlo. Casi todos los médicos que hay aquí me han examinado. Algunos me han recetado inyecciones, otros, purgas o narcóticos, pero ninguno me ha curado. Fui hasta California para curarme y un doctor de allá me dijo que tenía tuberculosis. Pero no es cierto que tenga esa enfermedad. Otro me dijo que era inflamación del estómago; lo cierto es que ninguno me ha curado de una manera definitiva. Me compongo durante dos o tres meses y después me pongo peor. Ahora me siento un

poco mejor, porque estoy tomando agua con corteza de mezquite, es el pellejo de la parte blanca que se encuentra entre la corteza y la madera del mezquite. Es un poco amarga, pero se puede tomar, y de ese modo puedo comer algo. Pero cuando tomo agua natural, me enfermo. Ahora tengo seis hijos, tres que nacieron en México y tres aquí. Con uno que se murió tendría siete. Todos van a la escuela americana y están aprendiendo inglés. Yo les he enseñado español y saben leerlo y escribirlo. Nunca he cambiado mi nacionalidad ni pienso hacerlo. Tengo la esperanza de regresar a México, pero solamente cuando la situación se haya pacificado, cosa que no parece que suceda pronto, porque cuando no es uno es otro el que se levanta en armas y por eso es por lo que creo que los mexicanos no podemos hacer nada, pues siempre estamos peleando por una cosa o por la otra. Tengo esperanza de llegar hasta Culiacán en mi coche, ir a Hermosillo y a otros lugares de Sonora, aunque creo que la gasolina es muy cara allá. Pero eso será con el tiempo. Por lo pronto, pienso quedarme aquí todavía durante mucho tiempo. Veré si se me compone el estómago, que es lo que no me deja vivir. Hasta tuve que vender los otros automóviles que tenía a causa de esta enfermedad.

—Como mis padres me enseñaron la religión católica, soy católico. Respeto la religión, aunque desde que llegué aquí solamente he ido a la iglesia dos o tres veces. Lo mismo ha sucedido con mi esposa, pero he bautizado y confirmado a todos mis hijos, aunque casi no practicamos el culto. Más o menos lo mismo sucedía en México, aunque ahí íbamos a misa casi cada domingo. Las prensas aquí no son como las que hay en el interior de México, sino como las de Sonora, especialmente por la distribución de los tipos. Tienen la U y la J al final. La caja superior se arregla de manera muy distinta a la caja inferior. En Sonora, las prensas son iguales, solamente el tipo es un poco diferente. Mi comida aquí ha sido siempre estilo mexicano. Nunca me han faltado los frijoles y las tortillas, aunque sean de harina, cuando no hay maíz y mi esposa trata de cocinar de acuerdo con nuestro estilo. Comemos puchero, que nos gusta mucho, aunque aquí la carne no es muy buena, porque no es fresca. Casi siempre se trata de carne empacada. Aquí no hay nada sabroso más que el *whiskey* de maíz” y la cerveza que se hace en las casas cuando quiere uno divertirse. Hace mucho tiempo que no bebo nada, primero porque las porquerías que hay aquí no sirven, sino que son veneno, y después porque mi enfermedad del estómago no me lo permite.

JUAN RUIZ

Juan Ruiz vive en la calle Fisher. Es de estatura pequeña, mestizo, con marcado tipo indígena. Su esposa es blanca y sus hijos son blancos. Es de Uruapan, Michoacán, y ella es de Ojinaga.

Cuando Juan tenía cerca de 14 años adquirió malos hábitos que tomó de unos muchachos que conocía. Una vez su padre le pegó porque olía

a licor, y entonces decidió robarlo y huir. (Como todos los miembros de su familia trabajaban, vivían cómodamente y fue criado con lo mejor que puede ofrecer una pequeña población.) Un día le robó a su padre ciento cincuenta pesos y se fue a Guadalajara, en donde tenía algunos parientes. Pero temió que fueran a acusarlo y por eso decidió cruzar la frontera. Cuando llegó a Ciudad Juárez, una familia a la que le contó que era huérfano y que se dirigía a Los Ángeles para encontrar a un miembro de su familia, lo ayudó a cruzar el puente. Entonces les dijo que tenía algo de dinero para su pasaje y se fue hasta Los Ángeles. Eso sucedió hace unos 25 años. Al principio trabajó en la recolección de frutas y en las cosechas, pero después aprendió el oficio de mecánico y luego se casó. Siempre ha ganado muy bien, de 5.50 a 6 dólares por día, con trabajo fijo y tantas consideraciones como si fuera norteamericano. Nunca lo han molestado para que se nacionalice. En la fábrica en que trabaja ahora, maneja una máquina para hacer colchones. Hace dos años sufrió un terrible accidente. La máquina le arrancó parte del cuero cabelludo y la piel de la cara. Estuvo en el hospital cerca de nueve meses y sufrió cinco operaciones. La piel que tiene ahora en la cara se le trasplantó de otras partes del cuerpo.

En el hospital lo trataron muy bien y el jefe de la compañía lo visitaba, además de que no le faltaba nada a su familia. Finalmente le pagaron 2,000 dólares como indemnización, con lo cual compró la casa en que vive. Sus muebles son cómodos, tipo americano, del estilo más moderno. Tiene una pianola y un hermoso juego de recámara. Juan es un buen trabajador. Puede leer en español, y en inglés. Pertenece a una logia masónica y sus ideas se inclinan al socialismo. Sigue siendo mexicano, tanto por el espíritu, como por las costumbres. Sus comidas son genuinamente mexicanas y se enoja cuando sus hijos, que son cinco, hablan inglés en la casa, ya que nacieron aquí. Les habla con entusiasmo de las frutas y los paisajes de su país y no hay mejor manera de ganarse su voluntad que decir que Uruapan es un paraíso, por lo hermoso y lo fértil. Después llora con emoción y dice que quisiera regresar inmediatamente, pero que su familia no sería feliz allá, porque están acostumbrados a muchas cosas que no encontrarían en México. Siempre ha querido que sus hijos conserven su amor a México y los ha enviado a pequeñas escuelas mexicanas.

Acaba de organizar, con algunos otros mexicanos, una sociedad a la que llaman "El Pensador Mexicano" y que tiene por objeto el fomento de la enseñanza en español, no sólo para sus propios hijos, sino para todos los hijos de México que viven fuera de su país. Nunca va a la iglesia, pero permite que su familia vaya.

Nunca ha tenido dificultades con las autoridades norteamericanas ni con la gente en general con quien ha tratado, aunque siempre ha vivido en comunidades mexicanas. Dice que se siente como si estuviera en México. El medio norteamericano no ha cambiado en nada su forma de hablar. No utiliza pochismos.

No quiere regresar a México, porque allá no hay industrias, y como solamente conoce algunas ciudades del interior, no sabe cómo es la capital.

Como su hija mayor ya tiene 16 años y es ella quien elige las piezas de música para el fonógrafo y para la pianola, solamente se oye en la casa música de jazz norteamericana. A Juan no le gusta nada esta música y siempre está prometiendo que va a comprar canciones mexicanas. Celebra el 16 de septiembre, toma parte activa en las fiestas nacionales mexicanas y asiste a toda clase de conferencias mexicanas.

No le gustaría que sus hijas se casaran con extranjeros y ha enseñado a sus hijos que no se avergüencen de ser mexicanos. Se viste exactamente como un obrero de la capital de México.

Va a los teatros mexicanos y nunca ha ido a los elegantes teatros norteamericanos ni a ningún restaurante norteamericano. Tampoco sabe nada del box ni del beisbol.

ASUNCIÓN FLORES

Asunción Flores es mestizo, nativo de Michoacán.

—Vine a los Estados Unidos sin saber casi por qué, pero la suerte me ha acompañado y aunque he pasado por muchas dificultades y molestias, siempre he salido adelante en mis aventuras. Vine a este país cuando tenía 12 años, ahora tengo 32; así que he vivido aquí veinte años sin haber regresado nunca a México. Ni siquiera sé dónde estarán mis padres, pero cuando lo sepa iré a verlos inmediatamente. Me escapé de la casa en una ocasión en que mi padre me pegó porque me peleé con otro muchacho. Me pegó cuando estábamos en una esquina de la calle; entonces me fui a la casa, le robé algo de dinero y me fui en un tren, sin saber para dónde iría. Ahora sé que es el tren que pasa por Irapuato y que me llevó a Ciudad Juárez. Después de mucho viajar me di cuenta de que estaba en Ciudad Juárez y entonces me vino la idea de cruzar a los Estados Unidos. Ahí encontré a un hombre que era funcionario de la aduana y a una joven que había estado en la escuela. Les dije que era huérfano y que no sabía qué hacer. Entonces decidieron llevarme consigo a los Estados Unidos. También ellos eran fugitivos, pues el hombre se había sacado a la muchacha de su casa. Los tres nos fuimos a Nuevo México, donde el hombre trabajaba en las vías y en los campos de remolacha y la muchacha cocinaba y cuidaba de la casa y yo no hacía otra cosa que seguirlos de un sitio a otro. Yo los ayudaba en todo lo que podía, pero como era muy chico no me dejaban trabajar. El hombre no estaba acostumbrado al trabajo duro y sufría mucho. Regresaba del trabajo con las manos lastimadas y muy cansado, además no ganaba mucho. Por eso decidieron regresar a México. Cuando se fueron, me dejaron encargado con otra familia. Hice amistades entre las familias de mis paisanos. Todas me atendían y me querían mucho. A veces iba con ellos a las vías y a los campos de betabeles. Estas

familias fueron muy buenas conmigo. Me decían “el sherife”, porque yo no trabajaba y solamente andaba viendo cómo trabajaban ellos. Todos los trabajadores me daban dinero, especialmente los días de pago. Algunos me daban cincuenta centavós, otros un *dime* o un *nickel*. Yo ahorraba todo este dinero, y cuando reunía un dólar en centavos, lo cambiaba por un billete. Como las bolsas de mis pantalones eran muy grandes, las amarré en la parte baja, de modo que cuando los hombres me preguntaban: “Chamaco, ¿tienes dinero?” y ponían las manos en mis bolsas, no encontraban nada y me daban más. Todo este tiempo estuve con ellos en un sitio y luego en otro. En una pequeña población de Nuevo México, barría la tienda de un judío que me daba ropa, algo de comer y algunos centavos. De esta manera seguí ahorrando hasta que logré reunir más de 300 dólares. Mientras tanto, habían pasado ya varios años y yo había crecido bastante. Comencé a trabajar también en las vías. Entonces los muchachos propusieron que fuéramos a El Paso, para regresar a México y yo me fui con todos. Llegamos a El Paso y fuimos a un hotel y tomamos entre cinco un cuarto con cinco camas. Yo tomé la de enmedio, porque nunca me han gustado las camas pegadas a la pared, por las arañas que pueden picarle a uno. Era el 16 de septiembre y los muchachos se pusieron una gran borrachera, se pasaron la noche bebiendo y bailando de un sitio a otro. A la mañana siguiente la dueña del hotel me dijo que le diera a guardar todo el dinero que tenía, porque si no lo hacía, cuando regresaran los muchachos, como se habían gastado todo su dinero, me quitarían el mío. Después de pensarlo bien, le di los 300 dólares y guardé veinte; apenas lo había hecho cuando llegaron los muchachos en estado de ebriedad y comenzaron a pedirme dinero prestado diciendo que ya no tenían nada, yo les daba un dólar o dos, hasta que se acabaron los veinte que había guardado, porque como habían sido tan buenos conmigo yo tenía que ayudarlos en algo. Al final todos ellos, en lugar de regresar a México, tuvieron que volverse a enganchar y volver al interior de los Estados Unidos. Más tarde, la vieja del hotel me dijo: “¿No se lo había yo dicho?, ya se llevaron hasta sus veinte dólares, conmigo su dinero está seguro, puede usted vivir aquí todo el tiempo que guste.” Y así, me quedé en ese hotel durante más de seis meses. Pero voy a contarle lo que sucedió: la señora estaba casada con un viejo norteamericano, que creo que no la satisfacía, porque una noche, cuando estaba durmiendo, desperté repentinamente y encontré a otra persona en mi cama. Pensé que era uno de los muchachos que había regresado y estaba durmiendo ahí y me levanté y encendí la lámpara. Vi a la señora que me dijo que apagara la lámpara; estaba completamente desnuda y yo iba a acostarme en otra cama, pero ella me dijo que volviera adonde estaba antes. Me acosté con ella y comenzó a acercármeme, y al cabo de un rato comenzó a abrazarme y entonces comprendí lo que quería y después era lo mismo todas las noches y a veces durante el día. El marido no sospechaba nada. A veces en las tardes salíamos a dar una vuelta en su automóvil; me daba de comer y mandó llamar a un sastre para que me hiciera dos trajes a la medida, pero poco

a poco me fue absorbiendo, hasta que finalmente ya no quería ni dejarme salir. Quería tenerme ahí día y noche, como si fuera su hijo, y esto comenzó a chocarme. Ni siquiera quería darme nada de mi dinero. Finalmente, después de unos seis meses, me cansé. Entonces me puse a espiarla, y un día cuando salió a un mandado cogí las llaves, abrí la caja fuerte y saqué mis 300 dólares ni más ni menos, y llevándome sólo el traje que tenía puesto me fui a Miami, pues había oído que todos los trabajadores mexicanos firmaban contratos para Miami. Oía que los trabajadores mexicanos hablaban de Miami en todas partes, así que me fui para allá. Desde que llegué no le escribí ni supe nada más de esa vieja del hotel. Al principio pensé que podría decir que le había robado algo, pero no he vuelto a saber nada de ella. Cuando llegué a Miami, vi que no había mucho trabajo y además no querían admitirme en las minas, porque decían que no era lo suficientemente fuerte. Así que comencé a gastar y gastar mis 300 dólares y vi que se iban acabando y yo no ganaba nada, solamente gastaba. Entonces tuve una idea que me salvó. Como nadie me conocía y a mí no me importaba lo que hacía, puse mi dinero en el banco y me fui al distrito rojo con la idea de encontrar una mujer que me sostuviera. Fui a varias casas alegres, pero nadie se fijaba en mí, porque siempre me preguntaban: “¿Tienes dinero?” “¿Cuánto me vas a dar?” Y yo respondía que no tenía ni un centavo. En una cantina había una muchacha muy borracha, tirada en el suelo, cubierta de vómito y desnuda y pensé: “Esta es mi oportunidad.” Frente a todas las demás muchachas y sin prestarles atención, mojó mi pañuelo y le limpié la boca. Después le pregunté dónde estaba su cuarto y la llevé ahí en brazos, la acosté, la desvestí y le puse ropa interior que había en el cuarto. Todas las demás observaban en silencio. Cuando despertó le llevé cerveza y un poco de ginebra para que se despabilara. Con todas estas atenciones me la gané. Además todas las demás muchachas le dijeron que yo había sido el único que la había levantado y limpiado cuando estaba tirada. El resultado fue que viví con ella mucho tiempo y que en unos cuatro meses me había convertido en el *morrongo* de todas las prostitutas. Me daban todo lo que necesitaba y viví con ellas durante cuatro años, feliz y contento. Al cabo de ese tiempo, todas fueron llevadas a “El Globo” (Globe, Arizona) y me llevaron con ellas, yo era el único hombre. Me quedé ahí algún tiempo, pero cuando iban a deportarlas a El Paso y Nogales, no quise irme con ellas. Todas querían que fuera, pero yo tenía miedo de encontrar a la vieja del hotel, que podía causarme dificultades. Regresé a Miami y encontré trabajo en las minas. Posteriormente estuve en otros Estados, trabajando en los ferrocarriles, pero regresé a Miami con la idea de quedarme aquí mucho tiempo. Conseguí trabajo en la mina y tuve suerte, porque no me dieron un trabajo duro, sino que era jefe de una sección y tenía dos hombres a mis órdenes. A veces he tenido hasta diez hombres a mis órdenes y algunos de ellos han sido norteamericanos. Esto les ha causado enojo, sobre todo porque ven que soy chaparrito, pero todo esto es parte de la vida. En las minas he ganado hasta cinco dólares, que es de los mejores salarios que

se consiguen aquí. Gano todo esto por poner rieles en un túnel o en algún otro lugar parecido, en la tarde me dan los planos, aunque yo no sé lo que se debe hacer ni cómo hacerlo. Pero por la noche, en mi cuarto, rezo tres Aves Marías y un Padre Nuestro a la Guadalupana, para que me inspire, y luego, como en sueños, se me presenta la forma en que debo poner los rieles y así lo hago al día siguiente, sin cometer ningún error, y así mi trabajo está siempre bien hecho. De esa manera me protege Nuestra Señora de Guadalupe. Soy católico y rezo en mi casa, pero casi nunca voy a la iglesia por muchas razones, especialmente porque durante todos los años que he trabajado en la mina, trabajo de día. El trabajo de día es el mejor, y como no paran ni un solo día en la mina, no tengo oportunidad para ir a la iglesia. Siempre he tratado bien a mis compatriotas que han trabajado bajo mis órdenes. No soy como esos capataces que se creen los dueños de la mina. Yo me he portado como amigo y tengo un poder de sugestión muy enérgico. Un trabajador mexicano me enseñó a desarrollarlo a fin de que pudiera conseguir todas las mujeres que quisiera. Sucedió que este trabajador tenía un brazo enfermo y fue a verme y me dijo: "Compañero, hazme un favor, de hombre a hombre; tengo el brazo muy malo y solamente quiero trabajar unos cuantos meses a fin de poder reunir suficiente dinero para regresar a México. Pero no sé hacer otro trabajo sino éste de las vías; así que no dejes que me pongan a hacer otra cosa." Prometí hacerlo así y cumplí mi promesa. Lo tuve trabajando conmigo y no dejé que se lo llevaran para otro lugar. Cuando fue el jefe y me dijo: "Dame dos hombres de los que tienes", le di los más fuertes o algunos otros, pero siempre aparté a ese pobre hombre. Finalmente, cuando habían pasado algunos meses y él había ahorrado lo suficiente, fue a mi cuarto y dijo: "Bueno, estoy muy agradecido contigo, porque has sido tan decente conmigo. Ahora que me voy, quiero decirte que espero pagarte en alguna forma; quiero que aceptes este regalo." Y me dio un billete de veinte dólares. No quise tomarlo y le dije que lo que había hecho no tenía importancia, pero él insistió y hasta me metió el billete en la bolsa. Después agregó: "Voy a decirte un secreto de sugestión, que hará que cualquier mujer que quieras se enamore de ti", y me dio el secreto escrito en un pedacito de papel. Lo he probado y me ha dado buenos resultados. Pero no me gusta usarlo, porque no me parece bien que una mujer deba caer de esa manera. Si lo quiere, muy bien, pero si no es por su voluntad, no. Es un fuerte poder de sugestión que tengo en los ojos. He estado aquí en este taller de fotografía durante tres semanas y ya sé tomar y revelar fotografías. Lo sé ya casi todo y voy a aprender a retocar, pues el propietario me ha dicho que va a enseñarme bien el oficio y que hasta me establecerá un estudio. Y esta buena suerte me ha caído tan fácilmente como fumarse un cigarrillo. Me volví fotógrafo de la siguiente manera: hace poco estuve algo enfermo y no iba a trabajar. Iba siempre a unos billares que están a la vuelta de la esquina, especialmente para buscar a un hombre que me debía unos centavos. Estaba sentado ahí, cuando conseguí este trabajo. El fotógrafo me preguntó qué

estaba haciendo y yo se lo dije, y agregué que tenía que ir al dispensario que estaba cerca de su fotografía para recoger mi medicina. Así comenzamos a hablar de muchas cosas y él me preguntó si me gustaría ser fotógrafo. Le dije que sí y entonces me dijo que fuera a su estudio al día siguiente. Fui muy temprano y él me dijo que cobraba hasta 150 dólares por enseñar a los que querían ser fotógrafos, pero que a mí me enseñaría gratis y que además me daría algo para vivir mientras aprendía el oficio. Así comencé y él no solamente me enseña, sino que además me paga. Me deja solo en el estudio y tomo las fotografías de los clientes que llegan y hago las cosas que son fáciles. Él es de Guadalajara y tiene otros estudios en otras minas, así que muchas veces se va a esos sitios y me deja solo manejando el negocio. Yo no hago más que seguir la corriente de los acontecimientos, pues tengo buena suerte. Lo cierto es que no tengo nada de qué quejarme, aunque estoy solo, pues no tengo esposa, pero ni quiero tenerla. Tampoco tengo a mis padres, pues ni siquiera sé si viven o no ni lo que ha sido de ellos. Al principio nos escribíamos más o menos regularmente, pero cuando comenzó la revolución dejaron de escribirme y ya no sé en dónde están. El día en que sepa dónde están iré a verlos inmediatamente. Dejaré todo, pues al fin he comprendido lo que es tener a sus queridos padres. Ahora comprendo todo lo mal que me porté con ellos, pero ya es tarde. De todos modos, no pierdo la esperanza de encontrarlos. No regresaré a México por ninguna otra razón. Ahí no hay más que revoluciones y luchas en todas partes. Aquí vivo en paz, todo el mundo me conoce bien, casi todos en Miami son mis amigos. Siempre ando limpio. Ayer me puse esta camisa y hoy me la cambiaré, pues tengo muchas. Vivo en una casa de asistencia donde me dan buena comida. Creo que soy el favorito de la casa. En general no tengo nada de qué quejarme de este país ni de los mexicanos. Siempre he sido tratado bien, pues hago lo que es debido. Nunca he sido arrestado ni he tenido dificultades. Nunca oculto mi nombre a nadie ni digo que soy de otro lugar, como hacen algunos de mis paisanos. Siempre soy el mismo en todos lados y por eso me va muy bien. Es cierto que he tenido algunas épocas duras, pero también he tenido épocas buenas. Como cuando me salí de mi casa ya sabía leer, no he tenido dificultades a ese respecto. Leo *La Prensa* de San Antonio todos los días y también otros periódicos mexicanos, para saber lo que pasa en México. He aprendido algo de inglés, después de vivir aquí durante tanto tiempo. No es mucho, pero me doy a entender con los norteamericanos, aunque no puedo leer este idioma. Solamente ahora, cuando es tan difícil aprender, es cuando me he dado cuenta de lo tonto que fui al no aprender inglés en mi juventud. Ahora podría tener un trabajo mejor. Pero no, entonces no me preocupaba para nada aprender, estaba satisfecho con ir viviendo solamente. Ahora que soy adulto he aprendido que es mejor andar solo y vivir solo; de esa manera se evita uno muchas dificultades.

5. Los usos de la alfabetización

Siguen después otros casos de ajuste con el nuevo medio, hechos aparentemente en forma exterior e instrumental. Los tres primeros documentos son breves declaraciones tomadas a inmigrantes que regresaban a México a colonizar tierras. El entrevistador preguntó sobre el número y la naturaleza de los libros procedentes de los Estados Unidos que llevaban a México. Recordamos que muchos inmigrantes leen más en los Estados Unidos, especialmente periódicos; proporcionalmente al número de mexicanos, hay más periódicos mexicanos en los Estados Unidos que en México. Filomeno Condé aprendió a escribir estudiando los periódicos. Elías González lee mejor el inglés que el español. “Los domingos voy a la placita —dice Luis Tenorio— para platicar con algunos compañeros. Ahí es donde he adquirido ideas socialistas y leo los periódicos que venden estos amigos...” Guillermo Salorio dice: “He estudiado muchos libros y me falta poco para quedar convencido de que Dios no existe.”

EPIFANIO AGUIRRE

Epifanio Aguirre es nativo de Jalisco. Ha estado diez años en los Estados Unidos. Se va a Acámbaro con su esposa, que es nativa de Penjamillo, Michoacán. Ha estado trabajando en los ferrocarriles durante cerca de ocho años cargando y llevando durmientes, cuidando la línea, etcétera. En las vías ganaba 2.88 dólares cuando le pagaban menos y 3.88 dólares cuando le pagaban más. Trabajaba diez horas en las jornadas más largas y ocho horas en las más cortas. Trabajó durante ocho meses en la Alahambra Foundry. Ahí ganaba 4 dólares. Trabajaba sin horario fijo ocho horas por lo menos, y a veces hasta diez horas por el mismo sueldo. Posteriormente ganó 3.30 dólares por nueve horas de trabajo con la compañía de tranvías de Los Ángeles. En México era albañil. Sabe leer y escribir. Habla muy poco inglés. Tenía una máquina de escribir, una cámara, un radio y otras cosas, que ya vendió.

Se lleva con él los siguientes libros: *Libro infernal*, *Libro de ciencias ocultas de amores*, *Libro de San Cipriano*, *Libro de los espíritus*, *Manual de hipnotismo*, *La telepatía*, *Manual del confitero* y varios ejemplares de *Excelsior* y del *Heraldo de México*.

Dedicará su tiempo al trabajo de la tierra y a lo que haya que hacer. Piensa establecer una fábrica de almidón y ayudar a la construcción de las casas de su colonia.

JESÚS ORTIZ

Jesús Ortiz, nativo de San Francisco del Rincón, Guanajuato, es mestizo. Lo acompaña su esposa María Gómez, del mismo lugar, y sus dos

hijos, Pedro y Zacarías. El primero tiene 32 años y el segundo 26. Nacieron en el mismo lugar que su padre. Han estado en los Estados Unidos durante 17 años. La mayor parte del tiempo la han pasado en Santa Ana, California. Al principio Jesús Ortiz trabajó bajo contrato en los campos de remolacha. En San Francisco hacía sombreros de petate y ganaba 9 dólares a la semana, que no le alcanzaban para vivir. Siempre vivió mejor en México. La mayor parte del tiempo ha trabajado como asalariado y ha ganado unas veces 4, otras 3 y hasta 2.50 dólares. Ha sido leñador. Puede cortar una carga en un día, comenzando a las siete y terminando a las cinco, pero es un trabajo muy duro. Le pagan por carga 10 dólares. Para este trabajo se usa un hacha, un cuchillo grande y una pala. El trabajador tiene que llevar sus instrumentos.

Sabe leer en español, pero no tiene ningún libro. Aquí no ha comprado ninguno. Piensa dedicarse a la agricultura. Le gustaría sembrar trigo y maíz. Sabe cultivar estos cereales además de otros.

FELIPE OROZCO

Es mestizo, nativo de Pénjamo, Guanajuato y nació en 1895. Tiene a su lado a su hijo de 14 años, Anastasio. Ha vivido en los Estados Unidos desde 1922. Trabajó durante dos años en una sección de los ferrocarriles poniendo durmientes y rieles. Ganaba 2.46 dólares por ocho horas de trabajo. Trabajaba en el Santa Fe en Le Grand, California. Después trabajó para una compañía constructora en Los Angeles acarreando piedras y arena. Ganaba de 2.50 a 4 dólares al día, pues trabajó para varias compañías. Una le pagaba una cantidad, y la otra una cantidad distinta. La jornada de trabajo variaba de 8 a 10 horas, sin salario extra. "En muchos de estos trabajos el capataz hacía lo que quería. Ordenaban a uno trabajar tanto tiempo y si uno no quería, tenía que irse."

En México, este hombre trabajaba como peón campesino, ganando de 25 a 30 centavos al día. Se le daba casa, pero no comida. Eso fue en la época de Porfirio Díaz.

Dice que sabe leer y escribir en español, pero no bien. Ha aprendido un poco de inglés. Ha aprendido a pedir trabajo: "Gare work for me?"

Tiene libros que tratan del naturalismo y enseñan a curar las enfermedades por medio de medicinas naturales, posee dos libros de química: *La religión al alcance de todos*, *La hija del cardenal*, *Los misterios de la Inquisición de España*, *Los Misterios del Vaticano*, *Historia de la filosofía*, *El peludo*, *El bonete*, *Tiempos nuevos de París* y tres revistas: *El Machete* (periódico comunista) *Redención* y *Horizontes Nuevos*. Estos libros y revistas fueron adquiridos en Los Angeles. Para su hijo lleva *Lectura instructiva*, en español.

El hijo sabe algo de inglés. Iba a la escuela norteamericana aquí. Tiene un pequeño radio y la madre tiene un fonógrafo.

Dice que dedicará toda su atención al cultivo de la tierra.

FILOMENO CONDE

Es blanco, nativo de Michoacán. Lo acompañan su esposa y sus tres hijas. Vino a los Estados Unidos por primera vez en 1906. En 1908 regresó a México para casarse en 1909. Volvió a México en 1911 y ese mismo año regresó a los Estados Unidos. Volvió otra vez a México, luego regresó y en 1913 fue a traer a su esposa, estableciéndose desde entonces en Laguna. Trabajó ahí como asalariado en la agricultura, ganando en esa época 1.50 dólares al día, de sol a sol. Durante los últimos seis años ha rentado tierra, cuando menos seis acres y cuando más, diez. Como mínimo ha pagado 14 dólares por acre y como máximo 22 dólares por año. Ha cultivado tomates, chile, maíz y calabaza, que él mismo ha vendido. En 1913 estuvo en Arizona, cerca de Themis. Trabajaba en las vías, en donde le pagaban 1 dólar por diez horas de trabajo. En 1909 estuvo en El Centinela, Arizona, durante siete meses, con el mismo trabajo, el mismo horario y el mismo salario.

Sabe leer y escribir. (Aprendió a leer solo en Laguna y en Arizona aprendió a escribir, tomando como modelo las letras de los periódicos, pues donde estaba no había más que norteamericanos.) Se lleva un fonógrafo.

Entre los libros que se lleva está un *Diccionario inglés-español*, las novelas: *La reina del mercado*, *Venganza de una loca* y otras novelas que han comprado aquí. Sus hijos se llevan libros en inglés. Fueron educados en Laguna en una escuela pública norteamericana.

ELÍAS GONZÁLEZ

Este hombre es mestizo, nativo de Parral, Chihuahua.

—Mis padres y yo venimos a este país en 1911. Entonces tenía 12 años de edad; si no recuerdo mal. Mi padre tenía que trabajar en los campos de algodón, en el *traque* y en otros trabajos, mientras yo iba a la escuela. Estuvimos en Albuquerque y en Santa Fe, Nuevo México, durante muchos años. Ahí fui a la escuela primaria y después a la secundaria; mi padre se sacrificaba todo lo que podía para que yo pudiera aprender algo. Aprendí bien el inglés, pero casi puedo decir que no me ha servido de nada. Lo malo fue que no pude aprender un oficio y he tenido que trabajar muy duro en donde he encontrado trabajo, ya sea en el ferrocarril, en los campos de algodón o de betabeles, en los hoteles como mesero o como elevadorista, o en el asfalto. He trabajado en lo que he podido, lo que importaba era ganarse la vida, especialmente ahora que está todo tan caro.

En Santa Fe, Nuevo México, me casé. Mi esposa es nativa de ese lugar, pero sus padres son mexicanos que vinieron del viejo México, de modo que ambos tenemos costumbres mexicanas, aunque también tenemos algunas americanas; yo por haber vivido aquí casi toda mi vida, y ella por haber nacido en este país. Somos católicos y nos casamos por la iglesia, también tuvimos una gran fiesta a la que invitamos a muchos de nuestros paisanos. Los domingos vamos a misa a la iglesia y mi esposa siempre reza por las noches, para que Dios nos proteja, pero nuestra suerte ha cambiado mucho últimamente y las dificultades por las que hemos atravesado son tantas que a veces no tenemos ni siquiera lo suficiente para comer, como en estos dos últimos meses en que he estado sin trabajo. Tengo tres hijos y los tres han sido bautizados, solamente espero a que tengan edad para ser confirmados y a que tenga dinero para ello, pues se tiene que pagar y además hay que hacer una fiestecita. Solamente una vez he deseado regresar a México, fue cuando logré ahorrar 300 dólares. Iba a irme a Chihuahua con ese dinero, dejando a mi esposa y a mis hijos aquí hasta que pudiera conseguir trabajo allá. Pero sucedió que gasté todo mi dinero en Ciudad Juárez nada más que en música y bebidas. No me duró ni quince días y tuve que regresar. Según los informes que me dieron en Juárez y a juzgar por lo que muchos amigos me dijeron, los salarios en México son muy bajos y apenas si alcanzan para vivir; de modo que sólo llevando suficiente dinero se puede uno establecer en un negocio o en algo que pueda producir lo suficiente para vivir y en que no se tenga que trabajar tan duro como aquí. En realidad no tengo por qué quejarme de los norteamericanos, pero no me gustan tanto como los mexicanos. Son muy diferentes y siempre se puede uno entender mejor con los que son de nuestra misma raza. Como no soy ciudadano norteamericano me resulta casi imposible encontrar trabajo, pues en muchos sitios en los que he ido a buscarlo lo primero que me preguntan es “¿Es usted ciudadano?” (ciudadano norteamericano). Y cuando les respondo que no, me dicen que no hay trabajo. El trabajo está ahora muy escaso aquí. En la casa en que vivo, la señora, que es de este país, pero mexicana, diariamente nos pide la renta. Ya le debo dos meses y nos dijo que sacáramos nuestras cosas a la calle y que ella se quedaría con nuestra estufa. Pero yo le dije que por más que busco, no puedo encontrar trabajo, que he buscado de todo y no encuentro nada. A veces apenas si consigo suficiente alimento para mis hijos. Sé muy bien que la dueña de la casa no puede echarme, aunque quisiera, ya que la ley me protege, pues no tengo trabajo y no puedo echarme a robar. Cuando tenga trabajo, todo será diferente. Entonces le pagaré todo lo que le debo. Si no fuera por mi esposa y mis hijos no me importaría no tener casa. Si estuviera solo, podría dormir debajo de un puente; cuando estaba solo, lo hice muchas veces, pero ahora que estoy casado es diferente, especialmente por los niños. El otro día fui a la ciudad y vi al cónsul para que me diera una carta de recomendación o algo para encontrar trabajo. Pero dijo que no podía darme nada y que no quería ningún trato conmigo. Casi no quería ni hablarme,

pues me dijo que estaba muy ocupado. Así es que está uno sin protección, no la tiene uno ni con los cónsules ni con los norteamericanos. Algunos de mis paisanos me han ayudado, pero son tan pobres y los tiempos están tan malos, que apenas si tienen para ir mal pasando la vida. Me han prometido trabajo en la mina, pero voy todos los días y no hay nada. Todos los barcos están llenos y no hay esperanzas de que tomen más hombres. No sé qué hacer ahora. Una cosa es segura, primero moriré antes que cambiar mi nacionalidad. Nací mexicano y mis padres me dijeron que nunca cambiara de ser mexicano, pues nunca se debe negar el propio país ni la propia sangre. Casi no leo periódicos de México, porque cuando tengo trabajo no tengo tiempo. De todos modos, casi todos ellos cuestan cinco centavos y los periódicos americanos cuestan tres, y aunque costaran cinco, tienen más que leer y yo puedo leer inglés mejor que español. Mi esposa, apenas si puede leer el español y en cambio lee muy bien el inglés, por eso, cuando compramos periódico, preferimos uno que sea norteamericano, pues después de todo no dicen más que mentiras. Comemos estilo mexicano. Ni a mi esposa ni a mí nos gusta el jamón ni esos platillos insípidos de los norteamericanos. Ella siempre hace tortillas, aunque sean de harina, y nunca nos faltan los frijoles, cuando tengo trabajo. Claro que cuando uno no tiene trabajo y es pobre, tiene que comer lo que consigue, aunque no sean más que piedras. Muchas veces me he pasado el día sin comer, para que mi esposa coma, pues ella es débil, y además siempre hay que darles de comer primero a los hijos. Me gusta la música mexicana, especialmente las canciones y los romances. En las pequeñas fiestas que hemos tenido, en el santo de mi esposa, en el mío o en otras fiestecitas, siempre he conseguido muchachos que sepan tocar la guitarra y sepan cantar, pues una fiesta sin cantantes, no es fiesta.

LUIS TENORIO

Este hombre es blanco, nativo de Ojuelos, Jalisco.⁶

—He trabajado en este lugar casi todo el tiempo, aunque conozco el trabajo del campo, pero ese tipo de trabajo no me ha interesado mucho aquí. En los trabajos de pavimentación he llegado a ganar hasta 4.80 dólares al día, pero por una jornada de cerca de diez horas de trabajo, sin descanso, cuando salía del trabajo estaba casi muerto. Perdí peso, me envejecí mucho en unos cuantos años y me siento muy cansado, pues aquí lo explotan a uno sin piedad. Este trabajo de pavimentación es peor cuando los inspectores están sobornados. Usted sabe que la ciudad nombra un inspector para vigilar que el pavimento se haga con buenos materiales y que tenga determinado número de pulgadas de base, lo mismo que la capa de concreto y asfalto. Pero a veces, estos inspectores aceptan dinero

⁶ La primera parte de sus datos aparece en la p. 91.

como soborno, entonces, además de que el material que se usa es malo, el pobre trabajador sufre, porque lo hacen trabajar más horas al día. A la compañía no le importa cómo quede el trabajo y casi siempre, en lugar de poner quinientas toneladas de grava, de acuerdo con los contratos, ponen hasta mil, sin preocuparse de que esté fría o caliente, y entonces tiene uno que trabajar lo doble. Cuando el inspector es honrado solamente ponen cinco toneladas de material para cubrir un determinado espacio sin que esté ni frío ni caliente, de modo que el trabajador no tiene que matarse tanto; la obra dura más y por lo tanto hay trabajo durante más tiempo. Al burgués no le importa nada, todo lo que quiere es explotar al trabajador. El burgués tiene todo, dinero y automóviles, mientras que uno se va acabando. Los domingos voy a la placita para escuchar a algunos de los compañeros. Ahí es donde he adquirido ideas socialistas y leo los periódicos que venden estos amigos, aunque no pertenezco a ningún sindicato porque no quieren admitir mexicanos. Una vez los trabajadores del asfalto, todos mexicanos, organizamos un sindicato, pero no quisieron admitirnos en la "Asphalters Union de la American Federation of Labor", porque dijeron que esos mexicanos les iban a quitar los trabajos al aceptar salarios más bajos. Así que fracasó nuestro sindicato.

—No creo que los mexicanos tengamos aquí ninguna clase de garantías, y tampoco nos quieren. Hay un terrible prejuicio racial. Es cierto que algunos de nosotros tienen la culpa de esto.

—Ahora que he podido ahorrar un poco, me iré al campo y me dedicaré completamente a la agricultura, pues espero recuperar ahí la salud. Me he quedado algo enfermo del trabajo tan duro. Parece que se me han afectado los pulmones.

—Soy católico, pero casi nunca voy a la iglesia; mi esposa reza por las noches. Ya la dejo que crea en lo que quiera. Me casé por la iglesia y he bautizado a mis hijos, pero ahora veo que todo eso no son más que invenciones de los burgueses para tenernos siempre trabajando para ellos. Creo que cada quien debe creer lo que le parezca mejor.

—Generalmente leo aquí los diarios de la ciudad de México y así estoy informado de las noticias de mi país. Creo que esa colonia va a resultar muy bien, si los muchachos no se desaniman o si los rebeldes no van a molestarnos.

GUILLERMO SALORIO

Guillermo Salorio, blanco, me dio datos sobre su vida y experiencias que he omitido aquí, porque posteriormente, cuando me tenía ya más confianza dijo: "Escuche amigo, casi todo lo que le he dicho no son más que mentiras; pero lo hice porque tenía miedo de que usted fuera agente del gobierno y tratara de que diera cuenta de todo lo que he ganado en este país para hacerme pagar un impuesto o algo así. Como yo tenía mucha desconfianza, no le dije más que mentiras." Enseguida sigue la declaración que me hizo. EL ENTREVISTADOR.

Salorio trabajó en el *traque* durante dos o tres años, ganando muy poco. Posteriormente se fue a Los Angeles y ahí comenzó a trabajar como obrero en la construcción de casas, ganando la mayor parte del tiempo 40 centavos dólar la hora. Muchas veces, casi siempre, según dice, trabajaba día y noche y de esta manera pudo reunir una pequeña fortuna que se va a llevar a la colonia. Ha estado en este país en dos ocasiones. La primera, estuvo dos años y después regresó a México con la intención de establecerse en algún negocio, pues le gustan mucho los negocios y piensa que en esta actividad puede prosperar. Dice que, a pesar de todo, quebró porque la revolución no dejaba prosperar a nadie. Está casado con una mujer mexicana, pero últimamente se ha separado de ella, a causa de sus ideas. Antes era católico, pero en este país ha cambiado su forma de pensar, leyendo libros sobre naturalismo y socialismo y leyendo periódicos que tienen las mismas ideas. Como su suegra es una mujer muy católica y ella es la que controla a su hija, ha tenido que separarse de su esposa. Ahora que está ya listo para irse a la colonia su esposa ha regresado a su lado, pero tienen que llegar a un acuerdo en el sentido de que ella puede conservar su religión, si quiere, pero sin ir a la iglesia ni confesarse.

—Puede tener todos los santos que quiera en la casa, y también puede rezar. Yo no la molestaré, pero ella no debe meterse en mi forma de pensar. Pienso que todas las religiones no son más que engaños inventados por los ricos y los fuertes para tener a los pobres trabajando siempre. Aunque no tengo nada en qué apoyar mi opinión, no creo que haya un Dios, pues nunca lo ha visto nadie. No soy ateo, porque no soy un hombre educado, pero tiendo hacia esa dirección. He estudiado muchos libros y me falta muy poco para convencerme de que Dios no existe. Empecé a conocer estas ideas porque iba a la plaza los domingos y ahí oía los discursos de algunos camaradas. No decían más que la verdad: que el capital es el que roba todo y que el dinero no sirve para nada; que es necesario que todo el mundo trabaje. Yo pienso lo mismo en todo y por eso me gustaron sus ideas y comencé a leer periódicos y libros y a ir al salón I.W.W. Tan pronto como llegemos a la colonia, me pondré en contacto con la Confederación General de Trabajadores de México, que es la organización obrera más radical y me haré miembro de ella. Un grupo de radicales que tienen ideas anarquistas van a la colonia y dicen que debemos de trabajar uno para todos y todos para uno. Vamos a tener nuestras cosechas y todos los bienes en común. Solamente que nos hemos dado cuenta de que el resto de los asociados de la colonia no saben nada de esto, pues muchos son muy reaccionarios y católicos y no nos dejarán trabajar. Por eso es mejor obrar con prudencia y andar poco a poco hasta que podamos triunfar. Uno de los camaradas a veces se exalta mucho en los mítines y yo tengo que decirle que se ande con cuidado.

—Tengo la idea de que sería mejor que encontrara a alguien que bajara mi tierra a medias; sería mejor, pues de esta manera yo podría

dedicarme, con lo que tengo, a los negocios, pues estoy seguro que así podría hacer algún dinero.

—No me gustan los Estados Unidos porque son muy imperialistas y muy capitalistas. Por culpa de los capitalistas, todos los proletarios del mundo sufren y por eso pienso que algún día vendrá la revolución social y destruirá todo el dominio de este país.

6. *La segunda generación*

Las referencias que se hacen en estos dos casos a los hijos del que habla, llaman la atención nuevamente sobre la inevitable diferencia que existe entre el nacido en el extranjero y su hijo nativo. Lo mismo que Fernando Sánchez (página 127) y Juan Ruiz (página 154) que perciben el conflicto entre las generaciones en los gustos diferentes de sus hijos por lo que se refiere a la música, Jesús Mendizábal y Tomás Mares también comprenden el problema. Quieren llevarse a sus hijos a México para impedir que se americanicen. Pero el primero reconoce que ya es demasiado tarde. “Estoy seguro de que si yo no puedo llevármelos, ellos no se irán por sí mismos.”

JESÚS MENDIZÁBAL

Este hombre vende *La Prensa*, *El Vacilón*, *El Fandango* y otros periódicos mexicanos que se publican en los Estados Unidos.

—He vivido 48 años en este país y la mayor parte del tiempo la he pasado en Phoenix, pero aunque no tengo ninguna queja en contra de los norteamericanos, no me he hecho ciudadano de este país ni cambiaré nunca mi nacionalidad. Nací en Zacatecas, la capital del Estado, pero como mis padres eran muy pobres y mi padre era minero, me llevó a trabajar en las minas de Zacatecas. En la escuela solamente aprendí a leer y escribir, no me enseñaron otra cosa. Primero trabajaba como mandadero en las minas, llevándoles agua a los mineros y realizando los trabajos sencillos, pero poco a poco fui aprendiendo el trabajo hasta que llegué a ser minero y gané más, con lo que pude ayudar a la familia. Pero en esa época, por mucho que uno trabajara, apenas si ganaba un *real*, que no alcanzaba más que para comer. Por eso, cuando unos amigos me dijeron que se podía ganar bien en los Estados Unidos, me vine por El Paso hasta Phoenix. De aquí me fui a Miami y ahí encontré luego un trabajo en donde ganaba bastante y no tenía que trabajar tanto. Aquí no es como en México, en donde se tiene que trabajar solamente con los propios músculos, en el lodo y lleno de suciedad. Aquí las minas son

limpias y se utiliza mucha maquinaria, de modo que no tiene uno que agotarse tanto. ¿Qué más podía desear? Estaba ganando más, tenía un trabajo seguro y no trabajaba tanto. Así seguí hasta que me volví viejo. Cuando llegué aquí era muy joven y esto parecía un rancho. Ahora es una gran ciudad. Me casé en Phoenix. Mi esposa también es de Zacatecas; vino con su familia, que también son mineros. Cuando me cansé del trabajo en las minas, me vine para acá y conseguí trabajo. He trabajado en hoteles, limpiando las calles de la ciudad, como obrero en las casas comerciales y en muchas otras cosas. Lo importante para mí era ganarme la vida honradamente. Tengo buenas recomendaciones de todos mis jefes y no tengo que quejarme de nada. Pienso que el mexicano es bien tratado en este país; o más bien, es tratado según se lo merece, pues está claro que si uno es servil o no está al tanto de las cosas o no hace bien su trabajo, entonces es muy maltratado; pero si uno se porta bien y trabaja y no se mete con nadie, no le sucede a uno nada malo. Ahora tengo tres hijos; son ya bastante grandes y todos van a la escuela. Uno de ellos me ayuda un poco trabajando durante las vacaciones y cuando no va a la escuela. Le pido a Dios que me dé vida para seguir trabajando, pues preferiría morir a tener que sacarlos de la escuela. Quiero que lleguen a ser algo, que aprendan todo lo que puedan, ya que yo no aprendí nada. Me gusta mucho todo lo que hay en este país. Se puede vivir en paz, sin tantas revoluciones y disturbios como en México, aunque de vez en cuando los propios paisanos buscan la manera de molestarlo a uno. Creo que un hombre honrado puede vivir en cualquier parte de su trabajo y todo lo demás no importa. Es cierto que tiene uno que ser patriota y por eso es por lo que no he cambiado mi nacionalidad y quiero regresar a México para llevarme a mis hijos a que acaben de crecer allá y para que también sean ciudadanos mexicanos. En la escuela americana de aquí se han americanizado. Casi hablan más inglés que español. Yo les he enseñado el poco español que sé, para que siempre recuerden a su país, pero me parece que van a ser ciudadanos americanos, puesto que nacieron aquí y no saben nada de México. Estoy seguro de que si yo no puedo llevarlos, ellos no se irán por sí mismos. Como yo ya soy viejo, ya no pago impuestos, pues el estado exime a uno cuando ha llegado a cierta edad. Hace como diez años dejé permanentemente el trabajo en las minas, porque me rompí una mano con un barreno. Mi mano quedó casi inútil. La compañía me curó y me dijo que si quería yo presentar una reclamación, podía hacerlo y que ellos me indemnizarían, pero como aún puedo trabajar y ganarme la vida, no he querido pedir nada. Cuando tenga verdadera necesidad, entonces pediré algo. Aquí tengo mi casita, mis cosas y vivo cómodamente, en tanto que si hubiera seguido con esos ingratos jefes de México, estoy seguro de que no tendría trabajo ni nada. He notado que a todos los mexicanos les gusta mucho la poesía; yo vendo *La Prensa* y otros periódicos como *El Herald de México*. Vendo muchos números de *El Vacilón*, porque tiene muchos versos. Lo mismo sucede con *El Fandango* y *El Malcriado*. Casi todos los números de los periódicos

cos que vendo no tengo más que pasarlos a los compradores, pues ellos vienen a buscarlos. También vendo toda clase de novelas, postales y santos. Este negocio no es mío, sino que pertenece al agente de *La Prensa*, pero me deja algunas ganancias, además de mi salario. Salgo por las mañanas hasta las doce o la una para vender periódicos en las calles, y en la tarde me vengo al puesto y vendo aquí hasta cerca de las siete de la noche, cuando llega el dueño y le entrego las cuentas. Tengo un libro donde están las cuentas de las ventas y se anotan los periódicos que se dan a crédito a las personas a quienes conocemos. Estos pagan por semana y son todos muy puntuales. Hay épocas, como cuando es la cosecha del algodón, en que se venden más periódicos, pues hay aquí muchos mexicanos, aunque casi todos son de paso. Esta ciudad, aunque es bastante grande está muerta, pues no hay suficiente trabajo, ni industrias, excepto en el valle. Los domingos, en las estaciones en que hay trabajo, muchos mexicanos vienen a comprar periódicos. Entonces hacemos buen negocio.

—Mis padres me enseñaron la religión católica, por eso soy católico, pero no soy fanático ni lo he sido nunca. Pienso que en México estamos tan atrasados porque la gente solamente piensa en la iglesia y no en el trabajo. Creo que lo que está haciendo el general Calles está bien, aunque a los sacerdotes no les guste. Ese hombre Calles esta haciendo por el pueblo lo que pocos han hecho. Sé por los periódicos que está pagando las deudas de la nación, que está haciendo buenos caminos, que la tierra está siendo distribuida y que se han hecho muchas cosas por la gente pobre. Por todo esto pienso que se le debería apoyar en lugar de unirse a las revoluciones. Ya estamos cansados de tantas luchas. Sería mejor si hubiera paz y todos trabajaran. Entonces prosperaría nuestro país. No me molestan ni el frío ni el calor, pues ya me acostumbré a este clima. Desde luego que sufro más cuando hace frío, pues aunque me ponga el abrigo siempre siento frío. Cuando hace calor, se puede uno bañar con más facilidad y andar con menos ropa y más cómodamente. Mi comida ha sido siempre al estilo mexicano, pues mi esposa cocina y nunca nos faltan en la casa frijoles y chile al estilo mexicano. También comemos algunas cosas estilo americano, pues nos vemos obligados a hacerlo, ya que no se puede comer siempre al mismo estilo. Nunca nos faltan las tortillas de maíz o de harina. Siempre las comemos. No me gusta el pan, es demasiado insípido.

TOMÁS MARES

El señor Tomás Mares, mestizo, ha vivido en los Estados Unidos durante los últimos siete años. Es un hombre de edad avanzada, pero aún está fuerte.

—Trabajando duro y siempre con esperanza, he logrado abrirme paso aquí y reunir lo que tengo; mi garage, en el que tengo cuatro automó-

viles propios, y mi taller de reparaciones para baterías y refacciones de automóviles que está frente a la catedral de San Francisco, en esta ciudad. También trabajo como impresor en un periódico, haciéndome cargo de la impresión los días que sale que son martes, jueves y sábados. Yo no hago más que la impresión. Trabajo como si fuera el jefe, pues nadie me da órdenes. Me pagan 1 dólar por hora y me dan las formas del periódico a la una y media de la tarde. Si me las dan más tarde, tienen que pagarme tiempo extra. Cuando tienen algún trabajo extra, no lo aceptan, hasta que ven si tengo tiempo de ir a arreglar la prensa.

—Voy a decirle la verdad por lo que me vine a este país. Mi padre y mi hermano editaban un periódico diario en Guaymas que estuvo saliendo durante cerca de nueve años. Yo manejaba la prensa. Dejé la prensa de mi padre y me fui a Nuevo León. Ahí trabajé como mecánico. Yo fui el primero en manejar los primeros automóviles que llegaron a Sonora. Creo que eso sucedió hacia 1904. Cuando llegó el automóvil de vapor y después el de gasolina, yo aprendí a manejarlos y a repararlos. En esa época en Arizona ni se conocían los automóviles. Después de estar algún tiempo en Nuevo León, me vine a Tucson, y de aquí regresé a Sonora. Estuve mucho tiempo en la revolución de Madero. Volví a Guaymas para ver a mi familia. Cuando estuve allá le dije a mi padre que era mejor que no se metiera en política con su periódico y que no estuviera en favor de ninguna de las partes y que así le iría mejor. Mi padre ya había estado en la cárcel debido a la corrupción que había en Sonora, o más bien debido a la política del Estado. Cuando cayó Madero, un muchacho al que le habíamos enseñado a imprimir y a trabajar en el periódico, se hizo cargo de él y comenzó a defender al gobierno de Huerta y a elogiarlo, así que cuando cayó Huerta y entraron a Guaymas los constitucionalistas, se posesionaron del periódico y de la imprenta. Ese muchacho, que se llamaba Gálvez también se robó una cantidad de equipo de prensa y además sedujo a una de mis hermanas. Yo no estaba allá entonces, sino que andaba por Magdalena. Entonces decidí que era mejor irme, pues si regresaba y lo encontraba era capaz de matarlo. Ni con su vida hubiera podido pagar los favores que le hice y la ingratitud que nos demostró a cambio. Estuve en Hermosillo, Altar y otras partes del Estado de Sonora hasta que finalmente decidí venir a Arizona, y desde entonces me he establecido aquí. Primero trabajé como relojero con mi hermano, pues tengo un hermano que hace mucho tiempo que vive aquí. También trabajé reparando automóviles en garages particulares hasta que tuve lo suficiente para establecerme por mi cuenta, por lo menos lo suficiente para conseguir crédito y así fue como comencé mi garage. Desde que vine he tenido también el trabajo en el periódico. Me gustaría mucho regresar a Guaymas, pero pienso que si me emborracho y encuentro al hombre que engañó a mi hermana, soy capaz de matarlo. Además, borracho, puedo decir algunas verdades a muchos de esos generales de la última expedición militar y ellos pueden vengarse después. De todos modos, cuando se apacigüen las cosas, volveré a Guaymas en donde pienso

establecer un taller de reparación de automóviles. Con esto ganaré mucho más dinero que aquí, pues este tipo de negocios no están bien establecidos allá, o más bien no hay quien sepa mucho de ellos.

—Podría cubrir todo el territorio que abarca desde Guaymas hasta cerca de Hermosillo, y desde ahí quizás hasta el Río Mayo, que es un territorio muy grande. Lo malo es que no se puede trabajar a gusto allá, porque llegan los soldados y piden muchos galones de gasolina que se cargan a la guarnición y no le pagan a uno nada. Si tiene uno automóviles y camiones también se los llevan, porque dicen que los necesitan para enviar tropas a tal y tal lugar. Lo cierto es que no le dejan a uno hacer nada ni vivir en paz. Me gustaría volver allá, más que nada por educar a mis hijos. Tengo ya tres hijos bastante grandes que van a la escuela americana, pero quiero que vayan a una escuela mexicana para que se eduquen en nuestro país y aprendan a amarlo y a respetarlo. No tengo nada de qué quejarme aquí. Siempre me han tratado bien, lo mismo que a todos los mexicanos. Aquí no hay prejuicios raciales como en Texas y en California. Yo me he enterado por los periódicos que allá tratan a los mexicanos como perros, pero aquí no es así, y por qué hemos de decir lo que no es verdad. En los negocios y a veces desde el punto legal, se encuentran algunas diferencias, pues los americanos son siempre preferidos en todo. Aquí en mi taller de reparación de automóviles, tengo muchos clientes americanos que prefieren que yo les haga el trabajo, aunque cobro lo mismo que los talleres americanos. Por otra parte, hay muchos mexicanos que en lugar de ayudarlo a uno dándole su trabajo, lo dan a los talleres americanos, aunque no lo hagan bien. También tengo que decirle que de los americanos que me han traído trabajo, nadie me ha quitado ni un centavo, en tanto que los mexicanos me han robado mucho, pues en muchas ocasiones no me han pagado el trabajo que les he hecho.

—Ahora, aunque quisiera no podría regresar a México, porque en Nogales me tienen en una lista en la que están los enemigos del gobierno y no me dejarían pasar. Esto lo supe gracias a que, cuando Adolfo de la Huerta perdió en la revolución, un muchacho llamado García, que era telegrafista en Sonora, se vino para acá. Como este muchacho conocía a mi familia, me buscó cuando llegó para que lo ayudara. Lo tuve trabajando en el garage, durante cerca de dos años. Fue un gran cambio de telegrafista a mecánico. Pero aprendió bastante y yo lo llevaba por todas partes en mi coche. Como el consulado mexicano de aquí, igual que en todas partes, no es más que un nido de espías, me pusieron en la lista de enemigos del gobierno, sin ningún motivo. Me enteré de esto porque García tenía una novia que había trabajado durante muchos años en la oficina mexicana de emigración, y ella vio las listas en las que estaban los nombres de los enemigos del gobierno, le avisó a García y él me avisó a mí. García y ella se casaron, pues ella pidió dos meses de permiso con goce de sueldo y cuando se los concedieron, vino aquí y se casó con García. Él ya tiene un buen empleo con una sociedad mexicana de

beneficios mutuos. Gana un buen sueldo y vive cómodamente aquí. Hace como tres años que murió mi padre y después mi suegra, en Hermosillo, pero aunque yo quería ir, no pude porque no me hubieran dejado cruzar la frontera. Así el gobierno se crea sus propios enemigos, pues aunque uno quiera ser amistoso, si lo tratan de esa manera, naturalmente se convierte en enemigo.

—Mis padres eran católicos y yo también lo soy, aunque soy liberal y pienso que cada quien puede creer lo que quiera. Por esta razón no estoy en favor de que Calles persiga al clero, pues debería dejar en paz a todos los católicos y tener la religión que a cada uno le pareciera mejor. Estuve en la escuela en Guaymas y en Hermosillo, con un montón de bandidos entre los que se encontraba Plutarco E'ías Calles, que ahora es el presidente, y otros muchos que ahora son generales. ¿Cómo puede uno respetarlos si ellos no saben hacerse respetar y no obedecen las leyes? Por eso es por lo que no hemos podido hacer nada en nuestro país, porque nunca ha habido más que pleitos.

—Yo siempre estoy al corriente de todo lo que ocurre en México, porque leo los periódicos mexicanos. Leo *La Prensa* de San Antonio, Texas, y *El Herald de México* y de vez en cuando compro *El Universal* y el *Excelsior*, para que no me cuenten nada. Yo sé todo lo que pasa allá.

—No he perdido mis derechos como ciudadano mexicano, ni los de mis hijos, pues los he registrado en el consulado de aquí. Estos consulados no hacen otra cosa más que servir como centros de espionaje. Cuando un mexicano va a pedir ayuda, le preguntan si tiene sus papeles de ciudadano mexicano y si, por ignorancia o descuido o por cualquier otra causa no los tiene, dicen que no es ciudadano mexicano y le dicen que se vaya y no le hacen caso.

—Eso sucede en todos los consulados de nuestro país y todo el mundo lo sabe. Sería mejor no tener consulados, si van a portarse así. Los llamados pochos de aquí no nos quieren. Piensan que porque venimos de México les vamos a quitar el país. Pero nuestros peores enemigos son los mexicanos que han vivido aquí muchos años y se han establecido y se han convertido en ciudadanos norteamericanos. No nos quieren y tratan de hacernos todo el daño que pueden. Pero si no nos metemos con ellos, no pueden hacer nada.

—Soy miembro de sociedades de ayuda mutua en esta ciudad. Siempre me ha gustado unirme con mis paisanos y trabajar para nuestra protección mutua. Siempre celebramos las fiestas nacionales, el 16 de Septiembre, el 5 de Mayo y tenemos que poner juntas las banderas mexicana y norteamericana.

V. CONFLICTO Y CONCIENCIA RACIAL

Como no hay forma de saber hasta qué punto ha sido incompleta la revelación de sí mismo que cada mexicano investigado ha hecho ante el investigador, es imposible clasificar a las personas representadas, de acuerdo con los tipos de ajuste a que se han sometido ante el nuevo medio ambiente. No sabemos qué es lo que en realidad sienten sobre dicho medio; y en los casos en que se expresan sus actitudes, no conocemos las experiencias que dieron origen a las mismas. Los documentos que incluimos en esta sección fueron reunidos simplemente porque en cada caso existe cierta expresión de conflicto con norteamericanos o con mexicano-norteamericanos. Cierta revelación de disgusto ante las cosas norteamericanas o alguna vigorosa afirmación de conciencia o de orgullo de raza. Estos elementos no se encuentran ausentes en parte del material que forma las secciones anteriores; en todas ellas se observan especialmente las negativas enfáticas de nacionalizarse ciudadano de los Estados Unidos.

En algunos casos, se ve uno tentado a atribuir el intenso y hasta amargo sentimiento racial que se expresa, a algunas experiencias personales relatadas por el inmigrante entrevistado. Esto puede observarse principalmente en los casos de Elías Garza, Wenceslao Iglesias, Angelino Batres y Concha Gutiérrez del Río, en donde la afirmación de disgusto y conflicto por parte del sujeto, coincide con narraciones que indican que a éste se le ha negado un *status* igual al de los norteamericanos, ya sea en el teatro, el restaurante o en el trabajo.

Quizá el hecho de haber entrado en contacto con pueblos distintos a los mexicanos ha sido suficiente, como en el caso de Nivardo del Río, para avivar el sentimiento de diferencia y el disgusto. Miguel Flores indica la existencia de un factor inesperado: el caso de un grupo de inmigrantes mejor organizado. "Nunca supe lo que era el amor al propio país hasta que vi el ejemplo de los japoneses que eran tan tranquilos y tan fuertes."

1. *El trabajador migratorio*

En las cuatro declaraciones que siguen, el disgusto que el que habla expresa ante los Estados Unidos, parece ser producto de su lucha por la vida; fueron contratados para trabajar en esas tareas humildes, pesadas y mal pagadas que en nuestro país le corresponden al inmigrante recién llegado. Los conflictos que mencionan han surgido de situaciones que afectan al vendedor y al comprador o al trabajador y al jefe.

GUMERSINDO VALDÉS

Este hombre es un indio analfabeto. Es nativo de Ojo de Agua, Guanajuato, y ha vivido en los Estados Unidos durante cerca de 23 años.

—Comencé a trabajar desde que tenía como ocho años de edad, pues murió mi padre y yo no quería ver sufrir a mi madre y a mis hermanas. Yo era el único hombre de la familia. Les llevaba la comida y los cinco dólares al mes que me pagaban por servir en una casa de la hacienda. Seguí creciendo, poco a poco, hasta que pude trabajar duro como jornalero. Entoces pude ganar un poco más y hasta tuve algunos animales y pollos. Como también mis hermanas trabajaban, vivíamos un poco mejor. Tenía como 25 años de edad cuando algunos amigos me dijeron que deberíamos irnos a los Estados Unidos y hasta me prestaron el dinero para el pasaje. Llegamos hasta El Paso y ahí acepté un contrato para ir a trabajar en el ferrocarril en algún sitio de Arizona. Ahí me pagaban 1.80 dólares al día. Yo era de los que más trabajaban, así que me gané la simpatía del capataz, que era un viejo norteamericano. Me quiso tanto, que cuando había trabajado con él seis o siete meses, me ofreció el puesto de segundo capataz y yo acepté inmediatamente. Me hice cargo de los hombres y el norteamericano, que hablaba español, me enseñó cómo dirigirlos y cómo hacer el trabajo. Este mismo norteamericano consiguió que me mandaran a otro campo ferrocarrilero como primer capataz y ahí me fue mejor; iba yo muy bien recomendado con el jefe de todos los capataces, que se llamaba John, aunque todos lo llamaban Juan, pues también hablaba español. Cerca del campo donde yo trabajaba, pero ya casi en California, había otro campo. Ahí el jefe era un norteamericano, pero los trabajadores no se querían quedar con él. Entonces Juan me ordenó que fuera como obrero y descubriera por qué los hombres no se quedaban ahí. Con ese capataz norteamericano los hombres apenas si trabajaban tres o cuatro días. Yo fui y me quedé durante ocho días. Vi que trataba a todos muy mal. El octavo día yo estaba pelando una nuez cuando se quebró una de las tuercas y luego otra y otra. Entonces comenzó a gritarme y a lanzarme maldiciones y, como ya lo habíamos acordado,

dejé el trabajo y todos los demás hicieron lo mismo. Fuimos hacia el campo de Juan y en el camino, el capataz norteamericano nos alcanzó y comenzó a amenazarnos. Pero lo empujamos hacia un lado y cada uno le daba un empujón. Seguimos adelante y le dijimos a Juan lo que había sucedido. Entonces me ordenó que regresara al campo y sacara todas las pertenencias del capataz norteamericano y me quedara en ese campo. Lo hice como me ordenó y regresé con todos los hombres. Entonces a todos nos fue bien. El capataz norteamericano no regresó, pero a los tres meses mandó a su esposa por sus cosas y se las dimos todas. Lo que me pasó en el campo es que, como no se escribir, el telegrafista, un norteamericano, me llevaba todas las cuentas y los reportes. Para conservar su buena voluntad le barría la oficina y siempre le teníamos todo arreglado, hasta su casa. Le lavábamos el piso, pues entre todos lo hacíamos rápidamente. Pero me cansé de ese trabajo o, para ser honesto, como no sabía escribir, me fui a San Bernardino, California. Estaban comenzando a construir la vía para los cochecitos rojos y conseguí trabajo ahí. Una vez que estaba abriendo una zanja con otro hombre, pasó Juan. Él era el que dirigía todos esos trabajos. Paró su coche y dijo: "Oye, hijo de un fusil, ¿qué estás haciendo aquí?" Y como yo me llevaba con confianza con él le respondí: "No te importa, no es asunto tuyo, ¿verdad bandido?" El hombre que trabajaba conmigo se asustó y me dijo que tuviera cuidado, pues era el jefe de todas las obras con quien estaba yo hablando. Pero yo le respondí: "Me importa un bledo." Juan me amenazó con sus puños, como si fuera a pegarme y después fue a hablar con otro capataz y comenzaron a hacerme señas. Mi compañero me avisó, pues yo estaba de espaldas a ellos. Estaba asustado y me dijo: "Están hablando de ti, seguramente te van a despedir". Juan pasó otra vez más tarde y me hizo otros gestos amenazadores como si dijera algo contra mí. Poco después vino el capataz y me dijo que dejara de trabajar y que yo debería hacerme cargo del grupo, pues había recibido órdenes de Juan de que yo me hiciera cargo de los hombres y me quedara como capataz. Cansado de ese trabajo en las vías como capataz, especialmente porque no sabía leer ni escribir y por eso no podía hacer bien mi trabajo, fui de un sitio a otro, trabajando a veces en un lugar y a veces en otro, hasta que llegué a Whittier, California, cerca de este lugar. Estaba con un jefe norteamericano muy bueno, con el que he estado trabajando hasta hace poco tiempo, cuando me entusiasmé por la colonia, más por el bien de mi esposa que por ninguna otra cosa, porque ella quiere regresar a México. No ha vuelto, desde que se vino para acá en 1907. Yo no he regresado a México desde 1904. El jefe que tenía en Whittier, que es norteamericano, me dio una buena carta de recomendación, y los otros jefes para los que he trabajado han hecho lo mismo, pues siempre he pedido la recomendación al dejar un trabajo. Además, le dejé a este terrateniente dos lotes de papas que planté y que probablemente darán bastante dinero. Él me mandará el dinero cuando se vendan las papas, pero por el momento me ha prestado más de lo necesario para mis gastos de viaje y para los primeros días en

la colonia y me dijo que, si por alguna razón pienso regresar, sólo tengo que mandarle un telegrama o una carta y él me mandará el dinero inmediatamente.

No tengo aquí ninguna propiedad, aunque iba a comprar un lote para construirme una casita. Pero resultó que la compañía que me lo vendió no era honrada. He estado paga y paga y aún quieren más de lo que vale. Prometí pagar 900 dólares por el terreno. Creo que pagué 40 de enganche y después abonos de 20 al mes, a veces más y a veces menos y a veces hasta he dado dos abonos a la vez, pero resulta que cobran de intereses casi la mitad y me dan crédito por el resto. Ya les he dado 480 dólares por todo, y dicen que todavía les debo 500, así que el terreno, en lugar de costar 900 dólares, sale costando más de 1000. Le dije a mi patrón todo y dijo que esos agentes de terrenos eran ladrones y que era mejor ya no darles ni un centavo, así que ya no les he dado nada.

—Aunque el capataz y los terratenientes norteamericanos me trataron bien, no me ha gustado vivir en este país y siempre he deseado irme. Ahora que tengo el camino abierto para hacerlo, tengo esperanzas de lograr hacer algo en México. No tengo más que a mi esposa y cinco hermanas. No tengo hijos, así que no tengo nada que temer por esa parte. En cierta forma, he vivido igual aquí que allá. Nunca me ha faltado nada y mi comida es la misma que en México, pues mi esposa cocina muy bien.

—No me meto en cuestiones religiosas. ¿Cómo me voy a meter, si ni siquiera sé leer? Lo cierto es que no soy católico ni tengo ninguna otra religión.

JUAN BERZÚNZOLO

Juan Berzúnzolo es el tesorero del grupo de colonos que se van a la hacienda de San Cristóbal y que salen de Simons, Laguna, California, en abril de 1927. El señor Berzúnzolo no sabe leer. Es mestizo, predominantemente blanco y está bastante entrado en años. Ha vivido en los Estados Unidos durante cerca de 17 años y ha regresado varias veces a México.

—Cuando era joven, trabajaba en el campo, con mi padre, que cultivaba la tierra a medias. Cuando murió, tuve que trabajar como peón ganando unos 25 centavos al día más la comida y trabajaba de sol a sol. Una vez que hablaba con un grupo de amigos, hacia el año de 1908, me animaron a que me viniera a los Estados Unidos. Así que formamos un grupo y nos fuimos a Ciudad Juárez. Cruzamos la frontera sin dificultad y en El Paso, Texas, aceptamos un *renganche* para ir a trabajar en el *traque* en la línea del Southern Pacific. Apenas si ganábamos 1.25 o 1.50 de dólar al día por nueve o diez horas de trabajo y todavía teníamos que pagar por dormir en unos viejos furgones que pertenecían

a la compañía. También teníamos que pagar el agua y la comida que nos teníamos que preparar nosotros mismos. El comisario nos vendía harina y otras cosas para que pudiéramos prepararnos algo de comer. Todo lo vendían muy caro. Estuve trabajando en la línea, en Texas, durante cinco meses y al final de ese tiempo regresé para traer a mi familia, mi esposa y mis hijos. Cuando regresé a El Paso, acepté un *renganche* para los campos de remolacha del Estado de Colorado. En el contrato se estipulaba cierto número de acres para remover la tierra, desenterrar y todo el trabajo de la remolacha. Como trabajaban conmigo mi esposa y mis hijos, podíamos aventajar bastante y ganábamos buen dinero. Estuvimos como un año en los campos de remolacha y después regresamos a Ojo de Agua, Guanajuato. Llevamos algunas buenas cabras y otros animales y además 700 dólares, pues como ya dije, todos trabajamos duro y además economizábamos todo lo que podíamos. Una vez en mi país, empecé a trabajar a medias con el dueño de una granja en Abasolo, que también era jefe político, sembrando cominos. Le dije al dueño de la tierra que no tenía dinero, y él me prestó 100 pesos mexicanos para comprar la semilla. La cosecha fue buena y todo parecía ir bien, cuando el dueño se apoderó de todo y dijo que sólo me pertenecía una pequeña parte. Resultó que él se quedó con todo y yo quedé casi quebrado. Eso fue hacia 1910. Me fui a otro sitio porque no quería ver al hombre que me había despojado del producto de mi trabajo y establecí una tienda de abarrotes con lo poco que me había quedado. Continué con este pequeño negocio hasta 1913, cuando se generalizó la revolución y yo casi quebré. Entonces decidí venirme a Los Angeles, California, y aquí conseguí un amigo que me metió a trabajar en la ladrillera de Simons. Trabajé ahí por 1.50 dólares al día. Estuve en este trabajo durante un año y después regresé para traer a mi familia. Pasé varios meses allá en Guanajuato y después regresé a Los Angeles con toda mi familia. Estaba pensando en volver a trabajar a los campos de remolacha, pero por casualidad encontré al capataz de la ladrillera y me dijo que si volvía a trabajar allá, me darían el mismo trabajo que tenía antes con un poco más de sueldo. Pero no quise volver, me fui a los campos de remolacha con mi hijo, a un sitio llamado Alamitos. Después me fui a San Bernardino, California, y a otros sitios cercanos, donde trabajé recogiendo naranjas. Me pagaban por caja. Finalmente regresé a la ladrillera y ahí estuve trabajando durante ocho años seguidos. Trabajé en diversas cosas en esta ladrillera. Cansado de este trabajo, me fui a El Chino, California, y trabajé en un campo de alfalfa en donde pude reunir algo de dinero y entonces mi hijo y yo rentamos una granja entre los dos. La sembramos de alfalfa. Desde entonces no hemos cambiado, pues yo he trabajado siempre en la tierra rentando algunos buenos terrenos; a veces en compañía de mi hijo y otras veces solo o con mis hermanos, pues para entonces ya había traído a un hermano y a un tío de Abasolo. Este último estableció aquí una tiendita en la que le va bastante bien y dice que está muy contento y que no piensa en regresar a México.

—Por mi parte, todo el tiempo que he pasado en este país he pensado siempre en regresar a mi tierra; no necesariamente a Abasolo, pero sí a Guanajuato, y por eso aprovecho esa colonia. He dejado aquí lo mejor de mi vida y todas mis fuerzas, regando con el sudor de mi frente los campos y las fábricas de estos gringos, que solamente saben hacerlo sudar a uno y no le prestan ninguna atención cuando ven que ya está uno viejo.

—Hay que estar muy alerta para no dejar que le quiten o le roben a uno su trabajo. Dos veces me han dado cheques sin valor, uno de ellos por la cantidad de 200 dólares, y nadie pudo encontrar a la persona que me dio el primer cheque ni el segundo, y quién sabe dónde estarán ahora. Esto fue lo que me sucedió: Una vez que fui a dejar un embarque de alfalfa al mercado de Los Angeles, el hombre que lo recibió me dijo que no tenía más que un cheque por doscientos dólares y me pagó con él el cargamento de alfalfa. Cuando fui al banco a cobrar el cheque, me dijeron que ese individuo no tenía ni un centavo en el banco. El otro cheque me lo dio un japonés. Yo tenía confianza en ese *chapo* porque ya me había pagado varias veces con cheques la lechuga, las coles y el apio que le llevaba; una noche me dio otro cheque y cuando fui a cobrarlo sucedió lo mismo: el *chapo* ya no tenía ni un centavo. Lo mismo le sucedió a mi hermano, pero peor, pues a él le dieron un cheque por 450 dólares por la entrega de alfalfa, nabos y otros productos. Se lo dio un japonés. Mi hermano le tuvo confianza y con ese cheque pagó el abono del camión y ahí se lo aceptaron y le dieron el cambio en billetes. Con este dinero, mi hermano fue a pagar a los que trabajaban con él en la granja y además hizo otros gastos. Después, cuando ya se había gastado todo el dinero, lo llamaron de la compañía de automóviles y le dijeron que el cheque no era bueno, porque la persona que se lo había dado no tenía nada en el banco, de modo que tenían que cobrarle el dinero a él y con interés. De esta manera lo roban a uno y no sirve de nada matarse trabajando. Cuando va uno a la empacadora a vender sus productos siempre quieren pagar con un cheque, y si no lo quiere uno recibir por temor de que no sea bueno, no toman la mercancía, de modo que aunque uno no quiera tiene que aceptar cheques.

—De todos modos, no me gustan las costumbres de este país. Aunque mis hijos ya están crecidos, no quiero que sus hijos sean pochos. Por eso nos vamos todos, para que sus hijos nazcan allá y se les eduque como buenos mexicanos. Mi hermano se queda y no se va sino hasta septiembre, cuando termine un contrato de un terreno que tiene y liquide otros asuntos pequeños que aún están pendientes.

El señor Berzúnzolo construyó su casa en la tierra que rentó. Está hecha de madera y láminas de hierro. Está bien hecha. Se la hicieron unos carpinteros. Tiene cuatro cuartos, uno es la cocina y es de hierro; en otro cuarto, el señor Berzúnzolo duerme con su esposa; en otro los hijos y en el otro su hermano. Tiene un fonógrafo con discos mexicanos y norteamericanos. Tiene un traje de lana para los domingos y días de fiesta

y trajes de mezclilla para el trabajo. Tiene un sombrero de fieltro y zapatos para el trabajo y para vestir. Dice que no le importan nada las cuestiones religiosas, que vive de su trabajo y deja que cada quien siga sus propias creencias. No obstante, piensa que los pueblos católicos son mejores que los otros y por eso mandaba a sus hijos a la iglesia cuando eran pequeños, y lo mismo hacen ahora sus hijos con los suyos, pues este hombre ya tiene algunos nietos.

ELÍAS GARZA

Elías Garza es blanco, nativo de Cuernavaca, Morelos.

—Mi vida es una historia interesante, especialmente lo que he pasado aquí en los Estados Unidos, en donde lo vuelven a uno loco con tanto trabajo. Lo exprimen a uno aquí hasta que queda inútil y entonces tiene uno que regresar a México para ser una carga para sus paisanos. Pero lo malo es que eso no solamente sucede aquí, sino también allá. Es un favor que le debemos a don Porfirio: el habernos quedado tan ignorantes y tan torpes que solamente servimos para el trabajo más rudo. Yo comencé a trabajar cuando tenía 12 años de edad. Mi madre era sirvienta y yo trabajaba en uno de esos viejos ingenios que muelen caña de azúcar. Me encargaba de dirigir a los bueyes. Me llamaban El Cochero. Esto fue en el pueblo de La Piedad, en Michoacán. Creo que me pagaban 25 centavos al día y yo tenía que darle vueltas al molino de sol a sol. Mi madre, lo mismo que yo, tenía que trabajar, pues mi padre murió cuando yo era muy pequeño. Seguí en ese trabajo hasta que tenía como 15 o 16 años y entonces me dediqué a plantar maíz a medias. Los dueños nos daban la semilla, la tierra y los animales, pero resultaba que cuando se levantaba la cosecha no quedaba nada para nosotros, aunque hubiéramos trabajado muy duro. Era terrible. Esos terratenientes eran ladrones. En esa época me enteré de que había buenos trabajos aquí en los Estados Unidos y que podía ganarse bastante dinero. Nos juntamos varios amigos y fuimos primero a la ciudad de México y de ahí a Ciudad Juárez. Después pasamos a El Paso y ahí aceptamos un *renganche* para Kansas. Trabajamos en las vías, poniendo y quitando rieles, quitando los durmientes viejos y poniendo nuevos y toda clase de trabajos rudos. Nos pagaban solamente 1.50 dólares y nos explotaban sin misericordia en el campo del comisario, pues nos vendían todo muy caro. No obstante, como en esa época las cosas eran generalmente baratas, logré reunir algún dinero con el que me fui a La Piedad, para ver a mi madre. Ella murió poco después y esto me dejó muy triste. Decidí regresar a los Estados Unidos y vine a Los Angeles, California. Aquí me casé con una muchacha mexicana y entré a trabajar en una cantera. Yo colocaba la dinamita y hacía los trabajos que requerían cuidado. Me pagaban 1.95 dólares por hora, pero trabajaba 10 horas. Posteriormente trabajé en una estación

ferrocarrilera. Trabajaba como remachador y manejaba una máquina de presión para remachar. Por ese trabajo ganaba 1.50 dólares al día por nueve horas, pero era muy duro. En esa época murió mi esposa. Después conseguí trabajo en una empacadora. Comencé ganando 1.25 dólares al día por nueve horas de trabajo y llegué a ganar 4 dólares al día por ocho horas de trabajo.

—Aprendí a matar las reses y a despellejarlas. El trabajo era muy duro. Posteriormente me casé con una mujer de San Antonio, Texas. Era joven, hermosa y blanca, y tenía dos niños que fueron mis entenados. Juntos nos fuimos a México. Tomamos un barco en San Pedro que nos llevó a Mazatlán y de ahí nos fuimos a Michoacán. Vimos que las cosas andaban mal allá, pues era en 1912 y ya habían comenzado los desórdenes de la revolución, por eso regresamos a los Estados Unidos, por la ruta de Laredo, Texas. En San Antonio nos contratamos para la pizca de algodón en un campo del Valle del Río Grande. Fuimos a pizar un grupo de paisanos, mi esposa y yo. Cuando llegamos al campo, el dueño nos dio un viejo jacalón que había sido gallinero para que viviéramos a la intemperie. Yo no quise vivir ahí y le dije que si no nos daba una casita que fuera un poco mejor, nos iríamos. Nos dijo que nos fuéramos y ya nos íbamos mi esposa y yo con mis hijos, cuando nos cayó el comisario. Me llevó a la cárcel y ahí el dueño de la plantación declaró que yo quería irme sin pagarle mi pasaje. Me cobró el doble de lo que costaba el transporte, y aunque al principio traté de no pagarle y después de pagarle solamente el precio justo, no pude lograr nada. Las autoridades solamente le hacían caso a él, y como estaban confabuladas con él, me dijeron que si no pagaba se llevarían a mi esposa y a mis hijitos a trabajar. Entonces les pagué. De ahí nos fuimos a Dallas, Texas, donde trabajamos en las vías hasta El Paso. Seguí en el mismo trabajo hasta Tucson, Arizona, y después hasta Los Angeles. Desde entonces he trabajado aquí en las plantas empacadoras, en el cemento y en otros trabajos, hasta como jornalero en el campo. A pesar de tanto trabajo solamente he podido ahorrar un poco de dinero para este automóvil y algunas ropas. Ahora he decidido ir a trabajar en la colonia en México y no regresar a este país en el que he dejado lo mejor de mi juventud. He aprendido un poco de inglés de tanto oírlo. Puedo leerlo y escribirlo, pero no quiero tratos con esos *bolillos*, pues lo cierto es que no quieren a los mexicanos. Ni siquiera los pochos nos quieren. Apenas si he podido defender mis derechos con el poco inglés que he aprendido, pero me gustaría saber mucho inglés, para decirles lo que son y para defender a mis pobres paisanos.

—Voy a contarle lo que me sucedió un día. Al regresar de una empacadora en Alahambra, donde trabajaba, me detuvieron un policía mexicano y un americano, diciendo que me había escapado de no sé dónde. Les dije que no era así, pues iba saliendo de mi trabajo. Entonces el policía pocho me empujó y me metió en el coche que llevaba y comenzó a insultarme en inglés y a decirme que si no me callaba me iba a rom-

per el hocico. Me llevaron a la delegación y ahí me llenaron los dedos de tinta para ponerlos sobre un papel blanco. Después de que examinaron las huellas me dejaron ir sin hacerme nada más. Una vez un pobre mexicano se compró una botella de *whiskey* para bebérsela en su casa. Se la puso en la bolsa trasera de los pantalones. Era de noche y él iba de regreso a su casa. Se detuvo frente a un taller para ver algunas cosas cuando notó que se le acercaba un policía. Entonces se llevó la mano a la bolsa de atrás para sacarse la botella de *whiskey*; el policía, sin esperar más, le disparó y lo mató. No le hicieron nada a ese policía, pues anda libre. Y hay un número infinito de casos como ése. Sé de otros que, en sus trabajos en las fábricas, han perdido un brazo o una pierna y no les han dado nada. Lo que hacen es quitarles el trabajo. Por eso es por lo que no queremos a esta gente.

—Yo soy casi católico y casi no. Recuerdo que cuando era muy pequeño, allá en Cuernavaca, mi madre me llevaba a algunos ejercicios en la Semana Santa y que el sacerdote les dijo a todos los que estaban en la iglesia que deberían llorar por sus pecados ante Cristo ahí en el templo, y que todos comenzaron a llorar y a gritar todo lo que habían hecho, hasta mi propia madre. Pero yo no podía llorar ni quería gritar mis pecados. Desde entonces casi no he vuelto a la iglesia ni rezo en la casa.

—Leo pocos periódicos, pues casi no dicen más que mentiras y llega uno del trabajo tan cansado que ya no quiere uno leer periódicos de ninguna clase. Casi nunca he leído libros; una vez, hace mucho tiempo, leí libros sobre historias de los mexicanos. Siempre he tratado de estar cerca de mis paisanos y de defenderlos, pero hay algunos que ni son unidos ni quieren defenderse, por eso es por lo que los norteamericanos nos ven para abajo, como lo hacen.

NIVARDO DEL RÍO

Este hombre es mestizo, nativo de Chihuahua, minero.

—Como mis padres fueron muy pobres no fui a la escuela ni tuve ninguna educación. Solamente llegué hasta tercer año y eso porque vivíamos en la capital del Estado, pues en la época de don Porfirio casi no había escuelas, y los que vivían en los pueblos y en los distritos rurales no tenían ni siquiera esa oportunidad. Serví en varias casas, haciendo trabajo doméstico. Cuando había crecido algo y ya podía decir que era un joven, fui a trabajar en las minas, en casa de una familia norteamericana. Mi trabajo no era muy duro, pues aunque a veces trabajaba en la mina, la mayor parte del tiempo la pasaba haciendo mandados para la señora de la casa y haciendo trabajo doméstico. Esta familia fue muy buena conmigo y me tuvieron allá porque querían aprender español, ellos, a cambio, me enseñaron inglés. Especialmente la señora, se ocupaba de enseñarme

los nombres de las cosas en inglés. Hasta me enseñó el alfabeto y ya casi puedo leer en inglés. Trabajé muchos años en la mina, hasta que al fin me cansé, y como siempre fui ambicioso y quise trabajar por mi cuenta, logré establecer una tiendita en Chihuahua. Ahí pude ganar algo de dinero y me iba bastante bien, cuando estalló la revolución. Entonces el negocio comenzó a desmoronarse y comencé a perder dinero en vez de ganarlo. Tuve que unirme a la revolución con Villa, porque me llevaron casi a viva fuerza, pero por suerte me pusieron en el campo de abastecimientos, así que casi nunca tuve que luchar. Naturalmente que andaba armado con una pistola, para que me respetaran. Todo lo que tenía que hacer era vigilar que los abastecimientos fueran bien distribuidos. Así fui con las fuerzas de Villa, de un sitio a otro, y fue entonces cuando se me ofreció la oportunidad para irme a los Estados Unidos. Pero desde entonces no me ha gustado el sistema de cosas en este país.

*Vine con un coronel y fuimos a Chicago, a Nueva York, a Minneapolis, a St. Louis y a muchas otras ciudades para comprar camiones, municiones y equipo para el ejército de Villa. Como el coronel no sabía más que unas cuantas palabras de inglés, yo le serví prácticamente de intérprete, pues recordaba lo que la familia americana me había enseñado en la mina. Me divertí mucho cuando viajaba a través de todo el país, gastando bastante dinero. Pero como siempre he sido observador, observaba cómo trabajan y cómo viven aquí y eso me disgustaba. La verdad es que nosotros odiamos a esta gente igual que ellos nos odian y por eso somos diferentes. Hablamos idiomas diferentes y no nos entendemos ni lo haremos nunca, por mucho que lo deseemos. No importa que haya mucha buena voluntad, pues en el fondo nos odiamos mutuamente. Por lo menos yo siento disgusto por todo lo que es norteamericano, y sé que ellos, aunque no lo digan, tampoco simpatizan con nosotros. Eso de que los gobiernos son amigos y de que son naciones hermanas, no son más que mentiras. Pero está bien que sea así, pues de esa manera hay paz y se llevan bien. Pero saben muy bien que no se quieren entre sí. Los americanos quieren cogerse todo lo que tenemos y nosotros no queremos dejarlos. Los gobiernos dicen que tratan todos los problemas diplomáticamente y hacen bien. Como yo soy hombre ambicioso he trabajado muy duro, pero ya sea por mi mala suerte o por falta de talento no he conseguido más que fracasos. He logrado hacer fortuna tres veces y tres veces la he perdido, de modo que parece que nunca seré independiente. Siempre tendré que trabajar para los demás y eso es lo que más odio: tener que ser esclavo. Sacrifico más ahora que estoy casado y tengo dos hijos adoptivos. Son sobrinos de mi esposa y yo tengo que trabajar para sostenerles sus estudios. Han progresado mucho, según nos informaron en la escuela "Palmore" de El Paso, que es donde están. Mi esposa es de Chihuahua. Nos casamos ahí hace ya varios años, pero no hemos tenido ni un hijo. Tenemos obligaciones extras con estos hijos adoptados, pues si no tuvieran nadie que los ayudara ahora, cuando crezcan podrían decir que no habían aprendido nada porque no tuvieron

padre y yo no quiero que digan eso de mí. Son hijos de un coronel que murió en la revolución. Ese coronel estaba casado con la hermana de mi esposa, por eso son sus sobrinos. La madre también murió y se quedaron con nosotros, así que nos vemos obligados a criarlos, y por eso estamos aquí. Pero antes de venir a este lugar y un poco antes de casarme, cuando fracasé por tercera vez, tenía unos billares. Al principio había mucho movimiento, pero luego el negocio comenzó a declinar, así que decidí que era mejor venirse a los Estados Unidos. Esto sucedió durante la crisis de 1921-1922. Hacia 1923, cuando la situación ya se había vuelto imposible, le dije a mi esposa que deberíamos venirnos a Los Ángeles, o a cualquier otro sitio de los Estados Unidos para buscar trabajo de cualquier cosa y así ganarnos la vida. Cuando vine en busca de trabajo deseaba ir a Los Angeles, pues me habían dicho que había trabajo ahí. Además en esa ciudad tenía muchos amigos y esperaba que me ayudaran en caso de necesidad. Pero en Torreón encontré a un amigo, que era el agente que me vendía la cerveza para la cantina, y me preguntó adónde iba. Cuando se lo dije, me dijo que en vez de irme a Los Angeles, debería irme a Miami, donde él vivía y que me ayudaría a conseguir trabajo en las minas. Como yo buscaba trabajo y seguridad, me vine a Miami con mi esposa y dejé a los niños en la escuela. Solamente me traje a un chiquito que después se murió. Bueno, nos venimos y yo encontré a mi amigo que me consiguió trabajo en la mina Miami. Desde entonces estoy aquí. El trabajo es muy duro, y lo más que pagan, aun a una persona como yo que sabe manejar los taladros, son 5 dólares. Para poder ganar algunos centavos extra, tengo que matarme trabajando. Y verdaderamente me mato. Por eso es que todos los paisanos se enferman de tuberculosis y de otras enfermedades, aun cuando no sufran ningún accidente, además de que algunos se rompen un pie o una mano o hasta se matan. Aquí el trabajo es muy diferente a lo que hay en México. Ahí el hombre que puede conseguir un contrato puede ganar hasta 20 pesos al día si tiene habilidad y deseos de progresar, pero aquí miden la capacidad de tal modo que, aunque se consiga el contrato, apenas si se ganan unos cuantos centavos más del salario común. Es una lástima que en México se hayan cerrado las minas y reine tanto desorden. Si no fuera por eso, me regresaría inmediatamente y podría trabajar con más éxito. A veces he pensado abrir aquí una tiendita, pero no prosperaría, pues no tendría ganancias. Todos los mineros compran en las tiendas de la compañía y yo sé por experiencia que en el negocio de abarrotes no hay ganancias más que para quienes tienen suficiente dinero para comprar en gran escala. Eso sí, ganan mucho. Aquí, frente a mi casa, vive un hombre que tiene una tiendita. Se ha sostenido durante tres años, pero solamente la va pasando y no prospera. Por eso es por lo que yo no he podido hacer nada. No es porque no lo haya pensado. Por otra parte, de la manera como vive uno aquí, podría decirse que vive de la mano a la boca. Esta gente lo tiene a uno amarrado, de modo que parece como si lo hicieran con la idea de que no se pudiera uno ir. En la casa: la renta, la comida y otros

pequeños gastos se llevan todo, de modo que no se puede ahorrar, aunque uno quiera. En mi caso, mi salario apenas si alcanza para ahorrar unos cuantos centavitos para pagar la educación de los niños y para eso me mato para poder ganar algo extra. Si me conformara con los reducidos salarios regulares no tendría ni para comer, porque siempre estoy pagando abonos de esto y de lo otro. Aquí no tiene uno ninguna seguridad, la policía hace lo que quiere y golpea a todo el mundo. Esto fue lo que me sucedió el otro día. Estaba yo en mi trabajo, pues me toca el turno de siete de la mañana a tres de la tarde y mi esposa se había ido a El Paso a ver a los chicos en la escuela, cuando vino la policía a vernos. Cuando regresé del trabajo los vecinos me avisaron y yo fui a la estación de policía para hablar con el sargento. Le pregunté por qué había ido a mi casa a buscarme y me respondió que le habían avisado que había habido un escándalo ahí a la una de la mañana. Le dije que si se le había notificado a esa hora, debería haber ido inmediatamente y no a la una de la tarde del día siguiente. Entonces me dijo que me callara. Le dije que no tenía derecho de entrar a mi casa sin una orden de las autoridades correspondientes y que no me callaba, porque tenía derecho a defenderme. Entonces me respondió que la policía no mentía. Le pregunté entonces si sabía mejor que yo quién vivía en mi casa y le hice ver que debía tener más cuidado cuando se tratara de allanar las casas de gente honrada y trabajadora y que debería dedicar más atención a lo que sucedía en las casas de juego del campo minero. De esa manera le demostré que sabía defender mis derechos. Le dije que si había violado alguna ley, tenían derecho a irme a buscar a mi casa, pero no cuando estaba en mi trabajo. Unos cuantos días después sucedió que el cónsul fue a mi casa con un abogado. Dejaron su automóvil en la puerta y al poco rato llegó un policía gritando. Entonces salió el abogado y le dijo al policía que se callara pues no tenía derecho a gritar de esa manera, ya que iba a quitar su automóvil inmediatamente, pero que iría a la estación de policía a quejarse con el sargento y que además iba a denunciar el mal trato de la policía para con los mexicanos, ya que parecía que trataban a ladrones y no a honrados trabajadores. Fuimos a la estación de policía y ahí el abogado y el cónsul dijeron que muchas veces la policía tenía la culpa de que los mexicanos los mataran, porque ellos eran los primeros en ofenderlos con sus malos tratos. El mayor le pidió disculpas al cónsul de manera muy humilde.

—Por lo que se refiere a la religión, he estudiado prácticamente todas y no he encontrado ninguna que pueda convencerme. Nadie ha visto a Dios, aunque yo creo en Él, pero no en las religiones. Yo creo que no se debe hacer daño a nadie y eso es todo. Veo que los sacerdotes y los protestantes dicen muchas cosas, pero nadie dice la verdad, pues nadie está absolutamente seguro. Así que yo, por esa razón, digo que no tengo ninguna religión. He leído muchas obras de Víctor Hugo y de Vargas Vila y otras cuyos títulos no recuerdo, ni siquiera los nombres de los autores. Sé que Víctor Hugo le dijo a Vargas Vila que sus obras nunca

serían clásicas, como es lo cierto, pues las obras de Víctor Hugo son leídas en todas partes, mientras que las de Vargas Vila no; a mí me gusta más Víctor Hugo. Vargas Vila tiene algunas cosas que me gustan y otras no. Pienso que en este trabajo se hace uno cada vez más estúpido pues lo cierto es que yo voy perdiendo hasta la memoria. Yo leo casi siempre *La Prensa* de San Antonio, *El Herald* de México, de Los Ángeles y otros periódicos de México, cuando tengo tiempo, pero hay veces que se pasan meses sin que pueda yo leer nada, pues llego muy cansado de mi trabajo y todo lo que deseo es descansar. No he cambiado de lo que era en México; como estilo mexicano, pues mi esposa prepara la comida. Solamente el almuerzo lo compro en los restaurantes. Soy en todo como los mexicanos, es decir, como viven allá. No me gusta nada de lo de este país y solamente espero a que los muchachos terminen su educación o hasta que mejoren las cosas para irme de este país. El clima aquí es bastante bueno, pues en Chihuahua llega a hacer más frío que aquí. El calor es lo que más molesta, especialmente en las casitas de madera en que se meten el frío y el calor.

• 2. *Algunas mujeres inmigrantes*

Estas narraciones reflejan las diferentes actitudes de las mujeres que dominan en los países latinoamericanos y sugieren cuáles son los problemas de ajuste, especialmente para las mujeres mexicanas. La señora Gutiérrez del Río hace referencia a las diferencias entre las personas de origen mexicano nacidas en los Estados Unidos y las inmigrantes mexicanas. A los primeros los llama "mexico-norteamericanos" y a los últimos "verdaderos mexicanos". Por una parte, tiene conflictos con este grupo, por lo que se refiere a su sociedad femenina de ayuda; y por otra parte, teme que surja algún conflicto entre su esposo y los norteamericanos anglosajones.

ELISA SILVA

Elisa Silva es de Mazatlán, Sinaloa, es blanca, hace tres años que vive en los Estados Unidos con su familia.

—Tengo 23 años, me casé en Mazatlán cuando tenía 17. Mi esposo era empleado de una casa comercial en el puerto, pero me trataba muy mal y hasta mi madre me aconsejó que me divorciara. Poco después de que me divorcié murió mi padre. Entonces mi madre, mis dos hermanas y yo, decidimos venir a los Estados Unidos. Como nos habían dicho que había muchas oportunidades para ganar dinero en Los Ángeles, trabajando como extras en las películas y en otras formas, vendimos todo lo

que teníamos y con lo poco que nos dejó mi padre, nos venimos, entrando primero por Nogales, Arizona. Desde el momento en que entré noté un cambio en todo, especialmente en las costumbres, pero pensé que pronto me aclimataría y que podría ajustarme a estas costumbres. Cuando llegamos a Los Ángeles, rentamos un departamento amueblado y mi madre se hizo cargo de arreglar todo. Mis hermanas y yo decidimos salir a buscar trabajo inmediatamente. Mi hermana mayor, que sabía coser muy bien, encontró trabajo en seguida cosiendo en casa de una mujer mexicana. Mi madre decidió entonces que mi hermana menor mejor fuera a la escuela y que yo me fuera a trabajar para ayudar al gasto de la casa y a la educación de mi hermana. Como yo no sabía coser ni hacer nada ni tampoco sé inglés, no podía encontrar trabajo por más que buscaba. Como tenía que ganar algo, una amiga mexicana, de Sonora, me aconsejó que fuera a un salón de baile. Después de consultar con mi madre y mis hermanas decidí ir a bailar todas las noches. Mi trabajo consiste en bailar todo lo más que pueda con todo el que quiera. Al principio no me gustaba este trabajo, pues tenía que bailar con cualquiera, pero al fin me he acostumbrado y ahora ya no me importa, porque lo hago para ganarme la vida. Generalmente logro ganar de 20 a 30 dólares a la semana, pues nos dan la mitad de lo que se cobra por cada baile. Cada baile vale diez centavos, así que si bailo, por ejemplo, cincuenta veces en la noche, gano 2.50 dólares.

—Como los bailes son cortos y se cobran los diez centavos por dar una vuelta por el salón, puede uno bailar hasta cien bailes. Todo depende de cuántos hombres vayan y de que quieran bailar. Además hay algunos que regalan un dólar o dos. Este trabajo es el que más me conviene, pues aquí no necesito saber inglés. Es cierto que a veces me entran deseos de buscar otro trabajo, porque me canso mucho. Hay que llegar a las 7.30 de la noche y sale uno a las 12.30 y a veces a la una de la mañana. Los sábados sale uno casi muerta, porque vienen muchos mexicanos de los pueblos vecinos y bailan y bailan toda la noche. En México es posible que este trabajo no se considere respetable, pero aquí no pierdo nada por hacerlo. Es cierto que a veces algunos hombres me hacen proposiciones insultantes, pero todo se arregla simplemente con decirles que no. Si insisten se manda llamar a la policía para que los saque. Un hombre al que quería yo mucho, aquí en el salón, me engañó una vez; era mexicano; pero desde entonces no me ha vuelto a suceder. Mi madre me cuida mucho, para que yo no dé malos pasos; y lo mismo hacen mis hermanas.

—De las costumbres de este país, solamente me gustan las que se relacionan con el trabajo. Las otras no son nada, comparadas con las de México. Ahí la gente es más amable que aquí, y menos ambiciosa por el dinero. Nunca me gustará verdaderamente vivir así, además como no sé inglés y creo que no me será fácil aprenderlo, creo que nunca podré ajustarme a este país. No tengo tiempo para estudiar inglés, ni me gusta.

—Es cierto que la vida es más fácil aquí, porque se pueden comprar

muchas cosas a crédito y más baratas que en México. Pero no sé bien qué es lo que no me gusta. Mi hermana menor, que está en una escuela comercial aprendiendo inglés, dice que le gusta mucho esta ciudad y los Estados Unidos en general, y que si nos vamos a Mazatlán ella se quedará aquí trabajando. Piensa aprender taquigrafía y estenografía, en inglés y en español, para trabajar en alguna empresa norteamericana que le pague bien.

—No sufro por lo que se refiere a la comida, pues mi madre cocina en casa como si estuviéramos en México. Hay algunos platillos que son diferentes, pero generalmente comemos al estilo mexicano y el arroz y los frijoles casi nunca faltan en nuestra mesa.

—Soy católica, pero casi nunca voy a la iglesia. A veces, antes de ir al salón de baile, voy a la iglesia, aunque sólo sea a rezar un poco. Creo que solamente me he confesado cuatro veces en toda mi vida. Mi madre es muy católica, ella y mi hermana menor van a misa todos los domingos. En la casa tenemos una gran imagen del Corazón de Jesús y mis hermanas le rezan por las noches.

—No pienso volverme a casar, porque estoy decepcionada de los hombres, pero quizá si algún día me encuentro alguno que me quiera de verdad, yo también lo amaré mucho. Si me caso algún día será con un mexicano. Los norteamericanos son muy zonzos y muy estúpidos, dejan que las mujeres los manden. No obstante, preferiría casarme con un norteamericano que con un pocho.

JUANA DE HIDALGO

—Mi sueño y también el de mi esposo es el de regresar a nuestro querido México, especialmente ahora que mis hijos ya están creciendo, pues quiero darles una educación verdaderamente mexicana. Aquí, los mexicanos que nacieron en este país y que son ciudadanos, dicen que venimos “muertos de hambre”, no nos quieren nada. Pero yo sé que mi esposo y yo tenemos pura sangre mexicana en nuestras venas y no mezclada, como la de esa gente. No venimos a este país porque estuviéramos muriéndonos de hambre. Mi esposo es un buen minero; allá en Cananea, Sonora, donde vivíamos, ganaba más que aquí. Pero por culpa de unos amigos que le dijeron que se viniera para conocer el país y eso y lo otro, nos vinimos. Venimos por Nogales y no tuvimos ninguna dificultad en el viaje. De ahí nos fuimos a Bisbee y después a Miami y a otros campos mineros. Aquí él gana menos y no vivimos como quisiéramos, por eso solamente esperamos a tener algo ahorrado para poder regresar a Cananea. Ahí, como quiera que sea, estaremos en nuestro país y nos irá mejor que aquí. Lo único malo es que allá ya tienen nuevamente revoluciones. Todo lo demás no importa; si el país está en paz, sé que podremos vivir mejor que aquí.

—Aquí los alimentos son muy caros; pero tratamos de comer estilo mexicano, porque no podemos acostumbrarnos a otro tipo de comida.

Comemos frijoles, ejotes, papas y huevos y todo lo que es estilo mexicano, como el queso mexicano, que traen de Nogales, chile y otras cosas. Lo que no es bueno aquí es la carne, porque no es fresca.

—Los mineros son muy mal tratados en esta ciudad. Cuando alguien sufre un accidente y se enferma, la compañía lo manda al médico y en dos o tres días le dicen que ya está bien y puede volver a trabajar, aunque no haya sanado. Mi esposo teme que le suceda algún accidente y que lo hagan trabajar al día siguiente. Pero no se va a dejar que le hagan eso y ya me lo dijo.

—Yo soy católica, pero mi esposo no tiene fe en los sacerdotes ni en nada, más que en Dios. No tiene nada que ver con ninguna religión y no le importa lo que suceda. Yo soy católica, pero no quiero ir a misa en esta ciudad, porque el sacerdote, que es español y ha oído decir que en México persiguen a los sacerdotes, se pone a hablar mal del gobierno y de todo lo de México. Mejor me quedo en la casa que ir a oír cosas en contra de nuestro país, pues así no me enoja por oír esas cosas. Se que hay muchos sacerdotes malos. En Cananea había dos de ellos. Uno era muy bueno, muy inteligente, nos ofrecía hermosos sermones de modo que hasta mi esposo lo quería y me decía: “Ese padre no es un sacerdote, es un orador.” El otro padre era muy joven. Comenzó a formar una sociedad de muchachas; creo que la mayor tenía 18 años y pronto estuvo en mal estado. El sacerdote, cuando fueron a buscarlo las autoridades para co’garlo, huyó. Sé que los sacerdotes son hombres de carne y hueso, como los demás. ¿Por qué había de tratar de decir otra cosa? Yo no sé leer, pero mi esposo sí sabe y lee mucho. Me gusta que me lea algunas cosas. Es indio, pero es muy bueno y muy hombre. No es como los ciudadanos (mexicano-norteamericanos) que solamente hablan y quieren aprovecharse de los pobres mexicanos porque dicen que venimos, muy ignorantes. Yo lloro sola cuando me doy cuenta de lo ignorante que soy. Pero, ¿qué puedo hacer? Mis padres fueron pobres y no pudieron darme educación. Por eso quiero que mis dos hijos se eduquen en México. Veo que aquí no progresan. Han estado en la escuela desde hace cinco años y están iguales. Apenas si saben un poco de inglés. Si estuvieran en México ya sabrían hacer cuentas, leer bien y muchas otras cosas. Desde que estamos en los Estados Unidos hemos tenido que sufrir muchas desgracias. Primero, un tren mató a un hermano de mi esposo; luego murió su madre un año después, por la pena que le causó la muerte de su hijo, y al cabo de otros seis meses, murió el hermano mayor de la familia. Estaba sano y bien, pero fue tan grande su pena por las muertes de su hermano y de su madre, que se enfermó y Dios se lo llevó. Mi esposo es el único que queda de esa familia, pero está muy bien, y aunque ha sufrido mucho por esos golpes, ha tenido que soportar el peso, pues me tiene a mí y a sus dos hijos. Ahora está tratando de que el ferrocarril pague alguna indemnización por la muerte de su hermano. Cuando sucedió el accidente, un representante de la compañía vino a vernos y dijo que iban a arreglar todo, amistosamente y en paz, sin necesidad de acudir

a los tribunales ni de buscarse muchas molestias. Después mi esposo entregó el asunto a un abogado, pero no ha hecho nada durante más de un año. El otro día le habló por teléfono a larga distancia (pues el accidente ocurrió en Bisbee) y el abogado dijo que lo mismo le daba seguir con el asunto o abandonarlo. Como uno de los hombres que murieron en el mismo accidente ferrocarrilero en que murió el hermano de mi esposo es hijo de una señora que es prima del general Calles, esta señora le dijo a mi esposo que el asunto tiene que decidirse en Washington, por medios internacionales, y que no debe preocuparse, pues si le pagan a ella, también tendrán que pagarle a mi esposo.

SEÑORA CONCHA GUTIÉRREZ DEL RÍO

La señora Concha Gutiérrez del Río, esposa de Nivardo del Río, es mestiza, marcadamente indígena, nativa de Durango y educada en Chihuahua.

—Aunque nací en Durango, crecí en Chihuahua y me eduqué en Palmore School. Ahí estudié algo de inglés, pero ya lo olvidé. Mis padres eran protestantes y por esa razón yo soy metodista. Creo que es la religión más pura y la única que debería existir. Terminé sexto año en Palmore y después tomé un curso comercial, pero como en esos tiempos no había comercios tuve que buscar trabajo en otros campos, y decidí ser maestra. Después de un año de práctica en el kindergarten de la Normal de Chihuahua, me dieron una escuela en Cusihuiachic y en otras pequeñas poblaciones. Fui a las montañas y enseñé a muchos niños lo poco que sabía. Tenía el magnífico sueldo, para esa época de 125 pesos al mes, pero con la revolución dejaron de pagarnos y surgieron otras dificultades, así que regresé a Chihuahua. Ahí me casé. Con mi esposo y mis hijos adoptivos me fui a Ciudad Juárez. Desde que estamos en este país he vivido con muchas molestias, pues no me gusta nada de lo que tienen aquí. Todo es muy diferente de lo que hay en México, hasta los propios paisanos cambian mucho. Los primeros meses, casi ocho meses, viví aquí sin tener ninguna clase de amigos. Pero después comienza uno a acostumbrarse a las cosas, porque no tiene más remedio. Aunque a veces hasta lloraba cuando estaba a solas de verme aquí sin amigos de ninguna clase, en un sitio tan feo y con costumbres tan diferentes, me consolaba leyendo la Biblia. La leo todos los días y es mi único consuelo, pues mis paisanos son unos infelices ignorantes. Aquí casi no hay nada con qué divertirse. Mi esposo no quiere que yo salga ni baile. Era muy celoso, pero poco a poco se le ha ido quitando y ahora hasta me deja ir a los bailes de vez en cuando. Eso me gusta mucho. No me gusta el cine, pues las películas están en inglés, y aunque lo puedo leer un poco, no es como si fuera español. De todos modos, nunca me ha gustado el cine y aquí casi nunca voy, excepto cuando tienen actos de revista mexicanos, cosa que sucede

de vez en cuando. Me gusta más la música mexicana, por esa razón siempre tengo muchas piezas mexicanas en mi vitrola. Aquí nada es bueno. Los comestibles, además de ser muy caros, no sirven para preparar ricos platillos mexicanos. No puede uno conseguir lo que necesita, de modo que puede decirse que la comida es mitad mexicana y mitad americana, y que no es ni una cosa ni otra. Es imposible que los mexicanos y los mexicano-norteamericanos se lleven bien aquí, porque los últimos siempre están hablando mal de México. Dicen que se viene uno de allá porque no tiene lo suficiente ni para comer y siempre encuentran muchos defectos en todo lo que viene de México. Algo de lo que dicen es verdad, pero duele oírles decir todo eso de nuestro país. La señora que era presidenta de la Cruz Azul era una mexicana-norteamericana nativa de Arizona, y en La Cruz Azul había muchas mujeres mexicano-norteamericanas. Por ese motivo no pudo prosperar rápidamente, porque los verdaderos mexicanos no querían unirse, pues cuando asistían solamente oían hablar mal de México. De todos modos, la Constitución dice que los miembros de la mesa directiva deben ser mexicanos. Aquí tenemos una presidenta honoraria que es norteamericana. Estuvo casada con un mexicano y dice que adora a los mexicanos. Parece estar muy interesada y probablemente es agente secreto de las compañías mineras, para engañar a los mexicanos.

—Mi esposo siempre está hablando mal de este país. Casi diariamente tiene discusiones con un norteamericano que nos trae leña y que comienza a bromear con él y a decirle que debería hacerse ciudadano y que no todos los americanos son malos, que quizás mi esposo haya tropezado solamente con americanos malos, pero que son muy buenos. Hablan y hablan tanto que a veces me asusto, pues mi esposo le dice cosas muy fuertes al americano, que solamente se sonríe y dice: “Bueno, si no le gustan los americanos, ¿por qué me compra leña?” y mi esposo responde: “Solamente por desgracia es por lo que tengo que tratar con todos ustedes, gringos ladrones.”

3. *Patriotismo*

Lo mismo que sucede con otros pueblos que se encuentran en suelo extranjero, el patriotismo de los mexicanos se desarrolla en una atmósfera de diferencias y depreciación. Había algunos japoneses en la misma granja en la que trabajaba Miguel Chávez y se juntaban para discutir las cosas de su país. Después comenzó a buscar las sociedades mexicanas y se hizo miembro de la Zaragoza, que es una sociedad patriótica. Lloro cuando escucha el himno nacional mexicano. Cuando vino a Los Ángeles compró periódicos mexicanos y así comenzó a enterarse de lo hermoso que es México y que es un país progresista y no, como piensan muchos aquí, formado solamente por chozas de adobe. En su casa tiene colgados cuadros que repre-

sentan la Catedral, el Popocatépetl y algunas calles de Morelia. Angeino Batres, que se enfureció porque vio un cartel en una puerta prohibiendo la entrada a negros, mexicanos y perros sin collar, no quiere tomar parte en la Revolución Mexicana, "pero en caso de una lucha con esta gente, yo estaría entre los primeros en ofrecerme para luchar".

MIGUEL CHÁVEZ

Miguel Chávez es un campesino. Es de piel y ojos claros. Tiene 22 años y es nativo de Mocorito, Sinaloa, está casado con una hermosa muchacha blanca, que usa vestidos de seda y sombreros muy elegantes. El se viste como los campesinos norteamericanos, con un amplio sombrero de fieltro, una chaqueta corta y botas. Tiene una niña de dos años que se llama Raquel, a la que tiene muy bien vestida y transportan en una carreola.

Miguel Chávez y su madre salieron para Douglas en 1911 cuando la revolución devastó las pequeñas poblaciones del interior de la República y la escuela a la que asistía el muchacho se cerró. No pudo encontrar ningún trabajo en el cual ganara algo para ayudar a su madre, que se sostenía cosiendo y cuidando enfermos. Ella es "curandera" de profesión. Arreg'a huesos, da masajes y ayuda a algunos enfermos con cocimientos de hierbas. Es decir, eso hacía, pues desde que Miguel ha podido ganar lo suficiente, ya no la deja trabajar. Ahora él es adulto y hay necesidad de que su madre ayude en la casa. Siempre han vivido entre mexicanos, en donde ella podía ejercer su oficio y él ir a la escuela. Cuando tuvo 17 años, comenzó a trabajar en lo que había aprendido durante sus vacaciones, en las que había ganado algún dinero. Ha pizcado algodón, cosechado remolacha y especialmente fruta. Ha trabajado en Fresno y en San José en las huertas y sabe muy bien cultivar naranjas, duraznos y cerezas. Una vez trabajó en una granja avícola y eso le ha servido de mucho, pues ahora quiere dedicarse a criar pollos. Es muy buen trabajador. Puede leer los periódicos mexicanos y los norteamericanos y compra diariamente un periódico mexicano. Siempre ha sido miembro de alguna sociedad cooperativa mexicana. Conoció a su esposa en Chino. Se casó con ella en la misma granja en la que estaba trabajando, porque es el tipo de mujer que le gusta, trabajadora y buena y no como esas gringas, que hasta les pegan a sus maridos. No se hubiera casado con una muchacha americana por nada del mundo, aunque una vez se interesó por una. Pero comprendió que no iban a llevarse bien, porque él no puede comer comida norteamericana. Nunca ha dejado de comer tortillas con frijoles y chile. No come mucha carne porque dice que es mala para los

riñones, y como es más fácil conseguir huevos, pollo y mantequilla, que son los alimentos que prefiere, éstos son los que se cocinan estilo mexicano. Le gusta ver las peleas de box. Le gusta mucho Bert Colima, porque es mexicano y no se avergüenza de decirlo. No sabía lo que era el amor a la patria hasta que ha visto el ejemplo de los japoneses, que son tan tranquilos y tan fuertes. En la granja en que él trabajaba había algunos japoneses y se distinguían por ser muy industriosos y por el hecho de que se reunían para discutir cosas sobre su país. Entonces comenzó a buscar las sociedades mexicanas y se hizo miembro de la Zaragoza, una sociedad patriótica. Lloro cuando oye el himno mexicano, y aunque estuvo en la escuela norteamericana durante varios años, sabe más de la historia de México que de la norteamericana, porque esta última no le interesa. Es ahorrativo y siempre ha tenido una cuenta en el banco. Tiene muebles americanos buenos. Cuando se vino a Los Angeles compró *El Universal* y *El Excelsior*, y estos periódicos comenzaron a enseñarle cuán hermoso es México, y además que es un país progresista, y no, como se cree aquí, sólo un montón de chozas de adobe. En su casa tiene fotografías de la Catedral, del Popocatepetl y de algunas calles de Morelia. Una bandera mexicana adorna las imágenes de Hidalgo, Juárez y Zaragoza. Cuando Morones recorrió el sur de los Estados Unidos, él aceptó su sugerencia de que los inmigrantes mexicanos regresaran y cultivaran las tierras que estaban siendo distribuidas en México. Siempre que hay conferencias en español, él es el primero en acudir. Su mayor deseo es ayudar al desarrollo de su patria. Quiere que sus hijos sean mexicanos. Piensa que es un crimen dedicar sus esfuerzos y regar su sudor para enriquecer a las compañías norteamericanas, cuando puede trabajar por su propia cuenta. Es independiente y, sobre todo, anhela la reivindicación de las clases inferiores, a través de la agricultura y de la industria.

No quiere ser empleado del gobierno por nada del mundo, pues entonces tendría un amo y él odia los amos. Vive con los que se van a ir a colonizar al Estado de Michoacán. Se lleva un tractor Emerson, una incubadora, utensilios de cocina y los muebles más necesarios. Es prevenido y se lleva también una caja con medicinas y libros en los que se explica el tratamiento de primeros auxilios para los enfermos o heridos. Ha sufrido mucho aquí, pues para lograr lo que tiene, ha tenido que trabajar mucho. Aunque estuviera húmedo y él estuviera con fiebre tenía que ir a trabajar, pues si no iba le quitaban el trabajo. Los capataces son muy brutales, no tienen compasión y cuando ven que alguno está descansando, lo despiden.

Le gusta la música y tiene un gran deseo de aprender a tocar la guitarra para acompañar las canciones mexicanas que son tan bonitas. No es católico, aunque no se opone a que su esposa vaya a misa. Su hija fue bautizada sólo por seguir la costumbre. Está de acuerdo con la actitud del gobierno encaminada a destruir el fanatismo. Está muy contento de poder regresar a México y su sueño dorado es que se establezcan allá bancos

agrarios y escuelas rurales. Piensa que esto puede ser la única salvación del país.

ANGELINO BATRES

Angelino Batres es blanco, de oficio zapatero. Nació en Guadalajara, Jalisco, y se educó allí en una escuela particular. Después comenzó a aprender el oficio de zapatero hasta que lo dominó por completo. Dice que sabe cortar, coser y clavar zapatos. En Guadalajara, junto con su hermano, tenía un gran taller de zapatería. Él se hacía cargo de ir a las casas de los ricos a tomar las medidas para los zapatos que se les hacían. Entregaba las medidas a su hermano, que distribuía el trabajo entre los diferentes obreros. Además también cobraba las cuentas.

—Ganábamos todo lo que queríamos, pero éramos muy despilfarrados y gastábamos todo en parrandas. Una vez hicimos todas las botas necesarias para un regimiento de caballería y eso nos dejó mucho dinero. No obstante, hace como quince años, a causa de un pleito que tuve con una persona que me había ofendido y a la cual herí, tuve que salir de Guadalajara y me fui a Mazatlán. Mi hermano se fue conmigo. Posteriormente nos fuimos a Guaymas y ahí firmamos un contrato para ir a trabajar en el taller de zapatería de un Obregón en Hermosillo. Mi hermano fue como gerente general del taller. Ahí estuvimos trabajando mucho tiempo y ganamos mucho dinero, pero sucedió que ese manco Obregón, se comenzó a meter en política, es decir, se presentó como candidato presidencial. El trabajo comenzó a escasear y empezaron las dificultades. Ya no nos pagaban puntualmente; querían que contribuyéramos a la campaña política y que fuéramos funcionarios de una compañía. Había tantas dificultades que finalmente decidimos venimos a este país y llegamos directamente a Tucson. Hemos estado aquí cerca de diez años. Cuando llegamos hacía falta mucha gente para trabajar y comenzamos a trabajar en una zapatería, ganando 7.50 dólares al día. Después mi hermano se fue a Los Ángeles y ahí abrió una zapatería por su cuenta. Yo he estado en Los Ángeles y en San Francisco, pero solamente de visita. Para decir la verdad, no me gustan esas ciudades, ni tampoco Tucson. Una vez en San Francisco vi un letrado que decía que no se admitían negros, mexicanos, ni perros sin collar. Fuimos a quejarnos con el cónsul, pero a pesar de todos sus esfuerzos, el cartel permaneció mucho tiempo. Mi hermano y yo ya nos establecimos aquí. Tenemos dos zapaterías.

—La de mi hermano es más grande y está mejor equipada. Es la que pensamos trasladar a Guadalajara, pues estamos, como si dijéramos, con un pie en el estribo. Hemos pagado las zapaterías en abonos y están bien

equipadas. Es cierto que los zapatos cocidos a mano son mejores que los cocidos a máquina, pero vamos a llevarnos las máquinas, porque así podremos trabajar más rápidamente. No me gusta vivir aquí, porque me he convertido en zapatero remendón. Eso es todo lo que hago en mi taller, pues es muy raro que en este país alguien se mande hacer calzado a la medida. Los gringos prefieren siempre a los zapateros mexicanos, pues saben que su trabajo es muy limpio, que hacen buenas composturas y dejan los zapatos como nuevos y no como los americanos, que trabajan rápidamente, aunque quede mal lo que hacen. A mi taller vienen tanto norteamericanos como mexicanos, pero como he dicho, solamente hago composturas y eso no me satisface. Yo soy zapatero y puedo hacer un par de zapatos al gusto, desde la toma de las medidas, hasta completarlos, no como los zapateros de aquí que solamente saben clavar y dicen que son zapateros, como sucede en casi todos los oficios. He vivido aquí en Tucson casi todo el tiempo desde que vine a los Estados Unidos. Me casé aquí; mi esposa es nativa de Tucson, pero es muy mexicana. Eso es raro, pues los mexicanos que han nacido y se han educado aquí, son gente sin patria. A quienes menos quieren es a los mexicanos que vienen de México. Estos Estados del sudoeste le fueron robados a México, pero eso no se va a quedar así, pues algún día vamos a recuperar lo que perdimos. Los españoles estuvieron en México cuatrocientos años y de todos modos los expulsamos. Algún día les llegará su turno a los de aquí. Yo quisiera que de una vez por todas hubiera algo entre los Estados Unidos y México. Así sabríamos qué hacer por todo el daño que nos han hecho con las revoluciones y todo lo malo que nos sucede, que viene de éstos. Hace unos cuantos días pensamos que al fin iba a suceder algo. Yo ya estaba disponiéndome a irme a México, pues aunque ya le dije que no sirvo para las revoluciones, ni para matar a mis hermanos, en caso de una lucha con esta gente yo sería de los primeros que se ofrecieran para luchar. Hay muchos, especialmente entre los mexicanos que nacieron aquí, que piensan que México caería en manos de los Estados Unidos en 24 horas, y por esta razón dicen que se unirán al ejército americano. Esos hombres son traidores. Lo mismo que los que se han nacionalizado americanos. No son más que traidores. El mismo Obregón fue un traidor, pues hizo un contrato con los aviadores americanos en San Francisco California para que fueran a matar mexicanos en 1922 o 1923, si no recuerdo mal, eso fue porque Obregón era muy americanizado y estaba americanizando al país. Por el contrario, Calles no lo es y no les ha pedido nada. Yo soy católico porque esa es la religión que me enseñaron mis padres, pero hace más de diez años que no he ido a una iglesia. No creo que sea necesario ir a la iglesia para ser cristiano. Es bastante rezar con fe. La razón por la que México está tan atrasado es porque hay mucho fanatismo. Una cosa es ser católico como yo, y otra es ser fanático. Mis padres eran muy católicos y no querían que nosotros dejáramos la iglesia, pero los convencimos de que no servía para nada. El hombre debe vivir para su trabajo y solamente pedir a Dios. Yo no digo que Calles haya hecho

bien o mal con los sacerdotes, pero lo que digo es que México está atrasado a causa del fanatismo católico.

—Solamente esperamos vender la maquinaria de esta zapatería y a que se compongan un poco las cosas en México, para irnos a Guadalajara. Ésas son las dos cosas que nos detienen. Nunca me ha gustado este país, pero ahora menos que nunca, puesto que nos han quitado nuestra libertad. Ahora hay leyes que prohíben beber y andar con mujeres libremente y tantas otras cosas que uno ni siquiera sabe cuál ley es la que está infringiendo. Es mejor irse uno a su país, que vivir de esta manera. Allá hay libertad. Aquí para beber o andar con una muchacha tiene uno que esconderse, porque si lo descubren a uno, lo llevan a la cárcel y lo menos que le hacen es cobrarle una multa.

—Estos americanos creen que nosotros no tenemos nada bueno. Por eso se quedaron con la boca abierta cuando la *Típica de Torreblanca* vino y oyeron lo bien que tocaba. Entonces toda la raza fue al teatro donde tocó la *Típica*. Es una lástima que estas compañías mexicanas vengan tan pocas veces. Me gustan las compañías de revistas mexicanas más que el cine. Casi tiene uno que ir al cine una vez a la semana, pues aquí no hay otra diversión. Hace poco tiempo vino la compañía de Virginia Fábregas que dio varias funciones en el Rialto y el teatro se llenó completamente con mexicanos y americanos.

—El único hombre verdaderamente patriota que ha tenido México fue asesinado. Fue Pancho Villa. Él se les enfrentó a estos americanos. Cuando estuvo en Nogales dijo: "Miren, con sólo abrir las piernas, ya estoy del otro lado de la línea, pero no voy allá, pues voy a disparar hasta mi último tiro en tierra mexicana. No importa que fracase o que me derroten, pero no seré como esos generales que se van a gastar el dinero de los mexicanos del lado americano." Yo considero esto muy patriota, no como Obregón, que seguramente se nacionalizaría americano si tuviera que verse desterrado a este país.

—El clima aquí es terrib'e. Cuando no hay un calor que casi nos mata, hace tanto frío que no se puede ni salir a la calle. Tiene uno que andar casi corriendo. El clima de Los Angeles o de cualquiera otra parte del mundo, no puede compararse con el de Guadalajara. Allá, aunque haga calor, puede uno andar con saco, y cuando hace frío se puede andar en mangas de camisa. Es un clima muy sano y muy distinto del que hay en este país. En cuanto a la comida, ni hab'ar. Desde que estoy aquí, ando enfermo del estómago. Creo que estoy ya casi al final de mis fuerzas, pues ya no puedo comer nada. Todo me hace daño, aunque mi esposa cocina bien y con cuidado. Es porque todo es diferente, hasta las verduras. Todo es distinto y creo que nosotros los mexicanos, por mucha voluntad que tengamos, no podemos acostumbrarnos a estas cosas. Yo leo los periódicos mexicanos. No siempre, pero sí los domingos y los días en que no estoy ocupado, pues tengo mucho trabajo y mi hermano también.

—La maquinaria que tenemos en nuestras zapaterías es americana, lo

mismo que los cuchillos y todo el material. Pero yo pienso que los artículos europeos, que son los que se usan en México son más baratos y muy superiores a los de este país. Se trabaja mejor allá por esa razón, porque hay buenos materiales y gente que gusta de usar buenos zapatos.

4. Mexicanos "españoles"

El ser mexicano en los Estados Unidos no significa solamente ser de piel oscura. Hay muchos mexicanos blancos y hasta de ojos azules. Estos últimos son llamados "españoles". "En California y en otros sitios por los que he viajado, he encontrado que los americanos no creen que yo sea mexicano. Dicen que soy americano y muchas veces los mismos mexicanos me dan el primer lugar en todo, porque piensan que soy americano. Todo esto me enoja, pues es insultante, puesto que no soy otra cosa que mexicano y amo a mi México en todo momento."

WENCESLAO IGLESIAS

Este hombre es nativo de Fresnillo, Zacatecas. Es blanco. Ayudaba a su padre en sus trabajos del campo en Sierra Mojada, Chihuahua, desde que era niño. Aunque nació en Zacatecas, sus padres se fueron a Chihuahua. Tiene siete hermanos y casi todos han aprendido el oficio de fundidores.

Soy fundidor de moldes. Comencé como aprendiz cuando tenía 16 años en una fundición de El Paso, Texas. Mi hermano mayor ya estaba ahí, así que toda la familia nos fuimos para allá. Estuve en El Paso casi durante 13 años. Ahí aprendí a leer y escribir el inglés. Trabajaba en el día y por la noche iba a la escuela nocturna. Como aprendiz ganaba 50 centavos al día y después fui aumentando hasta que llegué a ganar 3.65 dólares por nueve horas de trabajo. Cansado de estar allá y como deseaba conocer más del interior del país, me fui solo a Kansas. Como no encontré trabajo en las fundiciones tuve que cortar trigo en el campo, y ahí solamente ganaba 1.25 y 1.60 dólares por nueve o diez horas de trabajo. De Kansas City me fui a Topeka. Ahí conseguí trabajo en el *traque*. Recuerdo que se iba un grupo de trabajadores mexicanos y nos dieron un carro de ferrocarril para que nos llevara al campo de trabajo. Un grupo de americanos iba en otro carro. Para pasar a nuestro carro, tuvimos que entrar por el de los americanos; entonces esa gente se levantó y comenzó a gritar en contra de nosotros, diciendo que no querían ir en el mismo carro en que iba gente de color; pero nos pasamos a nuestro carro

y todo salió bien. En el campo hubo otras dificultades, primero porque el capataz trataba muy mal a los mexicanos y después porque los mismos paisanos eran desordenados. Por ejemplo, a la hora de la comida, a gunos llegaban corriendo a las mesas que se usaban para comer y cogían lo mejor de lo que había. Se comían todos los huevos y lo mejor que podían encontrar y el que no podía coger nada no comía. Además, todos trataban mal a los meseros, que eran americanos o europeos, de modo que ningún mesero quería servir a los mexicanos. Una vez me pusieron de mesero, pero no duré más que unos cuantos días, porque no los pude aguantar. En este campo vi un día a un anciano que tenía dos hijos que parecían gigantes. Eran mexicanos de Chihuahua. Estaban trabajando y el viejo se quedó descansando, entonces llegó el capataz a insultarlo y a golpearlo. Los hijos, en lugar de defenderlo, huyeron y lo mismo hizo el viejo. No he podido descubrir lo que hicieron, pero esa escena me enojó mucho. Pero ¿qué podía yo hacer si ni siquiera sus hijos tenían valor para defenderlo? Posteriormente también trabajé en los campos ferrocarrileros de Amarillo, Texas. En esas regiones no se ven más que *botudos* (vaqueros), que hacen lo que quieren con los mexicanos. Algunos mexicanos que andaban por ahí sin trabajo y buscando uno, les servían de juguete. Los *botudos* se ponían a dispararles balas. Como son buenos tiradores, solamente les abrían agujeros en los sombreros y hacían silbar las balas cerca de ellos. Pero, si por error mataban a alguno, lo dejaban ahí y nadie investigaba por qué habían matado a ese pobre mexicano. Un grupo de mexicanos que íbamos bien vestidos, fuimos una vez a un restaurante en Amarillo y nos dijeron que si queríamos comer teníamos que ir al departamento especial para gente de color. Yo le dije a mi amigo que primero me moriría de hambre que humillarme ante los americanos comiendo con los negros. Fuimos a varios restaurantes de un sitio a otro y en ninguno quisieron servirnos en las mismas mesas que los americanos, así que tuvimos que comprar sardinas y pan y comer en nuestro cuarto.

—Poco después regresé a El Paso y volví a trabajar en la fundición con mejor sueldo que antes. Ahí me casé con una muchacha de Parral, Coahuila. Después de casarnos nos vinimos a California y yo encontré trabajo en la fundición Alahambra, cerca de aquí. Esta compañía siempre prefiere a los fundidores americanos. Yo soy el único moldeador aquí y eso es porque ven que soy blanco y tengo los ojos claros. Dicen que soy español o italiano, pero yo les digo siempre que soy mexicano. Lo mismo sucede con mis hijos en la escuela. La maestra dice siempre que son españoles. Una maestra vino una vez a preguntarme si mis hijos hablaban “mexicano”. Le dije que hablaban español. Los ayudantes de la fundición son americanos y mexicanos. Todos prefieren a los mexicanos como ayudantes porque hacen mejor el trabajo y no tienen miedo de nada, como los americanos; éstos, como casi todos salen de la secundaria, van por la fundición con miedo hasta de caminar, porque no quieren ni siquiera despeinarse ni ensuciarse las manos. Lo mismo sucede con los *pochos*, que usan guantes para todo y tratan de coger el trabajo más fácil, como los

americanos. Cuando los Estados Unidos entraron a la guerra, la gente de la fundición dio trabajo a los mexicanos y los trataron muy bien, pero desde que terminó la guerra ya los tratan muy mal.

—Yo compré una casita aquí. (Cerca vive una familia de *pochos*, que son muy morenos y una vez sus hijos se pelearon con los de la familia de *pochos*.) Esos chicos llamaban a mis hijos *cholos* y otras cosas feas. Yo fui a ver a su padre y le dije que quería que hubiera buenos sentimientos entre nosotros y que por eso le pedía que controlara a sus hijos. El padre comenzó a hablar en inglés, lo mismo que la madre. Yo les hablaba en español, pero cuando me cansé les hablé también en inglés y entonces cambiaron sus modos y se calmaron inmediatamente.

—No me gustan las costumbres de este país, y menos para mis hijas; quiero que se eduquen en México. Por eso aprovecho esta oportunidad para irme a la colonia en Acámbaro. Pienso, lo mismo que mis hermanos, dedicarme al trabajo del campo durante mucho tiempo, pues ahí es donde se puede ganar más y se puede vivir mejor, con comodidad, al aire libre y sin malas influencias para los hijos. Si las cosas nos salen bien y podemos hacer lo que pensamos, vamos a establecer una pequeña fundición, pues todos conocemos el oficio y podemos forjar piezas para maquinaria agrícola y para toda clase de máquinas.

—Mis dos hermanos menores se van a quedar aquí. Los dos son fundidores. Vinieron a los Estados Unidos cuando eran muy pequeños, uno tenía dos años y el otro cuatro, de modo que aquí han crecido y se han educado. No saben nada de México, pero sienten y hablan como mexicanos y piensan irse para allá tan pronto como los hermanos mayores ya estemos establecidos. Mi hermano menor tiene una casita en Los Angeles que le costó 1 650 dólares. Tiene un buen coche, muebles y dinero en el banco. Creo que debe tener sus 10 000 dólares.

—Yo ya me estoy haciendo viejo, pues tengo 35 años y no quiero llegar a los 45 sin haber hecho una pequeña fortuna, pues a esa edad ya no sirve uno para trabajar ni para nada. Además quiero dejarles algo a mis hijos, aparte de su educación. Por eso tengo grandes esperanzas de que la colonia que vamos a iniciar salga bien.

—Mis padres eran católicos y yo también era católico cuando era chico. Ahora no tengo ninguna religión, pues me he dado cuenta de que no son más que promesas y fanatismo. Por eso no pertenezco a ninguna de ellas. Todas las religiones quieren que uno sea ciego. No creo que para ser bueno tenga que ir uno gritando “¡Viva Cristo Rey!” y matando a sus hermanos. Lo bueno se lleva en el corazón y se manifiesta practicando las virtudes de ayudar al prójimo y hacer lo que nos mandó nuestro Señor Jesucristo. No nos enseñó a matarnos unos a otros, sino a amarnos mutuamente. Para mí Cristo ha sido el hombre más sabio de todos los tiempos. Si el mundo estuviera regido por las doctrinas cristianas, la vida no sería tan dura ni tan amarga como es. Yo leo toda clase de libros,

periódicos y revistas. Siempre me ha gustado leer, pero desgraciadamente el duro trabajo me ha dejado muy poco tiempo para instruirme.

—Una vez fui miembro de la Unión Internacional de Moldeadores. Cuando se declaró una huelga, yo estuve con ellos. Debe entenderse que, cuando se acerca una huelga, los sindicatos americanos dan facilidades para que se unan todos los que quieran. Pero cuando no están en huelga ponen toda clase de dificultades, especialmente para los mexicanos, para que no puedan hacerse miembros de esos sindicatos. Yo pertenecía al sindicato de moldeadores y tenía un buen empleo cuando se declaró la huelga. Estuvimos en huelga cerca de un mes y al fin ganó el sindicato, pero los dueños de las fundiciones, pusieron la condición de que habían de reducir el número de trabajadores en las fundiciones y así comenzaron a cesar gente. Yo tuve mala suerte y me quedé sin trabajo. El sindicato ya no me ayudó financieramente, y cuando había trabajo para los cesantes mandaban a los americanos y me dejaron a mí al último, hasta que al fin me consiguieron trabajo de ayudante o en los empleos en los que se ganaba menos que el sueldo estándar del sindicato. Pero a pesar de eso yo tenía que pagar mi cuota. Finalmente me cansé de todo eso y decidí no volver al sindicato. Ahora gano lo mismo que un fundidor del sindicato y no tengo que pagar cuotas ni andar detrás de los secretarios o de los líderes. Lo que sucede es que, cada vez que pueden, los obreros del sindicato tratan de perjudicarme, especialmente el secretario, que ha llegado a quitarme mi empleo.

VICENTE GAUMER

Este hombre, un cantinero, llegó a El Paso cuando tenía diez años de edad. Es blanco, con ojos azules y pelo castaño. Estudió primero en una escuela católica, según dice, pero es de inclinación liberal.

—Estudí en una escuela católica de El Paso. Ahí aprendí a hablar inglés y seguí perfeccionándome en este idioma hasta que pude aprenderlo bien, así que ahora, aunque no me gusta decirlo, hablo inglés mejor que español.

—Mi madre es mexicana de Chihuahua. Mi padre fue alemán, pero yo soy mexicano y casi me atrevo a decir que amo a México más que a mi madre que me dio la vida. Hace catorce años que me casé. Mi esposa es pura mexicana, también de Chihuahua. Tengo cuatro hijos y, aunque se están educando en El Paso, son tan mexicanos como yo.

—No puedo comprender a los gringos y los odio por sus costumbres. No son como nosotros, que no nos interesa el dinero. A ellos no les importa nada mientras tengan dinero. He visto americanos que dejan que sus esposas vayan con otros hombres, siempre que les den dinero.

Ni yo ni ningún mexicano de mi México podría tolerar semejante cosa. Tendrían que matarnos antes de hacer eso.

—Frecuentemente me confunden con un americano —continuó el señor Gaumer— y para decir la verdad, eso me enoja mucho, pues aquí y en todas partes soy mexicano y no cambiaré por nada mi nacionalidad. En California y en otros sitios por donde he viajado, he visto que los americanos no creen que yo sea mexicano. Dicen que soy americano, y muchas veces los mismos mexicanos me dan el primer lugar en todo, porque piensan que soy americano. Todo esto me enoja, pues es insultante, ya que yo soy mexicano y quiero a mi México siempre.

—En 1918, cuando los Estados Unidos entraron a la guerra mundial, fui arrestado y me tuvieron prisionero durante dos años en Fort Bliss, El Paso, Texas, porque pensaron que yo era un espía. Pero la verdad es que no soy ni seré nunca más que mexicano. Es cierto que mi padre es alemán, pero no me importa eso. Lo que me importa es que mi madre es mexicana y que yo la amo a ella y al país en que nací, que es México. El día en que mi país me necesite, daré con gusto mi vida. Debo decir que, durante los dos años que me tuvieron prisionero en El Paso, claro que sufrí por estar privado de mi libertad, pero las autoridades me trataron con toda consideración. Me dejaron libre cuando terminó la guerra europea.

—Siempre he tenido mi hogar en El Paso, pero nunca cambiaré mi nacionalidad, a pesar de que podría tener más oportunidades y mayor protección. La verdad es que no puedo olvidar a mi país, donde quiera que me encuentre.

VI. EL LÍDER Y EL INTELLECTUAL

La mayoría de los mexicanos que hablan sobre sí mismos en los documentos precedentes son personas que carecen de educación formal o la tienen muy escasa. En esta sección se reúnen los relatos de los inmigrantes que tienen mayor educación. En la mayoría de los casos, estas personas son de sangre blanca. No es raro encontrar que expresen francamente su conciencia racial o bien, como en los casos de Lorenzo Cantú y Pascual Tejeda, escuchar de sus labios afirmaciones bastante objetivas y realistas sobre las diferencias étnicas y las relaciones raciales. Santiago Lerdo, tiene gran interés en el "precedente" establecido al ahorcar a un norteamericano por haber asesinado a un mexicano. Al mismo tiempo, son precisamente estas personas más sofisticadas las que parecen sentir más intensamente su orgullo racial y nacionalista.

Miguel Padilla está acostumbrado a expresarse por escrito: su documento es el único (aparte el de Ángel Ruiz, página 107) de toda la colección que fue preparado por el propio entrevistado.

1. *Tres mexicanos de ciudad*

PASCUAL TEJEDA

Este hombre se graduó en una universidad en este país y, por lo tanto, escribe y habla inglés perfectamente. En diversas épocas ha sido cónsul mexicano en diferentes ciudades de este país y en otros. Hace como tres años, se vino a California, donde ha permanecido. Primero se dedicó a la publicación de un periódico; después editó otras publicaciones y también trabajó en uno de los diarios locales. Ahora trabaja como traductor para una compañía cinemato-

gráfica. Está terminando de escribir un libro en que se presentan los Estados Unidos vistos por los ojos de un mexicano. Dice que en dicho libro trata todos los problemas de este país. En su juventud, publicó en México un libro de versos.

El señor Tejeda, es originario de Monterrey, Nuevo León. Dice que es teósofo, pues ésa es una religión que estudia a todas las demás a fin de llegar a la verdad, que es el objetivo final de dicho movimiento.

El señor Tejeda dice:

—He estudiado la vida norteamericana en todos sus aspectos y por eso no temo decir que me gusta mucho. Disfruto de poder trabajar en paz, sin tener que meterme en política. Esta me atrae mucho, pero al mismo tiempo me asquea, pues en la actualidad, ser considerado político es lo mismo que ser considerado bandido. Es imposible vivir en México actualmente; por lo menos, yo no podría vivir con comodidad, por eso estoy mejor aquí. Hay muy pocos mexicanos que se hayan puesto a estudiar la vida de los norteamericanos, y por mucho que hayan escrito con respecto a los asuntos norteamericanos, casi nunca han llegado al fondo del problema, como espero haberlo logrado en mi libro. También pienso publicarlo en inglés. En ese libro se verá que yo considero que el mayor problema que tienen los Estados Unidos, es el problema racial, el peligro negro. La raza negra, en vez de disminuir, está aumentando más y más en este país y hasta han pensado en utilizar métodos criminales, como la esterilización de los negros, para impedir su multiplicación, pero no han podido hallar ninguna solución. Los indios han desaparecido o se han mezclado con otras razas, pero los negros no desaparecen o, por lo menos, no tan fácilmente, aun cuando se mezclen.

—Pienso que los Estados Unidos constituyen un gran centro cultural, en el que pueden desarrollarse todos los hombres que desean aumentar sus conocimientos. Hay universidades, bibliotecas y escuelas al alcance de todas las clases. Hay mayores facilidades que en México en el terreno educacional. Por ejemplo, la biblioteca de Los Angeles, es muy superior a la de México, no porque contenga libros más interesantes ni más valiosos, sino porque está mejor organizada y porque cada nuevo libro que se publica, inmediatamente es adquirido por esta biblioteca, cosa que no sucede en México.

—Los inmigrantes mexicanos no se adaptan a la vida norteamericana moderna a causa de su falta de cultura. Por lo menos, yo he llegado a esa conclusión. Por lo que se refiere al problema de la inmigración mexicana a este país, en general, debo decir que las humillaciones, los prejuicios y la falta de estimación que se manifiestan hacia la raza mexicana aquí, se deben a la falta de cultura del pueblo norteamericano.

—La inmigración de mexicanos hacia los Estados Unidos no beneficia ni a México en general ni a los mexicanos en particular. En primer lugar, a causa de su falta de educación, los peones mexicanos no se adaptan a las costumbres de este país, sino que, al contrario, aprenden todo lo malo y eso es lo que se llevan cuando regresan. Aquí se les hace víctimas de todo tipo de explotación y se les humilla. También sucede que la mayoría de los inmigrantes se quedan aquí, aun cuando regresen de visita a México. Muchos de estos inmigrantes, que ni siquiera sabían lo que era una cama en nuestro país, aquí aprenden a conocerla, lo mismo que otras muchas cosas. Pero esto no implica ningún progreso, pues son hombres que se salen de México, cuando lo que necesita nuestro país es fuerza de trabajo.

—Una vez me invitaron a dar una conferencia en una ciudad de California, en la Cámara de Comercio. Más del 60 por ciento de los asistentes eran mexicanos, y el resto norteamericanos. Antes que yo, habló el director de una escuela local. Comenzó diciendo que la educación de los niños mexicanos constituía un problema porque no se adaptaban fácilmente al sistema norteamericano. Después dijo que los mexicanos eran “gente de color” y que, no obstante, gracias a la generosidad del pueblo norteamericano, se les consideraba como si fueran blancos y se les trataba igual. A pesar de esto, los mexicanos no se nacionalizaban norteamericanos. Yo había pensado pronunciar un discurso en favor de un buen entendimiento entre norteamericanos y mexicanos. Iba a hablar con verdadera inspiración, pero en vez de esto, tuve que contestar al director de la escuela. En primer lugar, le dije que no había tenido ninguna cortesía al dirigirse a un público, formado en su mayoría por mexicanos, en la forma en que lo hizo. Después le dije que pertenecíamos a la raza blanca, que en los consulados norteamericanos, cuando nos daban pasaportes mexicanos, nos clasificaban como miembros de la raza caucásica, y que no era verdad que tuviéramos sangre negra o de color en nuestras venas. Después hablé de la historia y de las glorias de México y le expliqué por qué los mexicanos no se americanizaban. El resultado fue que el primer orador pidió disculpas en público por los errores que había cometido.

—Aquí en Los Ángeles, he conocido a muchos paisanos que, porque eran muy oscuros de color o porque no podían hablar inglés, aunque fueran gente decente, eran víctimas de desprecios y humillaciones. Se les negaba acceso a algunos sitios públicos, especialmente a los balnearios y albercas y a algunos salones de baile.

—Por otra parte, los inmigrantes mexicanos en general que vienen a este país, se sienten atraídos por algunas comodidades que consiguen y por eso se quedan aquí por tiempo indefinido, aunque no cambien su nacionalidad.

—Pienso también que algún día habrá un serio conflicto entre México y los Estados Unidos y que no pasará mucho tiempo antes de que este país se apodere del territorio de la Baja California. Hay que estudiar

nuestras condiciones y nuestros problemas hasta el fondo para darse cuenta de esto. Pienso que se debería vender ese territorio. Hay ahora pocos mexicanos que vivan ahí y quizá la mayoría la formen los norteamericanos. Unos mil millones de dólares, en que podría venderse ese pedazo de tierra, podrían utilizarse para la formación de una buena flota de guerra mexicana, una verdadera flota aérea, plantas de municiones, para construir caminos y toda clase de medios de comunicación, algo que haría a México grande y quizá lo pondría al nivel de este país. Tarde o temprano, vamos a perder ese territorio y creo que sacaríamos más provecho vendiéndolo. Hay que tomar en cuenta que, si se diera este paso por motivos patrióticos, no habría nada censurable en él. Las ventas de territorios han sido cosa normal en todas las épocas y en todos los continentes. Además México saldría ganando y se podría presentar la cosa como si los Estados Unidos hubieran impuesto la venta.

PEDRO CHAUSSE

Pedro Chausse es un mexicano nacido en la capital de la República. Es hijo de un francés y de una mexicana y fue educado en México. Tiene 30 años de edad, es blanco, con pelo castaño.

—Antes de venirme a los Estados Unidos, cursé hasta el tercer año de preparatoria. Después dejé de estudiar porque se cerró la escuela a causa de la revolución. Como me uní a Carranza, fui primero a la capital. Cuando cesó la lucha y vi que no podía conseguir empleo, vine a reunirme con mi hermano que ya estaba trabajando en los Estados Unidos. Cuando llegué, ingresé a una escuela comercial en St. Louis, donde tomé un curso comercial de siete meses y aprendí inglés, pues aunque lo había estudiado en México, me faltaba práctica.

—Después de siete meses de estudio, comencé a trabajar para una compañía manufacturera con un sueldo de 40 dólares al mes. Trabajé ahí ocho años y llegué a ganar 250 dólares mensuales. Después regresé a México, para trabajar con mi hermano, que era representante de la misma compañía. Hace un año, en 1925, llegué a representante de la compañía como viajero en el norte de la República, con comisión sobre mis ventas.

—En mi opinión, el mexicano joven que se va a los Estados Unidos recibe las ventajas de una educación comercial práctica y se le despierta, desde luego, una mayor ambición de la que tenía antes de emigrar, pues se ve separado de su familia y dependiendo solamente de su propia habilidad para ganarse la vida. Hasta cierto punto, pierde el cariño por su hogar, porque ve que ahí el cariño filial no es tan grande como en México y que a veces, o, más bien, en la mayoría de los casos, los mexi-

canos se sienten inclinados a casarse con mujeres norteamericanas, puesto que, de todos modos, se tiene que amar a alguien. Es mi opinión particular que el gusto por la bebida se desarrolla mucho en los jóvenes mexicanos porque en la mayoría de los sitios adonde uno va a divertirse, la bebida es uno de los medios más comunes de crear entusiasmo.

—A pesar de la amistad aparente que se demuestra al extranjero en los Estados Unidos, puede verse fácilmente que el norteamericano se considera superior a los demás y que, por mucho tiempo que el extranjero viva en los Estados Unidos, nunca es aceptado como igual en todo, aunque continuamente se le invita a nacionalizarse ciudadano norteamericano, mostrándole todas las ventajas que tiene el ciudadano sobre del extranjero y que es muy difícil para éste alcanzar los puestos de gran responsabilidad. Por muy bueno que sea el trabajo de uno, nunca le conceden confianza absoluta. En las casas de huéspedes y en todas partes se nota que, aunque la gente lo trata a uno con respeto cuando no ha hecho nada malo, no lo reciben con el mismo espíritu que si fuera un norteamericano. Por ejemplo, en México tratamos de ser modelos de cortesía con el extranjero, les hacemos toda clase de favores y les allanamos todas las dificultades; mientras que allá, tratan al extranjero como el gachupín es tratado aquí.

—Supongamos que hay 100 mexicanos jóvenes que van a los Estados Unidos y que se están allá un año. Setenta y cinco se casan con muchachas norteamericanas y 65 o 70 se divorcian en un plazo de unos dos años después de su matrimonio. La razón es que la muchacha norteamericana es demasiado orgullosa y no puede adaptarse a la idea del hogar que el mexicano ha adquirido desde su cuna.

—En primer lugar, la mujer norteamericana es gastadora y nunca está dispuesta a ajustar sus gastos a lo que gana el marido. En segundo lugar, siempre tiene oportunidad para divorciarse, pues no ve esto con horror, como nosotros, sino como un medio de solucionar sus dificultades, reales o imaginarias.

—Yo soy católico por fe y sigo siéndolo. Aunque en los Estados Unidos nunca se hizo presión sobre mí en este sentido, de todos modos, cuando va uno con una muchacha a la iglesia siempre le preguntan a qué iglesia pertenece y le hacen ver las ventajas de la suya.

—Vivo aquí en México con mi familia como viví antes, y prefiero nuestras costumbres en todo, especialmente en la comida, pues la comida norteamericana me cae mal. Me parece que se prepara solamente con el fin de mantener a uno apto para el trabajo, ya sea físico o intelectual, pero no para agradar al paladar.

—Otra costumbre que es diferente a las de México es que allá los jóvenes siempre salen con muchachas cuando van a divertirse, en vez de salir solos. Aquí, en México, si uno va a un parque con una muchacha, lo menos que puede pasarle es que un policía se lo lleve a la delegación, mientras que allá pueden ser las doce o la una de la mañana y uno estar sentado en el parque y nadie le dice nada.

—Allá, por muy larga que sea la amistad, nunca lo ven como si fuera de la familia. Ellos serán siempre norteamericanos y uno extranjero.

MIGUEL PADILLA

—Inmediatamente que llegué a Nueva York, comencé a estudiar en la Universidad de Nueva York, pero sin éxito. No pasó mucho tiempo antes de que me diera cuenta de que no estaba preparado para los estudios universitarios, puesto que no hablaba ni entendía el inglés. Al tercer mes de estar en la Universidad, fui declarado un fracaso y dado de baja.

—Para mí este fracaso fue motivo de gran desaliento, puesto que durante los cuatro años anteriores había dirigido mis esfuerzos, a pesar de toda clase de dificultades, a ser universitario. Tuve que vagar por la gran ciudad de Nueva York, de la cual había oído tantas historias fantásticas, buscando trabajo. También tuve que dejar el dormitorio de la Universidad. El día que me salí y me mudé a una casa particular de las cercanías, estaba más desalentado que nunca. Era un día nublado y con viento y esto contribuyó bastante para hacerme sentir más desdichado. Como no sabía entonces que aunqu e un estudiante fuera echado de la Universidad por sus malos estudios podía ser readmitido, supuse que me habían echado para siempre. Por eso, estaba a punto de mirar por última vez a través de mi ventana, pero en ese momento sentí una esperanza tan grande de que algún día podría regresar, esperanza que pronto se convirtió en una firme convicción, que escribí en un librito, como objetivo final: "No me despidió de la Universidad."

—Un amigo mío me acompañó a Montgomery Avenue para arreglar lo de mi habitación, pues yo no sabía hablar. La casa me pareció demasiado elegante para mí, así que temí no poder quedarme ahí. Mi casera era una joven de unos 25 años, bonita, de un tipo netamente norteamericano, y aparentemente bien educada. Cuando mi amigo le entregó la carta de presentación que el Dean White me había dado, la joven pensó que era él quien quería el cuarto, pues era muy guapo. Vi que se desilusionaba cuando se enteró de que era yo. Mi cuarto era bastante pequeño y oscuro y estaba arreglado de tal manera que cualquier mexicano hubiera pensado que era un cuarto femenino. Me gustó el cuarto por su limpieza, pero la primera noche que dormí en él, todas mis ilusiones se desvanecieron. No había calentador de ninguna clase, además una fiesta ruidosa que duró toda la noche me impidió dormir. Mis esperanzas de vivir en un sitio tranquilo, en que se aliviara mi pena, se desvanecieron. Estaba muy disgustado con el dormitorio por el ruido que hacían los muchachos todo el tiempo y además también estaba desencantado por la casera y su casa. Pensé que la vida alegre era lo común en esa casa, pues en mi país había oído decir que todas las muchachas norteamericanas son frívolas, y yo lo creí más aún, porque la casera era soltera y vivía solamente con un hermano de once años. Pero al día

siguiente me sorprendió la quietud de la casa. "Debe estar cansada de sus bailes de anoche", pensé, pero pasaron semanas y meses, sin que volviera a haber ruido. Hasta creo que raras veces se encontraba en la casa. Lo cierto es que era una buena muchacha, tal como había pensado al principio. Siempre estaba en casa, pero muy tranquila. Posteriormente me contó que cuando yo había llegado a su casa, era justamente su cumpleaños. Por eso había habido fiesta. Desde entonces, me sentí muy contento de vivir en la casa de una muchacha tan buena. Esta fue mi primera experiencia con una muchacha y una casa norteamericanas.

—Esta fue, quizás, la parte más triste, al igual que la más pintoresca, de mi vida en los Estados Unidos. Sufrí mucho, pero también me reí mucho. En cada incidente y en cada fracaso, encontraba motivo de risa. A veces reía amargamente por mi fracaso y desilusión, y otras reía por mi sentido del humor, a prueba de adversidades.

—Apenas dejé la Universidad comencé a buscar trabajo. Todas las mañanas iba al centro con este propósito, mientras que por las tardes trabajaba en el laboratorio químico de la Universidad de Nueva York. El profesor X me había dado trabajo ahí para mis horas libres cuando era estudiante, y no me lo quitó cuando dejé la universidad porque comprendió que necesitaba de dicho trabajo. Su bondad fue una bendición para mí. Pero un día, fui llamado por el profesor que quería darme un consejo: "Quiero demostrarle mi aprecio —dijo— y creo que lo mejor es darle un consejo. ¿No comprende usted cuán desmoralizador es para usted y para otros estudiantes de la Universidad el que, aunque haya fracasado en sus estudios, siga trabajando en un empleo de estudiante?" No había terminado aún su pregunta cuando me sentí presa de resentimiento. No recuerdo si en esos momentos le respondí con el pensamiento que vino a mi mente: "Sabios y estudiantes frecuentemente son estrechos de criterio", que había leído en alguno de los libros de Schopenhauer, hacía tiempo. No pude dejar de pensar que era una mezquindad considerar el que yo me ganara la vida en la Universidad, como un mal ejemplo para los demás. Está seguro de que en circunstancias similares, cualquiera hubiera actuado en la misma forma en que yo lo había hecho. Él mencionó muchas razones para que yo me fuera, pero no le hice caso. No obstante, sus últimas palabras siguieron sonando en mis oídos: "Si quiere usted le prestaré diez dólares para que acuda a la agencia de empleos."

—No tengo necesidad de decir lo preocupado que estaba cuando salí de la Universidad. Después de dos semanas de errar por la ciudad sin haber podido encontrar empleo, me quedé sin un centavo y comencé a pasar hambres. Durante varias semanas tuve que vivir con un pan de diez centavos y agua como único alimento diario. Como consecuencia, sentí que el frío me helaba la sangre, ya que ése era el primer invierno duro que experimentaba en mi vida. Por esa época leí un folleto sobre los peligros de contraer la tuberculosis. Esto me asustó tanto, que se me metió la idea en la cabeza de que mis pulmones ya estaban afectados a

causa de mi mala alimentación y del frío. Esto se reflejaba, según pensaba yo, en mi rostro, pues a donde quiera que iba a buscar trabajo, me decían que tenía un aspecto débil. Finalmente, encontré trabajo en una fábrica en donde, para ganar tres dólares y medio al día, tenía que sellar 25 000 pequeños cubos de hierro. Además, tenía que llevar los cubos de un cuarto que estaba al lado. Las cajas en que estaban eran tan pesadas que apenas si podía moverlas. Pronto tuve que dejar el trabajo.

—Ensayé muchos oficios, pero aunque soy bueno para todo, no tuve éxito en ninguno. Dos meses sin trabajo. Cada día perdía más la esperanza. En esa época, no me importaba el tipo de ocupación a que me dedicara, por eso pedía trabajo en toda clase de fábricas. Un día, fui a una agencia de empleos. La muchacha que me atendió me preguntó, lo mismo que otras muchas me habían preguntado: “¿Qué es usted?” “Soy norteamericano”, respondí. Ella me miró con ojos incrédulos: “¿Quiere decir que nació usted en este país?”, preguntó. “No señorita, nací en la ciudad de México, pero México es también Norteamérica.” Se sonrojó, me miró enojada y respondió: “No hay nada para usted.”

—En una tintorería me preguntó un hombre brusco e inválido: “¿Qué quiere usted?” “Quiero trabajo”, respondí. “¿Tiene usted algún conocimiento de este oficio?”, preguntó. “No señor”, fue mi respuesta. “No es usted bastante fuerte para este trabajo”, dijo, pero después de una pausa agregó: “Bueno, podría darle trabajo abajo.”

—Después un hombre abrió una puerta a través de la cual vi unos cuantos hombres, medio desnudos, con expresiones cadavéricas en el rostro. El cuarto era oscuro y mal ventilado. De los tanques de tintes salía un olor pestilente, cuyo efecto seguramente era el motivo de la mala salud de los obreros. Comprendí que no podría soportar ese tipo de trabajo y que tenía que encontrar la manera de evadirme. “Venga por aquí”, dijo y comenzó a caminar por delante de mí para enseñarme el camino. “Ésta es mi oportunidad”, pensé, y aprovechando su defecto, comencé a cojear para imitarlo. Se puso tan furioso, que apenas si pudo tartamudear unos cuantos monosílabos, mientras que, al mismo tiempo trataba de lanzarme un terrible golpe.

—En una zapatería. Un chico judío de 16 años me grita el consabido “No hay nada” y después, con una tonta curiosidad, pregunta:

—“¿Es usted filipino?”

—“No señor, surafricano.”

—“¡Africano!, creía que todos ustedes eran negros.”

—“Claro que no, algunos de nosotros somos bastante blancos, ¿no me ve usted?” Y hacía esfuerzos por no reírme.

—“¿Está usted bromeando?” Nos miramos a los ojos y luego nos reímos. Cuando terminamos de reír le pregunté: —Bueno, bueno ¿sabe usted dónde está África?

—¡Ah, cálese, váyase de aquí!

—En una fábrica judía de cortinas para baño. No se hablaba ni una palabra de inglés en este lugar, excepto cuando llegaba el “gran jefe”

y me consolaba. No obstante, todos mis compañeros eran amables conmigo, a su modo, quizás porque yo no tenía prejuicios raciales. Uno de ellos se mostraba particularmente sociable conmigo. Frecuentemente me hablaba en su melodioso *yiddish*; como yo no sabía ni una palabra de este idioma, contestaba en el mío, expresando el primer pensamiento que se me venía a la mente, que era el recuerdo de la torre de Babel.

2. *Protestantismo evangélico*

Los casos de Lorenzo Cantú y Salvador Pérez sugieren la oportunidad de suponer que la comunidad inmigrante formada por los mexicanos más educados, encuentra algunas facilidades en el protestantismo evangélico; indica también que el inmigrante cuenta con mayores ventajas, al encontrarse en el medio norteamericano, cuando ha sido previamente americanizado por las misiones protestantes en México. Probablemente la iglesia protestante también haya contribuido a que Anastacio Cortés pudiera elevarse desde sus humildes comienzos; ha encontrado más que seguridad en la vida y propiedad en los Estados Unidos, ha encontrado también un papel importante en la comunidad.

SALVADOR PÉREZ

Este hombre es nativo de la ciudad de México. Tiene 24 años de edad y es mestizo. En una ciudad de los Estados Unidos, fundó un centro evangélico protestante. Entre sus numerosos asistentes hay muchos que se han convertido del catolicismo al protestantismo.

—Toda mi familia es de la ciudad de México. Mi padre era profesor de escuela, pero después puso una tienda en la capital. Hacia 1910, cuando comenzó la revolución, mi padre y toda nuestra familia, se fue para el norte de Chihuahua. Ahí fui a la escuela, pero cuando cayó Huerta, tuvimos que venimos a los Estados Unidos. Fuimos a un sitio situado al norte de Arizona. Mi padre era muy católico, pero mi madre era protestante, aunque entre ellos no había dificultades, nunca se peleaban, pues mi madre obedecía a mi padre en todo. Posteriormente nos fuimos a California y otro amigo y yo fuimos al Seminario Baptista de Los Angeles y comenzamos ahí nuestros estudios. Pero sucedió que una vez no teníamos más que cincuenta centavos entre los dos y solamente nos salvó un milagro divino. No habíamos comido en todo el día y los cincuenta centavos apenas si sirvieron para el desayuno. Pero entonces, el hermano

que estaba conmigo y yo comenzamos a rezar y dijimos a nuestro Señor Jesucristo que sabíamos que nos había enviado al seminario a estudiar y que sólo estábamos cumpliendo su voluntad y que debería tener en cuenta que apenas si teníamos para alimentarnos y que confiábamos en su bondad para que nos protegiera. Después nos pusimos a estudiar y cuál no sería nuestra sorpresa cuando, cerca de las diez de la mañana, llegó el cartero con una carta para mí procedente de Arizona, en donde no tenía ni amigos ni conocidos y en esa carta había un giro para mí por 10 dólares. Esto fue indudablemente un milagro, pues en nuestras oraciones habíamos dicho a Jesús que no queríamos pedir ayuda más que a Él y que sabíamos que no quería que saliéramos a pedir limosnas. Después de eso nunca nos faltó nada, pues continuamente llegaban giros de personas a quienes yo no conocía, proporcionándonos la ayuda necesaria para continuar nuestros estudios en el seminario. Creo que algunos de esos giros provenían de algunos hermanos cristianos que me habían conocido en alguno de los Centros Baptistas o en algunas de las convenciones, pero es seguro que el primer dinero no pudo haber llegado en un momento más oportuno, después de que habíamos pedido con tanto fervor a Cristo, nuestro Salvador.

—Estuve cuatro años en el seminario y durante todo ese tiempo nunca me faltó un centavo para sostenerme. Además, tenía suficiente hasta para ayudar a mis compañeros. En el último año, regalé cerca de 160 dólares o quizás más, pues no tomaba más que lo que era necesario para mi sostenimiento y lo que sobraba se lo daba a los hermanos más necesitados. Cuando no estudiábamos, salíamos a ayudar en las misiones bautistas en Los Angeles, predicando en diferentes lugares. Teníamos un grupo formado por hermanos de distintas razas y de todas las nacionalidades, hasta japoneses. Posteriormente, cuando dejé el seminario y me dediqué a cuidar algunas iglesias, reuní a toda mi familia. En una de las ciudades de California, Dios me impuso una prueba que quizá haya sido la más dura de toda mi vida. Esto sucedió, cuando mi padre aprendió “espiritismo” de un profesor mexicano que estaba en Los Angeles. Adquirió tal poder, que hacía cosas malévolas. Creo que el diablo se había posesionado completamente de él. Mi padre podía levantar dos personas, una con cada brazo, con extraordinaria facilidad, podía hacer que se moviera una mesa sin siquiera tocarla y otras cosas semejantes. Se acostaba boca abajo en el piso y hacía que le pusieran piedras y otras cosas pesadas en la espalda y todo lo sostenía con notable facilidad. Todos decían que hacía muchas cosas que sin duda se debían al poder del diablo. Todo el mundo admiraba lo que hacía y decía, y por esta razón nosotros sufríamos mucho. Cuando me hizo sufrir más, fue cuando se volvió casi loco.

—“Ven acá, hijo —me dijo—, pon tus brazos en cruz.” Estiré los brazos y él me puso dos piedras pesadas en las manos y me dijo que cerrara los ojos. Después dijo que tenía su vida en mis manos y que si tiraba yo esas piedras, podría morirse. Yo no le creí, pero de todos modos, tenía miedo de tirar las piedras, primero porque tenía miedo de que de verdad se

muriera, y después porque pensé que eso lo enojaría mucho y podría hacerme algún daño. Después comenzó a saltar en el patio y todos lo vieron y dijeron que estaba loco y llamaron a la policía. Entonces entró a la casa y me pidió que no permitiera entrar a la policía. Me estacioné frente a la puerta y no quería dejar entrar a la policía, pero entraron por la fuerza, rompiéndome casi un brazo. Entre cuatro lo atraparon y lo metieron al camión que llevaban. Yo me fui siguiendo la ambulancia, y cada vez que estaba a punto de alcanzarla, los policías me pateaban y me golpeaban en la cara. Finalmente se detuvieron en una botica y compraron una droga para tranquilizarlo. Yo le grité: "¡Padre, no tomes eso!" En cuanto me vio, aventó a todos los que lo sujetaban y se salió. Después dejó que el boticario, que era amigo nuestro, lo llevara tranquilamente a la estación de policía. De ahí lo llevaron al manicomio del Estado. Ahí permaneció mucho tiempo, hasta que un hermano bautista fue a verlo y comenzó a hablarle de Jesús. Entonces, como si le hubieran quitado una venda y se le abrieran los ojos, mi padre dijo.

—“Sáquenme de aquí, ya estoy bien.”

Y así fue. Salió del asilo perfectamente sano. Posteriormente se convirtió, hizo su profesión de fe y fue bautizado en la iglesia bautista. Actualmente vive en una población de California, junto con mi madre y la familia, pues uno de mis hermanos es pastor de la Iglesia Mexicana-Bautista de allá. Como han adquirido algunas propiedades, se han asentado ahí permanentemente. En una misión de San Pedro, California, me casé con una hermana que era misionera bautista. Es norteamericana, pero ha estudiado un poco de español en las escuelas de California. En las misiones ha aprendido más español, para poder predicar a los mexicanos y desde que se casó conmigo ha practicado mucho el español. En la iglesia realizamos trabajo social, pero solamente con el propósito de llevar la luz de Jesucristo a los corazones de todos los hermanos, para convertirlos. Muchos ya han sido convertidos. Algunos eran católicos y practicaban esa religión con sinceridad, pero se han convertido a nuestra religión. Otros eran metodistas. Tenemos algunos hermanos que antes estaban muy desorientados y cuando entraron a nuestra iglesia cambiaron completamente.

—Muchos han salido también de la prisión convertidos, pues entre el pequeño grupo de trabajadores sociales que tenemos, algunos de los hermanos se encargan de visitar las cárceles los domingos y predicar ahí, y hay que reconocer que muchos hermanos mexicanos han salido ya convertidos y ahora viven honradamente de su trabajo. Cada semana damos consulta médica gratis; un doctor norteamericano viene a las iglesias y examina a los pacientes y les da medicina, ya sean católicos o bautistas, pues invitamos a todos. No hemos podido lograr que venga ninguno de los médicos mexicanos establecidos en esta ciudad porque, aunque no sean católicos, temen perder su clientela si se dedican a curar evangelistas, según nos han dicho. Aquí tenemos muchas dificultades, pues los católicos disponen de gran poder e influencia y los católicos mexicanos siguen siendo tan fanáticos aquí, como lo eran en México. No obstante,

tenemos fe en Dios y cada día esperamos convertir un número mayor de almas. En nuestra iglesia tenemos también departamento de baños para hombres y mujeres. Son baños de regadera y no cuestan nada. Solamente les cobramos 10 centavos a los que quieren agua caliente. Mexicanos de todas las religiones vienen aquí a bañarse y a todos los tratamos igual. Somos muy tolerantes y solamente queremos que vayan a nuestra iglesia quienes estén convencidos de que predicamos la verdad. También tenemos un kindergarten para niños mexicanos, una clase para niños mayores y clases nocturnas en las que enseñamos inglés. Tenemos una biblioteca con libros en inglés y en español. De estos últimos tenemos una pequeña colección, especialmente los de Orison Sweet Marsden y otros como *Lo que el joven debe saber*, *Lo que la esposa debe saber* y otros parecidos, además de una colección de folletos en español. Además, los hermanos siempre están comprando libros en español para donarlos a la biblioteca. Tenemos historias de México, gramáticas españolas y otras obras que se han quedado aquí, de modo que todos los hermanos puedan leerlas. También tenemos una pequeña orquesta, dirigida por la hermana Parral, de la ciudad de México. Su esposo, es maestro aquí. Vinieron hace mucho tiempo, pero tuvieron que regresarse, porque el marido no encontró trabajo más que de lavador de platos. En la iglesia hay numerosos clubes. Uno de ellos organiza fiestas con bastante frecuencia.

—Uno de los hermanos, que es bastante joven, ha escrito varias piezas dramáticas, que hemos representado con mucho éxito. Cuando yo llegué al centro bautista, nadie creía que pudiera hacerme cargo de la iglesia, porque era demasiado joven y ya se sabe que “nadie es profeta en su tierra”. Pero Jesús es muy grande. Él se sacrificó por salvarnos y dijo que sus apóstoles habían de poder predicar sus enseñanzas en su propia tierra y eso es lo que yo he hecho. Puedo decir que he recibido en esta ciudad la mayor parte de mi educación. Aquí fui a la escuela elemental y a la secundaria. Pasé aquí los primeros años de mi juventud, así que soy muy conocido. Vamos progresando lentamente y esperamos poder construir las dos unidades que nos faltan. Una es la iglesia, que estará en la esquina del terreno que poseemos, y la otra es una unidad de dos pisos que se agregará a la escuela. Tendrá un buen gimnasio y espacio para las actividades del centro. Habrá también espacio para un jardín de flores y para los servicios de predicación durante el verano, cuando es necesario que todo se haga al aire libre. Yo pienso que las diferencias que se aprecian entre los mexicanos y los norteamericanos se deben al hecho de que no se entienden entre sí. Por lo menos, esto es lo que ha resultado del estudio psicológico que he realizado. En Los Angeles, estuve observando durante mucho tiempo a un viejo mexicano. Un día le dije intencionalmente algo contra México y algunas cosas en favor y otras en contra de los norteamericanos. Entonces comenzó a defender a los norteamericanos con tanto entusiasmo como a México. Este hombre era mexicano, pero había vivido mucho tiempo en los Estados Unidos y tenía muchos amigos norteamericanos. De mí, debo decir que soy mexicano y que nunca he pensado siquiera en cam-

biar mi nacionalidad. Pienso que todo mexicano debe sentirse orgulloso de serlo, aunque los norteamericanos creen que sólo los Estados Unidos son una gran nación. Es cierto que es grande, pero eso no significa que sea, en todo, superior a la nuestra. Pienso que debería haber un buen entendimiento entre los dos países. Pero como no se conocen entre sí, no se comprenden. Lo veo claramente aquí, por ejemplo. Hay en esta ciudad, más de 5 000 norteamericanos bautistas y ni siquiera cincuenta han venido a visitar el Centro Bautista. Y lo que es más, muchos de ellos ni siquiera saben que existe, aunque contribuyen con dinero para su sostenimiento y somos de la misma religión. Por el contrario, todos los mexicanos, cualquiera que sea su religión, saben que existe este centro.

LORENZO CANTÚ

Lorenzo Cantú es ministro bautista, blanco, nativo de Durango, México. Ha vivido durante muchos años en los Estados Unidos. Ha establecido varias iglesias bautistas. Tomó parte en la Convención Bautista que se celebró hace algún tiempo en El Paso, Texas.

—Nací en Durango. Mis padres, mis hermanos y todos mis parientes, eran católicos. Todos eran muy pobres. Cuando empecé a crecer, me dediqué con entusiasmo al estudio, con la esperanza de llegar a ser algo. Era ya bastante grande cuando, por pura curiosidad, comencé, en compañía de un amigo, a visitar los centros evangélicos que había entonces en Durango. Como nos daban textos, folletos y papeles, yo los leía con interés, pero con sospechas, pues pensaba que tenían relación con la labor del diablo. Poco a poco dejé de rezar por la noche a la Virgen de Guadalupe. Pero una noche, que recuerdo muy bien, me pareció que me hablaba y me decía: “Lo que estás haciendo es muy malo, el diablo te está ganando, ya no vayas a esas casas de los protestantes evangelistas.” Asustado por la visión, dejé de ir a esas casas y de leer sus folletos. Aunque nuestra familia era muy pobre, mis padres tenían lo suficiente para ayudarme y que pudiera estudiar; pero además yo tenía una novia y pasaba mucho tiempo con mis amigos. Hasta un día le llevé un gallo con 14 músicos. Un domingo, fue a visitarme un amigo y me invitó a dar un paseo. Le dije que saldría con él, siempre que no fuéramos a ver a los evangelistas. Estuvo de acuerdo. Fuimos de un sitio a otro y finalmente me dijo: “Ven, vamos al salón de los evangelistas. Sólo para oír lo que dicen, sólo por curiosidad.” Consentí y fuimos. Mi amigo me había dicho que iba a predicar un buen orador al que valía la pena oír. Fuimos, y esta vez quedé convencido. Ese predicador dijo cosas que eran verdad y que me abrieron los ojos. Después comencé a volver de nuevo, al principio con temores. En mi casa, cuando se die-

ron cuenta de que cambiaba de religión, empezaron a molestarme. Mis amigos se alejaron de mí y hasta mi novia me abandonó y parecía que fuera yo un leproso, pues nadie quería juntarse conmigo. Decidí dejar mi casa y logré entrar al seminario bautista de Durango. Ahí comencé a estudiar teología y otras ciencias, al mismo tiempo que estudiaba inglés. Algunos hermanos me ayudaban con mis gastos, lo mismo que el hermano norteamericano que dirigía el seminario. Además trabajaba, llevando los libros de cuentas de una casa comercial y haciendo algunos trabajos en el seminario. No obstante, como el director de este seminario era norteamericano, era un poco egoísta, como lo son todos. Solamente ayudan a uno o le ofrecen oportunidades para que llegue a determinado lugar, y después ya no quieren que avance más. Eso fue lo que sucedió conmigo. El director ya no quería que yo avanzara más, pues ya había terminado mis estudios en el seminario. Durante las últimas vacaciones, le dije que estaba enfermo y que iba a El Paso a curarme. Llegué a El Paso y con la ayuda de algunos hermanos, conseguí ser admitido en la escuela de Waco, Texas. Ahí hasta limpiaba los suelos para poder continuar mis estudios. Recibí nueva ayuda y seguí estudiando con entusiasmo. Después logré pasar a una universidad bautista en Missouri y ahí terminé mis estudios. Ya en ese lugar no tuve que sacrificarme tanto, pues daba clases de inglés y español y otros medios para sostener mi carrera. Cuando terminé ahí, me fui a otra ciudad del norte en donde fundé la primera Iglesia Bautista Mexicana en ese lugar. No solamente predicaba ahí, sino que también establecí un periódico, y organicé varias sociedades mexicanas de ayuda mutua. Finalmente, llegué a ser miembro importante de la colonia mexicana en dicha ciudad; hasta podría decir que un doctor mexicano y yo, la dominábamos y trabajábamos sin descanso por su progreso. Por mi parte, yo deseaba ayudar a mis paisanos en todo lo que podía y no perdía oportunidad de hacerlo. Les conseguía trabajo, les servía de intérprete y los sacaba de la cárcel; les daba algo de comer, conseguía carbón para los pobres en el invierno y leche en el verano. Realizaba esta labor social, primero, porque eran mis paisanos, y después porque era mi deber, y también con el fin de atraerlos a la iglesia bautista, cosa que resulta muy difícil. Mis paisanos siguen siendo tan fanáticos aquí como en México y más aún cuando hay sacerdotes católicos que los asustan. Muchas veces fui a ver a los capataces y jefes de los trabajadores mexicanos y siempre me dijeron que eran los mejores en el trabajo y que sus virtudes eran más que sus defectos.

—Pienso que, en general, los norteamericanos tratan muy bien a los mexicanos; pero son muy egoístas, y solamente dejan subir a uno hasta cierto punto, después quieren cerrarle el camino para poder controlarlo siempre. Pienso que la América Latina es uno de los botines que persiguen, y por esta razón todos los hispanoamericanos, que forman una sola raza, deben unirse para defenderse. Una de las cosas malas que hacen algunos de los predicadores norteamericanos es querer americanizar a nuestros países. Eso es un error. Pienso que puede uno ser bautista o pertenecer a cualquiera

otra religión sin perder su patriotismo. Por lo tanto, pienso que el presidente Calles ha hecho bien al ordenar que todos los sacerdotes, de cualquier religión que sea, sean mexicanos. Yo he estado encargado de otras muchas iglesias bautistas. Vine aquí hace muchos años y establecí la iglesia de la cual soy pastor. Tengo cerca de veinte hermanos y todos trabajan con entusiasmo. Aquí el terreno no es propicio, pues la mayoría de los mexicanos que viven aquí son católicos y los sacerdotes tratan de hacernos todo el daño que pueden. Pero nosotros proseguimos con la labor que Dios nos ha encomendado. Yo me casé en Durango, hace varios años. Mi esposa y mis hijos están en San Antonio. Allá compramos una casita, pues tengo el propósito de vivir allá permanentemente. Pienso establecer un periódico informativo y doctrinal. Naturalmente no lo pondré directamente bajo la dirección de la iglesia, pero llevará la propaganda de tal manera, que no se note que está al servicio de la religión bautista. En los últimos años, he servido aquí como tesorero de una organización interreligiosa. En un cuartito que está atrás de la iglesia de la que soy pastor, tengo mi cama, que tiendo todas las mañanas. Ahí vivo y tengo mis libros. Aprendí un poco de griego y de latín y ahora estoy tomando un curso de sociología en la Universidad, y otro de literatura norteamericana. Estoy preparando un libro, que escribiré en inglés. Todos los días, escribo mis pensamientos en inglés para conservar la práctica y perfeccionarme en este idioma. Soy tan patriota-mexicano como cualquiera y no he cambiado mi nacionalidad, ni pienso hacerlo por nada del mundo. Y con la idea de no perder nunca la visión de mi México, cada dos o tres años voy a diferentes partes de la República. La he recorrido casi toda. Aquí en los Estados Unidos nunca dejo de celebrar las fiestas patrias mexicanas. Tomo parte en ellas y coopero para su celebración en todas las formas posibles. Aunque algunos de mis paisanos parece que me temen, a causa de la religión que profeso. Pero eso es solamente porque no se han desprendido del fanatismo. Otro de los sueños que acaricio y que espero que Dios me conceda realizar es visitar los países hispanoamericanos a fin de conocer a mis hermanos de raza y predicarles.

ANASTACIO CORTÉS

Anastacio Cortés y su esposa son nativos de Fresnillo, Zacatecas. Él era arriero y realizaba largos viajes a través del interior de la República con su recua de mulas. Fue a la escuela de la aldea sólo durante un año, cuando era muy pequeño, ya que tenía que ayudar a su padre como arriero. Se casó a los 19 años de edad. Ahora tiene 47 años. Cuando se murió su madre, como ya no había nadie que les cocinara ni les lavara la ropa, se vio obligado a casarse. Posteriormente murió su padre y se fueron a vivir con unos parientes en Torreón. Después se fue a trabajar en una mina de Santa Rosalía, en Chihuahua. Ahí vivió feliz, emborrachándose los sábados por la noche y siguiendo con la borrachera todo el

domingo. Algunas veces se quedaba tirado en la calle. Nunca le sobraba ningún dinero y sus tres hijos andaban descalzos y su esposa se veía obligada a andar andrajosa. Cuando se paralizó la mina a causa de la revolución, dejó a su familia y vino a Arizona a buscar trabajo en una mina. Se vino casi con la intención de abandonar a su familia. Trabajó un poco en las minas de Arizona porque tampoco ahí había mucho trabajo, y después se vino a Los Ángeles con otros trabajadores. Aquí no pudo encontrar trabajo. Había días en que no comía nada y cuando dormía con otros compañeros, tan pobres como él, sólo encontraban un cuarto lleno de chinches. Fue entonces cuando comenzó a echar de menos las caricias de sus hijos y los cuidados de su esposa y se comunicó nuevamente con ellos, con la esperanza de encontrar pronto trabajo y poder traerse los con él.

En el parque había miles de mexicanos sin trabajo y sin dinero, que se reunían allí; una vez oyó hablar a un predicador y se interesó tanto en lo que éste dijo que comenzó a asistir a la iglesia protestante. Cambió completamente; dejó de fumar y de beber y encontró trabajo como tonelero. Trabajaba duro y ganaba cinco dólares al día. Después trajo a su familia a los Estados Unidos y lo ayudaron a trabajar, pues la esposa se hizo cargo de una casa de huéspedes, de modo que la casa les salía gratis. Pronto comenzaron a ahorrar y él comenzó a pagar los abonos de una casa y un terreno que compró. Pasaron siete años. Después comenzó a trabajar en una empresa funeraria y como era muy industrioso y cumplido, se ganó la buena voluntad de los propietarios, hasta el grado de que lo hicieron socio del negocio. Aunque eran norteamericanos, hacían muchos negocios con los mexicanos. Durante los siete años, trabajó en la pavimentación de calles en Los Ángeles. Ese trabajo siempre es bien pagado. Solamente los mexicanos aceptan ese trabajo porque pueden resistir mejor el calor y la lluvia. Ganan hasta cincuenta dólares a la semana por nueve o diez horas de trabajo al día.

En el trabajo de pompas fúnebres aprendió mucho. Cuando estaba muy interesado en el negocio, envió a su hijo José, que habla muy bien inglés, a tomar un curso de embalsamamiento. Después los dos trabajaron juntos en la agencia de pompas fúnebres. Después tuvo un disgusto con los propietarios, porque, según dice, un hombre le robó cerca de 4 000 dólares. El asunto está aún en los tribunales. Entonces dejó el negocio en que había aprendido este oficio y se estableció por su cuenta. Pero como vio que los mexicanos entre quienes hacía sus negocios estaban en muy malas condiciones económicas, y cuando vio que se concentraban a vivir en el barrio en que él estaba, fue el primero en colocar un teléfono, más que nada por ayudarlos. Sus hijos hablan todos inglés y ayudan a sus paisanos mucho, hasta sirviéndoles de intérpretes en los tribunales. Su hija Elena es la que se encarga de todos los asuntos administrativos del negocio, su hijo José es el que embalsama. Don Anastacio arregla todo lo relacionado con los funerales.

La apariencia de este hombre es completamente indígena y habla un

inglés muy defectuoso. Pero a pesar de su apariencia y de su falta de cultura es muy estimado entre los norteamericanos por su buena conducta y su honradez comercial. Tiene crédito ilimitado en las casas comerciales. Sus hijas han ido a la escuela norteamericana y han tenido maestros de música, porque a sus padres les gusta oír música mexicana. Tanto el padre como la madre asisten con entusiasmo a las fiestas patrias mexicanas y ayudan financieramente con sus propios esfuerzos a todas las organizaciones mexicanas. Don Anastacio es ministro protestante de una iglesia metodista, la cual al principio tenía un local muy chico, pero ahora, después de un año de entusiasta labor, tiene un edificio muy bonito, aunque es solamente de madera. Don Anastacio no es fanático y es bien recibido por los sacerdotes de la comunidad, que le piden su ayuda cuando es necesaria y que él presta con mucho gusto. Es un gran patriota y llora como un niño cuando oye que se dice algo en nombre de México. Dice que si se le exigiera que cambiara su nacionalidad, tomaría sus pocas pertenencias y a sus hijos y se iría, aunque fuera a pie, y que si tuviera que elegir entre perder el producto de su trabajo y su nacionalidad, preferiría quedarse desnudo, pero ser siempre mexicano. Ha enseñado a sus hijos que se sientan orgullosos de ser mexicanos, y se enoja cuando los muchachos hablan inglés en la casa. Cuando se presentó el problema de establecer una escuela para mexicanizar a los niños de la población, él proporcionó el edificio y lo construyó según las instrucciones del maestro, además de que puso dinero de su bolsa para muchos de los gastos que originó la construcción. Respeta mucho las ideas y las creencias de los demás. Desea para México una verdadera prosperidad; hace un año fue a México, con la idea de establecerse allá con su capital y su negocio, pero vio que allá está todo todavía muy atrasado y desorganizado y ahora solamente espera dormir su último sueño en territorio mexicano. Su esposa es también muy mexicana, a veces hasta fanática. Ella preferiría perder todo, incluyendo su religión, antes que su nacionalidad.

Como sus hijos han sido educados en el amor a México, se pelean en la escuela cuando alguien les dice que son gringos o pochos, y dicen que son indios mexicanos, como su padre. Don Anastacio da dinero para las pláticas de propaganda que se celebran en el auditorio de la escuela mexicana y preside todas las reuniones culturales. Dice que si se porta de esta manera, es porque es tan oscuro que no puede negar que es mexicano y no quiere ser una vergüenza para el país que adora. Espera que mejore la situación en México, pues tiene grandes deseos de regresar. Las autoridades municipales locales tienen muy buena opinión de él y lo consideran como un elemento valioso. Como conocen sus ideas, nunca lo molestan con que se americanice.

La casa de don Anastacio es semejante a todas las de la clase media mexicana. Sus muebles son americanos, pero sus decoraciones son de trabajos de gancho, hechos por la hija mayor y la madre, en los colores vivos de la clase media mexicana. El edificio en el que tiene su establecimiento de pompas fúnebres es de concreto reforzado y de estilo español. Ahora

tiene ocho buenos automóviles que usa en su negocio, además de uno propio y otro de su hijo.

Comen estilo americano, pero de vez en cuando también comen enchiladas o mole. La influencia del medio norteamericano hace que no les den café a los muchachos y menos chile y tortillas. Sus ropas son americanas y el niño pequeño tiene ropas muy buenas, aunque le gusta andar descalzo y sucio. La esposa es descuidada en su trabajo doméstico y no anda bien arreglada.

En la sala de esta familia hay decoraciones y cuadros con temas americanos y al mismo tiempo águilas mexicanas y cuadros de los héroes de la independencia. Don Anastacio tiene una semejanza sorprendente con Benito Juárez y se siente muy orgulloso cuando algún niño le pregunta si el retrato de Juárez que está en la pared es el suyo.

Aunque su manera de hablar demuestra su falta de instrucción, nota cómo hablan los demás y trata de corregirse. Dice que nunca es demasiado tarde para aprender, y que mientras viva estudiará. Quiere que sus hijos obtengan la mejor educación posible, aunque no quiere que sean profesionales o artistas, sino trabajadores industriales. Dice que sus hijas deben aprender a sostenerse como si no tuvieran dinero y nunca se hubieran de casar. Mantiene la tradición mexicana de no permitir que las hijas salgan solas y menos aún les permite que tengan amigos. No les permite ir a bailes y nunca van a teatros, ni norteamericanos ni mexicanos, porque dice que ahí exhiben frecuentemente obras inmorales. Nunca habla de religión con nadie y muchos no saben que es protestante.

3. *Periodismo y dirección*

Las declaraciones hechas por Santiago Lerdo, Alonso Galván y Pablo Puerto Orellano, representan la asociación entre la educación, el pensamiento liberal, la actividad política y el periodismo.

Esta oportunidad para dirigir, indudablemente que se ha pasado de México a las colonias de inmigrantes formadas en los Estados Unidos.

SANTIAGO LERDO

Es fundador de un periódico.

—Vine a este país por primera vez en 1900. Siempre fui enemigo de la administración porfirista y atacé al dictador en mis periódicos de Veracruz, que es mi ciudad natal. Posteriormente, me he convencido de que don Porfirio, a pesar de todo, era un gran administrador, un gran hombre y que, desde que cayó, todo se ido a los perros, hasta los valores morales. Actualmente todo se valoriza en nuestro país en términos de dinero. Hasta

los hombres tienen su precio. Como mi padre era español, en mi juventud fui a la Escuela Naval en España. Pero me salí de esa escuela porque no podía soportar la disciplina que se exigía en ella. Regresé a Veracruz y me dediqué a muchas actividades, entre ellas al periodismo. Tenía un diario en el que atacaba al presidente Díaz muy duramente y por ese motivo tuyo que salir del país. Estaba en los Estados Unidos poco antes de que comenzara la revolución de Madero y regresé inmediatamente a Veracruz. Cuando Huerta subió al poder lo atacé con todas mis fuerzas, tan fuertemente, que mi periódico fue clausurado varias veces y también me metieron a la cárcel en diferentes ocasiones.

—Una vez iban a lincharme aquí. Fue en la época de la guerra entre España y Estados Unidos. Cuando explotó el Maine yo dije que era un pretexto de McKinley para hacerle la guerra a España y controlar a Cuba. Eso promovió una gran conmoción y se reunieron muchas personas en los tribunales con el objeto de lincharme. Salí y les dije que no me condenaran sin juzgarme. Después expliqué sobre un pizarrón que los españoles no pudieron haber volado el barco. Se los demostré gráfica y científicamente, de modo que hasta me aplaudieron.

—He vivido durante mucho tiempo en Nogales y casi siempre he estado mezclado en la política de México. Aquí en los Estados Unidos he dicho la verdad a las autoridades cuando han tratado mal a los mexicanos. Pero, fuera de algunos malos tratos, que he recibido personalmente, no tengo quejas contra este país y pienso que aquí en Arizona es uno de los sitios en donde menos mal tratan a los mexicanos. Hay algunas distinciones odiosas, pero en general, el mexicano que obedece las leyes y sabe portarse bien, no es molestado, sino que se le tienen consideraciones. Muchos mexicanos tienen propiedades aquí y han encontrado la manera de ganarse la vida y vivir cómodamente. Por lo que se refiere a los hispanoamericanos (en esta región dichas personas descienden de españoles o de mexicanos y han nacido en Arizona, Nuevo México y Texas), según lo que he visto, no pienso que maltraten a los inmigrantes mexicanos. Más bien creo que es el inmigrante mexicano el que trata mal al hispanoamericano, especialmente cuando se trata de la celebración de las fiestas patrias en septiembre o del 5 de Mayo. Casi siempre sucede que los mexicanos nacidos aquí celebran esas fiestas con más entusiasmo y más éxito que los inmigrantes mexicanos, y de ahí surgen dificultades. Empiezan a discutir y se excitan y salen a relucir las diferencias que hay entre ellos. Para los hispanoamericanos en general, el 4 de julio pasa casi inadvertido, a pesar de que es la fiesta que deberían celebrar, pues es lo que se les enseña en la escuela desde que son pequeños.

—Yo fui educado en una escuela jesuita, pero no soy fanático. Siempre he tomado parte en las luchas liberales, y aunque no tengo nada que ver con el actual conflicto religioso, pienso que el gobierno tiene más o menos razón en las medidas que ha tomado y en las leyes que trata de imponer. Pero yo no soy extremista ni de ideas ni de tendencias. Como ya estoy viejo, no me meto en las cosas, aunque siempre me gustó meterme en la

política y en las luchas sociales. Ahora me dedico a mi periódico, a la Liga Protectora Latina y a otros trabajos que tengo. Tengo que cuidar a tres niños pequeños de Miguel Bernal, un mexicano que fue asesinado por un americano. Este americano lo había hecho firmar una póliza de seguro por accidente por 50,000 dólares, y se dice que lo mató con el fin de cobrar la póliza. No obstante, el hecho es que el asesino ha sido sentenciado a morir en la horca. Es el primer caso en que se sentencia a muerte a un norteamericano por haber matado a un mexicano y se sienta un nuevo precedente. Casi siempre, en los pleitos que van a los tribunales entre americanos y mexicanos, dan la razón al americano, aunque no la tenga, y es muy raro que hagan justicia a los mexicanos. No obstante, en unas cuantas ocasiones, ha sido posible salvar a los mexicanos de la horca. El juez me nombró tutor de los niños y tengo a mi cargo 11,000 dólares que les pagó la compañía de seguros, pues, aunque la póliza fue considerada ilegal, la compañía aceptó pagar esa cantidad con tal de no ir a los tribunales. El dinero está depositado en el banco. La mayor parte lo he invertido en un rancho y en propiedades a nombre de los niños y así como en pagar su educación. Estaban en una escuela católica, pero tuve que sacarlos porque no estaban bien. Parece que se estaban haciendo tuberculosos, por eso los mandé a un rancho. Ahí se encuentran bien cuidados y al aire libre, y se están reponiendo. Cuando estén bien otra vez, volverán a la escuela. La madre de estos niños murió unos cuantos meses antes que el padre, sin que se sepa por qué razón, de modo que se supone que el mismo americano la envenenó o la hizo morir de alguna otra forma.

El señor Lerdo dice que él tiene 12 hijos, algunos de los cuales viven en los Estados Unidos y otros en México.

GONZALO CLARK

Gonzalo Clark ha vivido en Houston durante cerca de diez años. Su padre fue inglés y su madre una india mexicana. Por eso tiene aspecto de indio, aunque sus ojos son azules y destacan en su piel morena. El señor Clark no habla inglés. Actualmente publica una revista semanal humorística que él mismo imprime en una pequeña prensa propia, que compró en abonos; es una prensa de mano con varias cajas de tipos. Tiene todo el equipo de una pequeña imprenta. La revista tiene ya varios años de existencia. La distribuye gratis, pero ha logrado conseguir muchos anuncios. En la misma imprenta ha establecido una librería. Vende novelas mexicanas, como *El automóvil gris*, *Heraclio Bernal* o *El Rayo de Si-*

naloa, Pancho Villa, La hija del cardenal y otras obras que gustan a los mexicanos.

—Desde pequeño me gustó el periodismo —dice el señor Clark—. Todavía estaba en la escuela cuando comencé a publicar mis hojitas. Aprendí el oficio de impresor por mi amor a la prensa. En Guaymas, donde pasé toda mi vida hasta que vine a Tucson, fui una vez miembro del personal de la aduana. Llegué a ser uno de los miembros más importantes de dicho organismo en la época de don Porfirio, y hasta llegué a estar temporalmente a cargo de la administración de la aduana. Según la ley, tenía derecho al sueldo de administrador y así lo pedí a la Secretaría de Hacienda, pero me dijeron que esperara y hasta ahora no me han respondido. Gracias a mis esfuerzos pude establecer una moderna imprenta, en la que publicaba varios periódicos. Como siempre me ha gustado decir la verdad, siempre la he dicho. No me importaba quién estuviera en el gobierno. Cuando hacían algo bueno, lo publicaba, y lo mismo cuando hacían algo malo. Muchas veces quisieron comprarme, pero yo nunca quise recibir subvención oficial. Recuerdo que en tiempos de Huerta, cuando el general X era el jefe de la guarnición de Guaymas, iban a fusilarme por hablar demasiado, aunque siempre decía la verdad. Yo sabía, lo mismo que todo el mundo, que en el buque insignia Tampico, de la flota nacional del Pacífico, había habido una orgía en la que los soldados y marineros se habían llevado como 50 muchachas de todas clases al barco. Ahí se emborracharon y cometieron toda clase de abusos. Yo protesté por el hecho en mi periódico. Entonces me arrestaron y el general dijo que sabía quién me había pagado por publicar la noticia. Pensaba que se trataba del capitán de otro barco, que estaba enojado con el capitán del Tampico. Le respondí al general que admiraba su sabiduría, pues sabía al respecto más que yo, porque la verdad es que nadie me había dado ni un centavo. También me dijo que sabía quién había escrito el artículo. Le respondí que le apostaba lo que él quisiera a que lo había escrito yo mismo. Primero, le podía mostrar la colección de periódicos que había publicado desde que era chico, y después, le dije que sin leer el artículo lo podría repetir palabra por palabra, con los puntos y comas, y que si cometía un error con una sola coma podría hacer conmigo lo que quisiera. Pero él no quiso someterme a esa prueba, sino que ordenó que me llevaran prisionero y ordenó a la brigada que al día siguiente me fusilaran. Me llevaron al frente de los soldados y él dijo: “Retirarás lo que has dicho, Clark, pues si no lo haces, te haré fusilar.” “Di que esa nota no decía la verdad.” Yo respondí: “No la retiro.” “Vas a retirarla, vas a retirarla, yo haré que la retires.” “General, no la retiro porque decía la verdad.” “Te digo que vas a retirarla.” “No, no la retiraré.” “Bueno, prepárense” ordenó a sus soldados; y los soldados cortaron cartucho.

—“¿La retirarás, Clark?”

—“No la retiro.”

—“Bueno, ¡apunten! ¿La retiras?”

—“No la retiro.”

—“Eres un desdichado loco, un bandido”, y dándome una patada dijo:

—“No quiero que esto se vuelva a repetir.”

—Le respondí que entonces ellos no repetirían los abusos que habían cometido. “Podrá usted fusilarme o hacerme lo que quiera, pero yo soy un periodista honrado y siempre diré la verdad.”

—Así pues quedé libre, pero iniciaron un juicio contra mí y después me metieron a la cárcel durante algún tiempo. Suprimieron mis periódicos y los abusos llegaron hasta tal grado que yo mismo me presentaba en la cárcel sin necesidad de que me fueran a arrestar y me encerraba en una celda siempre que publicaba un artículo de crítica. No me importaba que fueran carrancistas o del partido que fuera, yo siempre decía la verdad sobre todos.

—Una vez que fui de paseo a Nogales, Sonora, me enamoré allá de una muchacha que ahora es mi esposa. La llevé a Guaymas y ahí nos casamos. Ella aprendió a poner los tipos y a manejar las prensas, y lo mismo hizo uno de mis cuñados. Finalmente, un día los revolucionarios entraron a Guaymas y se posesionaron de mi imprenta y la dividieron en varios talleres pequeños. Una parte quedó en Guaymas, otra parte se fue a Guadalupe, otra a Nogales y otra vino a Tucson, pues yo tenía un establecimiento muy grande. Después me obligaron a salir del país sin permitirme sacar ni un pañuelo. Me fui a Nogales, y de ahí, a esta ciudad, en donde me he establecido casi permanentemente. Pienso regresar a México, a Guaymas, cuando vuelvan la paz, la tranquilidad y la prosperidad y pueda uno tener derecho a hablar claro y francamente.

—Represento aquí a varios periódicos de la capital. Les mando noticias. Soy corresponsal, como era en Guaymas y así gano algo de dinero. También hago otros trabajos de imprenta y así me sostengo y no me falta nada.

—Tengo una hijita de 13 años de edad, a la que mandé a estudiar a una escuela de Sinaloa. Ahí está de interna, pues no me gustan las escuelas ni las costumbres de este país. En primer lugar, lo primero que hacen con los niños es hacerlo jurar y besar la bandera norteamericana, y eso no lo puedo soportar. Les enseñan muy superficialmente, y en general tienen muchas faltas. Por eso la mandé a México a estudiar. Mis otros hijos, que ya son bastante grandes, han aprendido el oficio de impresor en mi taller y trabajan en diferentes imprentas de la ciudad.

—He vivido aquí sin meterme en los asuntos políticos norteamericanos. A veces, cuando me pagan bien, publico sus asuntos políticos en mi periódico, pero sin tener ninguna responsabilidad respecto a estas publicaciones.

—Vivo como si estuviera en México. En ciertas ocasiones he tenido dificultades con los cónsules mexicanos que no atienden a los intereses de los mexicanos que viven aquí o que piensan que los mandaron solamente a disfrutar del sueldo. Los he atacado en mi periódico con franqueza y libertad, pero como aquí no pueden hacer nada, no me han molestado.

—Excepto por lo anterior, he vivido en paz, con mi esposa y mis hijos. Ni siquiera sé a cuál religión pertenezco, pues todas son lo mismo. No soy ni católico ni protestante. Creo en Dios porque, después de todo, tiene uno que creer en algo, pero no hay porque temer a Dios.

—Mi comida es genuinamente mexicana, pues mi esposa la prepara y no me gusta nada de lo que es norteamericano, por eso me preocupo porque siempre haya frijoles y nuestros platillos en la mesa.

—Somos diferentes de los norteamericanos en todo y aunque no los odiamos ni nos caigan mal, no podemos ser como ellos. Por eso he pensado siempre en regresar a México, aunque allá es casi imposible vivir debido a tanta revolución.

PABLO PUERTO ORELLANO

Orellano cuenta, de la siguiente manera, la historia de su vida.

—Era alcalde de una población en Durango en 1911 y tenía además buenas entradas, pues tenía intereses en varias minas, y aparte varios lotes de tierra que me producían algún dinero. Luego estalló la revolución y tuve que huir de ahí junto con mi familia. Debido a mi posición política, hubiera sido una tontería de mi parte quedarme allá, pues los enemigos políticos del partido al que servía, podían haberme hecho daño. Por eso, con mi esposa y mis hijos, me fui para El Paso, Texas, y de ahí a San Antonio, en donde he permanecido desde entonces.

—Los primeros años de mi destierro los pasé bastante bien, pues recibía dinero de las minas y de las tierras que aún poseo, pero las cosas han ido de mal en peor. Ni siquiera sé quién administra mis propiedades, que he entregado a algunos parientes que tengo allá.

—Cuando mis ingresos comenzaron a disminuir, tuve que ponerme a trabajar. Logré conseguir un trabajo de administrador de una revista mexicana. En este trabajo ganaba yo 18 dólares a la semana. Era el responsable de la dirección del periódico, tenía que ver que saliera a horas fijas y que todos los empleados realizaran bien su trabajo. También tenía que escribir a máquina circulares de anuncios, responder un gran número de cartas y hasta corregir las pruebas de algunos libros que se editaban en la misma imprenta.

—Tengo cinco hijos. Uno está terminando sus estudios sobre minería en Denver y tengo puestas en él todas mis esperanzas. Todos mis hijos se han educado en las escuelas públicas, pero los he mandado a viajar a México, a fin de que conserven siempre el amor por su país. He mandado a mi hijo mayor dos veces a los cursos de verano a la Universidad Nacional de México, para que ame a su patria mexicana, aunque ya se ha americanizado bastante, pues ha estudiado aquí y está terminando sus estudios de ingeniería y minería en Denver.

—Yo no he regresado a México ni regresaré mientras no haya una paz

absoluta, pues ahora es imposible vivir allá. Las cartas que recibo de parientes y amigos y las noticias de los periódicos nos dan la idea de que la situación general es seria; por eso prefiero seguir viviendo aquí, mientras mis hijos se están educando e inician sus respectivas carreras, esperando a que mejore la situación en México.

—No cambiaría mi nacionalidad por nada del mundo, pues aunque México esté mal ahora y se ponga peor, sobre todas las cosas es mi país y yo espero siempre lo mejor para él.

—Está claro que he vivido cómodamente en este país, porque tengo conmigo a mi familia y he atravesado con ellos todas las dificultades y pasado por diversos aspectos de la fortuna. Casi ha sido como si no viviera en los Estados Unidos, pues siempre he estado en negocios en los que se habla casi exclusivamente el español. En casa, las comidas se preparan a nuestro estilo, mis amigos han sido siempre paisanos exiliados, mi esposa y una de mis hijas tocan el piano y siempre tocan música mexicana, de modo que no se siente el cambio. No obstante las condiciones tristes y humillantes en que se encuentra nuestra gente en este país, me hacen sentir siempre cierta mala voluntad contra quienes los atacan y preferiría vivir en mi país, en mi ciudad natal, en donde la vida es tranquila y todos los habitantes son sencillos y buenos.

ALONSO M. GALVÁN

El señor Alonso M. Galván es un corresponsal viajero de un periódico mexicano publicado en los Estados Unidos. El señor Galván ha vivido en los Estados Unidos durante los últimos cuatro años, en Arizona, Nuevo México y Texas, pero antes ya había estado en este país en diferentes ocasiones.

El señor Galván había ido a los Estados Unidos obligado por las condiciones políticas que prevalecían en México. En su nativo Estado de Chihuahua tomó parte activa en la vida política. En su Estado sirvió como corresponsal de la Asociación Pro-Patria de México y ha representado a muchos periódicos mexicanos. Su estancia actual en los Estados Unidos no se debe a circunstancias políticas, pues dice que vino aquí a hacer fortuna. El señor Galván está casado, pero no tiene hijos. Durante los últimos cuatro años ha recorrido casi todo el Estado de Texas en automóvil, yendo de ciudad en ciudad, acompañado por su esposa. Su trabajo consiste en conseguir suscripciones entre los mexicanos para su periódico. Dice que ha logrado bastante éxito; aunque no ha tenido residencia fija durante los últimos cuatro años, puesto que ha andado viajando, piensa que podría fijar su hogar en San Antonio en caso de que decidiera quedarse en este país. Pero su deseo es hacer algo de dinero aquí y después regresar a Chihuahua y establecer un periódico o cualquier otro negocio.

—Nosotros los mexicanos, o más bien nuestros paisanos ignorantes y tontos, tienen la culpa de que los traten tan mal en algunos condados de Texas —dice el señor Galván.

—El pobre mexicano que viene de México sin dinero, sin ropa y buscando trabajo, acepta todas las humillaciones que le infringen y aun cuando logre ganar algo, no trata de mejorar su condición. Se siente satisfecho con lo que tiene y siempre vive mal.

—La “raza” tiene la culpa de que la traten mal, porque se deja —continúa el señor Galván—, pero también acuso al gobierno de México, porque no les da instrucción y deja venir aquí a gente tan ignorante que muchas veces no sabe ni siquiera su nombre.

—Un ejemplo que ilustra cómo los propios mexicanos se separan por sí mismos de los blancos, que es la razón por la cual los insultan, es el que ofrecen muchos mexicanos en el condado de St. Patrick, Texas. Hace tres años se abrió en esta ciudad un cine, y los mexicanos que, desde luego, podían haber ido igual que los blancos, por alguna razón que solamente puede explicarse por su ignorancia, buscaron los sitios más humildes y se acomodaron con los negros. En los condados de Williamson, San Angelo y St. Patrick, es donde tratan peor a los mexicanos. He notado que en el norte de Texas no los tratan tan mal como en el sur.

—En general, puedo decir que la situación de los mexicanos se debe principalmente a la falta de cultura que los caracteriza cuando salen de México. Sus hijos en este país no reciben ninguna educación, porque ni el gobierno estatal ni el federal aplican la ley que hace obligatoria la educación primaria.

—La falta de unión y de concordia es otra de las cosas que perjudica a mis pobres paisanos. La falta de unión se debe a la falta de educación, pues los que tienen algo de educación se unen y defienden sus derechos.

—Además hay muchísimos casos, especialmente a lo largo de la frontera y en toda la parte sur del Estado de Texas, en donde los mexicanos son los que más se perjudican a sí mismos. El mexicano que ha logrado una posición un poco mejor que la de los demás, maltrata a los otros o los ve con indiferencia. Sobre todo, he notado que hay un gran egoísmo y una falta completa de hospitalidad.

—Los mexicanos casi siempre viven en chozas miserables o jacales en todo Texas. Ocupan los distritos o zonas más pobres de todas las ciudades, en donde están los depósitos de desperdicios. Viven en muy malas condiciones, sin seguir las reglas de la higiene, por su falta de educación.

—Una vez vi que un norteamericano golpeaba e insultaba a un mexicano. Un grupo de mexicanos los rodeaba y ninguno de ellos fue lo suficientemente valiente para defender al pobre hombre y ni siquiera para apartarlo. Nuestros paisanos viven en este estado de degradación a causa de su propia ignorancia y es por su culpa que hasta los chinos y los negros se consideran superiores a ellos y los tratan mal y abusen de ellos siempre que pueden.

—Conozco a una persona que se hace llamar “El Rey de los tamales”

porque tiene un restaurante en el que casi no se vende otra cosa más que tamales. Lo fui a ver y le propuse que se hiciera cargo de la agencia del periódico en esa población, pues lo consideraba uno de los más inteligentes. Pero me respondió que le debería llevar cabezas de puerco a proponer, pues ése era su negocio, y no periódicos. Después me dirigí a una farmacia norteamericana a la que acuden muchos mexicanos y ahí establecí la agencia del periódico. Comenzaron vendiendo diez números al día y después aumentaron y ahora venden cerca de 30 y considero que pronto venderán más. Hace poco tiempo visité nuevamente la población y "El Rey de los tamales" me dijo que ahora sí quería que le dejara la agencia del periódico, pero no lo hice porque no podía retirarla de la farmacia donde ya la había dejado.

—Así son nuestros paisanos. En algunos sitios en donde he estado, especialmente en los restaurantes mexicanos, me cobran a mí más que a los demás, aprovechándose del hecho de que soy recién llegado al lugar y no conozco las costumbres; y lo mismo hacen con todos los recién llegados a la ciudad.

—En los diferentes pueblos que he tocado en mis viajes ha habido casas de huéspedes u hoteles a los que siempre vuelvo y no he notado que se me preste ninguna atención particular. Las casas de huéspedes son mexicanas, pero he encontrado mejor atención en las norteamericanas. Me enfermé durante unos días en un hotelito que pertenecía a una mujer mexicana que me cobró más de lo corriente, a pesar de que siempre me quedaba ahí, y no quería darle a mi esposa permiso para preparar mis medicinas, es decir, para hervir algunos tés. En general me han tratado muy mal y lo mismo me ha sucedido en todas partes.

—La humildad es lo que más perjudica a los mexicanos. Casi siempre, cuando van a hablar con un norteamericano, se sienten inferiores y hablan con temor y consecuentemente son mal tratados. Los norteamericanos nunca me han tratado mal a pesar de que hablo muy poco inglés, pero me doy a entender con ellos como puedo, y siempre me prestan atención. Quizá sea porque comprenden que no soy como los demás. Allá, en México, la mayoría de los mexicanos actuamos como si fuéramos leones, pero tan pronto como llegamos a los Estados Unidos nos volvemos humildes y nos dejamos insultar en todas formas.

ENTREVISTADOR: —¿Qué condiciones hay para la educación de los niños mexicanos en las escuelas de las ciudades que ha visitado usted?

GALVÁN: —Como el gobierno de Texas y las demás autoridades no se interesan por imponer la ley sobre educación, los niños mexicanos casi no reciben ninguna educación. Casi no les enseñan nada en las escuelas a las que asisten y he oído que muchos maestros, campesinos y miembros de la dirección de escuelas, dicen: "¿Para qué quieren estudiar los mexicanos si nadie los necesitará como abogados?" "Les deberían enseñar a ser buenos, pues solamente se les necesita para la cosecha de algodón y el trabajo en los ferrocarriles." Recientemente observé que en Donna, Texas, los niños mexicanos que iban a la escuela, eran bañados con gasolina,

especialmente las cabezas. Eran los maestros de la escuela los que hacían eso y no solamente bañaban a los que iban sucios, sino también a los que iban limpios. Uno de mis paisanos que se indignó por esta acción trató de unir a los padres mexicanos para que protestaran ante la dirección de la escuela, pero los demás mexicanos le dijeron: “¿Para qué sirve que protestemos si no nos hacen caso?”

ENTREVISTADOR: —“¿Qué religión es la que tiene mayor número de fieles en las ciudades en donde hay mexicanos, es decir, cuál es la principal religión entre los mexicanos que habitan en las ciudades de Texas que usted ha visitado?”

GALVÁN: —Yo diría que la mayoría son católicos, pero sería mejor decir que los que tienen cierta educación pertenecen a dicha religión, mientras que los otros, la mayoría, no tienen ninguna religión, pues son muy ignorantes. He notado que la mayoría de nuestros paisanos dejan que los dirijan los protestantes o los miembros de cualquier secta religiosa. Una de las sectas que más ha prosperado es la de los llamados apostólicos, que los mexicanos llaman *Aleluyas*. Los predicadores de esta secta dicen que son hijos de Cristo y curan por medio de oraciones. Son los que más explotan a los mexicanos, pues éstos piensan que los predicadores tienen facultades especiales y que los curarán por medio de oraciones. Muchos mexicanos no van a la iglesia ni se preocupan por cuestiones religiosas.

El señor Galván dice que ha notado que los mexicanos que viven al norte de El Paso, en Nuevo México y Arizona, son de un tipo diferente. Dice que son hospitalarios, más unidos y viven en mejores condiciones.

Parece que esos mexicanos provienen de la parte central del país, o de cualquiera otra región particular. Son más educados y, sobre todo, más hospitalarios. En toda esa región comen chile picante, pues parece que provienen de la Meseta Central de México y quizá por ese motivo sean de un carácter diferente; pero los mexicanos que están en la parte sur de Texas, provienen de Nuevo León y Tamaulipas en su mayor parte y comen poco chile. Los mexicanos que viven en Texas son los peores, pero los de Nuevo México y Arizona son diferentes.

—Otra cosa que he notado —dice el señor Galván—, es que los mexicanos que son jefes de familia tampoco se interesan por la educación de sus hijos. No los mandan a la escuela. Los ponen muy pronto a ganar dinero. Desde que son pequeños, los enseñan a cosechar algodón o a limpiar zapatos, a fin de que puedan ganar algo. Todo lo que les interesa es ganar dinero.

ENTREVISTADOR: —¿Qué remedio piensa usted que pueda haber para esta situación?

GALVÁN: —Pienso que no hay remedio. Pero quizá la situación podría mejorarse un poco si se enviaran maestros mexicanos para enseñar a los mexicanos que están aquí. El gobierno de México debería enviar esos maestros, pero estoy seguro de que el gobierno de los Estados Unidos se opondría a ello. Solamente por medio de la educación puede ayudarse a la gente a salir de la condición en que se encuentra.

VII. ASIMILACIÓN

En esta colección de documentos se incluyen muy pocos casos de inmigrantes mexicanos que hayan penetrado en la vida de los Estados Unidos y se sientan parte integrante de la misma. Quizá José Robles sea un ejemplo de esto. Su relación es demasiado breve para explicar claramente por qué se pudo asimilar; su educación superior debe haber sido uno de los factores, lo mismo que “su cabello castaño claro y sus ojos azules”. Los otros casos de mexicanos que parecen sentirse en casa en el nuevo medio (señora Ruhe López, señor Campos) son aparentemente de personas que no tienen ni sangre ni apariencia indígena.

Los mexicanos de sangre blanca y de una cultura urbana y moderna están mucho más cerca de los norteamericanos en sus sentimientos, que de los indios sin educación que viven en su país. A pesar de esto, el sentimiento patriótico identifica a estas personas con los indios ignorantes, en contra de los norteamericanos.

La familia Campos “no niega a su raza por esa razón, y las injurias y humillaciones que se infringen a los trabajadores mexicanos los lastiman mucho”.

Elena Torres de Acosta no se ha asimilado, pero ha adoptado las actitudes de las mujeres económicamente independientes de los Estados Unidos y aprovecha las oportunidades que se le ofrecen. Tampoco Isabel Sandoval se ha asimilado; su declaración llama la atención sobre la posibilidad de que la libertad que se ofrece a la mujer mexicana en el nuevo medio social pueda dar como resultado la desorganización en vez de la asimilación. Su relación ofrece un amplio ejemplo sobre la individualización y la relajación de los controles del grupo primario, que experimentan muchos inmigrantes. La esposa del señor Campos también disfruta de esa libertad; puede ir a la tienda y comprar “lo que quiera, sin que nadie se fije en ella”. El casamiento con un norteamericano no ha podido salvar la diferencia de cultura en el caso de la señora Antonia Villamil de Arthur; como

su marido "es extranjero, no se puede evitar sentir cierta sospecha con respecto a él".

Solamente hasta la segunda generación es cuando se puede buscar la asimilación y el conflicto entre las generaciones. Pero la mayor parte de la inmigración mexicana en los Estados Unidos es demasiado reciente para que la segunda generación haya llegado a su madurez. Las declaraciones atribuidas a Domingo Ramírez y al hijo de Frank Menéndez, son demasiado ligeras para basar sobre ellas ninguna conclusión. Se tiene el sentimiento de que la familia Fuente permanece unida por la necesidad económica y el afecto personal más que por tener puntos de vista comunes. La abuela vive mentalmente en México. Los muchachos van adoptando las costumbres de los Estados Unidos.

JOSÉ ROBLES

Este hombre tiene 32 años de edad, es blanco, con cabello castaño claro y ojos azules.

—Salí de México en 1917 con mi familia, compuesta por mi madre, dos hermanos, tres hermanas y cuatro medios hermanos. Fuimos a vivir a Dallas, Texas, y llevamos suficiente dinero para sostenernos. Antes de emigrar me dedicaba a la compraventa de semillas. Estudié inglés en Dallas y tomé un curso en el Colegio Comercial. De ahí salí para ir a trabajar en una casa de comercio como intérprete para los clientes mexicanos. Considerando que el futuro que se me ofrecía ahí no era el que yo deseaba, fui a Saltillo para ver si podía hacer algún negocio llevando mercancía norteamericana. Como no me satisficieron las perspectivas de ese negocio, pedí a un funcionario amigo mío que me diera credenciales para entrar como estudiante a la compañía Ford en Detroit. Ahí traté de hablar con el secretario de Mr. Ford y solamente pude hablar con uno de sus ayudantes. Me dio trabajo como obrero en la fábrica con un salario de 50 centavos por hora por una jornada de ocho horas. Durante los dos meses que tardaron en llegar mis credenciales trabajé de esa manera, y cuando al fin llegaron pasé a ser estudiante y fui de un departamento a otro, siguiendo el Curso de Servicio.

—En 1919 se suspendió el trabajo en la planta de tractores durante dos meses y fui a trabajar en la planta Studebaker, en donde me obligaron a nacionalizarme para poder trabajar. Trabajé ahí por 55 centavos de dólar la hora y además podía trabajar horas extras. Posteriormente regresé a la Ford como estudiante y logré alcanzar un puesto en el que ganaba 88 centavos de dólar por hora.

—Ahora sigo las costumbres norteamericanas en todo lo que puedo. Me casé con una muchacha alemana en Detroit, en la iglesia bautista y ante

el juez de paz. No me casé en presencia del cónsul, porque había visto que en lo que se refiere a las relaciones familiares, los matrimonios de mexicanos fuera de México, son válidos en el Distrito Federal y en los Territorios. Cuando llegué a México y fui a vivir en Tacubaya, quise legalizar mi certificado de matrimonio, pero me dijeron que no era necesario.

—Pongo todo lo que gano en el banco y no le doy mensualidad a mi esposa, pero ella puede sacar del banco todo lo que necesite, lo mismo que yo, pues considero que lo que tenemos es tan suyo como mío y ella tiene el mismo derecho a gastar nuestro dinero.

—Soy enérgico defensor del control de la natalidad, tanto que le he dado todos los artículos que se han escrito sobre este tema a un medio hermano mío, el más joven, que se va a casar, para que vea las ventajas de seguir esta práctica.

—Una de las costumbres o hábitos que encuentra uno raros en México, después de haber vivido en los Estados Unidos, es la falta de respeto que existe allá para las mujeres y los niños, como en los siguientes casos en los que yo intervine. Un domingo, iba por la Villa de Guadalupe, cuando vi a tres o cuatro jóvenes empujando y molestando a una muchacha de unos 16 años, hasta que les dije que no era de caballeros portarse de esa manera. Lo mismo las “flores” que se dicen a las mujeres, me parece que en realidad son insultos.

—La falta de formalidad también es muy característica de nosotros. Por ejemplo, tomemos a los obreros. Supongamos que se manda a componer un par de zapatos y dicen que estarán listos para el día siguiente, lo más probable es que tarden tres o cuatro días. Los sastres son lo mismo, y en general los obreros no se preocupan por cumplir su palabra. Hay también una característica muy común que se nota cuando uno viene de los Estados Unidos, que es el hábito de hablar mal del vecino. Además, está el problema de los niños. En mi opinión los niños no son tratados, en general, como sería conveniente, con lo cual quiero decir que siempre se trata de que los niños no se muestren familiares con sus padres, inculcándoles un sentimiento de temor. El niño norteamericano habla y responde francamente. Aquí no es así. Generalmente, cuando se le habla a un niño, éste se siente confundido y avergonzado. Eso es porque no ha logrado intimar con sus padres. Si llega un tío o una visita, le mandan que se retire, le dicen que se vaya a jugar afuera. La comida me parece mejor la norteamericana, es más sana. Mi esposa cocina y, aunque es alemana, ha aprendido a cocinar estilo norteamericano. Me pasa una cosa muy curiosa. Cuando como en la casa digiero bien, pero cuando como en casa de los parientes y me dan platillos mexicanos, me siento mal por la noche.

—Las únicas diversiones a las que voy aquí es a los juegos de pelota, de futbol, de beisbol y de tennis y generalmente practico algún deporte. Solamente he ido dos veces al teatro en los ocho meses que tengo de vivir aquí. No me gusta estar encerrado. Me gusta mucho la música clásica.

sica. En Detroit hay una orquesta muy buena, la sinfónica. En cuanto a la música popular, la mexicana me parece lo mismo que la norteamericana.

—Me inicié en la masonería en los Estados Unidos y ahora estoy en el grado 32½. Los grados no designan de la misma manera en los Estados Unidos. Frecuentemente voy a la logia de los Shriners.

SEÑORA RUHE LÓPEZ

Esta mujer es nativa de Mazatlán, Sinaloa. Su padre era austriaco y su madre hija de un español y de una mexicana. Esta señora es blanca, su pelo es casi rubio y se ha adaptado casi completamente a las costumbres norteamericanas, pero dice que es y seguirá siendo mexicana de corazón y de raza, a pesar de que se ha casado con un norteamericano.

—En Mazatlán, mi padre era dueño de uno de los mejores hoteles de la ciudad. Europeos, norteamericanos y personas importantes de México eran casi los únicos que se alojaban en su hotel cuando pasaban por Mazatlán. A los 17 años de edad, me casé con un ingeniero de minas norteamericano, al que conocí en dicho hotel y que me presentó mi padre. Mi hermana se casó con un socio de mi marido. Hasta los 16 años asistí a una escuela particular de Mazatlán, en donde estudié mucho inglés, pues mi padre tenía la idea de enviarme a estudiar a los Estados Unidos. Una vez casada, viajé con mi esposo por casi toda la República Mexicana. Fuimos a los Estados del sur y a los del centro y a todos los que tienen minas. Era muy bueno conmigo en todos los aspectos. Me daba todo lo que yo quería, cuando estaba a su alcance. Estuvimos casados durante cinco años y fue como una continua luna de miel. Pero mi esposo murió de fiebre y yo quedé viuda y sin dinero. Como había practicado mucho el inglés con él y además ya había hecho un viaje a este país antes de que él muriera, cuando me quedé sola decidí irme a vivir a Nogales, Arizona. Ahí, como aún era joven, pues en 1917 tenía 22 años, me paseaba mucho con norteamericanos y con mexicanos de Nogales, Arizona, y de Nogales, Sonora. Conseguí un empleo para vender estampillas en el correo de Nogales y me pagaban bastante bien.

—...Establecí una tienda en Nogales y luego me enamoré de un joven norteamericano que ahora es mi esposo. Es mecánico y mucho más joven que yo. Habla español perfectamente, pues se crió en la frontera. Decidimos venir a establecernos en Los Angeles y ya tenemos varios años de estar aquí. Mi esposo gana seis dólares por día, y como eso no basta pues a mí me gusta vestir bien, rento dos cuartos de nuestra casa y con eso ayudo a pagar la renta. También trabajo en una oficina de compra y

venta de casas, en donde gano 15 dólares a la semana por trabajar en la mañana y además el dos por ciento de las casas o terrenos que puedo vender. Además, como tengo coche y conozco bien la ciudad, lo alquilo a personas honorables, especialmente mexicanos. Hago todos los negocios que puedo, con tal de ganar algo para ayudar a mi esposo. Una vez, hasta trabajé como extra en una película y gané cinco dólares por día.

—Me levanto a las siete de la mañana y preparo el desayuno para mi esposo y para mí. Tomamos cereal, huevos, café y leche. También le preparo el almuerzo y se lo llevo a su trabajo, en el automóvil que compramos, y luego me voy a mi trabajo. Al medio día, cuando regreso, hago huevos con jamón o cualquier cosa sencilla para almorzar o almuerzo en el restaurante. Regreso temprano, si no tengo nada que hacer, y después de que limpio y arreglo la casa preparo la cena. Ésa es nuestra principal comida, como para todos los norteamericanos. Hago estofados estilo mexicano, verduras y platillos norteamericanos, chocolate, leche y café, frijoles, etcétera. Compró pasteles y dulces y cenamos bien. Después nos vamos al cine o a algún baile o a pasear en el automóvil. Casi siempre regresamos como a las diez de la noche y a esa hora nos acostamos.

—Siempre compramos el periódico *Los Angeles Examiner* y leemos las notas principales. No leo los periódicos mexicanos porque casi no me interesa nada de lo de México, ya que casi toda mi familia está aquí. Pienso regresar, pero no sé cuándo, todo depende de que se pacifique el país. Cuando esté en paz, nos iremos mi esposo y yo y estableceremos una gasolinera moderna y un garage para la reparación de automóviles, pues creo que en ese negocio se puede ganar bastante dinero.

—Soy católica y también lo es mi esposo, pero casi nunca vamos a la iglesia. Yo rezo por la noche, cuando me acuesto, y también en las mañanas, cuando me levanto, pero no nos confesamos.

—Pienso que las mujeres norteamericanas tienen muy buen gusto para vestirse, mejor que las mexicanas de la capital y como a mí me gusta vestirme bien, siempre compro buenos vestidos.

—Nunca he tenido dificultades con los norteamericanos; siempre me han tratado bien. Una vez que me presentaron a una familia norteamericana, me preguntaron si era española, y cuando les dije que era mexicana, me dijeron que los mexicanos no eran tan blancos ni tan limpios como yo; pero yo les respondí que en México hay gente tan blanca, tan rubia, tan inteligente y limpia como en cualquier otro país del mundo.

—Nunca he creído en brujas y no creo que aquí las haya. Probablemente haya algunas entre los mexicanos que viven en el lado oriental. Aunque quiero mucho a mi pueblo, no deseo vivir con él, especialmente en el lado este, porque ahí son muy sucios, hay muchos robos y no se puede vivir cómodamente.

—Yo me considero una mujer muy moderna, que vive al estilo norteamericano, pero no llego a los extremos a que llegan las norteamericanas. Por ejemplo, nunca me baño en las playas ni en los sitios públicos, porque ahí toda la gente puede verle a uno su cuerpo y eso no me gusta.

—Todos los muebles de mi casa son norteamericanos. Tengo estufa y calentador de gas. Tengo piano y puedo tocar cuando quiero. También tengo radio para escuchar los conciertos y las noticias. Siempre me ha gustado comprar todo al contado, pero también he comprado algunas cosas en abonos.

SEÑOR CAMPOS

En 1915, a causa de la Revolución Mexicana que estaba en su apogeo, el señor Campos, con su esposa y sus siete hijos, cinco niñas y dos niños, se fue a los Estados Unidos y se instaló en San Antonio Texas. Como eran una familia rica, vivían con todas las comodidades posibles en una casa que rentaron en la calle de San Pedro. Entiendo que tienen varias propiedades en la ciudad de México, entre ellas la residencia particular de la familia que, según la fotografía que tengo ante los ojos, es un hermoso edificio colonial. En la calle de San Pedro vive la clase más rica de la colonia mexicana, o más bien, varios de los miembros más ricos, que constituyen una especie de "alta sociedad", en medio de la gran mayoría de la colonia mexicana, que está formada por personas de la clase trabajadora.

El hermano mayor de la familia dejó San Antonio para irse a Europa con el fin de perfeccionarse en sus estudios de música que inició en el Conservatorio de México. El resto de los hijos, con excepción de las dos muchachas mayores, ingresaron a una escuela particular en San Antonio con el objeto de estudiar inglés. Las dos hermanas mayores estudian el idioma en su casa y se hacen cargo de los trabajos domésticos, pues aunque al principio tenían una sirvienta de color, les cobraba mucho y no hacía bien el trabajo. Como los tiempos no son muy buenos para hacer gastos innecesarios, decidieron que las dos hermanas mayores, junto con la madre, se harían cargo de la casa, y que las tres hermanas chicas y el hermano irían a la escuela pero también ayudarían en el trabajo de la casa, resolviendo de esta manera lo que para ellos era un gran problema.

Después de vivir tres años en San Antonio, el padre y la madre decidieron regresar a México por una temporada. El jefe de la familia salió primero y su esposa después, dejando a las hijas en San Antonio. Posteriormente los demás miembros de la familia visitaron la ciudad de México, donde permanecieron de seis meses a un año, pero siempre se quedó parte de la familia en San Antonio que, según dicen, es ahora el sitio de su residencia permanente.

Después de vivir cinco años en San Antonio, todos los miembros de la familia hablan muy bien inglés y se han adaptado a las costumbres norteamericanas, con excepción del padre y la madre. La hija mayor se casó con un norteamericano que es gerente de una joyería. Dos años después, la hermana siguiente se casó con un hermano del mismo norteamericano, que es empleado de la misma joyería. Parece que estos matrimonios

no han sido del gusto del padre, pues constantemente dice que estos jóvenes "no pertenecen a la sociedad". El hermano que se fue a Europa regresó a San Antonio y de allá se fue a Los Ángeles, en donde se casó con una muchacha norteamericana.

El otro miembro masculino de la familia se interesa mucho por los radios y se ocupa de vender y comprar estos aparatos, instalarlos, etcétera, pero no ayuda en nada a la familia y su padre lo sostiene.

El músico tuvo éxito durante su estancia en Los Ángeles, y ya es director de una orquesta sinfónica del teatro de una de las colonias de Los Angeles. Además ha hecho varias adaptaciones musicales para el teatro y el cine y ha compuesto varias piezas, todo lo cual le ha dado cierto renombre y un buen sitio entre el elemento artístico de Los Ángeles.

Esta familia es blanca, los abuelos del padre fueron franceses y los de la madre españoles. Dos de las hermanas son rubias y las otras son castañas, los hermanos son morenos.

Cansado de vivir en San Antonio y de verse obligado a viajar constantemente entre México y los Estados Unidos, el padre decidió regresar a México permanentemente a fin de poder vigilar sus intereses allá, dejando que su esposa eligiera el sitio en que le gustaría más vivir. La madre, con sus hijas solteras y su hijo, decidió irse a vivir en Los Angeles, en donde viven ahora. Viven en un departamento en la calle South Johnson, que conduce a Hollywood. Sus amistades son principalmente norteamericanas. La familia posee un automóvil Buick que maneja la hija.

Así pues, el padre vive en la ciudad de México, adonde los miembros de esta familia solamente van de visita. La madre vive con sus tres hijas solteras y con su hijo. El hijo casado vive en una casa que está enfrente de la de su familia y las dos hijas casadas viven en San Antonio.

Las hijas han trabajado en diferentes ocasiones en Los Angeles en contra de la voluntad de sus padres, según dicen, como extras de cine, representando tipos españoles.

La madre dice que le gusta la vida en los Estados Unidos, por las comodidades que ofrece, por la tranquilidad y porque ve que hay menos peligro para sus hijas. Aquí va con toda libertad a la tienda de abarrotes o de ropa a comprar lo que quiere, sin que nadie se fije en ella. Vive como quiere y sin tantas obligaciones sociales como en México, en donde tenía que conformarse con tales y cuales costumbres, tener muchos sirvientes y cumplir siempre con diversas obligaciones sociales que la molestan mucho. No obstante, dice que no le gustan las costumbres norteamericanas en lo que se refiere a la libertad y la forma de portarse de las muchachas de este país, costumbres que ya han adquirido sus hijas, cosa que le preocupa mucho. Por otra parte, le gusta este país por el progreso que ha alcanzado y dice que solamente le gusta regresar a México de visita. Además, desde que se casaron sus hijas, se siente obligada a vivir aquí para poder ayudarlas en todo lo que pueda, y sobre todo el clima de Los Angeles le sienta muy bien.

La hija más joven estaba estudiando en una escuela secundaria de San

Antonio y posteriormente continuó sus estudios en Los Ángeles; pero poco después de llegar a esta ciudad conoció a un joven inglés que ahora es su novio y se casará con él dentro de algunos meses. Por eso dejó ya la escuela, y como desea ser independiente y ganar el dinero que necesita para su ropa y otras cosas, decidió ponerse a trabajar, a pesar de la oposición de su padre y de su madre. Trabaja como secretaria de un médico. Recibe a los pacientes que llegan a la clínica, contesta el teléfono y se encarga de contestar la correspondencia de su jefe, pues sabe taquigrafía y mecanografía. Gana 20 dólares a la semana, con lo cual se compra zapatos, ropas, etcétera. Esta joven que tiene 17 años es la más americanizada de todas, según dicen su madre y sus hermanas.

La mayor de las hermanas solteras dice que siempre le ha gustado estar en su casa, tanto en San Antonio como en Los Ángeles. Ella se encarga de atender la casa y preparar las comidas y cocina tanto al estilo mexicano como al norteamericano. Esta joven dice que en México no hacía ningún trabajo doméstico y que solamente estaba ante un espejo arreglándose, pero en los Estados Unidos debido a las condiciones ya mencionadas, se ha visto obligada a hacer el trabajo doméstico. Se encarga de cuidar a la niña de su hermano, el músico, a la que le ha enseñado español. Le cambia de ropa, la duerme y la lleva a la escuela. Dice que le gustan todas las costumbres norteamericanas, cuando no son exageradas. Tiene varios amigos, casi todos norteamericanos, con los cuales sale de viaje y va a los bailes, cuando lleva chaperón. Su mejor amigo es un teniente del ejército norteamericano al que solamente ha visto dos veces. Se lo presentaron en la casa de su hermano. Este teniente ha estado en China durante dos años. Le escribe constantemente y de esta manera sostienen sus relaciones que son semiamorosas. Esta joven dice que si tuviera novio, no saldría con otros jóvenes como hacen las muchachas norteamericanas. Dice que sería una esposa modelo, pues cuidaría de todo en la casa y siempre trataría de agradar a su marido, preocupándose de que él no encontrara más belleza o excelencia en otras mujeres.

Los miembros de esta familia son católicos. Las jóvenes se casaron por la iglesia. Las que están solteras van a misa todos los domingos, lo mismo que los días de fiesta religiosos. Solamente cuando están trabajando dejan de asistir. Rezan por la noche, antes de acostarse. Se confiesan, aunque no con mucha frecuencia, y también reciben el sacramento, pero dicen que son tolerantes hacia las personas que tienen otra religión.

Cuando vivían en San Antonio, leían periódicos norteamericanos y mexicanos, pero desde que se vinieron a Los Angeles, solamente leen periódicos norteamericanos y en su casa hablan casi exclusivamente inglés, pues aunque la madre no habla este idioma, lo entiende perfectamente y también lo puede leer.

Esta familia declara que no siente que tenga nada en común con los grupos de trabajadores mexicanos, pues cada quien tiene que vivir en su propio medio. Pero no por esta razón niegan la raza, y las injurias y humillaciones a que se ven sujetos los trabajadores mexicanos los lastiman.

Por lo que respecta a la comida, comen estilo francés, mexicano y norteamericano, y dicen que no tienen preferencia exclusiva por ningún tipo de comida.

ELENA TORRES DE ACOSTA

Elena Torres de Acosta es mestiza, nativa de Guadalajara, Jalisco. Hace como seis meses que vive en los Estados Unidos.

—Debido a los sufrimientos espirituales por los que pasé después de mi divorcio en la ciudad de México, decidí venirme a este país para olvidar mis penas y buscar una nueva forma de vida. Vine a ver si era posible conseguir trabajo como artista en Hollywood. Yo vivía muy feliz en México, pero mi esposo me trataba muy desconsideradamente, así que en contra de los deseos de mi familia decidí divorciarme de él. Después de todos los sufrimientos que ocasiona un divorcio, me fui a vivir con mis parientes, en Guadalajara. Pero no podía ser feliz porque siempre recordaba a ese hombre, y lo peor era que me seguía gustando y aún lo quiero mucho, a pesar de lo mal que me trató en el sentido moral. En el sentido material, yo tenía todo lo que necesitaba; buenas ropas, automóvil, mi casa, de hecho no me faltaba nada. Pero lo que me mortificaba es que andaba con otras mujeres. A veces no llegaba a la casa a dormir y si yo le reclamaba, se ponía furioso. Por ese motivo, después de una breve estancia en Guadalajara decidí venirme a los Estados Unidos. Mi madre me dio algo de dinero; yo arreglé mi pasaporte y pude conseguir una carta de recomendación de un amigo para un funcionario en Nuevo Laredo. Llegué en el tren a esta ciudad y fui a ver a un funcionario mexicano, que me recibió muy bien. Me prestó mucha atención. Permanecí ahí dos días y en ese tiempo visité la ciudad en compañía de este general. Cuando decidí irme a San Antonio, Texas, el mismo general me llevó a Laredo, así que las autoridades de inmigración ni siquiera me pidieron el pasaporte y me dejaron entrar con toda facilidad. Cuando llegué a San Antonio no conocía a nadie y ni siquiera sabía dónde podría parar, pero en la estación conocí a un joven periodista mexicano. Me mostró un hotel, el mejor de la ciudad, donde me quedé. El mismo joven fue a visitarme en la noche, acompañado por un periodista güero, que hablaba español. Este último quería tomarme una fotografía para publicarla en el periódico, pero yo no lo permití. Posteriormente el periodista mexicano me consiguió una casa donde vivir; era la casa de una familia mexicana de la clase media. La señora me trataba muy bien y como yo soy de carácter amable, pronto me di a querer. El joven periodista mexicano iba a verme todos los días y también en las noches. Íbamos juntos a los teatros, a recorrer la ciudad en automóvil y éramos muy felices. Pero comenzó a pedirme besos y yo, aunque contra mi voluntad, accedí. Finalmente, llegé a querer dormir conmigo en mi cuarto y que

yo me entregara a él. Pero eso no lo quise hacer, pues aunque en realidad me gustaba mucho, lo cierto es que no puedo pertenecer a otro hombre porque aún amo a mi antiguo esposo. Entonces el joven dejó de visitarme y yo decidí venirme a Los Angeles. Tomé el tren para venir a esta ciudad. En el camino no tuve dificultades, pues iba con una familia mexicana que hablaba inglés y me servían de intérpretes cuando necesitaba algo. Viajé en primera clase, pero no en el pullman. Cuando llegué a Los Angeles, tomé un coche en la estación que me llevó quien sabe a qué hotel, pero era muy caro y además ahí nadie hablaba español. En los restaurantes tropezaba con las mismas dificultades, pues no podía encontrar meseras que hablaran español. En esos días sufrí mucho y gasté casi todo el dinero que tenía. Finalmente encontré la calle principal, en la que hay muchos mexicanos. Ahí encontré una señora mexicana y le supliqué que me indicara dónde había una casa de huéspedes mexicana. Me llevó a una casa que estaba cerca de la suya y que es más bien un hotel. Permanecí ahí un mes. Todos los días iban a verme la señora y sus hijos e hijas y yo también los visitaba. Como mi dinero se iba acabando, le pedí a la señora que me ayudara a encontrar trabajo, pero encontré que, aunque sé algo de trabajo de oficina, mecanografía y otras cosas, no me servía de nada, porque necesitaba saber inglés. El único trabajo que me ofrecieron fue de lavandera, pero la mujer dijo que el trabajo era muy duro y que, como yo no estaba acostumbrada a hacerlo, era mejor que no lo aceptara. El apellido de esa señora es Marcos. Es de Orizaba, Veracruz. Es artista de teatro, lo mismo que su marido y sus hijos e hijas. Cuando vio que ya no tenía dinero con qué sostenerme, me invitó a irme a su casa donde no me faltaría algo de comer y protección. Me dio un cuarto pequeño y viví con ellos. Me levantaba muy temprano, limpiaba la casa, lavaba algo de su ropa y hacía todo lo que podía por agradarlos. Nunca salí sola en Los Angeles. Siempre salía con la señora o con sus hijas. Me llevaron a casi todos los teatros y por las noches me sacaban a pasear en su automóvil. Una noche, cuando andábamos paseando y cuando se preparaban para una gira artística por los Estados del sur del país, comencé a cantar y les gustó lo que canté. Entonces la señora me dijo que si no me daba miedo salir a cantar con un grupo de artistas en el teatro, me llevarían si quería ir con ellos. Dijo que el teatro ofrecía un futuro, especialmente para una chica bonita y simpática como yo era. Me entusiasmé tanto que al día siguiente me llevó con un maestro de música que me enseñó un poco de canto. Dijo que debería dedicarme especialmente a cantar tangos, pues para eso se prestaba mi voz. Al cabo de unos cuantos días, comencé a salir con la señora y su familia a trabajar en los teatros de las pequeñas poblaciones de California. Generalmente íbamos los domingos, y para decir la verdad a mí me aplaudían mucho más que a los demás miembros de la compañía. Entonces la señora dijo que si quería ir yo a la gira con ellos, me prepararía mis ropas de teatro, mi selección de canciones y su hija me enseñaría a bailar. Pero no podía garantizarme ningún sueldo. Me darían

todo lo que necesitara y algo de dinero, siempre que pudieran. Entonces comencé a prepararme. Le escribí a mi madre, pero tanto ella como el resto de mi familia se disgustaron mucho cuando les dije que había comenzado a trabajar en el teatro. Cuando salimos de gira, iban en la compañía, la señora Marcos y su esposo, sus dos hijos, una joven güera mexicana, Juan, el hijo de la señora, yo y una pianista mexicana. Esta última nos acompañaba. Íbamos de un pueblo a otro, trabajando siempre con éxito. Es cierto que la señora me daba todo lo que yo necesitaba, hotel y comida, pero nada de dinero. A los demás sí les daba sueldo. La güerita ganaba 4 dólares al día, trabajara o no; la pianista ganaba 7 dólares y los demás se quedaban con el resto de las ganancias, pues todos eran de la misma familia. Fuimos a Calexico y a Mexicali, Baja California. Trabajamos ahí varios días y sucedió que las autoridades de inmigración no querían dejarme pasar y me pusieron muchas dificultades; así que por pura invención dijimos que yo era nativa de Arizona y que por eso tenía derecho a pasar sin pagar el impuesto y así fue como pasé. También fuimos a otros pueblos. Me hice muy amiga de la pianista y siempre dormía con ella en el mismo cuarto en los hoteles en que nos quedábamos. Los viajes no eran muy cómodos, pues teníamos que ir en automóvil y llevar todo el equipo con nosotros. La pianista me dijo que debería yo pedir un sueldo, pues me lo merecía. Pero yo no quería hacerlo porque la señora había sido muy buena conmigo y no quería pedirle sueldo, aunque era cierto que me explotaban mucho. Fuimos a los campos mineros. Mis tangos les gustaron a los mexicanos, pero como éstos eran de clase muy baja, les gustaban más los chistes groseros y las indecencias de Juan y de la güerita. Esta última, aunque dice que es una dama, gusta de enseñar mucho las piernas. Yo no lo hago, pues mi trabajo ha sido siempre muy decente. La segunda vez que fuimos a El Rey y cuando íbamos a salir para Tucson, Arizona, la señora se mostró muy ofensiva conmigo, o más bien sus hijas, y como yo no iba a dejar que me ofendieran, les dije que me quedaba ahí y que ya no iría con ellos. La pianista también se quedó conmigo y de ahí nos fuimos a Phoenix, de donde seguimos a Los Angeles. Ahí me ayudará mi amiga y yo espero tener éxito en el teatro. Ya he empezado muchas cosas y aprenderé más hasta que logre triunfar en algo. Veo que trabajar en las películas es muy difícil. Una vez, cuando estaban filmando Carmen, me iban a ocupar como extra, haciendo el papel de cigarrera, pero soy demasiado alta. De todos modos, haré todo lo posible para ver si puedo hacer algo. Yo deseo trabajar para sostenerme y no depender ya de mi madre. Así hacen todas las muchachas norteamericanas. Por eso, aunque tenga que sacrificarme, haré todo lo posible para lograr el éxito en el teatro, dentro de un terreno honorable. Aunque llegue a olvidar a mi esposo, no creo que pueda amar a ningún otro hombre. Estoy aprendiendo inglés en un librito que compré y en Los Angeles aprenderé con mayor facilidad, pues ahí casi todo el mundo habla ese idioma y se ve uno obligado a aprenderlo. No espero regresar a México sino después de muchos años, cuando haya olvidado todo y

logrado algo. Entonces regresaré, pero antes viviré aquí, aunque sea como lavandera. No me importa ese trabajo, lo que quiero es ganarme la vida honradamente. Me gusta mucho este país porque aquí la mujer es libre y tiene todas las oportunidades que necesita. No es como en México, donde una depende siempre de su familia o de su marido. Aquí, si quiero tener amigos, puedo tenerlos, y si no quiero, no los tengo y sé que me tienen que respetar, pues la ley me protege. De todos modos, depende de la propia actitud hacia una misma el que se le respete o no.

—Además, la Virgen de Guadalupe me ayudará para salir adelante, pues siempre le rezo por las noches y los domingos cuando voy a misa. Eso siempre lo hago. No dejo que se pase un domingo sin ir a misa ni una noche sin rezar. Aunque esté muy cansada, siempre rezo y creo que por eso tengo buena suerte. Hasta ahora no me puedo quejar de lo que he pasado desde que vivo en los Estados Unidos. A pesar de los reveses que he sufrido, pues es cosa que siempre se sufre, sobre todo siendo mujer sola, de la que todo el mundo se quiere aprovechar. Tiene una que estar alerta y darse su lugar y hacerse respetar, como tiene uno derecho a hacerlo.

ISABEL SANDOVAL

Isabel Sandoval era muy pequeña cuando sus padres, junto con el resto de la familia, siete en total, padre, madre, dos hijos y dos hijas, se vinieron a vivir a los Estados Unidos. Primero vivieron en Tucson y después en San Francisco, California. Uno de sus hermanos se fue a Alaska a pescar salmón y después regresó y se fue al norte y al este de la Unión Americana, desde donde escribe algunas veces. Sus padres murieron hace unos cuantos años. Se casó a los 18 años, pero a los tres años se divorció porque su marido, que era español, la trataba muy mal. Con su esposo, que era carpintero, se fue a vivir a Pasadena, California. Ahí su otra hermana se casó con un mexicano, con el que vive muy feliz. Isabel dice que ha tenido dos niños. Cuando tuvo el primero estuvo a punto de morir, y el médico, que era norteamericano y amigo suyo, le dijo que ya no tendría más hijos. Pero al cabo de un tiempo tuvo otro niño, antes de divorciarse. Esta vez no tuvo dificultad, pero el médico le dijo que, aunque quisiera, ya no podría tener más hijos y así ha sido. Aunque ha estado con varios amigos a quienes ha amado, no ha vuelto a tener hijos y eso "que no uso anticonceptivos de ninguna clase, pues el médico me dijo que no los necesitaba y que solamente debería cuidarme para no contraer alguna enfermedad y he tenido la buena suerte de no enfermarme, primero porque mis amigos son siempre decentes y limpios, y después porque tomo las debidas precauciones cuando temo que puedan contagiarme alguna enfermedad. El médico me dijo que les dijera a mis amigos que él podría darles un remedio para no tener hijos".

—Mis hijos están en San Francisco California. Una mujer irlandesa los cuida ahí. Es una anciana muy devota que nos conoció hace tiempo a mis padres y especialmente a mí. Cada mes le mando dinero para que me cuide a los niños y voy a verlos cuando puedo. Cuando sean un poco mayores voy a traerlos a Los Ángeles y a ponerlos en una de las escuelas de esta ciudad.

—Hace algunos años trabajé en el teatro. Cantaba canciones y bailaba bailes españoles y el jarabe tapatío. He recorrido casi toda California trabajando en los teatros mexicanos y así me he ganado la vida. Hace más de un año, quizá dos, trabajé en los salones de baile y a veces lograba ganar algo. Casi siempre ganaba de 25 a 30 dólares a la semana y a veces más.

—He vivido con muchachas amigas mías; teníamos un departamento entre todas, pero me he convencido de que es mejor vivir sola o con amigos, como Pancho y Juanito. Soy absolutamente libre, si quiero voy a dormir y si no, no. Si llevo amigos nadie dice nada, y si ellos llevan amigas nadie les dice nada tampoco. Entre los tres nos ayudamos, cuando tenemos dinero, mientras que con las amigas no se puede hacer eso, porque al cabo de cierto tiempo surgen celos y diferencias y no les gusta esto o lo otro, y nunca falta motivo para pelear. Muchas muchachas piensan que Juanito es mi amante porque ven que vivimos en la misma casa y que nos queremos mucho, y cuando traigo a mis hijos a Los Ángeles él los saca a pasear. Pero, aunque sería igual, no es verdad. Él me quiere porque lo ayudé cuando no tenía amigos ni dinero. Entonces fui para él más que una hermana y él ha sido lo mismo para mí. No nos importan ni a él ni a mí lo que digan de nosotros. Después de todo, ya sabemos cómo es la gente.

—Mi religión es la católica, pero no voy a la iglesia más que en la cuaresma. Entonces tomo los sacramentos, me confieso y le digo al sacerdote todos mis pecados; pero eso no me sirve de nada, porque después los cometo nuevamente. Pero sé que no le hago daño a nadie. No necesito que nadie me diga lo que debo hacer ni quiero que nadie me lo diga. Es mejor ser libre y hacer lo que uno quiera.

—También he trabajado como mesera para vivir, pero resultó que trabajaba 12 horas al día, me pagaban muy poco y no me gustaba ese trabajo. Prefiero ir al salón de baile. Ahí paso el tiempo contenta, bailando y platicando con los amigos y muchas veces salimos juntos. Ha habido veces en que me he pasado días y noches divirtiéndome y solamente venía a la casa a bañarme y regresaba al salón por la noche y seguía bailando y los muchachos y muchachas admiraban mi resistencia.

—Todas mis amigas son mexicanas, o más bien muchachas de sangre mexicana. No me gusta andar con *bolillas* porque son muy orgullosas, y a mí me gustan amigas que salgan a divertirse conmigo y no a sentir miedo ni a escandalizarse por nada. También he tenido algunas buenas amigas norteamericanas que se han divertido conmigo, pero han sido muy pocas. Lo mismo pasa con los muchachos. Me gustan los mexicanos que

vienen de México, porque es un placer pasar el tiempo con ellos. Saben cómo portarse y no son tan corrientes como los pochos. Muchos piensan que yo soy pocha porque hablo el inglés como se habla aquí, pero lo hablo así porque fui a la escuela en esta región. Puedo hablar buen español, pues mi padre me enseñó. No conozco México, pero no he perdido la esperanza de ir algún día, por lo menos a pasar una temporada en la capital y a aprender a hablar español bien. Lo hablo imperfectamente. Me doy cuenta de ello, pero no es mi culpa, pues es la forma en que se habla aquí.

SEÑORA CEBALLOS

La señora Ceballos es hija de un hombre de origen español que está emparentado, por matrimonio, con ricas familias mexicanas. Su madre es de posición social inferior. Ella no recuerda que su madre haya manifestado ningún interés por ella y no cree que la haya querido, además de que le parece raro que sean tan diferentes. Su padre murió cuando era muy pequeña y la familia se quedó sin dinero. Entonces la madre puso una casa de huéspedes en Tacubaya y metió a la hija a un convento de monjas guadalupanas. Desde entonces recuerda que ha tenido muchas dudas en materia religiosa. Dice que las monjas le dijeron que si no le decía la verdad al sacerdote él echaría serpientes por la boca. Esto le parecía increíble, y cuando iba a comulgar no estaba segura de nada de lo que le habían dicho. Al mismo tiempo, temía que le cayera un rayo cuando tomaba la hostia, porque no se sentía llena de fe y porque no había confesado sus dudas. De esa escuela pasó a otra en donde terminó sus estudios elementales y comenzó un curso comercial. Dice que lo que más le gustaba era gramática, lenguaje e historia. Mientras tanto, un joven de Michoacán fue a alojarse en la casa de huéspedes de su madre y comenzó a hacerles regalitos a sus hermanitos, a su madre y a ella. A ella no le gustaba el hombre ni los regalos, pero su madre la hacía salir con él. Cuando ella cumplió quince años, su madre dijo que todo el mundo hablaba mal de ellas a causa de ese huésped y que la mejor manera de arreglar las cosas era casándose con él. Creyó que ya nadie se fijaría en ella porque su madre decía que todos hablaban mal de las dos, y además comprendió que de esa manera aseguraría la educación de sus hermanitas; por eso aceptó el matrimonio, aunque no amaba al hombre, y después de dos meses de compromiso se casaron.

Su madre no le había explicado nada sobre las relaciones físicas del matrimonio y ella entró en este estado con ideas muy vagas, que no consideraba verdaderas, como las que las hermanas le habían inculcado con respecto a las serpientes. Siguió viviendo en la casa de su madre. Su marido la trató brutalmente y, por su dignidad herida, ella se resistía a cumplir sus deberes de esposa. Entonces intervinieron la madre y todas las parientes femeninas, diciéndole que era su deber de esposa el someterse a su marido. Finalmente la llevaron con un sacerdote que le dijo

que era un pecado mortal y que sería condenada, a menos que cumpliera con su obligación sacramental. Dice que, desde entonces, no ha sentido ni respeto ni fe por la iglesia. Finalmente, su marido la forzó de una manera brutal. Desde ese momento no pudo sentir más que temor y repulsión por él. Esto lo enfurecía y se propuso doblegar su voluntad imponiendo brutalmente su fuerza y sus derechos. La puso en la situación de un niño, que tiene que ser corregido, y de una cosa que tiene que ser usada. Finalmente, la golpeó. Después se puso de manifiesto que estaba encinta. Desde el día en que se casó se empezó a sentir mal. Dice que esperaba a su hijo con indiferencia y casi sin darse cuenta de lo que sucedía. Está segura de que hasta sintió el deseo de matar a su marido. (Su marido siguió maltratándola, ella lo dejó, cuando él fue a buscarla, ella se escapó a los Estados Unidos. En Los Angeles encontró abrigo en casa de una familia pobre.) Esta gente, sencilla y limpia, la recibió con gusto y dice que por primera vez, desde mucho tiempo antes, se sintió en paz. Había visto a las jóvenes en la Asociación Cristiana Femenina, y al día siguiente de su llegada fue a esta institución y contó francamente cuál era su situación. Entonces la secretaria general fue a hablar con la mujer que le había dado asilo y envió una nota a su tío, diciéndole que su sobrina estaba en la Asociación y que era mejor que no regresara a su casa. Desde entonces, su abuela y su madrina la han sostenido y ella vive en la Asociación. Ha hecho amistad con una familia mejor educada que las que van a la Asociación. Esta familia se compone de la madre, una hija casada y otra hija soltera. El marido de la hija ha sido modelo de hijo y de marido y es una persona muy buena. Es mexicano. Al poco tiempo comenzó a cortejar a esta muchacha, siguiéndola en la calle, enviándole notas sin forma, etcétera. Entonces se dirigió a las secretarías de la Asociación y ellas hablaron con el hombre, diciéndole que podían meterlo a la cárcel si seguía molestando a la joven. Con esto la dejó en paz. Finalmente la Asociación la envió con una recomendación a ver a uno de los funcionarios mexicanos más notables para que le buscara trabajo. No le consiguió trabajo, pero le dijo que siempre que quisiera podían ir al cine juntos y le acarició la mano. La joven dice que le parece que los hombres mexicanos son salvajes, pero que los norteamericanos no le interesan.

Dice que nada de lo que se hace en la Asociación le interesa. Por mucho que uno se esfuerce, no puede tener amistades ni sentirse a gusto entre personas de una clase social diferente. Dice que se reúnen principalmente para sus actividades sociales y otras tonterías que no le interesan. Dice que un grupo de jóvenes, formado por mexicanas y texanas, fueron a un campamento de la Asociación Cristiana Femenina. Las que estaban un poco mejor educadas, instintivamente formaron un grupito de amigas que se apartaron de las demás, esto irritó a las texanas hasta tal punto, que cogieron a una muchacha mexicana y la golpearon, después de que la habían estado insultando durante semanas. El director del campo se enteró del asunto y expulsó a las texanas que habían participado en él.

Dice que los texanos son muy burdos y que una muchacha como ella, aunque quisiera, no podría mezclarse con personas cuya forma de actuar le ocasionaría dificultades. Dice que las muchachas texanas son muy rudas e incultas y creen en la hechicería y en otras tonterías, que hablan muy mal, que sus maneras son ordinarias y que odian a las muchachas mexicanas.

El divorcio de esta mujer se tramitó en los tribunales mexicanos y ya le fue concedido. Ella desea, sobre todo, sentirse independiente y poder trabajar. Ya no va a la iglesia ni se confiesa, ni practica los ritos religiosos. Dice que está muy agradecida con las jóvenes de la Asociación, pero que hay muchas cosas que ellas no entienden y que ella no se siente con confianza para contarles todo lo que siente ni muchas cosas de las que sabe, pues esto pondría en mal a su familia y a los mexicanos a los ojos de esas mujeres extranjeras. Comprende que aquí, la mujer ocupa el sitio de un ser humano, que es lo que ella anhelaba cuando estaba en México.

DOLORES SÁNCHEZ DE FUENTE

Dolores Sánchez de Fuente es mestiza, tiene cerca de 39 años de edad y es nativa de Mazatlán, Sinaloa. Posee una educación elemental, pues terminó su primaria. Siempre ha trabajado en farmacias, como empleada. Cuando era muy joven murió su padre, y viendo que su madre tenía que trabajar para sostenerla a ella y a su hermano, comenzó a coser en máquina; pero esto no le producía bastante y entonces entró a trabajar en una farmacia donde ganaba 70 pesos al mes. Pasaron los años y su hermano tuvo un niño con una mujer de mala reputación y, a fin de que el niño no creciera viendo un mal ejemplo, ella se hizo cargo de él. Pero la gente comenzó a hablar de ella, diciendo que el niño era su hijo. Como ella es muy católica y era hija de María, las otras hijas de María comenzaron a criticarla y ella, a causa de esto y de que la revolución acabó con los negocios y la actividad en Mazatlán, se vino a ver a una tía lejana que vivía desde hacía muchos años en Los Ángeles. Cuando llegó a esta ciudad trabajó haciendo la limpieza de oficinas, pero no estaba acostumbrada a este trabajo tan pesado. En el Banco de Italia, que estaba en Broadway y la Calle 7ª había que limpiar, entre tres mujeres, cerca de 200 oficinas; las que trabajaban eran una mujer norteamericana que tenía la concesión, la tía de Dolores, que ayudaba a esa mujer, y Dolores, que ayudaba a su tía. Comenzaban a limpiar y a barrer a las cinco de la mañana a fin de terminar antes de las 8, cuando entraban a trabajar los empleados. Se enfermó y además solamente ganaba 12 dólares a la semana y eso no le alcanzaba. Alguien le aconsejó que aprendiera a manejar una máquina de coser eléctrica, diciéndole que ganaría más cosiendo. Un día, fue con una amiga que trabajaba en una fábrica de judíos en la que solamente empleaban a mexicanas y la contrataron a pesar de que no sabía inglés. Nunca había manejado una máquina de coser eléctrica y

sufrió mucho antes de aprender a enhebrarla, pues le dieron una máquina especial con tres agujas. Al cabo de dos semanas ya cosía aprisa. La primera semana ganó solamente 8 dólares, la segunda 10, hasta que al fin le dieron 18 dólares por terminar vestidos de algodón y coser camisas, que pagan a centavo cada una. Los lotes, se componen de cien vestidos y tienen que terminar tres lotes, porque si no lo hacen, ese trabajo, que es el más sencillo, se les retira y se les da otro. Hay mujeres que son tan hábiles en este trabajo que hacen hasta 25 dólares a la semana, trabajando por pieza. Pero como la situación no es buena en Los Ángeles, se las arreglan para balancear el trabajo de modo que lo que más gane un obrero sean 18 dólares. En esta fábrica no hay más que mexicanas. El capataz habla español. Dolores dice que los norteamericanos y los judíos echan a perder el trabajo de costura porque pagan salarios insignificantes, mientras que ellos no trabajan por menos de 4 dólares al día. Han formado un sindicato de costureras al que han invitado a las costureras mexicanas, pero después, ya sea por indiferencia o por temor a perder el trabajo que tienen en esta fábrica, no han asistido a las sesiones ni se han hecho miembros del sindicato. Como ella no sabe qué beneficios le pueden venir del sindicato, no se molesta en ir. En la actualidad está casada con Alberto Fuente, también mestizo. Trabaja en lecherías lavando botellas y gana 24 dólares a la semana. También trabaja en las lavanderías cuando no puede conseguir trabajo en las lecherías. En las lavanderías maneja una máquina y saca hasta 35 dólares a la semana, lo mismo que cualquier otro trabajador gana por el mismo trabajo, aunque sea norteamericano. Dolores dice que se casó sin amor con un hombre de educación inferior a la suya porque se encontraba muy sola y porque con lo que ganaba no podía cubrir sus gastos y mandarle algo a su anciana madre y a su sobrino. Su hermano, que es herrero, perdió el trabajo que tenía en una herrería. Su esposo le permite que trabaje, porque juntando los dos salarios pueden vivir mejor. El marido no quiere comprar nada en abonos y pone su dinero en el banco. Cuando quiere comprar algo que necesita lo compra al contado. Sus muebles son de estilo norteamericano y su casa está decorada con cuadros e imágenes de santos que cuelgan de las paredes. Dolores no ha perdido su religiosidad y los domingos no deja de ir a misa por nada, y por la noche insiste en rezar el rosario. El marido también es muy religioso. Creen en los milagros de los santos, pero no en brujas. Después de muchos sacrificios han logrado reunir dinero suficiente para poder traer de México a la hermana de él y a su sobrino, lo mismo que a la madre de ella, a su hermano y a su sobrino.

Alberto bebe mucho claro de luna y también le gusta la mariguana. Es cruel, arrogante y dominante, y Dolores ya se hubiera separado de él si no fuera por temor a lo que dirán los amigos. No tienen hijos y ella no quiere tenerlos, pero él la regaña mucho porque no los tienen. Tienen un pequeño automóvil Ford en el que hacen algunos viajes. El año pasado se fueron todos a una granja a cosechar fruta, y como son tantos, regresaron con 800 dólares. Él no le quita el dinero que ella gana y ella sabe

lo que él hace con su dinero. El marido es muy rudo con los sobrinos. Quiere que aprendan inglés y no quiere que ni siquiera aprendan español, porque dice que nunca regresarán a México. A veces, cuando el marido recuerda que allá no se trabaja tan duro, quiere regresar, pero ella recuerda que allá las mujeres no están tan bien protegidas por la ley, y que si aquí nunca le ha pegado ha sido por temor de ir a la cárcel. Ella piensa que en México sí le pegaría. La madre de Dolores es muy vieja, cree en apariciones, en brujas, y sobre todo, en los santos. Siempre está rezando y no le gusta vivir aquí. No se siente en su casa y quisiera morir en su país. Dice que no quiere ser tan ridícula como para ponerse sombrero y por esa razón no sale a la calle. Dolores se viste al estilo norteamericano, pero su ropa interior es estilo mexicano, con telas blancas y encajes. No le gusta la costumbre norteamericana de usar *bloomers*. Acaban de traer al hermano, que es bizco, y tuvieron muchas dificultades para pasarlo por la frontera. Debido a este defecto físico no ha podido encontrar trabajo en ninguna parte y Dolores lo sostiene. Pero esto es causa de continuas peleas entre el marido y la mujer. Los chicos, que están en secundaria, ya hablan inglés, pues hace cuatro años que van a la escuela. Durante las vacaciones ayudan en una tienda a repartir las entregas y ganan un dólar por día. El año próximo irán a trabajar, pues ya tienen 16 años. Son buenos, no fuman ni beben. Recuerdan a México, pero no quieren regresar. Nunca van a las celebraciones de las fiestas patrias mexicanas y no les importa lo que suceda allá. No obstante, su comida es estilo mexicano. Comen menudo y pozole, cabezas de cordero y chile y tortillas. Son muy ahorrativos y solamente comen comida americana en ocasiones especiales. Dolores no habla ni una sola palabra de inglés y no cree que pueda aprender este idioma. Su marido habla algo y trata de aprender más constantemente. Va a las clases nocturnas de inglés en la escuela que está más próxima a su casa.

SEÑORA ANTONIA VILLAMIL DE ARTHUR.

Esta mujer es nativa de una pequeña población que está cerca de Zamora, Michoacán. Ha vivido en Arizona desde hace más de 13 años. Está casada con un norteamericano.

—Mi madre se casó muy joven. Debe haber tenido como doce años de edad. Esto se debió a que su madrastra la maltrataba mucho. Tres años después de que se casó, es decir, cuando tenía quince años, nací yo. Mi padre murió cuando yo tenía cuatro años, así que puedo decir que no lo conocí. Mi madre tenía varias propiedades en Zamora que le había dejado mi padre, pero no nos quedamos ahí, sino que fuimos a diferentes partes del Estado hasta que al fin nos quedamos en Morelia. Ahí acabé de crecer y fui a la escuela. Ahí tenía algunas tías y otros parientes. Ahí

me quedé huérfana, pues mi madre murió cuando yo tenía como quince años. Me dejó algo de dinero con el cual establecí una tiendita y esto me permitía vivir cómodamente, sin preocupaciones y sin trabajar mucho. Poco después de cumplir los quince años, me casé. Después de seis o siete años de matrimonio, me quedé viuda, con un niño. Cuando murió mi esposo me dejó varias propiedades, entre ellas dos casitas que aún conservo y que algún día serán de mi hijo. Él está ya muy crecido y vive en Los Ángeles. Hace como quince años que no lo veo. Viví en Morelia hasta 1910. Cuando comenzó la revolución, me fui a Monterrey, Nuevo León. Ahí viví con una familia que era amiga mía. Después esta familia se vino a Texas, primero a San Antonio y después a otros lugares, hasta que llegamos a El Paso. Solamente andábamos paseando y yo había dejado a mi hijo al cuidado de mi hermana. En El Paso conocí a Arthur, que ahora es mi esposo. En esa época regresé a Morelia. Arthur también fue para allá y nos casamos. Después nos venimos derecho a Phoenix. Aquí continuó durante algún tiempo su trabajo en los ferrocarriles, pero posteriormente se hizo cocinero de un restaurante. Sabe cocinar muy bien. Después dejó su trabajo y establecimos un puesto de frutas y bebidas. Durante varios años seguimos con este negocio, pues nos dejaba bastante dinero. Después abrimos una tienda de abarrotes y nos dedicamos a otros negocios, hasta que últimamente compramos este hotel. (Compraron los muebles, la licencia comercial, etcétera, pero no el edificio.) Entre los dos lo atendemos. En la mañana limpiamos los cuartos, hacemos las camas y todo el trabajo que se necesita hacer en un hotel. Mi esposo se encarga de cocinar para nosotros dos. Yo hago las compras y él cocina. A veces prepara platillos mexicanos, pero casi siempre, como aquí hace tanto calor, preferimos comer verduras, que son más saludables. A veces vamos al cine por las noches. Yo voy más, pues a mi esposo no le gusta el cine porque le lastima los ojos. Cuando no tengo nada que hacer leo algunas novelas en español, porque frecuentemente pasan meses y meses sin que yo hable mi idioma. A este hotel llegan solamente norteamericanos y todos hablan inglés. Es cierto que mi esposo habla español. Si no lo hablara, no me hubiera casado con él, pero ya no le gusta hablarlo y parece que lo ha olvidado. Yo casi nunca leo periódicos mexicanos. El diario de la mañana está en inglés. De vez en cuando llega algún paisano a este hotel, como usted, y entonces me alegro mucho de hablar mi idioma. Tenemos un fonógrafo con varias canciones mexicanas; "Las Golondrinas", "Entrada a los Toros", "Perjura" y otras que son tan bonitas que hasta los norteamericanos quieren estarlas oyendo. Como hace tanto tiempo que estoy en este país, he aprendido a hablar un poco de inglés, a leerlo y a comprenderlo. Lo entiendo mejor de lo que puedo hablarlo, pero de todos modos tengo que hablarlo para poder atender a los huéspedes de este hotel. Yo sabía cantar muy bien en español, pero ya lo he olvidado, pues no tengo tiempo para cantar. Ahora estoy leyendo una novela que se llama *El suplicio de una madre*, que me gusta mucho. Mi esposo no sabe que yo tengo dos propiedades en Zamora, porque no se lo he

dicho. Como es extranjero, no puede uno dejar de tener ciertas sospechas respecto a él. De todos modos, como esas propiedades me las dejó mi primer esposo, se las dejaré a mi hijo, porque a él le pertenecen. Actualmente una tía se hace cargo de ellas. Las renta y se guarda la renta, pues yo le he dicho que lo haga así. Lo malo es que como nadie repara las casitas, ya se están viniendo abajo. De todos modos, se las daré a mi hijo, cuando sea un poco mayor. Hace muchos años, cerca de catorce, que no veo a mi hijo, pues no lo veo desde que me casé. Creció gradualmente y sé que aprendió el oficio de mecánico, o de carpintero. Vino con unos amigos a los Estados Unidos. Me parece que ha estado en Chicago y en otras grandes ciudades del país, pero está en Los Ángeles, pues me escribió de allá. Tengo esperanzas de verlo pronto pues me dijo que iba a venir a verme. Yo deseo con todo mi corazón que venga. No tengo ningún motivo para quejarme de mi esposo, solamente que de vez en cuando es duro y muy serio, como son todos los norteamericanos. (El entrevistador se dio cuenta de que Arthur trata a su esposa con rudeza y esta última sufre con la paciencia que es propia de las mujeres hispano-americanas.) Vivo muy feliz con él, aunque a veces tenemos nuestras discusiones, pues la verdad es que nunca puede hacerse uno comprender como con un mexicano. Me gusta todo lo que hay en este país, la facilidad con que puede uno andar sola, ir al cine, etcétera. Pienso que me sería difícil volver a las costumbres de México. Hace unos seis o siete años fui de visita a Morelia. Mi tío me encontró muy cambiada. Recuerdo que una noche fuimos solas al cine y regresábamos a casa en la oscuridad, cuando un hombre nos asustó. Yo me asusté mucho y siempre vivía con temor, pues no se hablaba más que de balazos y de revoluciones. Mi tía decía que "deben ser cobardes en los Estados Unidos, pues se asustan con nada." La verdad es que yo me sentía muy rara allá, pues pedía que me acompañaran hasta para ir al baño. Los excusados están allá casi siempre fuera de la casa y lo mismo sucede con el baño. Hay muchas incomodidades. Aquí me he acostumbrado a andar sola y a no tener miedo de nada. Pero aquí es muy diferente. Los hombres respetan a las mujeres y la policía siempre vigila. Casi siempre, cuando voy al cine en la noche, mi esposo me deja en la puerta del cine y me espera ahí cuando calcula que ya terminó la función. La última vez no fue a esperarme, así que me fui sola a la esquina a esperar el tranvía, pues entonces vivíamos bastante lejos. Pasó un hombre y se detuvo lentamente, para preguntarme si quería que me llevara en su coche. Yo me quedé como si ni siquiera lo hubiera visto. Al momento vino un policía y me preguntó si conocía al hombre del automóvil y le dije que no. Entonces me preguntó si me había dicho algo y yo le respondí que me había invitado a subir a su coche. Entonces se dispuso a arrestarlo, pero el hombre del automóvil se escapó rápidamente. Los domingos en la mañana voy a misa, pues soy católica y cumplo con las devociones de la Santa Madre Iglesia.

—Lo único que casi no hago nunca es confesarme. A mi esposo no le gusta que lo haga. Siempre rezo por las noches antes de acostarme. Pienso

que todo buen cristiano debe hacerlo. En México era yo más católica que aquí, pero es que allá hay más religión, más iglesias y, sobre todo, menos cosas que hacer. Aquí me canso mucho de trabajar todo el día y en la noche leo un poco y me acuesto como a las 12, después de decir mis oraciones. Me levanto a las cinco de la mañana, rezo y luego me acuesto un poco, hasta las seis o siete en que comienzo a trabajar. Ésa es mi vida. La gente que vive en el hotel son los únicos amigos que tengo aquí.

DOMINGO RAMÍREZ

Es blanco, de 21 años de edad, nativo de Cananea, Sonora.

—Mis padres me trajeron acá a la edad de siete años y ahora ya tengo 21. Me eduqué en escuelas norteamericanas, pero mi padre me enseñó a leer español y también me enseñó la geografía y la historia de México. También nos enseñó, a mis hermanos y a mí, que, antes que todo, deberíamos amar a México porque es nuestra patria.

—Es verdad, pues somos mexicanos. Somos morenos y hablamos español y no sirve de nada queremos hacer norteamericanos. Mi padre fue gobernador de Cananea,⁷ pero se vino a este país a causa de la revolución, según creo. Mi padre tenía varias propiedades en Sonora. Primero fue profesor, y después se metió a la política. También tenía algo de ganado y una tienda. Mi hermano mayor acaba de inventar una manera de hacer paletas heladas. Es una fórmula especial para que las paletas no se desbaraten ni en 24 horas. Estas paletas se llaman Alaska y los norteamericanos, los mexicanos y los indios las compran aquí, pues les gustan mucho. Durante quince años hemos tenido una nevería en esta ciudad y en otros sitios. Mi hermano ha pasado varios años en la capital de México y ahí también tuvo neverías. Vendía las paletas Alaska. Ahora mandó una máquina para allá a fin de que puedan hacer las paletas Alaska. Ha vendido concesiones a varios norteamericanos para que puedan abrir estos negocios en El Paso, San Antonio y Phoenix, Arizona, lo mismo que en otras ciudades importantes.

—Aprendí inglés en la escuela y llegué hasta la secundaria, pero no quise seguir. Me pareció mejor ayudar a la familia haciéndome cargo de la venta de paletas aquí. Pienso que los norteamericanos saben mucho más de negocios que los mexicanos, pues anuncian muy bien todas sus mercancías. Ocupan planas enteras en los periódicos y los mexicanos no. Manejan sus negocios según las viejas ideas y no anuncian ni hacen publicidad. Por eso es que difícilmente llegan muy lejos.

—Mi padre quiere que siempre hablemos español en la casa y que sigamos las costumbres mexicanas y así lo hacemos. Lo mismo hace mi

⁷ Se usó la palabra gobernador, pero como Cananea es una pequeña población, debe haber sido solamente el jefe político local.

madre. La comida se prepara al estilo mexicano típico, pues el estilo norteamericano no es bueno. Esa comida no tiene sabor. Lo único que me gusta comer de lo que tienen los norteamericanos son las ensaladas. Ésas sí saben prepararlas muy bien.

—Solamente para pasear, prefiero a las muchachas norteamericanas. No son tan quisquillosas como las mexicanas. Las norteamericanas salen con uno, lo besan a uno hasta excitarlo, mientras que las mexicanas no quieren ni siquiera dejarse besar. Pero para casarme, me casaría con una mexicana, porque son obedientes y agradecidas de todo. Saben hacer el trabajo de la casa y tienen costumbres diferentes. Las muchachas norteamericanas hacen todo lo que quieren y no les prestan atención a sus esposos. Lo malo con las mexicanas es que son artificiosas y hacen mucho escándalo por hacer esto o lo otro. Por eso no me gusta salir con ellas mucho.

—Me gustaría ir a México, pero quizás no para ir a vivir allá, porque ahora estoy acostumbrado a esta ciudad. Casi puedo decir que soy nativo. Lo que no me gusta de México es que están luchando todo el tiempo, revoluciones y revoluciones. Todos quieren llegar al poder para robar y por eso no progresa el país y casi no hay negocios. Mi padre dice que tiene esperanzas de regresar cuando todo se pacifique, pero mientras haya luchas, prefiere estar aquí.

EL HIJO DE FRANK MENÉNDEZ

Frank Menéndez, contrabandista de licores, es mexicano de Querétaro. Vino a este país hace unos diez años. Ahora habla inglés perfectamente. Sigue siendo ciudadano mexicano y dice que no está dispuesto a cambiar su nacionalidad por nada. Antes de ser contrabandista era mesero en uno de los mejores restaurantes de la ciudad, pero dice que ahí trabajaba mucho y ganaba poco. “Sé que voy contra la ley —dice— pero no me importa, pues gano suficiente dinero para vivir cómodamente y para educar a mis hijos.”

Frank se casó con una texana. Tiene cuatro hijos, un muchacho de diez años, una niña de nueve y dos más chicos. Viven en el mismo sitio en que se vende el licor. Los dos niños pequeños, que ya mencionamos, sirven las bebidas a los clientes y cuidan los intereses de sus padres. Siempre tratan de tener la puerta cerrada con una tranca y solamente le abren a las personas conocidas. Frank y su esposa se emborrachan de vez en cuando y parece que no les importan mucho sus hijos. También tienen a su servicio a una muchacha mexicana, de unos 18 años de edad, que les es fiel y que también se encarga de servir a los numerosos clientes que van a beber. La clientela está formada por mexicanos, norteamericanos y texano-mexicanos. Nunca ha habido una pelea en esta casa, pues a pesar de que muchas personas se emborrachan, siempre tratan de estar tranquilos o se van antes de que pierdan el juicio.

El siguiente diálogo tuvo lugar entre el hijo mayor y el entrevistador:

- ¿Qué profesión o carrera deseas seguir cuando seas mayor?
- Quiero ser actor de cine.
- ¿Por qué?
- Porque los actores ganan mucho dinero y se les hace publicidad en todos los diarios, como a Valentino.
- ¿Por qué no piensas mejor en vender licor, que da también mucho dinero, como hace tu padre?
- Yo no lo haría ni aunque me dieran cien mil dólares.
- ¿Por qué no?
- Porque no me gusta.
- ¿Te gusta la escuela?
- Sí.
- ¿Por qué?
- Porque me gusta.
- ¿Te tratan bien en la escuela?
- Los maestros me tratan bien, pero algunos muchachos norteamericanos me tratan mal y a veces me llaman “mexicano grasiento”.
- ¿Por qué te llaman así? ¿Les haces algo?
- No, me insultan simplemente por pasar por donde ellos están.
- ¿Y tú dejas que te insulten?
- Pues sí, me vale más estarme quieto.
- ¿Por qué no les pegas?
- Porque no. ¿Por qué habría de pegarles, qué ganaría pegándoles?
- ¿Entonces no te importa que te llamen “mexicano grasiento”?
- No, no me importa, pero cuando me hacen enojar, les pego. Les pego a los chicos en la cabeza.
- ¿Y, a los grandes?
- Con éstos me peleo.
- ¿Cuál es tu bandera?
- La mexicana.
- Pero tú eres norteamericano, ¿o no?
- No, yo soy puro mexicano. Nací en México.
- ¿Conoces alguna parte de México?
- No, nunca he estado ahí.
- ¿Entonces eres texano?
- No, soy mexicano, porque ésa es mi raza y mi padre es mexicano.
- En caso de guerra entre los Estados Unidos y México ¿qué harías tú?
- Irme a México.
- ¿Cómo vas a hacer para llegar a actor de cine?
- Me iré a Hollywood.
- ¿Por qué no te vas a México?
- Porque allá no hacen películas.
- Sí, también hacen películas en México.
- No, las llevan de aquí.
- ¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé.

—¿No te gustaría más estudiar para ser abogado o doctor?

—No, no me gusta estudiar. Es muy difícil.

—Pero si llegaras a ser doctor o abogado, ganarías mucho dinero.

—No, prefiero ser actor de cine.

VIII. EL MEXICANO-NORTEAMERICANO

La presencia en el suroeste de una gran cantidad de norteamericanos de origen mexicano, los "hispanoamericanos" podría considerarse que facilitaría al inmigrante la transición de México a los Estados Unidos. Pero en el material que se ha reunido aquí, hay pocos indicios de que así suceda, excepto por el hecho de que, frente a los no latinos, ambos grupos se sientan pertenecientes a "la raza". Por el contrario, en estos documentos hay muchas referencias a los disgustos o conflictos entre los inmigrantes y los norteamericanos-mexicanos.⁸ La señora Ceballos, cuya historia quedó incluida en la sección anterior para permitir su comparación con las relaciones hechas por otras mujeres inmigrantes, dice que es muy difícil entenderse con las muchachas texanas (de origen mexicano). La señora Concha Gutiérrez del Río (página 190) se sentía exasperada por las mujeres mexicano-norteamericanas que pertenecían a su club femenino: "Siempre están hablando mal de México. Algunas de las cosas que dicen son ciertas, pero duele oírlas hablar así de nuestro país." Juan Berzúnzolo (página 177) no quiere que sus hijos sean *pochos*, y por eso se regresa a México. En la siguiente sección, la señora Urzaiz expresa con cierta amplitud la diferencia y la antipatía que existen entre ella y las mexicano-norteamericanas.

⁸ Véase: Gamio, *Mexican Immigration to the United States*, p. 129: "La actitud de los mexicanos que son ciudadanos norteamericanos hacia los inmigrantes es muy curiosa. A veces hablan mal de los inmigrantes (posiblemente porque son sus competidores en salarios y empleos) y dicen que deberían quedarse en México. (Los norteamericanos de origen mexicano consideran a México como un país desordenado y rebelde y a los mexicanos nativos como combativos y agresivos.) Además, se sienten disgustados, posiblemente por orgullo racial, por la condición miserable en que llegan la mayoría de los inmigrantes. Llamam a estos inmigrantes recientes *cholos* o *chicanos*. Por su parte, el inmigrante considera al norteamericano de origen mexicano como un hombre sin patria. Le recuerda constantemente la posición inferior en que se encuentra con respecto al norteamericano blanco. También critica algunos aspectos de la cultura material norteamericana, sobre todo a las mujeres mexicanas "americanizadas", que se visten como las norteamericanas y tienen todas las costumbres y hábitos de las mujeres norteamericanas. El norteamericano de origen mexicano es llamado *pocho*."

Los otros documentos que se encuentran en esta sección son casos de personas de cultura hispanoamericana, miembros de familias que hace mucho tiempo se establecieron en tierra norteamericana. La señora Elena Cortés de Luna, no parece sentir que haya ningún conflicto en su situación, intermedia entre las culturas mexicana y norteamericana; pero en las otras tres historias se indica el carácter marginal del mexicano-norteamericano.⁹ Elías Sepúlveda vive en un tercer mundo, que no es ni mexicano ni norteamericano; no le gustaría vivir en México, pero no podría luchar contra México y no se casaría con una norteamericana ni aunque fuera de origen español. Luis Alborno, toma parte en las actividades mexicanas, pero los inmigrantes hacen que se avergüence de su origen mexicano. Juan Salorio, a causa de sus viajes, ha adquirido cierto punto de vista cosmopolita; pero su lealtad está con "la raza".

CONCHA URZAIZ

Concha Urzaiz es de Coahuila. Su padre era jefe de una división en los ferrocarriles nacionales. Estuvo primero en una escuela de monjas, después en una academia y después tomó un curso comercial; para regresar luego al convento. Hace tres años que se vino acá. Dice que desde que era pequeña, era la más devota de su familia, que su padre es librepensador y que su madre no se confiesa. Ella quería ser monja y se pasaba largas horas rezando en una capilla que había cerca de su casa, con tanta quietud, que supone que era una especie de éxtasis místico. En esa época sus padres le dijeron que era pecado ir a una iglesia protestante y "me inculcaron disgusto y hasta odio por cualquiera otra religión." Su abuela había estado aquí durante años y era antes devota católica. Cuando llegó, se dio cuenta de que su abuela había cambiado su religión y era ya presbiteriana. Primero fue a la iglesia católica; después, con temor, entró a una iglesia protestante y sintió que hasta las bancas la hacían temblar. Poco a poco fue interesándose por la religión protestante, sobre todo porque podía leer las palabras tal como las dijo Jesús, y finalmente se convirtió también al protestantismo. Durante mucho tiempo extrañó el ritual católico, y aun ahora siente que el protestantismo es muy seco y austero y dice que muchos protestantes piensan lo mismo. Pero ahora

⁹ Véase: Gamio, *ibid.*, pp. 129-130: "El norteamericano de raza mexicana se encuentra realmente, por lo que se refiere a la nacionalidad, en una posición difícil y desgraciada. Cuando estas personas van a México, llevando ropas norteamericanas y hablando español con acento extranjero, se sienten mexicanos, porque están acostumbrados a que los consideren así en los Estados Unidos. Pero los mexicanos de México, como no saben nada de esto, se indignan ante la idea de que estas personas puedan ser mexicanas, mientras que, por otra parte, los norteamericanos encuentran extraño que se llamen norteamericanos, puesto que en los Estados Unidos, son considerados como mexicanos o hispanoamericanos.

ha encontrado la satisfacción de hacer el bien, oportunidad que nunca le ofreció el catolicismo. Dice que la confesión era un fuerte medio de control para ella porque, con tal de no tener que confesar cosas de que tuviera que avergonzarse, no las hacía. Piensa que, por lo menos, cuando uno es pequeño y no tiene mucho juicio, el tener que confesar las propias faltas a una persona a quien uno admira es un medio muy útil para impedir que se cometan dichas faltas. Hasta el presente ha conservado su amor por la religión católica y no critica los actos del clero, ni parece que haya tenido ningún motivo especial para haberse separado de su antigua religión, como no sea que se ha modificado su forma de pensar. En su nueva iglesia es miembro muy activo. Dice que El Señor de los Milagros le causaba horror aun cuando era todavía católica. Ahora considera ese culto como idólatra y primitivo y hasta le causa disgusto.

Incluyo en seguida una conversación con la señorita Urzaiz sobre El Señor de los Milagros:

—No digo que sea la imagen la que hace el milagro. Probablemente sea Dios, cuando uno tiene fe. Pero cuando se enfermó mi hijito, le pedí mucho al Señor de los Remedios que lo salvara y mi hijito vivió.

SEÑORITA URZAIZ: Sí, es la fe la que lo hace todo ¿Pero cómo puede tener poder una imagen?

—Pienso que las oraciones tienen el mismo efecto. El hermano Brown también rezó mucho por mi hijito. (Mr. Brown es el pastor de una iglesia que aún no he podido juzgar cómo es, pero pienso que es como las swedenborgianas.) ¿Conoce usted al hermano Brown?

SEÑORITA URZAIZ: —Sí, lo conozco. Su iglesia no está dentro de la Federación de Iglesias Protestantes.

—¿Qué diferencia hay entre sus creencias y las de los presbiterianos?

—La diferencia principal está en la forma de curar.

—¿Cómo cura el hermano Brown?

—SEÑORITA URZAIZ: Forman un círculo y rezan, poniendo en el centro a la persona enferma, como dice la Biblia que hacían los discípulos de Cristo. Pero es la fe lo que hace todo.

—¿La persona enferma debe también tener fe, o basta con la de los que rezan por ella?

—SEÑORITA URZAIZ: No, nunca ocurre un milagro a la persona que no tiene fe. Vi a un pastor Robertson, que era muy famoso, curar a un paralítico que le fue llevado en la sala Beethoven. Se veía paralizado y tieso y después de rezar salió caminando, con cierta dificultad, pero moviéndose sólo. Eso tiene que ser, porque se basa en la promesa de Cristo.

Se siente muy feliz con su nueva religión y ha convertido a toda su familia.

Respecto a su condición aquí, dice que no puede tener amigas muy íntimas. Hay un odio irrazonable entre texanos y mexicanos. La señora Galván está de acuerdo con la señorita Urzaiz en que las mujeres sienten y cultivan ese odio mucho más que los hombres. La señorita Urzaiz dice que, especialmente en el norte, hay una actitud de desprecio hacia los

texanos, hasta tal punto que los texanos cultivados y ricos no pueden entrar a los clubes y sociedades de México, porque son texanos y que siempre se sienten humillados por los mexicanos. Por otra parte, las mujeres mexicanas son más populares entre los muchachos texanos que las mujeres texanas, porque sus maneras son más refinadas, son más cultas y están mejor educadas. Cuenta que una vez que estuvo en Piedras Negras, se dio cuenta de que los texanos enviaban coches a buscar a las mexicanas, para que pudieran ir a los bailes al otro lado y, cuando llegaban, todas las texanas eran dejadas a un lado. Esto lastima mucho a las texanas y por lo tanto tienen un resentimiento muy profundo en contra de las mexicanas. Si una texana va a México, se ve duramente criticada por el mal español que habla, por sus maneras desordenadas, libres y bruscas, y generalmente regresan con una impresión muy mala. Gran parte de estas críticas son causadas por el idioma que hablan las texanas. Las jóvenes se defienden diciendo que como en las escuelas de aquí nunca se les enseñó español, han aprendido como han podido. En las escuelas públicas norteamericanas, los niños usan el lenguaje más vulgar, porque generalmente pertenecen a todas las clases sociales, y como los maestros generalmente no saben español, no pueden corregirlos. Se acostumbran a usar palabras incorrectas o insultantes, sin saberlo. También ha notado que la mujer mexicana es muy crítica y ofende a las texanas burlándose de su lenguaje. Se ha convertido en expresión insultante entre las texanas decir que fulana es una "mexicana bien educada." Por otra parte, las mexicanas se sienten aquí confusas y no encuentran amigas que las reciban francamente y con las que puedan hablar de las cosas que les interesan. Tampoco encuentran amigos y ni siquiera saben cómo las van a tratar. Cuenta que cuando trabajaba en una oficina, había un muchacho que trabajaba también ahí, quien la trataba rudamente y aun con grosería. Como nadie los había presentado, ella no le hablaba más que para asuntos de trabajo. Después de cinco meses de estar trabajando ahí, un día que estaba inclinada sobre su escritorio, el joven la empujó para acomodarse él en el mismo sitio. Ella se sintió ofendida y el muchacho, que lo notó, le preguntó qué le pasaba. Ella respondió: "Un joven, en mi país, nunca me hubiera tratado así." El joven se sintió avergonzado y después vino a decirle que se había portado de esa manera porque ella nunca le hablaba más que para asuntos del trabajo y nunca lo había invitado a ir a ninguna parte. "¿Pero cómo puede usted esperar que lo haga, si nadie nos ha presentado ni sé quién es usted?" —respondió ella—. Con el tiempo llegaron a ser buenos amigos y dice que encuentra a los texanos más francos y más sinceros que a los mexicanos, aunque están acostumbrados a que sea la mujer la que se acerque a ellos, en vez de que sea lo contrario. Dice que son tímidos porque sienten que les faltan buenas maneras, pero que no son malos. Se ha dado cuenta de la tendencia tan marcada a criticar que hay en México y de la mala voluntad que esto despierta en todo el mundo.

ELÍAS SEPÚLVEDA

Es nativo de Nogales, Arizona. Es de tipo mestizo. Sus padres eran mexicanos del interior de Mazatlán, Sinaloa, pero él es ciudadano norteamericano.

—El destino quiso que yo naciera en Nogales, Arizona, y que me educara en una escuela norteamericana y ahora soy ciudadano norteamericano. Tengo 23 años y en toda mi vida solamente una vez he ido al interior de México. Fui con mis padres a visitar Hermosillo, Guaymas y Mazatlán. Para decir la verdad, no me gustó, pues todo se veía muy pobre y anticuado. Casi no había nada moderno. Sé, porque me lo han dicho, que todo es moderno y parecido a los Estados Unidos en la capital de México, pero aquí se encuentra lo moderno en todas partes, por muy pequeña que sea la población. Mis padres me dejaron en la escuela hasta que terminé la secundaria y después comencé a trabajar, empezando como aprendiz en un panadería en Nogales, hasta que aprendí el oficio, que es en el que trabajo ahora y con el que gano lo suficiente para mí, para mi esposa y para mi hijita y también para ayudar en algo a mis padres. Viven en Nogales, Arizona, y de vez en cuando los voy a visitar. No creo que pudiera ganarme la vida como panadero en México, pues no me pagarían allá lo que gano aquí. Allá pagan salarios muy bajos y además, el trabajo es más duro. Según lo que vi en Hermosillo, allá baten a mano, los hornos son de madera y hay que estarlos limpiando siempre y calentándolos y cuidando de que no vuelen las cenizas, mientras que aquí hay maquinaria para todo, los hornos son de gas y de metal y el trabajo en general es más fácil. Solamente para sacar el pan, se usan palas, como en México, pero todo lo demás es diferente. Además, no sé hacer pan al estilo mexicano. Solamente sé hacerlo al estilo norteamericano. Puedo leer español y escribirlo un poco, porque me enseñaron mis padres, pero por lo que se refiere a la educación mexicana no sé mucho, pues me educaron en escuelas norteamericanas. Me siento avergonzado cuando encuentro un mexicano de la capital bien educado porque no puedo hablar con él, ya que hablo un español muy malo. Soy ciudadano norteamericano y pago mis impuestos, pero no por eso dejo de reconocer mi sangre mexicana. No se puede negar la propia raza. Si hubiera guerra entre México y los Estados Unidos, yo no iría a matar a mis hermanos. Los norteamericanos no serían tan tontos de darnos armas, pues saben que todos los mexicanos nos volveríamos contra ellos. Sería como darle armas al enemigo, aunque no dudo que habría más de uno que tomaría las armas en contra de México. Muy bien podrían ser los que nacieron y vivieron en México y después se hicieron ciudadanos norteamericanos. Sería como en la guerra europea en la que en vez de mandar a muchos alemanes a luchar, los internaron en campos, aunque habían nacido aquí. Yo preferiría ser prisionero a ir a luchar contra el país de donde vinieron mis padres. De todos modos, todos somos mexicanos, pues los güeros nos tratan a todos igual. Dicen que todos so-

mos mexicanos y lo somos por la sangre, aunque los que nacimos, en este país y hablamos inglés y conocemos nuestros derechos, no nos dejamos maltratar como los pobres que acaban de llegar del otro lado. Pienso que sería bueno poner una cuota límite a los inmigrantes mexicanos, porque esto les beneficiaría a ellos y a los que ya viven aquí. ¿A qué vienen? Solamente vienen a este país a sufrir. Quizá hasta hubiera más trabajo para ellos en México si estuviera en paz, y entonces no tendrían que venir a humillarse ante los güeros. Además los mexicanos que ya viven aquí no tendrían la competencia de los que siguen viniendo y podrían ganar mejores salarios y los norteamericanos no nos humillarían tanto, porque piensan que somos iguales a los que vienen de México, que permiten que les hagan lo que quieran. Recuerdo que después de la guerra europea, cuando el trabajo estaba escaso aquí y había una gran crisis, les quitaban el trabajo a todos los mexicanos para dárselo a los norteamericanos. Tenían que deportar a los mexicanos que se venían de México y los llevaban en camiones hasta la frontera. Era algo patético. Algunos andaban hasta pidiendo limosna. Yo estaba trabajando en la panadería de un norteamericano y entró otro norteamericano y delante de mí le preguntó al jefe por qué tenía a un mexicano trabajando, cuando los norteamericanos necesitaban trabajo. Le respondí que, aunque era mexicano, tenía más derecho que él a trabajar. Primero, porque era ciudadano norteamericano, nacido en los Estados Unidos, y segundo, porque era de Arizona y le dije que hasta podía darle clases sobre la Constitución de los Estados Unidos. Cuando oyó que hablaba yo inglés se fue, pero para demostrarle al dueño que no estaba enamorado de su trabajo, le pedí mi liquidación a los tres días y me pasé dos meses descansando. Me fui a viajar por California. Cuando estoy entre mexicanos me siento mejor que entre los norteamericanos. Pertenezco a la Alianza Hispano-Americana.¹⁰ Tengo a mi esposa y a mi hijita aseguradas en dos compañías de seguros. Esto es muy bueno, pues si algo le sucede a uno, están por lo menos aseguradas.

—Como mis padres me enseñaron a ser católico cuando era pequeño, tengo esa religión, pero hace tres años que no voy a la iglesia y solamente fui para casarme. Mi esposa es mexicana, de Hermosillo, Sonora. Pienso que el catolicismo, tal como lo enseñan los sacerdotes no es más que explotación y por eso México está tan atrasado, pues los sacerdotes no dejan progresar al pueblo. Me han dicho que allá hay más iglesias que escuelas. Es bueno tener iglesias, pero no que el pueblo se pase todo el tiempo en ellas. Aquí hay todas las religiones que pueda uno desear y nadie interfiere en eso. Cada quien puede creer lo que le dicte su conciencia y eso es todo.

—Otra de las cosas que no me gusta de México es que siempre están en revolución, no se cansan de pelear. Por eso no se puede hacer allá nada bueno. Si hubiera paz, quizá México sería más rico y más grande que el país de esta gente, pero allá siempre están peleando. Casi no leo los periódicos,

¹⁰ Una sociedad mexicana de ayuda mutua.

pues no tengo tiempo. Llego a casa muy cansado del trabajo, entonces descanso. Los domingos, a veces, compro el periódico, sobre todo para leer la sección cómica.

—No hubiera podido casarme con una norteamericana, aunque hubiera querido, pues son ambiciosas y libres. Aquí están acostumbradas a ir al teatro o a los bailes con amigos, mientras su marido está trabajando, y cuando el marido regresa de trabajar tiene que comprar los comestibles y después ayudar a la mujer en la cocina y hasta a lavar los trastos. Yo nunca haría eso. Por esta razón y porque se puede comprender mejor a la propia gente, me casé con una mexicana. Las mexicanas trabajan mucho y hacen todo lo que quiere el marido y si éste se porta bien, son las mejores.

—No sé por qué el gobierno de México no hace lo mismo que se hace aquí con los indios en estos Estados. Tienen escuelas, se les alimenta y se les cuida mejor que a los blancos. El gobierno de México debería hacer lo mismo, para que el país prosperara, pero allá los pobres indios son maltratados y no tienen protección como aquí.

LUIS ALBORNOZ

Luis Albornoz es una persona cuyo aspecto corresponde al de cualquier mexicano de la clase media. Es blanco, con ojos castaños claros. Su estatura es un poco mayor que mediana y tiene cerca de 35 años de edad. Nació en Tito, Nuevo México y sus padres también habían nacido en Nuevo México. Ni él ni sus padres han estado nunca en la República Mexicana. Luis fue siempre a una escuela norteamericana y terminó el noveno año, pero como en Nuevo México los libros de texto están escritos la mitad en español y la mitad en inglés, habla y escribe el español sin acento y se podría creer que es nativo de México. Ha vivido entre mexicanos y ha hecho tanto trabajo doméstico como comercial. Tiene espíritu emprendedor y ha sido propietario de pequeños restaurantes mexicanos. Ha sido mesero. Se interesa por todo lo mexicano y está casado con una mexicana cuyo tipo es marcadamente indígena, de inteligencia superior a la de su marido, pero con menos carácter. Ella es obstinada en su partidismo por México y él se ha contagiado un poco de este espíritu. En la casa hablan siempre español, pues la esposa no habla inglés bien, aunque hace más de 12 años que están casados. El señor Albornoz llegó a Los Ángeles hace 14 años. Le ha sido fácil encontrar trabajo porque habla los dos idiomas, pero como no puede escribir bien ninguno de los dos siempre ha tenido empleos inferiores. Ahora es agente de las máquinas Singer y cobrador de una casa judía que vende en abonos a los mexicanos.

La señora Albornoz es descuidada. Su casa está más sucia que pobre y viven en una cabaña de madera que está en un lote que pagan en abonos. La mujer es presuntuosa en cuanto a su ropa; comen al estilo mexicano, tortillas, frijoles, chile, tamales, etcétera, y van a todos los festivales patrióticos mexicanos. Él es miembro de varias sociedades cooperativas mexicanas. No obstante, adora a los Estados Unidos. Dice que en caso de

guerra entre los dos países, él lucharía del lado de los Estados Unidos, que es su país, en el que tiene derechos y protección. Dice que sus hijos son norteamericanos, aunque su esposa puede seguir siendo mexicana. En caso de guerra, ella dice que se iría a México para servir como enfermera o ayudante y él dice que la dejaría ir, pues respeta el amor que siente por México.

El señor Albornoz dice que nunca se hubiera casado con una norteamericana, porque su sangre es mexicana y no le importa la división geográfico-política. Él mira a los dos países con amor y condena la traición de Santa Anna y de sus partidarios, que desmembraron a México. Dice que el que vendió merece más críticas que el que compró, y que admira a los Estados Unidos por haber hecho de la parte que adquirieron una tierra productiva, con magníficas condiciones de vida. Por otra parte, no puede dejar de sentir animosidad hacia quienes cobardemente abandonaron su tierra.

Nunca ha estado en México ni ha sentido deseos de ir, porque ha oído que allá no hay oportunidades para trabajar en paz y que todo el mundo tiene que dedicarse a la política para poder vivir.

Dice que si hubiera podido reunir un pequeño capital se habría ido a México, porque las tierras jóvenes, como las Américas, ofrecen mayores oportunidades. Aunque los Estados Unidos ofrecen muchas ventajas, se puede hacer poco a causa de la competencia que hay con respecto al capital y la maquinaria.

Se puede notar cierta tendencia, por parte del señor Albornoz, a ver para abajo a los humildes trabajadores mexicanos, piensa que sus faltas no se pueden corregir. Cuando trata con ellos, lo hace con cierto aire de superioridad. No obstante, en su casa tiene un retrato de Hidalgo como decoración, y una pequeña bandera mexicana.

No son ni católicos ni protestantes y puede decirse que los niños que tienen a su cuidado, dos hijos propios y dos sobrinos, son indiferentes; no han sido confirmados.

El señor Albornoz se siente orgulloso de ser norteamericano y deplora el hecho de que los mexicanos que vienen a los Estados Unidos sean inmigrantes incultos, que son despreciados; esto lo hace avergonzarse de tener sangre mexicana. Dice que en realidad sus abuelos fueron españoles, así que cuando se le pregunta qué es él, dice: "hispanoamericano." Dice: "¿Cómo podemos querer lo que conocemos solamente por malas referencias?" De México solamente conoce las narraciones espeluznantes referentes a la revolución y unas cuantas poblaciones pequeñas, de la frontera; así que tiene muy mala opinión de México. Cuando vino García Naranjo a dar unas conferencias, fue a todas ellas y le gustó oír las y cambió un poco sus ideas con respecto a los intelectuales mexicanos. Quiere que sus hijos hablen y escriban el español, pero no lo considera indispensable y piensa que con el español que hablan y con las clases de español obligatorias que recibirán cuando vayan a la secundaria, tendrán suficiente para entenderse en cualquier país de habla española. No le gusta el teatro español, porque

no ha visto nada que valga la pena, tampoco le gustan los deportes norteamericanos. No cree en brujas ni en curanderos. Ama su hogar y hace las labores domésticas con gusto, ayudando a su esposa como hacen todos los esposos norteamericanos. No bebe alcohol ni fuma; no juega. Quiere que su hijo aprenda boxeo y quiere que su hija sea femenina, sin perder ninguno de los encantos de la mujer, pero también quiere que sea fuerte y que sepa bastarse a sí misma. Apenas si tiene siete años y la deja ir sola a la escuela y al cine, para que aprenda a ir todas partes sola. La hace que cultive un pequeño jardín, lo mismo que a su hermano, y hace que éste lave los trastos y aprenda a coser botones y a lavar y a planchar sus ropas.

Critica a los mexicanos de clase media recién llegados que no saben hacer nada y solamente quieren hacer trabajo de oficina.

Los ha visto y se ríe de ellos cuando, después de buscar trabajo sin éxito en las casas comerciales, deciden lavar trastos en los restaurantes o entrar a alguna fábrica a hacer un trabajo rudo. Maneja su automóvil y lo compone. No puede comprender cómo en México los que tienen un poco de dinero, tienen que tener choferes, cuando aquí los millonarios componen ellos mismos sus automóviles y los manejan. También le parece muy ridículo e inhumano que una mujer que gana un pequeño salario necesite una sirvienta, cuando ella puede hacer sola el trabajo de la casa y aún ayudar a su esposo a aumentar los ingresos dedicándose a un trabajo honorable, aunque gane poco. Puede coser, bordar o hacer muchas otras cosas sin necesidad de salir de su casa. Considera ridículos los celos ciegos de los mexicanos y dice que el hombre comete una injusticia muy grande cuando siquiera se imagina que vive con una mujer que no es digna, y no puede comprender cómo un hombre puede matar a una mujer que no era honorable, cuando podría divorciarse y tratar nuevamente de encontrar mejor compañera.

ELENA CORTÉS DE LUNA

Es mestiza, predominantemente blanca.

—Tengo 71 años. Mis bisabuelos, mis abuelos y mis padres han sido todos de Arizona. No sabemos cuándo vino nuestra familia ni si tenemos sangre española, mexicana o india en nuestras venas. Yo nací aquí y siempre he vivido aquí, aunque a veces me he pasado hasta tres años en Tucson. Fui a la escuela norteamericana, pero no aprendí ni hablar ni a escribir inglés aunque sé leer y escribir bien en español. Por eso leo solamente periódicos españoles. Soy suscriptora de *El Tucsonense* y de varios periódicos católicos, pues soy católica. Mi hijo mayor, es sacerdote franciscano.

—Desde que era muy pequeña, aun antes de que pudiera hablar, pensé que sería sacerdote y lo empujé siempre hacia la religión, hasta que profesó.

—Me casé cuando tenía cerca de 20 años. Mi esposo era del distrito de Altar, Sonora, pero fue educado aquí. Hablaba un poco de inglés y tenía algunas propiedades. Teníamos una granja cerca del hospital; ahí teníamos

también una lechería. Yo me hice campesina, pues me enseñó a plantar vegetales, flores y otras plantas, igual que él mismo. También ordeñaba algunas vacas y en general trabajaba mucho, aunque ahora apenas si puedo trabajar pues soy demasiado vieja. Debería usted haber visto a mi esposo. Se murió a los 80 años de edad y trabajaba como un hombre de treinta años. Hace apenas un poco más de un año que murió el pobre.

—Uno de mis hijos construye coches. Está casado y vive en Santa Mónica, California, donde vende automóviles. En una época estuvo muy bien acomodado en México. Primero fue allá enviado por una compañía norteamericana y después se estableció por su cuenta en Michoacán, pero perdió todo a causa de la revolución y tuve que enviarle hasta para su pasaje, que me costó más de 200 dólares para él y su esposa. Mi otro hijo se hizo sacerdote franciscano y está ahora en una misión en California. Hace poco tiempo, estaba en una misión de aquí, de Arizona. Pinta paisajes y hace algunas otras cosas durante las horas que le deja libre su trabajo en la iglesia. De mis tres hijas, la mayor está soltera, la de en medio se casó hace tiempo con un mexicano de Tucson que tiene una tienda de abarrotes. Ella trabaja en una casa que vende ropa y otras mercancías al por mayor. Gana bastante bien. Mi hija menor trabaja como taquígrafa en la compañía Southern Pacific de México, en esta ciudad, pero como la compañía se va a ir para México, mi hija dejará el trabajo. También tengo una hermana que vive en Phoenix Arizona. Toda mi familia habla inglés y español, especialmente mis hijas; a veces cuando estamos comiendo hablan mucho en inglés y yo casi no les entiendo. Para las dos hijas que viven conmigo preparo un almuerzo al medio día, pues no les gusta comer en restaurantes, y como tienen automóvil vienen a la casa a comer. Lavan los trastes y, por la noche, hacen la cena. Por la mañana, ellas mismas se preparan el desayuno. Yo me levanto a las siete de la mañana. Primero barro y limpio la casa, arreglo los cuartos, etcétera. Después cuido mis plantas, quitándoles las malas yerbas que les salen. Tengo varias vides de uva moscatel, vides blancas y vides moradas sin semilla. Corto alfalfa para mis gallinas y también les doy cereales. También tengo higos y otros frutos en mi pequeña huerta, pero como es muy pequeña, no puedo tener más plantas. Si fuera más grande tendría más. Cuando tengo algo que coser lo hago y después preparo la comida para las muchachas que llegan a las doce. Llegan con prisa, en su automóvil. Se vuelven a su trabajo a la una y yo me quedo descansando y leyendo los periódicos. En la tarde, cuando el sol ya comienza a ponerse, riego las plantas que tengo frente a la casa.

—Para mí, los mexicanos son lo mismo que los norteamericanos, es decir, todos me tratan bien. Nadie me ha molestado nunca. Yo me siento más cerca de los mexicanos porque son mi gente, puesto que tengo sangre mexicana en las venas, pero para mí no hay diferencia. Todo el mundo es igual. Conozco Hermosillo, pues estuve allí varios meses y me gustó. Es bonito, pero lo que no me gusta de México es que siempre están peleando. No puede haber nunca paz. Actualmente, el herético Calles comete toda clase de abusos con los pobres ministros de Dios y la Suprema Providen-

cia castigará a México por eso. Todos los sacerdotes tienen que regresar a México.

—No, por mi parte nunca estaría en favor de una intervención de los Estados Unidos en México. No estaría en favor de esto, pues los mexicanos son mi gente y deben arreglar sus asuntos como quieran. Los norteamericanos no tienen que intervenir, pues no tienen nada que ir a buscar allá.

—Me gusta mucho Tucson, pues nací aquí y todos mis antepasados han muerto aquí, pero hay otras ciudades que me gustan más, como Los Angeles y San Francisco. San Francisco es muy alegre y muy bonito. Hay tantas luces eléctricas que las noches parecen días. También he ido a Kansas City y a otras ciudades, buscando médicos que me curen el reumatismo, que no me deja vivir en paz. Todo el cuerpo me duele y apenas si puedo caminar. Tengo que usar un bastón para poder andar. Ahora me siento un poco mejor, gracias a unas medicinas que me han mandado de California. Estoy cansada de los médicos, pues no hay ninguno que sea bueno entre todos ellos. En mis tiempos había buenos médicos, pero ahora no quieren más que ganar dinero.

—Cocino tanto al estilo mexicano como al estilo norteamericano. La comida norteamericana no tiene sabor; es demasiado simple y no les gusta a mis hijas, por eso siempre les preparo platillos mexicanos. El domingo pasado se fueron con varias muchachas norteamericanas a pasar un día en el campo. Todas llevaron varias cosas para comer y yo preparé chile con carne y tamales para mis hijas y cuando comenzaron a comer las norteamericanas dejaron lo que llevaban y comieron de la comida mexicana de mis hijas, porque les gustó más.

—Los norteamericanos de aquí no maltratan a los mexicanos ni a los indios. A estos últimos les han dado sus misiones y sus escuelas y ahora la mayoría hablan inglés, además de su idioma, pero no hablan español. Aquí hay muchos indios papago y algunos yaquis.

JUAN SALORIO

Juan Salorio es blanco, nativo de El Paso, Texas.

—Mis padres fueron mexicanos, nacieron en alguna parte de Chihuahua, pero se educaron en diversas partes de Texas. En esos tiempos no había muchas diferencias entre los norteamericanos y los mexicanos. Todos los que vivían a lo largo de la frontera eran iguales y no había dificultades para cruzar de un lado a otro, no había oficinas de inmigración ni nada de lo que ahora crea las diferencias entre los norteamericanos y los mexicanos y los mexicanos que han nacido de este lado o del otro de la frontera. Me educó mi abuela. Era su consentido; hacía todo lo que yo quería. Tengo hermanos y hermanas. Éramos como siete hijos. Algunos tenían ojos azules y pelo rubio, pero una de mis hermanas era muy morena. Cuando murió mi abuela, me fui a vivir con mis hermanos. Una vez, cuando mi hermano mayor, que tiene ahora como 58 años (yo tengo 45) se estaba

bañando, me pidió que le diera sus zapatos y se los aventé desde donde yo estaba. Cuando terminó de vestirse, me cogió y me dio una buena golpiza. Como yo no estaba acostumbrado a que nadie me tocara, me ofendí mucho y escapé de la casa, pero me trajeron de nuevo y me enviaron al Seminario de Las Cruces, Nuevo México. En este seminario estuve mucho tiempo y aprendí muchas cosas. Iba a la escuela dominical y tenía a mi cuidado diez niños pequeños. Les hacía preguntas sobre la doctrina y les enseñaba otras cosas. Pero me cansé de estar ahí y, aunque era pequeño, me escapé del seminario. Para poder salir, engañé al sacerdote principal o más bien, al director. Le dije que iba a ver a una hermana de la caridad que me quería mucho y que estaba enferma. Después eché a correr, siempre hacia Louisiana, hasta que llegué a la casa de una familia francesa que me aceptó como huérfano. Trabajé ahí y esta familia me enseñó a hablar francés. Después estuve en otros sitios de los Estados Unidos, trabajando como sirviente, limpiando zapatos y haciendo otras muchas cosas. Pasaron ocho años sin que nadie de mi casa supiera de mí, ni yo de ellos, hasta que finalmente fui a San Antonio, Texas. Permanecí ahí mucho tiempo, mi familia me fue a ver y nos reunimos muy contentos. Ahí aprendí a ser cocinero. Sé cocinar muy bien al estilo norteamericano. Me cansé de estar en San Antonio y me enganché como marinero. Me fui a viajar por todo el mundo. He estado hasta en Palestina, en Asia y en Europa. Pasé varios años en el norte y en el sur de Europa. He cuidado cabras en las montañas nevadas de Europa y sé lo que es sufrir allá. A veces llegaba a algún puerto y me quedaba ahí. Después me iba con otro barco y de esa manera fui de un sitio a otro. Finalmente regresé a San Antonio a trabajar, feliz de estar con mi familia. Ahí estaba cuando estalló la guerra y me presenté como voluntario en la Segunda División y fui a luchar a Europa. Estuve en el frente y después fui enviado a París. Estuve ahí cerca de 14 meses. Iba a un café en París donde se reunían todos los soldados de lengua inglesa, fueran australianos, norteamericanos, canadienses, ingleses, etcétera, pues los dueños del café eran norteamericanos. Una vez, cuando hablábamos de todas las naciones, la vieja mesera comenzó a decir que en México no había más que indios y que ni siquiera conocían a los españoles allá. Le dije que yo era mexicano-norteamericano y que mi país era México, que estaba junto a los Estados Unidos y que allá se hablaba español y yo podía probarlo. Le dije que llamara a un español que no hubiera estado nunca en la América Latina y que vería como hablábamos. En esos momentos pasó un español que era barrendero de calles, lo llamaron y comenzamos a hablar, primero en francés y luego en español. Le dije que yo era mexicano, pero él me respondió que llevaba uniforme norteamericano. Entonces le dije que era ciudadano norteamericano porque había nacido en los Estados Unidos, pero que todos nosotros reconocíamos a España como a nuestra madre patria y que había en la América Latina más de cien millones de habitantes que hablaban español. Entonces me invitó una copa, pero yo no lo dejé pagar. Vi que era muy pobre y yo pagué. Me invitó a comer el domingo a su casa, preparó una

deliciosa comida española y me llevó a un club español donde me presentó hermosas muchachas españolas. Otra vez, estaba yo en la ópera de París con un amigo italiano. Cuando el italiano me dijo que estaban hablando español cerca en el vestíbulo, puse atención y vi que eran un caballero, una dama y una joven, que parecían franceses. Todos estaban muy bien vestidos. Yo también iba bien vestido, pues tenía un uniforme de gala. Entonces era yo sargento. Me acerqué, les pedí perdón y les dije que los había oído hablar español y que yo quería hablar con ellos en nuestro idioma. Me dijeron que eran mexicanos de Chihuahua y que la joven estaba estudiando en Bélgica, pero habían ido a buscarla para regresar a México. Me invitaron una copa de vino muy fino, pero yo me despedí diciendo que no podía dejar solo a mi amigo. Entonces me dijeron que lo invitara también. Todo esto sucedió durante el intermedio. Cuando iba a comenzar nuevamente la función, me dieron su dirección y los visité después, haciéndome amigo íntimo de la joven. Se fueron a México por la vía de Brest y Nueva York, pero la joven seguía escribiéndome. Me mandó dulces mexicanos y fotografías y muchas otras cosas, y yo también le mandé algunas cosas. Siguió escribiéndome cuando regresé a los Estados Unidos, pero entonces comencé a salir con otras muchachas y dejamos de escribirnos. Posteriormente, un amigo puertorriqueño me presentó con algunas jóvenes, por medio de correspondencia. Ellas vivían en Los Ángeles y yo en San Antonio. Sin ver los retratos elegía a una por su nombre, se llamaba Inés, y le escribí proponiéndole matrimonio. Me dijo que ella siempre le leía sus cartas a su madre, pero que esta última no había podido leerla. Dijo que era necesario que nos conociéramos primero. Pensaba y esperaba que, como mis cartas eran muy finas y bien escritas, yo sería así también, y me dijo que fuera a Los Ángeles para que nos conociéramos. En la próxima carta le pregunté si le gustaba bailar, ir al teatro y otras cosas, y ella respondió que habían sido educadas en un convento y que les gustaba la música, bailar e ir al teatro, pero que casi nunca salían; desde entonces, no sé por qué, les dejé de escribir. Después me embarqué nuevamente y recorrí todo Centro y Sudamérica. Conozco Argentina, Chile, Brasil, Colombia y casi todos los países americanos. Todos somos hermanos, los latinoamericanos, pues tenemos la misma sangre. Solamente los brasileños no hablan español y son más aristocráticos. Estuve en Puerto Rico, en Santo Domingo y Haití, estos dos últimos son países de negros y mulatos, pero la gente de Santo Domingo es muy culta. Lo malo es que en una familia en que todos son blancos y bien parecidos, de repente una hija sale negra. Esto es porque la mezcla muestra nuevamente su origen. También estuve en Cuba y en las Islas Británicas. Después regresé a San Antonio y me dediqué a descansar allá. La mayor parte de mis viajes los hice en compañía de un amigo norteamericano, que era mi compañero. Llegamos juntos a Tucson, hace como un año. Llegamos sin dinero, apenas si reuníamos tres dólares entre los dos. Entonces tuve la idea de que nos pusiéramos a hacer tamales. Aunque sé cocinar, nunca había hecho tamales, pero finalmente logré hacerlos y él salió con un bote a venderlos en

las calles. Los vendió muy rápidamente y regresó muy contento por otro bote, pero después volvió muy triste y me dijo que muchos le habían devuelto los tamales porque estaban crudos, pues yo no sabía cocerlos bien. Poco a poco fuimos levantando nuestro negocio, hasta que aprendí a hacer bien los tamales. Entonces establecimos este restaurante al que viene el mejor público norteamericano y mexicano. Algunos no creen que yo soy mexicano. Dicen que soy griego, o italiano, o español, pero yo respondo que soy mexicano y agregó que soy yaquí. Algunas veces vienen clientes y me preguntan qué platillos españoles tengo en mi restaurante y les respondo que no tenemos platillos españoles ni los conocemos. Lo que tenemos es todo mexicano: frijoles, chile con carne, enchiladas, arroz, huevos a la mexicana y cosas parecidas. Cuando ven que yo soy muy limpio y que todo se sirve muy bien, viene tanta gente que a veces no tengo suficiente comida para todos. Puedo decir que yo he sido el primero aquí en hacer enchiladas y tamales al verdadero estilo mexicano. Aprendí en San Antonio, recordando cómo se hacían en mi casa. Todos los clubes y sociedades de aquí me piden tamales y platillos para sus banquetes, y a pesar de que llegué aquí quebrado, ahora no me vendería por menos de 2 000 dólares.

—La ciudad que más me gusta es San Antonio. Ahí está la mayor parte de mi familia y tengo muchos amigos mexicanos. Aunque nació en El Paso, no me gusta mucho esa ciudad. Para mí es igual que Tucson. Todos los que me conocen aquí me quieren, porque dicen que soy modesto y honrado.

—Soy ciudadano de este país porque nació aquí, y si hubiera guerra es claro que tendría que defender a este país, porque es mi patria y yo soy ciudadano para defenderla. No obstante, yo sé muy bien, que tendría que pelear contra mi propia gente. Pero no creo que pueda haber guerra entre los Estados Unidos y México, a menos que haya otra guerra mundial. Puede haber dificultades, como las que se presentaron cuando Veracruz fue ocupado, por ejemplo. Entonces estaba yo en Nueva York y estuve al tanto del asunto a través de los periódicos norteamericanos. Pienso que Veracruz fue una ciudad heroica, como Chapultepec, cuando la tomó el general Scott y murieron los niños héroes. Me acuerdo que había entonces en Nueva York un periódico llamado *Las Novedades*, que creo que publicaba un sudamericano (o un español) y publicó una fotografía en la que había un hombre fuerte que decía que todos los países de la América Latina deberían unirse en contra de la amenazadora águila del norte. Eso estaba muy bien y me gustó mucho la idea de que se unieran los latinoamericanos. Por ejemplo, como conozco la historia de las guerras civiles en México, veo que los norteamericanos lo han respetado mucho y no se han metido en nada, mientras que, por el contrario, en países pequeños como Santo Domingo, quince días después de que comienza una revolución, establecen su gobierno militar. Lo mismo ha sucedido en Cuba, en Nicaragua y en otros países pequeños. Yo iría con el ejército norteamericano contra México, porque los Estados Unidos son mi país y hay que ser leal con la patria. Lo mismo sucedió en la guerra mundial,

durante la cual regimientos enteros de alemanes de Pennsylvania fueron a luchar contra su madre patria, porque eran ciudadanos norteamericanos.

—Conozco muy bien la historia de México desde la época de la conquista. Sé quiénes han sido los grandes norteamericanos y los grandes mexicanos, porque siempre me ha gustado leer mucho sobre historia y literatura. Aunque casi no conozco nada de México, pues solamente he estado en Chihuahua, sé mucho de México por lo que he leído en los periódicos y en los libros y lo que he visto en las películas. Pienso que México es mi madre patria y que todos los sudamericanos, aunque sean mulatos o negros, son más o menos iguales.

—Sé hablar inglés, francés y español. Puedo escribir los tres idiomas muy bien y hasta pensaba entrar a la Academia de Lenguas de París, pero no me hacía falta entrar, pues sé también un poco de latín.

—Aunque nací católico, como todos los latinoamericanos, ya no sé ahora cuál religión elegir. He leído todas las biblias y en todas encuentro algo de bueno y algo que no me gusta. Tuve un amigo ku kux klan que me quería poner una capucha y darme una cruz flameante y una espada. Le dije que era un pobre tonto, porque George Washington, cuando hizo la Constitución de los Estados Unidos, dijo que los pueblos europeos traerían acá el progreso y el capital y así ha sido. Los ku kux klanes quieren que los norteamericanos sean ciento por ciento de sangre pura, pero no lo son. Le dije a ese amigo: “Todos tus antepasados fueron inmigrantes y lo mismo los de todos los norteamericanos, pues los únicos americanos puros son los indios, y los ku kux klanes no admiten a ningún indio porque dicen que no es blanco. Así que están violando la Constitución en todo. No sabes si soy católico o no. Salgo con una muchacha que es episcopal y voy a cantar himnos con ella algunas noches y ella va conmigo a la iglesia católica los domingos a oír misa. Si eres mi amigo, no me importa a cuál iglesia pertenezcas. Soy tu amigo, cualquiera que sea tu religión, y como he leído todas las biblias: episcopal, bautista, meto-dista y otras, no sé cuál elegir.” Creo que me volveré libre pensador, pues solamente creo en el verdadero Dios, que ama a todos los seres que hay sobre la tierra.

—El hombre bueno es el que vive de su trabajo y no le hace daño a nadie. Eso es lo único que me importa. No me importa a cuál religión pertenezca. Lo importante es que siempre y en todas partes sea honorable.

—Pienso que quien es mexicano aquí, lo es en todas partes, así como el chino es chino en todos lados y se une siempre con los chinos. Es cierto que nosotros, los mexicano-norteamericanos, somos diferentes y tenemos otras costumbres; pero en general somos parecidos a los mexicanos de México y deberíamos ser hermanos, pues somos hermanos de raza.

—Conozco también casi toda Europa, porque cuando terminó la guerra me quedé como guardia de honor de la Comisión Interaliada, en la que se encontraban todos los altos oficiales de Italia, Francia, Inglaterra, Portugal y todos los aliados, y fuimos a casi todas las capitales europeas. Me divertí mucho ahí.

INDICE

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	85
I. EL MEXICANO DEJA SU PAÍS	
Pablo Mares	89
Luis Tenorio	91
Luis Murillo	93
Elisa Recinos	95
Carlos Morales	96
II. PRIMEROS CONTACTOS	
Jesús Garza	98
Gonzalo Galván	102
Bonifacio Ortega	105
III. LOS ESTADOS UNIDOS COMO BASE PARA ACTIVIDADES REVOLUCIONARIAS	
Señora Flores de Andrade	107
Ángel Ruiz	111
IV. EL AJUSTE ECONÓMICO	
1. <i>El indio de pueblo</i>	
Isidro Osorio	116
Carlos Ibáñez	118
Pedro Nazas	119
2. <i>Mestizo y clase media</i>	
Wenceslao Orozco	121
Señora Ponce	123
Anastacio Torres	124
Juan Casanova	126

Soledad Sandoval	128
Felipe Valdés	130
Fernando Sánchez	131

3. *Movilidad en los Estados Unidos*

Pedro Villamil	133
Francisco Gómez	135
Concepción Laguna de Castro	137
Doña Clarita	139

4. *Movilidad en México*

Carlos Almazán	144
Gonzalo Plancarte	147
Policarpo Castro	150
Felipe Montes	151
Gilberto Hernández	155
Juan Ruiz	158
Asunción Flores	160

5. *Los usos de la alfabetización*

Epifanio Aguirre	165
Jesús Ortiz	165
Felipe Orozco	166
Filomeno Conde	167
Elías González	167
Luis Tenorio	169
Guillermo Salorio	170

6. *La segunda generación*

Jesús Mendizábal	172
Tomás Mares	174

V. CONFLICTO Y CONCIENCIA RACIAL

1. *El trabajador migratorio*

Gumersindo Valdés	179
Juan Berzúnzolo	181
Elías Garza	184
Nivardo del Río	186

2. *Algunas mujeres inmigrantes*

Elisa Silva	190
Juana de Hidalgo	192
Señora Concha Gutiérrez del Río	194

3. Patriotismo

Miguel Chávez	196
Angelino Batres	198

4. Mexicanos "españoles"

Wenceslao Iglesias	201
Vicente Gaumer	204

VI. EL LÍDER Y EL INTELECTUAL

1. Tres mexicanos de ciudad

Pascual Tejeda	206
Pedro Chausse	209
Miguel Padilla	211

2. Protestantismo evangélico

Salvador Pérez	214
Lorenzo Cantú	218
Anastasio Cortés	220

3. Periodismo y dirección

Santiago Lerdo	223
Gonzalo Clark	225
Pablo Puerto Orellano	228
Alonso M. Galván	229

VII. ASIMILACIÓN

José Robles	234
Señora Ruhe López	236
Señor Campos	238
Elena Torres de Acosta	241
Isabel Sandoval	244
Señora Ceballos	246
Dolores Sánchez de Fuente	248
Señora Antonia Villamil de Arthur	250
Domingo Ramírez	253
El hijo de Frank Menéndez	254

VIII. EL MEXICANO-NORTEAMERICANO

Concha Urzaiz	258
Elías Sepúlveda	261
Luis Albornoz	263
Elena Cortés de Luna	265
Juan Salorio	267

En la Imprenta Universitaria, bajo la dirección de Rafael Moreno, se terminó la impresión de *El inmigrante mexicano*, el día 9 de mayo de 1969. Su composición se paró en Electra: 11:12, 10:11, 9:10 y 8:9. Se tiraron 2,000 ejemplares.

